



CAMINO
SIN
RETORNO

ANDRZEJ SAPKOWSKI

de



CAMINO
SIN
RETORNO

ANDRZEJ SAPKOWSKI





De interés especial para los seguidores de la saga de Geralt de Rivia es que dos relatos («Camino sin retorno» y «Algo termina, algo comienza») guardan relación con esta serie:

«Camino sin retorno» narra el encuentro entre dos personajes que resultarán ser los padres de Geralt de Rivia, en una suerte de precuela a la Saga.

«Algo termina, algo comienza» es un final alternativo de la Saga, que incluye jugosas pistas sobre lo que los lectores pueden esperar leer en el último volumen, La dama del lago.

Los relatos vienen acompañados por interesantísimas introducciones de Sapkowski que tratan sobre el proceso de escribirlos, sus influencias, sus relaciones con otros escritores y su participación en el mundo de la fantasía.



Andrzej Sapkowski

Camino sin retorno

ePub r1.0

libra 24.04.15

Título original: *Cos sie konczy, cos sie zaczyna* / «Spanienkreuz»
Andrzej Sapkowski, 1998
Traducción: José María Faraldo

Editor digital: libra
ePub base r1.2



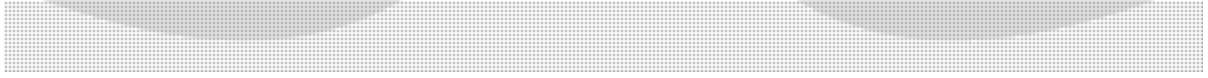


ANIVERSARIO



epublicre





Camino sin retorno

«Camino sin retorno», el segundo relato que yo escribiera, se publicó en el año 1988, en el número de agosto de la revista *Fantastyka*, es decir, un año y nueve meses después de mi debut con «El brujo», publicado en la misma revista en diciembre de 1986.

Habrán de saber ustedes —o sea, el estimado señor don Lector— que por aquellos tiempos ya hacía sus buenos años que yo me afanaba en procrear una novela fantástica, para lo cual iba conformando esforzadamente diversos fragmentos de aquélla, construía situaciones, protagonistas, escenarios, etcétera. Y he aquí que de pronto tuvieron lugar dos importantes hechos. El primero fue el inesperado buen recibimiento que tuvo «El brujo» entre los lectores y los fans.

El segundo lo constituyó el hecho de darme cuenta de que podía ser que fuera posible publicar un cuento en *Fantastyka*, pero que la novela de un autor polaco debutante en aquel género no la iba a aceptar ningún editor. Así que era necesario pensar con sobriedad y realismo. De modo que cuando *Fantastyka* realizó sobre el joven pero prometedor debutante una leve presión, pidiendo con fuerza al joven pero prometedor que les despachara otro relato, el joven y prometedor se lo pensó con sobriedad y realismo, después de lo cual, y sin deliberar demasiado, sin derramar una lágrima, acortó un fragmento de la novela en ciernes hasta el tamaño de un cuento. Y de este modo surgió «Camino sin retorno».

Al principio el cuento no tenía relación en forma alguna con la Saga de Geralt de Rivia, ni tenía por qué tenerla. Lo cual se debía a una causa bien sencilla: por entonces yo aún ni siquiera había planeado tal saga. ¡Ni en mis sueños más atrevidos! Luego, cuando el ciclo comenzó a ir surgiendo, no escapé a las coincidencias onomásticas y toponímicas que sugerían que se trataba de la misma Never Never Land. Pero todavía preservé unas menciones completamente unívocas: la mejor prueba es que los bobolacos y los vranes, humanoides que asoman en «Camino sin retorno», no aparecen en absoluto ni hay casi la más mínima mención en toda la Saga de Geralt de Rivia^[1].

Sin embargo, no fue hasta mucho después que caí en la cuenta de que la druidesa Visenna de «Camino sin retorno» era la madre del brujo Geralt. Tenía que ser éste un detalle que «estimulara» la historia y la acción del relato «Algo más», que concluía el fixup de *La espada del destino* y que cerraría el círculo de los doce cuentos que por entonces estaban dedicados al brujo. La historia exigía este pequeño detalle que explicaría ciertos aspectos de la biografía de Geralt de Rivia y a mí —lo digo honradamente y sin que me fueren a ello— me daba pena no usar más el hermoso nombre de Visenna. El cual nombre extraje —lo reconozco— de la *Encyklopedia staropolska* (*Enciclopedia de la antigua Polonia*) de Zygmunt Gloger^[2].

El otro protagonista de «Camino sin retorno», Korin, no disfrutó de la fortuna de un regreso. Nombre tenía bastante decente, aunque juro que me lo inventé yo mismo, que no lo copié de C. S. Lewis. No me acordé del Korin del ciclo de Narnia (*El caballo y su muchacho*) hasta después, reconozco que Narnia era para mí demasiado infantil para que volviera a ella a menudo y recordara al punto el nombre de los protagonistas.

Y para una historia que a gritos pedía una madre para el brujo, un padre había de ser el proverbial tercero en discordia. Al pedigrí del brujo en lo tocante a las espadas no le aportaba nada ni le conducía a ningún sitio. Por eso mismo no fui yo quien cayera en la cuenta de que precisamente el Korin de «Camino sin retorno» era el padre de Geralt, sino Maciej Parowski, de *Fantastyka*, al que esta idea le venía que ni pintada para comenzar una serie de cómics sobre el brujo. A Parowski, autor del argumento y del guión de los tales cómics, le gustaba «Camino sin retorno», lo dijo muchas veces, incluso lo publicó en una antología que editó en el año 1992. Korin, el protagonista de «Camino...», se convirtió en padre de Geralt de Rivia en el cómic. El guionista Parowski, sin embargo, no permitió a Korin alegrarse de su retoño. Asumiendo quizá un tanto exageradamente la perfidia del autor adaptado, Parowski acabó con Korin a la mañana siguiente de aquella embriagadora y apasionada noche de amor con Visenna. Quien por su parte sienta curiosidad por quién, qué y por qué y qué es lo que pasara en el cómic, que lo vea por su cuenta, igual pidiendo prestado a algún coleccionista unos tebeos ya dignos de anticuario.

Para los que de verdad emprendan tal empresa, debo aclarar aún una cosa más. La idea para el vran, humanoide de grandes ojos rojos, me la proporcionó la cubierta de un libro de ciencia-ficción que vi en una librería de Berlín, en la que figuraba un marciano que tenía precisamente unos grandes ojos rojos. No recuerdo el título del libro, aunque estoy completamente seguro de que lo había editado Heyne Verlag, una editorial famosa por las portadas artísticas y elegantes de su no menos famosa serie fantástica. En el cómic mencionado, el dibujante Boguslaw Polch le añadió a mis ojos rojos de los vranes un aspecto y una fisonomía reptilesco y hasta unas escamas verdes. Se trata esto, sin embargo, de su propia licentia poética.

Y para terminar, todavía algo más. Cuando «Camino sin retorno» se publicó en *Fantastyka*, el varias veces mencionado aquí Maciej Parowski se permitió ciertas correcciones de redactor sin consultar para ello con el autor: ¿quién, al fin y al cabo, iba a contar con un debutante? Víctima de la goma de borrar del redactor cayeron todas las expresiones que en el *fantasy* está prohibido usar porque «en aquellos tiempos no se hablaba así». En el relato tal y como se publicó en *Fantastyka* vi con cierto asombro cómo *pycha* [orgullo] había sustituido a *arrogancja* [arrogancia], que un *inteligentny* [inteligente] se había convertido en *madry* [listo], etcétera^[3]. Como por mi parte yo defendiendo con vehemencia la teoría de que el *fantasy* no sucede en ningún «aquellos tiempos» y carece de sentido tanto la arcaización de la lengua como cualquier estilización, eliminé en la versión que van ustedes a leer de inmediato las correcciones de Parowski y volví a mi mecanoscrito virginal. Así que tienen ante ustedes una versión que los anglosajones definen como *unabridged*. Dejo a ustedes el valorar si el texto ganó con ello o no.

I

El pájaro de abigarradas plumas que estaba posado sobre el hombro de Visenna cracó, agitó las alas, se alzó con un aleteo y planeó sobre los arbustos. Visenna detuvo el caballo, escuchó un instante, luego siguió avanzando con precaución a lo largo del sendero del bosque.

El hombre parecía dormir. Estaba sentado, apoyaba la espalda en un poste que había en medio del cruce de caminos. Al acercarse, Visenna vio que tenía los ojos abiertos. Ya antes había advertido que estaba herido. El vendaje provisional, que cubría el hombro izquierdo y el bíceps, estaba empapado de sangre que todavía no había tenido tiempo de coagularse.

—Hola, mozuelo —habló el herido, al tiempo que escupía una larga brizna de hierba—. ¿Adónde te diriges, si puedo preguntar?

A Visenna no le gustó lo de «mozuelo». Se quitó la capucha.

—Preguntar se puede —respondió—. Pero convendría dar razones de por qué tanta curiosidad.

—Perdonadme, señora —dijo el hombre, aguzando la vista—. Lleváis ropa de hombre. Y en lo tocante a la curiosidad, tengo razones, y además buenas. Ésta es una encrucijada poco habitual. Me sucedió aquí una aventura de cierto interés...

—Lo veo —le interrumpió Visenna, mirando hacia la forma inmóvil y torcida de forma poco natural que estaba medio envuelta entre las hierbas a no más de diez pasos del poste.

El hombre siguió su mirada. Y luego se encontraron sus ojos. Visenna, haciendo como que se retiraba los cabellos de la frente, tocó la diadema que estaba oculta bajo una cinta de piel de serpiente.

—Sí —dijo el herido con serenidad—. Allí yace un cadáver. Tenéis ojos muy agudos. Seguramente me consideraréis un salteador. ¿Me equivoco?

—Te equivocas —dijo Visenna sin apartar la mano de la diadema.

—Ah... —gimió el hombre—. Sí. Pero...

—Tu herida está sangrando.

—La mayor parte de las heridas tiene esa extraña propiedad —sonrió el herido. Tenía hermosos dientes.

—Con una venda hecha con una sola mano sangrará durante mucho tiempo.

—¿Me haríais el honor de prestarme vuestra ayuda?

Visenna bajó del caballo, sus tacones se clavaron en la blanda tierra.

—Me llamo Visenna —dijo—. No acostumbro a hacer honores. Aparte de ello, no aguanto cuando alguien se refiere a mí en plural. Me ocuparé de tus heridas. ¿Puedes levantarte?

—Puedo. Pero, ¿tengo?

—No.

—Visenna —dijo el hombre, incorporándose un poco para facilitarle a ella cambiarle la venda—. Hermoso nombre. ¿Te ha dicho ya alguien que tienes un cabello muy hermoso? Este color se llama cobrizo, ¿no es cierto?

—No. Rojo.

—Ajá. Cuando termines te regalaré un ramo de altramuces, mira, de ése que crece en la cuneta. Y durante la operación te contaré, porque sí, lo que me ha sucedido. Vine, imagínate, por el mismo camino que tú. Miro, y hay un poste en el cruce. Oh, ése de ahí. Había una tabla atada el poste. Duele.

—La mayor parte de las heridas tiene esa extraña propiedad. —Visenna le arrancó la última capa de vendaje sin molestarse en ser delicada.

—Cierto, lo olvidé. De qué... Ah, sí. Me acerco, miro, hay un letrero escrito en la tabla. Horriblemente deforme, conocí una vez a un arquero que era capaz de escribir mejores letras meando en la nieve. Leo... ¿Y qué es esto, mi señora? ¿Qué es esa piedrecilla? Cuernos. Esto no me lo esperaba.

Visenna pasó poco a poco la hematites a lo largo de la herida. La hemorragia se detuvo al instante. Con los ojos cerrados, aferró el hombro, apretando mucho los bordes de la desgarradura. Separó las manos, el tejido había crecido, dejando una gruesa línea escarlata.

El hombre guardaba silencio, la observaba con atención. Por fin alzó el brazo con cuidado, lo tensó, acarició la cicatriz, meneó la cabeza. Estiró los

ensangrentados harapos de su camisa y su jubón, se levantó, tomó del suelo un cinturón cerrado por una hebilla con forma de cabeza de dragón en el que llevaba la espada, una bolsa y una cantimplora.

—A esto se le llama tener suerte —dijo, sin apartar sus ojos de Visenna—. Me topé con una sanadora en lo más profundo del bosque, en los meandros del Ina y el Yaruga, donde por lo común lo más fácil es encontrarse a un lobizón o, peor aún, a un granuja borracho. ¿Cuál es el precio del tratamiento? Temporalmente ando corto de parné. ¿Bastaría con un ramo de altramuces?

Visenna ignoró la pregunta. Se acercó al poste, se tocó la cabeza. La tabla estaba clavada a la altura de la vista del hombre.

—«A ti, que vienes de occidente —leyó en voz alta—. Si vas a la izquierda, vuelves. Si vas a la derecha, vuelves. Si vas de frente, no vuelves». Tonterías.

—Exactamente lo mismo pensé yo —concedió el hombre, mientras se limpiaba las agujas de pino de las piernas—. Conozco esta región. De frente, es decir, al oriente, se va hacia el paso de Klamat, por el camino de los mercaderes. Así que, ¿por qué no se va a poder volver de allí? ¿Tantas muchachas guapas deseando casarse? ¿Aguardiente barato? ¿Donde el puesto del alcalde está vacante?

—Te sales del tema, Korin.

El hombre abrió la boca, completamente asombrado.

—¿Y cómo sabes que me llamo Korin?

—Tú mismo me lo has dicho hace un momento. Sigue.

—¿Sí? —El hombre le lanzó una mirada de sospecha—. ¿De verdad? En fin, puede... ¿Por dónde andaba? Ajá. Así que voy, leo y me quedo asombrado de quién será el borrico que se sacó de la manga el letrado. De pronto oigo que alguien murmura y balbucea a mis espaldas. Me doy la vuelta y una viejecilla, canosa, encorvada, con un palo y encima menudo. Le pregunto con cortesía qué le pasa. Y ella murmura: «Hambre tengo, buen caballero, dende el alba que no pillo a qué jincarle el diente». Adivino que la viejecilla tiene por los menos un diente. Me emocioné un montón, así que voy y cojo de mi saco un mendrugo de pan y medio brema que compré a los pescadores del Yaruga y se lo doy a la anciana. Ésta se sienta,

murmura, carraspea, escupe espinas. Y sigo mirando el letrero misterioso. Al punto habla la vieja: «Bien hicieras, caballere, salvásteme y no te faltará galardón». Iba a decirle dónde se podía meter su galardón y la abuela dice: «Arrímate, he de decirte algo al oído, relatarte un secreto de categoría, cómo salvar a muchas buenas gentes de la desgracia, alcanzar la fama y adquirir riqueza».

Visenna suspiró, se sentó al lado del herido. Le gustaba, alto, rubio, de rostro ovalado y barbilla prominente. No apeataba como solían hacerlo los hombres con los que se tropezaba. Expulsó el pensamiento de que llevaba ya demasiado tiempo arrastrándose sola por bosques y cañadas. Korin siguió con su historia.

—Eh, me pensé —dijo—, nos topamos con una ocasión clásica. Si la vieja no está senil y tiene todo en su sitio, puede que aún haya algún beneficio de todo esto para un viejo guerrero. Me inclino, pongo la oreja como un idiota. Y, si no hubiera sido por el reflejo, me hubiera atizado directamente en la nuca. Retrocedo, la sangre mana de mi hombro como de la fuente de un palacio y la vieja que se me abalanza con un cuchillo, aullando, bufando y blasfemando. Yo seguía sin darme cuenta de que se trataba de un asunto de peligro. Me apretujé contra ella para quitarle la ventaja y noto que qué va ser una vieja. Unas tetas tan firmes como piedras...

Korin echó una mirada furtiva a Visenna para comprobar si se ruborizaba. Visenna escuchaba con una cortés expresión de interés en el rostro.

—De qué estaba... Ajá. Pensé, la tumbo al suelo y la desarmo, pero lo llevaba claro. Fuerte como un toro. Noto que en un momento se me va a escapar su mano con el cuchillo. ¿Qué iba a hacer? La empujé y zas, en la espada... Se clavó ella misma.

Visenna estaba sentada y guardaba silencio, con la mano sobre la cabeza, como si estuviera colocando su cinta de piel de serpiente.

—¿Visenna? Lo digo como fue. Sé que era una mujer y me siento tonto, pero que me muera si era una mujer normal y corriente. Inmediatamente después de caer, se transformó. Rejuveneció.

—Ilusión —dijo Visenna ensimismada.

—¿Lo qué?

—Nada. —Visenna se levantó, se acercó al cuerpo que yacía entre los heléchos.

—Mira. —Korin se puso junto a ella—. Una moza como la estatua de la fuente de un palacio. Y estaba encorvada y arrugada como el culo de una vaca centenaria. Que me...

—Korin, ¿tienes nervios fuertes?

—¿Eh? ¿Y qué tendrá que ver esto con mis nervios? Ciertamente, si esto te interesa, no puedo quejarme.

Visenna se quitó la cinta de la frente. Una joya en su diadema brilló con un resplandor blanquecino. Visenna se puso de pie al lado del cuerpo, estiró la mano, cerró los ojos. Korin la miró con la boca medio abierta. Visenna inclinó la cabeza, susurró algo que él no entendió.

—¡Grealghane! ¡Habla!

—¡Aaaaaaah! —Por entre los heléchos se extendió un aullido ronco. El cadáver se dobló, medio levitó, tocaba la tierra con la espalda y la punta de la cabeza. El aullido bajó de tono, comenzó a interrumpirse, a convertirse en un farfulto gutural, cortado por gemidos y gritos, que poco a poco iban tomando ritmo pero eran completamente ininteligibles. Korin sintió en la espalda una fría corriente de sudor que le rozaba como una oruga arrastrándose. Apretó los puños para detener el hormigueo en los antebrazos, luchó con toda su fuerza de voluntad contra unos ardientes deseos de echar a correr hacia el bosque.

—Oggg... nnnn... nngammm —balbuceó el cadáver, arañando la tierra con sus uñas, y escupiendo burbujas sangrientas que estallaban en sus labios—. Nosotros... eeegg...

—¡Habla!

De las manos extendidas de Visenna surgió una turbia corriente de luz en la que giraba y se retorció el polvo. Hojas secas y hierbas volaron hacia arriba de entre los heléchos. El cadáver se atragantó, masculló y de pronto comenzó a hablar. Completamente inteligible.

—... caminos seis millas desde Las Llaves al sur como máximo. Enviii... ó. Círculo. Al muchacho. Spra... gg... Dooo. Mandó.

—¿Quién? —gritó Visenna—. ¿Quién lo mandó? ¡Habla!

—Ffff... ggg... genial. Todos los escritos, cartas, amuletos. Aniii... líos.

—¡Habla!

—... filadero. Huesero. Ge... nal. Tomar cartas. Per... gaminos. ¡Ven con m...! ¡Eeeeeeh! ¡Noooooooo!

La voz balbuceante vibró, se transformó en un aullido pavoroso. Korin no aguantó, arrojó la espada, cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos. Siguió así hasta que sintió un contacto en el brazo. Temblaba fuertemente, todo el cuerpo, como si algo le hubiera agarrado por los genitales.

—Ya ha pasado todo —dijo Visenna, limpiándose el sudor de la frente —. Te pregunté cómo tenías los nervios.

—Vaya un día —jadeó Korin. Alzó la espada, la guardó en la vaina, intentando no mirar a donde yacía el cuerpo ya inmóvil.

—¿Visenna?

—¿Qué?

—Vámonos de aquí. Lo más lejos que podamos de este sitio.

II

Iban montados los dos en el caballo de Visenna, a través de un sendero del bosque de crecidas matas y lleno de baches. Ella delante, en la silla, Korin a pelo, detrás, abrazándola por el talle. Visenna ya se había acostumbrado a alegrarse sin rubor de las pequeñas alegrías que le ofrecía el destino esporádicamente. Así que apoyaba con gusto la espalda sobre el pecho del hombre. Ambos guardaban silencio.

—Visenna. —Korin fue el primero en decidirse, al cabo de una hora.

—Dime.

—No sólo eres una sanadora. ¿Formas parte del Círculo?

—Sí.

—A juzgar por tu demostración, maestra, ¿no?

—Sí.

Korin soltó su talle y se agarró al fuste de la silla. Visenna entrecerró los ojos con furia. Él, por supuesto, no lo vio.

—¿Visenna?

—Dime.

—¿Entendiste algo de lo que la... de lo que... dijo?

—No mucho.

Otra vez guardaron silencio. El abigarrado pájaro, volando sobre ellos por entre las hojas, lanzó un fuerte chillido.

—¿Visenna?

—Korin, hazme un favor.

—¿Eh?

—Deja de hablar. Quiero pensar.

La senda les conducía directamente hacia abajo, hacia una garganta en el lecho de una corriente muy llana y que corría perezosa entre las rocas y

los negros troncos, entre el aroma de la menta y la ortiga. El caballo se resbaló sobre las piedras cubiertas por una capa de barro y légamo. Korin, para no caer, se agarr  de nuevo al talle de Visenna. Expulsó de su mente el importuno pensamiento de que hacía ya demasiado tiempo que vagabundeaba solitario por bosques y caminos.

III

La aldea era una de esas típicas de una calle, pegada a la falda de una montaña y extendida a lo largo del camino, de paja, de madera, sucia, agazapada entre vallas torcidas. Cuando se acercaron, los perros echaron a ladrar. El caballo de Visenna pasó tranquilo por en medio del camino, sin prestar atención a los iracundos perros callejeros que apuntaban sus espumeantes hocicos contra sus cuartillas.

Al principio no vieron a nadie. Luego, desde detrás de las vallas, de los caminitos que conducían a la aldehuela, aparecieron los aldeanos. Se acercaron despacio, descalzos y malhumorados. Portaban viernos, palos y mayales. Algunos de ellos se agacharon y levantaron piedras.

Visenna detuvo el caballo, alzó la mano. Korin vio que llevaba en la mano un pequeño cuchillo de oro en forma de hoz.

—Soy una sanadora —dijo con voz no muy alta, pero clara y sonora.

Los lugareños bajaron las armas, palidecieron, se miraron los unos a los otros. Había cada vez más. Algunos de los más cercanos se quitaron los sombreros.

—¿Cómo le nombran a este caserío?

—Las Llaves —dijeron, al cabo de un momento de silencio.

—¿Quién es el más anciano?

—Tupín, su señoría. Allá, en el chozo aquél.

Antes de que se movieran, por un hueco entre los campesinos se introdujo una mujer con una niña pequeña en brazos.

—Señora... —gimió, rozando con vacilación la rodilla de Visenna—. Mi hija... está ardiendo de fiebre...

Visenna desmontó, tocó la cabecilla de la niña, cerró los ojos.

—Mañana estará sana. No la arropes tanto.

—Gracias, señoría... Gracias mil...

Tupín, el anciano del lugar, ya había salido de casa y reflexionaba sobre qué hacer con el vierno que sujetaba por si acaso. Por fin se decidió a limpiar con él el estiércol de gallina que había en los escalones.

—Perdonar —dijo, depositando el vierno sujeto contra la pared de la choza—. Señora. Y vos, señoría. Tiempos poco seguros son éstos... Pasar, por favor. Sus convidó a un refrigerio.

Entraron.

La señora de Tupín, arrastrando a dos muchachillas de cabellos de paja que llevaba pegadas a la falda, les sirvió huevos revueltos, pan y calostros, después de lo cual desapareció en la habitación. Visenna, a diferencia de Korin, comió poco, estaba sentada abatida y silenciosa. Tupín movía los ojos de acá para allá, se rascaba en diferentes sitios y hablaba.

—Tiempos poco seguros. Poco seguros. Ay de nusotros, su señoría. Ay de nusotros. Aquí criamos ganao de lana, pa venderla, y cuando no hay tratantes, pos entonces sacamos del rebaño una oveja lanera y de un palo la defenestramos pa echar algo en la olla. Antiguamente los tratantes se partían hasta el Amell a por jaspis y a por piedra verde iban, atravesando el paso, pos allá hay minas. Allende se saca la jaspis. Y en yendo a eso, los tratantes se apalancaban la borra, apoquinaban, nos dejaban en fin diferentes bondades. Agora no hay tratantes. Ni sal nos queda, que la poca que hay ni pa tres días nos da.

—¿Os evitan las caravanas? ¿Por qué? —Visenna, reflexionando, se tocaba de vez en cuando la cinta que llevaba en la frente.

—Nos evitan —bufó Tupín—. El camino al Amell está cerrao. En el esfilaero se ha asentao un puto huesero que no deja pasar ni a la madre que lo parió. ¿Y pa qué leches van a ir los tratantes por allí? ¿Pa que los maten?

—¿Un huesero? ¿Y qué es un huesero?

—¿Y qué voy yo a saber? Huesero, lo llaman, comegentes. Al paecer mora en el paso.

—¿Y no deja pasar a las caravanas?

Tupín miró alrededor.

—A argunas sí. Dicen que a las propias. A las propias deja.

Visenna frunció el ceño.

—¿Cómo que... a las propias?

—Las propias, las propias —murmuró Tupín y palideció—. Los paisanos del Amell las pasan aún más putas que nosotros. A nosotros a lo menos el monte nos da algún beneficio. Mas aquéllos viven con el culo al aire en las piedras, y lo que tuvieren se lo suertan a los hueseros en trueque del jaspis. Bien los joden, que ni que fueren bandoleros así les hacen pagar por ca cosa. ¿Mas y qué van a hacer si no? No se van a comer el puto jaspis.

—¿Qué «hueseros»? ¿Seres humanos?

—Personas y vranes y utros. Esbirros son, señora. Hasta el Amell se llevan lo que nos roban a nosotros, lo truecan por jaspis y piedra verde. Y nos se llevan las fuerzas. En caseríos hubo que asaltaron, forzaron mozas y al que se mostrara rebelde lo destriparon, le prendían fuego a la gente. Esbirros. Hueseros.

—¿Cuántos hay? —dijo Korin.

—Quién leches los iba a contar, su señoría. Los caseríos se valen, se arrejuntan las gentes. Mas y para qué si apaecen por las noches y lo prenden fuego a to. Menos cuesta el dar de una vez lo que se antojen. Porque dicen...

Tupín palideció aún más, le temblaba todo el cuerpo.

—¿Qué dicen, Tupín?

—Dicen que los hueseros, si se los malmete, saldrán del paso y se nos echarán encima acá, en el valle.

Visenna se levantó bruscamente, tenía el rostro cambiado. A Korin le recorrió un escalofrío.

—Tupín —dijo la hechicera—. ¿Dónde está la herrería más cercana? Mi caballo ha perdido una herradura en el camino.

—Al salir del pueblo, cabe el bosque. Allá hay herrería y cuadra.

—Estupendo. Ahora ve y pregunta quién está enfermo o herido.

—Gracias os sean dadas, benigna su señoría.

—Visenna —habló Korin en cuanto que Tupín hubo cerrado la puerta. La druidesa se dio la vuelta, lo miró.

—Tu caballo tiene todas las herraduras en su sitio.

Visenna guardaba silencio.

—Jaspis es, por supuesto, jaspe, y la piedra verde es jade, las minas de Amell son famosas por ello —siguió Korin—. Y a Amell sólo se puede ir por el Klamat, por el desfiladero. El camino sin retorno. ¿Qué dijo la muerta en el cruce? ¿Por qué me quería matar?

Visenna no respondió.

—¿No dices nada? No importa. De todos modos las cosas comienzan a aclararse. La viejecilla de la encrucijada estaba esperando a alguien que se detuviera delante de un estúpido letrado que prohibía seguir la marcha hacia el este. Ésta era la primera prueba: si el viajero sabía leer. Luego la abuelilla se asegura de otra cosa: ¿quién si no un buen samaritano del Círculo de los Druidas ayudaría en estos tiempos a una viejecilla hambrienta? Cualquiera otro, me juego la cabeza, hasta le hubiera quitado el bastón. La astuta abuelilla sigue investigando, comienza a farfullar acerca de pobres gentes plagadas por la mala fortuna, que necesitan ayuda. El viajero, en lugar de regalarla con patadas e insultos, como haría cualquier habitante común y corriente de estos lares, la escucha con atención. Sí, piensa la abuela, es él. El druida que va a vérselas con la banda que anda saqueando estos andurriales. Y como, sin duda alguna, ella misma ha sido enviada por la tal banda, pues echa mano al cuchillo. ¡Ja! ¡Visenna! ¿Acaso no soy inteligente por encima de la media?

Visenna no respondió. Estaba de pie con la cabeza vuelta hacia la ventana. Veía —las semitransparentes membranas de vejiga de pescado no suponían obstáculo para su visión— el abigarrado pájaro que estaba posado sobre un cerezo.

—¿Visenna?

—Dime.

—¿Qué es un huesero?

—Korin —dijo Visenna en voz alta, volviéndose hacia él—. ¿Por qué te metes en asuntos ajenos?

—Escucha. —Korin no se inmutó ni un ápice por su tono—. Ya estoy metido en tus, como dices, asuntos. Como sabes, me quisieron degollar en tu lugar.

—Por casualidad.

—Pensaba que los hechiceros no creen en las casualidades, sólo en las atracciones mágicas, el concurso de circunstancias y cosas así. Fíjate, cabalgamos en el mismo caballo. Literalmente y en sentido figurado. En pocas palabras... te ofrezco ayuda en una misión cuyo objetivo me imagino. Me tomaría un rechazo como una manifestación de arrogancia. Me han dicho que vosotros, los del Círculo, menospreciáis a los humanos comunes y corrientes.

—Es una mentira.

—Pues me alegro de ello. —Korin sonrió—. Así que no perdamos tiempo. Vamos a la herrería.

IV

Nicolau agarró fuertemente con las tenazas la varilla y la dio la vuelta en el fuego.

—Dale al fuello, Clavija —ordenó.

El aprendiz se colgó a la viga del fuello. Su rostro mofletudo brillaba a causa del sudor. Pese a que las puertas de la herrería estaban abiertas de par en par, hacía un calor insoportable. Nicolau echó la varilla sobre el yunque, con unos cuantos golpes del martillo le estiró la punta.

El aperador Radim, que estaba sentado en un tronco de abedul sin desbistar, también sudaba. Se abrió la túnica y se sacó la camisa de los pantalones.

—Fácil os es platicar, Nicolau —dijo—. A vos las riñas no os son cosa nueva. Todo el mundo sabe que no toda la vida le dierais al martillo en la fragua. Al parecer, antaño testas aporreabais y no yerro.

—Pues alegraros hubierais de que un tal tengáis en el pueblo —dijo el herrero—. Por vez segunda os digo que no habré de ceder una vez más ante los del paso. Ni afanarme para ellos. ¿Que no venís conmigo? Pues solo iré o bien con quien sangre tenga en las venas y no cerveza. Los pillamos en el bosque, les sacamos las tripas de uno en uno, como los trinquemos. ¿Cuántos sean? ¿Treinta? Y puede que menos. ¿Y cuántos caseríos haya a esta parte del puerto? ¿Y mozos de manos fuertes? ¡Sopla, Clavija!

—¡Pos si soplo!

—¡Más brío!

El martillo golpeaba contra el yunque rítmicamente, casi como formando una melodía. Clavija le daba al fuello. Radim se quitó un moco con los dedos, se limpió la mano a la manga.

—Fácil os es platicar —repitió—. ¿Y cuántos de Las Llaves irán?

El herrero soltó el martillo, guardó silencio.

—Tal pensaba —dijo el aperador—. Ninguno irá.

—Las Llaves es caserío de poca gente. Teníais que inquirir en La Cuerna y en La Panoja.

—Sí, y anduve inquiriendo. Ya os dije cómo era. Sin los soldados de Mayena la gente no se menea. Hay quien dice: ¿qué más nos darán los vranes y bobolacos éstos, a los que nos los clavamos en los viernos en un pispas, mas adluego qué hacer cuando se nos echaren encima los hueseros? Echarnos al monte. ¿Y los chozos, y las pertenencias? No nos las hemos de llevar a las costillas. Y contra el huesero nada puede nuestro brazo, lo sabéis.

—¿Y cómo lo voy a saber? ¿Los viera acaso alguien? —gritó el herrero—. ¿Y no va a ser que los tales hueseros no existan? ¿No será que quieran que os caguéis las patas abajo, pecheros? ¿Acaso los vio alguien?

—No digáis sandeces, Nicolau. —Radim bajó la cabeza—. Vos mismo sabéis que los guardias de los tratantes no eran unos pamplinas cualquiera, diestros en el yerro, soldaderas de verdad. ¿Y volvió alguno del paso? Ni uno. No, Nicolau. Hay que esperar, os digo. Si el comes de Mayena ayuda prestara, entonces otra cosa sería.

Nicolau soltó el martillo, puso otra vez la herradura en el fuego.

—No vendrán los soldados de Mayena —dijo con tristeza—. Los señoritingos han reñido entre ellos. Mayena con Razwan.

—¿Y por qué?

—¿Y por qué será por lo que los ricachones se riñan? ¡A mi entender, de aburrimento, sus muertos! —gritó el herrero—. ¡Ya habéis visto al comes! ¿Y para qué pagamos el diezmo a ese mastuerzo?

Sacó la varilla del fuego, todo se llenó de chispas, la agitó en el aire. El aprendiz dio un paso atrás. Nicolau agarró el martillo, golpeó una, dos, tres veces.

—Cuando el comes al mi zagal le diera puerta, mándelo al Círculo aquél a pedir ayuda. A los druidas.

—¿A los hechiceros? —preguntó el aperador con incredulidad—. ¿Nicolau?

—Los mismos. Mas el zagal no volvió entodavía.

Radim meneó la cabeza, se puso en pie, se estiró los pantalones.

—No sé, Nicolau, no sé. No es cosa para persona como yo. Mas al final, y en lo mismo se queda. Ha de esperarse. Termina el trabajo, hora de irse, tengo que...

Un caballo relinchó junto a la herrería.

El herrero se quedó petrificado con el martillo levantado sobre el yunque. Al aperador le castañetearon los dientes. Nicolau, viendo que le temblaban las manos, las limpió inconscientemente en su delantal de cuero. No sirvió de nada. Tragó saliva y se dirigió hacia la puerta en la que se dibujaban claramente las siluetas de unos jinetes. Radim y Clavija le siguieron, muy cerca, por detrás. Al salir, el herrero apoyó la varilla contra una viga que había al lado de la puerta.

Vio a seis, todos a caballo, con lorigas cubiertas de placas de hierro, corazas, cascos de cuero con nosales de acero, que entraban como una sencilla línea de metal entre los enormes ojos de color rojo rubí que ocupaban la mitad del rostro. Estaban sentados en los caballos, inmóviles, como a desgana. Nicolau, pasando los ojos de uno a otro, vio sus armas: cortas adargas de anchas hojas. Espadas con guardas de extraña factura. Hachas de armas. Porras dentadas.

Directamente a la puerta de la herrería había dos. Un alto vran montado en un rucio cubierto de una manta verde y que llevaba el símbolo del sol en el casco. Y el segundo...

El segundo jinete era un ser humano. Llevaba puesta una capa de vran de color verde oscuro, pero bajo el yelmo picudo les miraban unos pálidos ojos azules, no rojos. En aquellos ojos se escondía tanta crueldad fría e indiferente que a Nicolau le atravesó un miedo horroroso que le destrozaba con su frío las entrañas, que le producía vértigo, que fluía como un hormigueo en los muslos. Todo seguía en silencio. El herrero escuchó el zumbido de las moscas que revoloteaban sobre un montón de estiércol detrás de la cerca.

El hombre del casco picudo fue el primero en hablar.

—¿Cuál de vosotros es el herrero?

La pregunta no tenía sentido, el mandil de cuero y el aspecto de Nicolau lo traicionaban al primer golpe de vista. El herrero guardó silencio. Su ojo

se percató del leve gesto que el de los ojos pálidos le hizo a uno de los vranes. El vran se inclinó en la silla y lanzó al paso una puya que llevaba agarrada por la mitad del asta. Nicolau se encogió, cubriendo inconscientemente la cabeza con el brazo. Sin embargo, el golpe no le iba destinado a él. La hoja le dio a Clavija en el cuello y se clavó torcida, profundamente, destrozando la clavícula y la columna. El muchacho chocó de espaldas contra la pared de la herrería, se tropezó con la viga de la entrada y cayó al suelo en la misma puerta.

—He preguntado algo —recordó el hombre del casco picudo, sin levantar la vista de Nicolau. La mano enguantada tocaba el hacha que llevaba colgada en la silla. Dos vranes, que estaban algo más lejos, enchiscaron fuego y prendieron unas antorchas de alquitrán, las fueron repartiendo. Con tranquilidad, al paso, rodearon la herrería, le aplicaron las antorchas al tejado de paja.

Radim no lo resistió. Se cubrió el rostro con las manos, sollozó y echó a correr hacia delante, entre dos caballos. Cuando llegó adonde estaba un alto vran, éste, con un impulso, le clavó una puya en la tripa. El aperador aulló, cayó, encogió y estiró las piernas dos veces. Se quedó inmóvil.

—¿Y qué, Nicolau o como te llames? —dijo el de los ojos pálidos—. Te has quedado solo. ¿Y para qué todo esto? Alborotar a las gentes, mandar a no sé quién a por ayuda. ¿Pensabas que no nos íbamos a enterar? Estás tonto. Hay por las aldeas quienes delatan todo, para buscarse favores.

El tejado de la herrería se agitó, crujió, expulsó un sucio humo amarillento, por fin crepitó, estalló en llamas, brotaron las chispas, escupió un poderoso hálito de fuego.

—Le atrapamos a tu aprendiz, cantó adonde lo mandaste. A quien ha de venir de Mayena también lo estamos esperando —continuó el humano del yelmo picudo—. Sí, Nicolau. Has metido tu podrida nariz donde no tenías que haberlo hecho. Por ello vas a saborear una experiencia bastante desagradable. Sí, pienso que lo mejor es empalarte. ¿Hay por aquí un palo como es debido? O mejor todavía: te colgamos por los pies de las puertas del establo y te despellejamos como a un pescado.

—Venga, basta ya de tanto hablar —dijo el alto vran del sol en el yelmo, al tiempo que lanzaba su tea por la puerta abierta de la herrería—.

Ahora mismo estará aquí toda la aldea. Terminemos con él en un tristrás, tomemos los caballos del establo y vayámonos. ¿De dónde sacáis vosotros, los humanos, ese gusto por la tortura, por producir dolor? ¿Y para colmo innecesario? Venga, termina con él.

El de los ojos pálidos no volvió la cabeza en dirección al vran. Se inclinó en la silla, espoleó al caballo hacia el herrero.

—Muévete —dijo. En sus ojos pálidos ardía la alegría del asesino—. Adentro. No tengo tiempo para darte lo que te mereces. Pero por lo menos puedo asarte.

Nicolau dio un paso hacia atrás. Sintió en la espalda el calor de la herrería en llamas, el estruendo de las vigas que caían del techo. Un paso más. Tropezó con el cuerpo de Clavija y con la varilla que el muchacho había tirado al caerse.

La varilla.

El herrero se agachó como un relámpago, aferró el pesado hierro y sin incorporarse, desde abajo, con toda la fuerza que le daba el odio, lanzó la varilla directamente hacia el pecho del de los ojos pálidos. La afilada hoja cincelada atravesó la loriga. Nicolau no esperó a que el hombre cayera del caballo. Se lanzó por delante, cruzando el corral en diagonal. Detrás de él un grito, un trote de caballos. Alcanzó la zahúrda, aferró con los dedos una estaca que estaba apoyada en la pared, de inmediato, en media vuelta, a ciegas, golpeó. El golpe le dio al morro del rucio de la enjalma verde. El caballo se puso de patas, tirando contra el polvo del corral al vran del sol en el yelmo. Nicolau se inclinó, una corta lanza se clavó con un sonido seco en la puerta de la zahúrda, se quedó vibrando. Otro vran, sacando la espada, contuvo al caballo que se giraba para evitar el silbante golpe de la estaca. Otros tres cargaron contra él, gritando, echando mano a las armas. Nicolau jadeó, se protegió con un terrible molinete que hizo con el pesado palo. Le dio a algo, otra vez a un caballo, que relinchó y bailó sobre las patas traseras. El vran se mantuvo en su silla.

Por encima de la valla, viniendo del bosque, apareció volando un caballo, cayó a tierra, se topó con el rucio de la enjalma verde. El rucio se asustó, tiró del bocado, haciendo caer al suelo al alto vran que intentaba montarlo. Nicolau, sin creer sus propios ojos, vio que el nuevo jinete se

desdoblaba: un canijo cubierto con capucha que estaba inclinado sobre el cuello del caballo y un rubio con una espada que iba sentado detrás.

La larga y delgada hoja de una espada dibujó dos semicírculos, dos relámpagos. Barrió de la silla a dos vranes, que cayeron a tierra entre nubes de polvo. Un tercero, empujado hasta la zahúrda, se enfrentó a la extraña pareja y recibió una punzada bajo la barba, justo por encima de su pechera de acero. La afilada hoja brilló en el momento de salir del cuello. El rubio se dejó caer del caballo y corrió a través del patio, separando al alto vran de su montura. El vran tomó su espada.

El quinto vran deambulaba por el centro del corral, intentando dominar a su caballo, que bailoteaba por miedo a las llamas de la herrería. Llevaba el hacha de armas alzada, miraba a su alrededor, vacilaba. Por fin lanzó un grito, picó espuelas y se lanzó contra el canijo que estaba aferrado a la crin del caballo. Nicolau vio cómo el pequeño se bajaba la capucha y se quitaba una cinta de la frente, se dio cuenta de hasta qué punto se había equivocado. La muchacha agitó una melena de cabellos rojos y gritó algo ininteligible, estirando la mano en dirección al vran que cargaba contra ella. De sus dedos estalló una fina corriente de luz brillante como el mercurio. El vran voló de su silla, dibujó un arco en el espacio y cayó a tierra. Su ropa humeaba. El caballo, golpeando en el suelo con sus cuatro cascos, relinchaba, meneaba la testa.

El alto vran con el sol en su yelmo retrocedió poco a poco ante el rubio en dirección a la herrería en llamas, inclinado, con las dos manos por delante, la derecha con la espada. El rubio dio un salto, cruzaron espadas una, dos veces. La espada del vran voló a un lado y él mismo cayó de cabeza hacia delante, gritó por la espada que lo atravesaba. El rubio retrocedió, dio un tirón, sacó la hoja de la espada. El vran cayó de rodillas, se inclinó, golpeó con el rostro en la tierra.

El jinete al que la pelirroja había tirado de su silla con un rayo se puso a cuatro patas y removi6 a su alrededor buscando un arma. Nicolau dio un respingo a causa de la sorpresa, dio dos pasos, alzó la estaca y la dejó despeñarse sobre la nuca del caído. Se oyó un crujir de huesos.

—No era necesario —escuchó a su lado.

La mujer del traje de hombre tenía pecas y los ojos azules. En su frente brillaba una extraña joya.

—No era necesario —repitió.

—Su señoría —tartamudeó el herrero, al tiempo que sujetaba su palo como un guardia su alabarda—. Quemaron... la fragua. Mataron al mozo, los malnacidos. Y a Radim. Malnacidos, cuatrerros. Señora...

El rubio dio la vuelta con el pie al alto vran, lo miró, después de lo cual se acercó, al tiempo que guardaba la espada.

—Bueno, Visenna —dijo—. Ahora ya me he metido hasta el cuello. Algo que me intranquiliza es si habré apiolado a los que se lo merecían.

—¿Eres el herrero Nicolau? —preguntó Visenna, alzando la cabeza.

—Sí. ¿Y vos sois del Círculo de los Druidas, su señoría? ¿De Mayena?

Visenna no respondió. Miró al borde del bosque, al grupo de gente que se acercaba corriendo.

—Son los míos —dijo el herrero—. De Las Llaves.

V

—¡A tres nos cargamos! —barritó el caudillo de negras barbas del grupo de La Cuerna, agitando una guadaña que estaba clavada verticalmente en el suelo—. ¡Tres, Nicolau! Tras las mozas por los campos iban corriendo y allá nosotros les... ¡No más uno acertó a tomar soleta, alcanzó el caballo, el hideputa!

Sus gentes, extendidas por el campo en el interior del círculo de hogueras que lanzaban a la oscuridad del cielo nocturno los puntitos de las chispas que revoloteaban, gritaban, algarabeaban, agitaban las armas. Nicolau alzó la mano, mandó callar, quería seguir escuchando el relato.

—A nuestro pueblo ayer se nos arrevinieron cuatro —comentó el viejo alcalde de La Panoja, delgado como un perantón—. A por mí. Alguno debió de haber cantado que andaba en tratos con vos, herrero. Tiempo tuve de meterme en la troje de las cuadras, subí la escalera, el vierno en las manos, grito, voto al infierno, venirsus pacá, grito. Andaban tramando chiscarle fuego a las cuadras, despedirse de mí, pensé, mas la gente del pueblo no se quedaron atrás, se les echaron todos arrejuntaos. Como iban a caballo, aventáronse. Alguno de los nuestros la espichó, mas tiraron a uno de la silla.

—¿Vivo? —preguntó Nicolau—. Os despaché para apresar a alguno vivo.

—Eeeeh —se indignó el perantón—. No hubimos tiempo. Las mozas asieron la agua hirviendo y fueron las primeras en llegar...

—Siempre se ha dicho que en La Panoja las mozas son fogosas —murmuró el herrero, al tiempo que se rascaba el cuello—. ¿Y al chivato?

—Dimos con él —respondió en pocas palabras el flacucho, sin entrar en detalles.

—Bien. Y ahora escuchar, gentes. Dónde aniden éstos, ya lo sabemos. En el monte, cabe los pastos de las ovejas, hay cuevas en los roquedales. Ende allí los bandidos nos atacaban y allí los habremos de atrapar. Paja y támaras hemos de llevar en los carros, los vamos a ahumar como a tejones. Cortaremos el camino a los malnacidos, no huirán. Tal me recomendara el caballero llamado Korin. Y yo mismo, bien sabéis, no soy virgen en tales luchas. Antes de que asentárame en Las Llaves, en los tiempos de la guerra, hostigábamos a los vranes con el voievoda Menazas.

Otra vez se alzaron gritos de guerra desde el silencio, pero pronto se acallaron, ahogados por palabras al pronto dichas bajito, vacilando. Luego más fuerte. Por fin reinó el silencio.

Visenna salió de detrás de Nicolau, se puso a su lado. No le llegaba siquiera a los hombros. La turba murmuró. Nicolau alzó de nuevo las dos manos.

—Llegó la hora —gritó— en que no hay por qué secretar más el que yo mandara a por socorro a los druidas del Círculo, cuando el comes de Mayena nos negara el favor. No me es tampoco nuevo el que muchos de vosotros ven con malos ojos esto.

La turba fue enmudeciendo lentamente, pero todavía murmuraba, ronroneaba.

—He aquí a doña Visenna —dijo Nicolau lentamente—. Del Círculo de Mayena. Apresuróse ella a venir en nuestro socorro sin dudarlo. Quienes son de Las Llaves la conocen ya, pues anduvo allá aliviando enfermos, sanando con ese su poder. Sí, paisanos. Pequeña es la señora, mas grande su poder. ¡Más allá de nuestros entenderes ese poder, nos turba él, mas en ayuda nuestra viene!

Visenna no dijo ni palabra, no habló ni realizó gesto alguno en dirección a los allí reunidos. Pero la fuerza oculta de aquella pequeña hechicera era increíble. Korin sintió con asombro que lo embarga un extraño entusiasmo, que el miedo ante lo que se oculta en el desfiladero, el miedo a lo desconocido, desaparece, se deshace, deja de existir, no importa mientras brille la luminosa joya de la frente de Visenna.

—Así habréis de ver —continuó Nicolau— que también para el tal huesero hallaremos remedio. No vamos solos, ni sin armas. ¡Mas debemos

destripar a esos truhanes!

—¡Bien habló Nicolau! —gritó el barbudo de La Cuerna—. ¡Y a nosotros qué los hechizos! ¡Al paso, paisanos! ¡A darle de ostias al huesero!

La turba aulló con una sola voz, las llamas de las hogueras se reflejaron en las hojas de guadañas, picos, hachas y viernos.

Korin se abrió paso por entre la muchedumbre, se acercó al bosque, encontró un caldero colgado sobre el fuego, un plato y una cuchara. Rebañó del fondo del caldero unos restos requemados de gachas con jamón. Se sentó, apoyó el plato en las rodillas, comió despacio, escupiendo la corteza del jamón. Al cabo percibió la presencia de alguien.

—Siéntate, Visenna —dijo con la boca llena.

Siguió comiendo, mirando de vez en cuando su perfil, a medias cubierto por una cascada de cabellos rojos como la sangre a la luz del fuego. Visenna guardaba silencio, tenía la vista clavada en las llamas.

—Eh, Visenna, ¿por qué estamos los dos aquí sentados como dos mochuelos? —Korin dejó a un lado su plato—. Yo no puedo estar así, me pongo triste y me entra frío. ¿Dónde han metido éstos el aguardiente? Hace un rato había por aquí una garrafa, maldita sea. Oscuro como...

La druidesa se volvió hacia él. Sus ojos brillaban con unos destellos extrañamente verdosos. Korin se calló.

—Sí. Cierto —dijo al cabo, y carraspeó—. Soy un ladrón. Un mercenario. Un truhán. Me metí en esto por que me gustan las peleas y me da igual quién se pelee. Sé lo valiosos que son el jaspe y el jade y otras piedras como las que todavía se encuentran en las minas de Amell. Quiero llenarme los bolsillos. Me da igual cuántos de ellos vayan a morir mañana. ¿Qué más quieres saber? Yo mismo te lo diré, no hace faltas que uses esa joya que llevas escondida bajo la piel de serpiente. No tengo intenciones de ocultar nada. Tienes razón, no pego contigo, ni con tu noble misión. Eso es todo. Buenas noches. Me voy a dormir.

Contra sus palabras, no se levantó. Solamente asió un palo y dio con él unas cuantas veces al leño que se estaba quemando.

—Korin —dijo Visenna en voz baja.

—¿Sí?

—No te vayas.

Korin bajó la cabeza. Unos géiseres de llamas azuladas surgieron del tronco de abedul en la hoguera. La miró, pero no pudo aguantar la vista de aquellos increíbles ojos brillantes. Volvió la cabeza en dirección a la lumbre.

—No te exijas demasiado a ti mismo —dijo Visenna mientras se envolvía en la capa—. Es normal que lo que no es natural despierte miedo. Y asco.

—Visenna...

—No me interrumpas. Sí, Korin, la gente necesita nuestra ayuda, nos lo agradecen, a menudo incluso de todo corazón. Pero se avergüenzan de nosotros, nos temen, no nos miran a los ojos, escupen a nuestras espaldas. Los más inteligentes, como tú, son menos sinceros. No eres una excepción, Korin. Ya he oído a muchas personas decir que no son suficientemente dignas de sentar conmigo junto al mismo hogar. Y resulta que esto es lo que nosotros necesitamos de esos... normales. O su compañía.

Korin guardaba silencio.

—Sé —continuó Visenna— que te sería más sencillo si tuviera una barba gris hasta la tripa y una nariz ganchuda. Entonces, el asco hacia mi persona no te produciría esa tormenta en tu cabeza. Sí, Korin, asco. Esta joya que llevo en la frente es una calcedonia... A ella le debo en buena medida mis capacidades mágicas. Tienes razón, con ayuda de esta calcedonia soy capaz de leer los pensamientos más claros. Los tuyos son hasta demasiado claros. No exijas que por ello me sea más agradable. Soy una hechicera, una maga, pero aparte de ello, una mujer. Vine aquí porque quería acostarme contigo.

—Visenna...

—No. Ya no quiero.

Siguieron sentados en silencio. El abigarrado pájaro, en lo profundo del bosque, en la oscuridad, en las ramas de un árbol, sintió miedo. En el bosque había buhos.

—Con lo del asco —habló Korin por fin— has exagerado un poco. Reconozco que produces en mí algo parecido al... desasosiego. No tendrías que haber permitido que contemplara aquello, en el cruce. El cadáver aquél, ¿sabes?

—Korin —dijo la hechicera con tranquilidad—. Cuando tú, junto a la herrería, le clavaste la espada al vran en la garganta, yo por poco no vomito en la crin del caballo. Tuve problemas para mantenerme en la silla. Pero dejemos a un lado nuestras especialidades. Terminemos la conversación que no nos lleva a ningún sitio.

—Terminemos, Visenna.

La hechicera se envolvió aún más en su capa. Korin echó al fuego unas cuantas astillas.

—¿Korin?

—¿Sí?

—Quisiera que dejara de serte indiferente cuánta gente morirá mañana. Gente... y otros. Cuento con tu ayuda.

—Te ayudaré.

—Eso no es todo. Queda el asunto del paso. Debo abrir el camino por el Klamat.

Korin señaló con la punta de un palo que estaba ardiendo a las otras hogueras y a las personas alrededor de ellas, unas dormidas, otras sumidas en conversaciones en voz baja.

—Con nuestro maravilloso ejército —dijo—, no tendríamos por qué tener ningún problema...

—Nuestro ejército echará a correr para su casa en el momento en que deje de embriagarlos con hechizos —sonrió triste la hechicera—. Y yo no los voy a hechizar. No quiero que ninguno de ellos muera en una lucha que no es la suya. Porque el huesero no es asunto suyo, sino del Círculo. Tengo que ir sola al desfiladero.

—No. No irás sola —dijo Korin—. Iremos allí juntos. Yo, Visenna, desde pequeño he sabido siempre cuándo hay que echar a correr y cuándo es todavía demasiado pronto. Esta sabiduría la perfeccioné mediante años de práctica y gracias a ello tengo ahora fama de valiente. No tengo intenciones de menoscabar mi fama. No tienes que embriagarme con hechizos. Primero veremos qué aspecto tiene ese huesero. Hablando en plata, según tú, ¿qué es ese huesero?

Visenna bajó la cabeza.

—Me temo —susurró— que es la muerte.

VI

No se dejaron sorprender en las cuevas. Estaban esperando a caballo, inmóviles, rectos, con la mirada fija en los campesinos armados que salían del bosque. El viento que agitaba sus capas los hacía parecer delgados pájaros de presa de plumas raídas, amenazadores, producían respeto y miedo.

—Dieciocho —contó Korin, puesto en pie—. Todos a caballo. Seis caballos de refresco. Un carro. ¡Nicolau!

El herrero formó rápidamente a su destacamento. Armados con picas y lanzas, se arrodillaron al borde del bosque, clavando el culo de sus armas en la tierra. Los arqueros eligieron posiciones detrás de los árboles. El resto retrocedió hasta la espesura.

Uno de los jinetes se movió en su dirección, se acercó. Detuvo el caballo, alzó las manos sobre la cabeza, gritó algo.

—Una trampa —murmuró Nicolau—. Los conozco, hijos de una perra.

—Ahora nos enteraremos —dijo Korin, saltando de la silla—. Ven.

Se acercaron lentamente hacia el jinete, los dos. Al cabo de un instante Korin vio que Visenna iba detrás de ellos.

El jinete era un bobolaco.

—En pocas palabras —gritó, sin bajarse del caballo. Sus pequeños ojos brillantes resaltaban medio escondidos entre el pelaje que cubría el rostro—. Soy el jefe actual del grupo que estáis viendo. Nueve bobolacos, cinco humanos, tres vranes y un elfo. Los otros están muertos. Hubo un malentendido entre nosotros. Nuestro anterior jefe, cuyas ideas nos trajeron hasta aquí, está en la cueva, allí, atado de pies y manos. Haced con él lo que queráis. Nosotros nos vamos.

—Ciertamente han sido pocas palabras —bufó Nicolau—. Vosotros queréis iros. Y nosotros queremos sacaros las tripas. ¿Qué dices a eso?

El bobolaco mostró unos dientes puntiagudos, enderezó su pequeña figura sobre la silla.

—¿Piensas que pacto por miedo a vosotros, por vuestra banda de cagones con patas de paja? Pues si queréis, os pasaremos por encima. Éste es nuestro oficio, paisano. Sé lo que arriesgamos. Incluso si algunos caen, el resto cruzará. Así es la vida.

—El carro no cruzará. Así es la vida.

—Contamos con ello.

—¿Qué hay en el carro?

El bobolaco escupió por encima de su hombro derecho.

—Un veinteavo de lo que se quedó en la cueva. Y para que todo esté claro: si decís que el carro se ha de quedar, no hay trato. Si tenemos que salir de esta andanza sin beneficio alguno, entonces preferimos tener la conciencia de que no será sin lucha. Venga, ¿entonces qué? Si vamos a luchar, prefiero ahora, temprano, antes de que empiece a pegar el sol.

—Eres valiente —le dijo Nicolau.

—Así son todos los de mi familia.

—Os dejaremos pasar si dejáis las armas.

El bobolaco escupió de nuevo, para variar, esta vez por el hombro izquierdo.

—De eso nada —ladró.

—Ahí te duele. —Korin sonrió—. Sin armas no sois más que basura.

—¿Y tú quién eres sin armas? —preguntó el bobolaco sin emoción—. ¿Un príncipe? Pues si veo lo que eres. ¿Piensas que estoy ciego?

—Con las armas, igual dispuestos estaríais a volver —dijo Nicolau despacio—. Manque fuera por los restos de lo que quedara en la cueva, como dices. A por más beneficio, si cabe.

El bobolaco mostró los dientes.

—Se le anduvo dando vueltas a un plan así. Pero renunciamos a ello después de una corta discusión.

—Y muy bien hecho —habló de pronto Visenna, saliendo desde detrás de Korin, poniéndose justo delante del caballo—. Y muy bien que

renunciarais a ello, Kehl.

A Korin le dio la sensación de que de pronto el viento se había hecho más fuerte, y aullaba entre las rocas y las hierbas, les golpeaba con su frialdad. Visenna siguió hablando con una voz extraña, metálica.

—Aquél de vosotros que intente volver, morirá. Lo veo y lo predigo. Idos de aquí ahora mismo. Ahora mismo. De inmediato. Aquél que intente volver, morirá.

El bobolaco se inclinó, miró a la hechicera por sobre el cuello del caballo. No era joven. Tenía el pelaje casi ceniciento, regado de mechones blancos.

—¿Eres tú? Lo pensaba. Estoy contento de que... No importa. Te dije que no tenemos intenciones de volver. Nos unimos a Fregenal para ganar dinero. Pero se acabó. Ahora tenemos encima al Círculo y a todas las aldeas, Fregenal comenzó a decir tonterías sobre el dominio del mundo. Estamos hartos de él y de ese bicharraco del paso.

Tiró de las riendas, dio la vuelta al caballo.

—¿Para qué hablo? Nos vamos. Que tengáis salud.

Nadie le contestó. El bobolaco vaciló, miró al borde del bosque, luego miró a la fila inmóvil de sus jinetes. De nuevo se inclinó en la silla y miró a Visenna a los ojos.

—Yo estaba en contra del atentado contra ti —dijo—. Ahora veo que con razón. Si te digo que el huesero es la muerte, irás de todas formas hasta el desfiladero, ¿verdad?

—Verdad.

Kehl se incorporó, gritó al caballo, galopó hasta los suyos. Al cabo, los jinetes, formando columna, rodeando al carro, se dirigieron hacia el camino. Nicolau ya estaba con los suyos, peroraba, calmaba al barbas de La Cuerna y a otros que exigían sangre y venganza. Korin y Visenna observaron en silencio el destacamento que pasaba a su lado. Éstos cabalgaban despacio, con la vista fija hacia adelante, demostrando serenidad y un frío desprecio. Sólo Kehl, al pasar junto a ellos, alzó levemente una mano en gesto de despedida, mirando a Visenna con una extraña mueca en el rostro. Luego separó bruscamente el caballo, galopó hacia su columna, desapareció entre los árboles.

VII

El primer cadáver yacía junto a la misma entrada a la gruta, arrugado, metido entre sacos de lana y un montón de leña. El pasillo se bifurcaba, al otro lado de la bifurcación yacían otros dos cuerpos. Uno estaba casi por completo desprovisto de cabeza a causa del golpe de una maza o una porra, el otro estaba cubierto de una manta de sangre por las múltiples heridas. Todos eran humanos.

Visenna se quitó la cinta de la frente. De su diadema emanaba un brillo más claro que la luz de las antorchas, iluminando el oscuro interior de la caverna. El pasillo los condujo a una gruta todavía mayor. Korin silbó bajito entre dientes. Al pie de las paredes había cajas, bolsas y barriles, se amontonaban gavillas de guarniciones de caballos, balas de algodón, armas, herramientas. Algunas cajas estaban destrozadas y vacías. Otras estaban llenas. Al pasar, Korin vio las perillas verde mate del jaspe, los oscuros brillos del jade, el ágata, el opal, el crisopacio y otras piedras que no conocía. En el suelo de piedra, centelleando por acá y por allá con puntitos dispersos del oro, la plata y el cobre de las monedas, yacían apretados sin orden hatos de pieles de castor, lince, zorro y glotón.

Visenna, sin detenerse ni siquiera un instante, se apresuró a la siguiente caverna, que era significativamente más pequeña, más tenebrosa. Korin la siguió.

—Aquí estoy —dijo una forma oscura y borrosa que yacía sobre un montón de mantas y pieles que cubrían la tierra.

Se acercaron. El hombre que estaba atado era bajo, calvo, gordo. Una enorme contusión le cubría la mitad del rostro.

Visenna tocó la diadema, la calcedonia brilló por un segundo con una luz más poderosa.

—No es necesario —habló el atado—. Te conozco. Me he olvidado de cómo te llamaban. Sé qué es lo que llevas en la frente. No es necesario, te digo. Me atacaron cuando estaba dormido, se llevaron mi anillo, destruyeron mi varita. No tengo poderes.

—Fregenal —dijo Visenna—. Has cambiado.

—Visenna —murmuró el gordito—. Me he acordado. Pensaba que sería un hombre, por eso envié a Manissa. Mi Manissa se las hubiera arreglado bien con un hombre.

—No se las arregló —se jactó Korin, mirando a su alrededor—. Aunque hay que hacerle justicia a la difunta. Hizo todo lo que pudo.

—Una pena.

Visenna paseó la vista por la cueva, se dirigió a paso seguro hacia un rincón, con la punta del zapato dio la vuelta a una piedra y sacó del agujero bajo ella una olla de barro tapada con una piel engrasada. Cortó el cordelillo con su hoz de oro, extrajo un pliego de pergamino. Fregenal se la quedó mirando con odio.

—Vaya, vaya —dijo con la voz temblando de odio—. Qué talento, mis felicitaciones. Así que sabemos encontrar cosas escondidas. ¿Y qué más sabemos? ¿Leer el futuro en tripas de carnero? ¿Curarle el flato a las terneras?

Visenna repasó hoja tras hoja, sin prestarle atención.

—Curioso —dijo al cabo—. Hace once años, cuando te expulsaron del Círculo, desaparecieron ciertas páginas de los Libros Prohibidos. Me alegro de haberlas encontrado y, además, enriquecidas con comentarios. Que te hayas atrevido a utilizar la Doble Cruz de Alzur, qué cosas. No creo que no recuerdes cómo acabó Alzur. Al parecer algunos de sus monstruos siguen todavía dando tumbos por el mundo, entre ellos el último, el wijuno, el que lo destrozó a él y destruyó medio Maribor antes de huir al bosque en los Tras Ríos.

Dobló algunos pergaminos en cuatro, se los guardó en un bolsillo en la manga de encaje de su túnica. Desplegó los otros.

—Ajá —dijo, frunciendo el ceño—. El Modelo de la Raíz, un tanto cambiado. Y aquí el Triángulo dentro del Triángulo, la forma de provocar una serie de mutaciones y un tremendo crecimiento de la masa del cuerpo.

¿Y qué, te sirvió para la creación de puertas, Fregenal? ¿Qué es esto? Parece un simple tendarapo. Fregenal, aquí falta algo. ¿Sabes de lo que estoy hablando, espero?

—Me alegro de que lo hayas advertido. —El hechicero se enfadó—. ¿Un simple tendarapo, dices? Cuando este simple tendarapo salga del desfiladero el mundo entero se quedará mudo de espanto. Por un instante. Y luego comenzará a gritar.

—Vale, vale. ¿Dónde están los hechizos que faltan aquí?

—En ningún lado. No quería que cayeran en las manos impropias. Especialmente en las vuestras. Sé que todo el Círculo sueña con el poder que pueden tener gracias a ellos, pero no podréis. Nunca conseguiréis crear algo que sea ni la mitad de terrible que mi huesero.

—Parece ser que te han dado de palos en la cabeza —dijo Visenna con serenidad—. Y a ello hay que adjudicar el que no hayas recuperado la capacidad de pensar claramente todavía. ¿Quién está hablando aquí de crear nada? Va a haber que destrozar y destruir a tu monstruo. De forma muy sencilla, revertiendo el hechizo de atadura, es decir, el Efecto de Espejo. Por supuesto, el hechizo de atadura estaba ligado a tu varita, así que habrá que reconstruirlo con mi calcedonia.

—Demasiados de esos «habrá que» —ladró el gordo—. Puedes estar aquí sentada y habraquear lo que quieras hasta el día del juicio, mi resabihonda señorita. ¿De dónde sacas esa idea tan estúpida de que te voy a revelar el hechizo de ligadura? No me vas a sacar nada, ni vivo, ni muerto. Tengo un bloqueo. No me mires de ese modo, porque el pedrusco te va a quemar la frente. Andando, desátame, que se me han dormido las piernas.

—Si quieres te doy unas patadas. —Korin sonrió—. Esto te reavivará la circulación. Me parece que no te das cuenta de tu situación, calvorota. Dentro de unos instantes aparecerán por aquí los campesinos a los que les estuviste fastidiando y te despedazarán con cuatro caballos. ¿Has visto alguna vez algo así? Primero te arrancarán las manos.

Fregenal estiró el cuello, desencajó los ojos e intentó escupir a Korin en las botas, pero desde la posición en que se hallaba era difícil. No consiguió más que llenarse de saliva la barbilla.

—¡Esto es lo que hago con vuestras amenazas! —bramó—. ¡No me haréis nada! ¿Qué es lo que te imaginas, vagabundo? ¡Te has metido en asuntos que son mayores que tú! ¡Pregúntale a ella por qué está aquí! ¡Visenna! ¡Acláraselo, resulta que te tiene por la noble salvadora de los oprimidos, luchadora por el bienestar de los pobres! ¡Y esto va de dinero, cretino! ¡De mucho dinero!

Visenna guardaba silencio. Fregenal se estiró, chirriaron sus ligaduras, se giró con esfuerzo hacia un lado, dobló las piernas por las rodillas.

—¿Y no es verdad —gritó— que el Círculo te ha enviado para que le devuelvas la gallina de los huevos de oro que ha dejado de poner? ¡Porque el Círculo saca sus buenos beneficios de la extracción del jaspe y el jade, les pilla una buena mordida a los mercaderes y a las caravanas a cambio de la protección que les dan los amuletos que, sin embargo, no funcionan con mi huesero!

Visenna no dijo nada. No miraba al atado. Miraba a Korin.

—¡Ajá! —gritó el hechicero—. ¡Ni siquiera lo niegas! Así que ya es de conocimiento general. En otros tiempos sólo sabían de ello los viejos, y seguía manteniéndose a las mocosas como tú en la creencia de que el Círculo se creó sólo para luchar contra el mal. No me extraña. El mundo está cambiando, la gente poco a poco comienza a entender que sin hechizos ni hechiceros también se puede vivir. A poco que os descuidéis, os quedaréis sin trabajo, obligados a vivir de lo que hayáis robado hasta entonces. No os interesa nada, sólo el beneficio. Por eso me vais a soltar ahora mismo. No me mataréis ni dejaréis que me maten porque eso le produciría aún más pérdidas al Círculo. Y el Círculo no os lo perdonaría, está claro.

—No está claro —dijo Visenna con voz fría, al tiempo que se cruzaba los brazos sobre el pecho—. Sabes, Fregenal, las mocosas como yo no suelen prestarle demasiada atención al bien común. A mí qué más me dará que el Círculo pierda o gane o que incluso deje de existir. Siempre puedo mantenerme a base de curar el flato a las terneras. O la impotencia a ceporros como tú. Pero esto no importa. Lo que importa es que quieres vivir, Fregenal, y por esa razón le vas a dar a la sin hueso. Todo el mundo quiere vivir. Por eso ahora, aquí, donde estamos, me revelarás el hechizo de

ligadura. Luego me ayudarás a encontrar al huesero y destruirlo. Y si no... En fin, me iré al bosque un rato, daré un paseo. Luego siempre puedo decir en el Círculo que no pude vigilar a los campesinos enfurecidos.

—Siempre fuiste una cínica —dijo el hechicero rechinando los dientes—. Incluso entonces, en Mayena. Sobre todo en tus contactos con los hombres. Tenías catorce años y ya se hablaba mucho de tu...

—Silencio, Fregenal —le interrumpió la druidesa—. Lo que dices no me causa impresión alguna. Y tampoco a él. No es mi amante. Di que estás de acuerdo. Y terminemos con este juego. Porque por supuesto que estás de acuerdo.

Fregenal puso los ojos en blanco, volvió la cabeza.

—Por supuesto —gorjeó—. ¿Me tienes por idiota? Todos quieren vivir.

VIII

Fregenal se detuvo, se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Allí, detrás de esa roca, comienza una garganta. En los viejos mapas lleva el nombre de Dur-tan-Orit, el Barranco del Oso. Es la entrada a Klamat. Aquí tenemos que dejar a los caballos. A caballo no tenemos ni la más remota posibilidad de acercarnos a él sin ser advertidos.

—Nicolau —dijo Visenna, desmontando—. Esperad aquí hasta la noche, nada más. Si no vuelvo, no entréis en el paso por nada del mundo. Volved a casa. ¿Me has entendido, Nicolau?

El herrero asintió con la cabeza. Con él había sólo cuatro aldeanos. Los más atrevidos. El resto del destacamento se había ido deshaciendo por el camino como la nieve en mayo.

—He entendido, señora —murmuró, posando sus ojos sobre Fregenal—. Raro me es que os encomendéis a ese malnacío. A mi entender, tenían razón los mozos. Habría que haberlo arrancado la testa. Mirarlo talmente, señora, esos ojos de gorrino, esos morros de felón.

Visenna no le contestó. Se hizo sombra en los ojos con la mano, miró hacia arriba, a la entrada de la garganta.

—Ve delante, Fregenal —le ordenó Korin, tirando del cinturón.

Avanzaron.

Al cabo de media hora de marcha encontraron el primer carro, volcado, destrozado. Y después otro, con una rueda rota. Esqueletos de caballos. El esqueleto de un hombre. Un segundo. Un tercero. Un cuarto. Una pila. Una pila de huesos rotos, quebrados.

—Hijo de puta —dijo Korin en voz baja mirando a un cráneo a través de cuyas órbitas habían crecido ya tallos de ortigas—. Éstos son

mercaderes, ¿no? No sé lo que me contiene...

—Hicimos un trato... —le interrumpió Fregenal apresuradamente—. Hicimos un trato. Os dije todo, Visenna. Os estoy ayudando. Os conduciré a él. ¡Hicimos un trato!

Korin escupió. Visenna lo miró, pálida, luego se volvió en dirección al hechicero.

—Hicimos un trato —confirmó—. Me ayudarás a encontrarlo y a destruirlo y luego te irás por donde quieras. Tu muerte no resucitará a los que yacen aquí.

—Destruir, destruir... Visenna, te lo advierto otra vez y lo repito: ponlo en letargo, parálizalo, conoces el hechizo. Pero no lo destruyas. Vale una fortuna. Siempre puedes...

—Silencio, Fregenal. Ya hemos hablado de ello. Avanza.

Siguieron adelante, evitando cuidadosamente los esqueletos.

—Visenna —platicó Fregenal al cabo—. ¿Te das cuenta del riesgo? No es cosa de poca monta. ¿Sabes? Con el Efecto de Espejo a veces no sale. Si la inversión no funciona, estamos perdidos. He visto de lo que él es capaz.

Visenna se detuvo.

—No hables —dijo—. ¿Por quién me tomas? La inversión funcionará si...

—Si no nos has engañado —se entrometió Korin con una voz sorda de rabia—. Y si nos has engañado... Has dicho que has visto de lo que es capaz ese monstruo. ¿Pues sabes de lo que yo soy capaz? Conozco un corte después del cual al cortado le queda una oreja, una mejilla y media mandíbula. Puede sobrevivirse a él, pero luego ya no se puede, entre otras cosas, tocar la flauta.

—Visenna, tranquiliza a este asesino —balbuceó Fregenal, pálido—. Explícale que no pude engañarte, que lo hubieras sentido...

—No hables tanto, Fregenal. Ve delante.

Luego se encontraron los siguientes carros. Y los siguientes esqueletos. Cajas torácicas mezcladas, retorcidas, blancas sobre la hierba, tibias que surgían de las plantas, cráneos monstruosamente sonrientes. Korin guardaba silencio, apretando el puño de la espada en su mano sudorosa.

—Tened cuidado —susurró Fregenal—. Estamos cerca. No hagáis ruido.

—¿A qué distancia reacciona? Fregenal, te estoy hablando a ti.

—Ya te lo diré.

Continuaron, examinando las paredes de la garganta, verticales, cubiertas de deformes troncos de arbustos, señaladas con las líneas de barrancos y de montones de piedras.

—¿Visenna? ¿Lo percibes ya?

—Sí. Pero borrosamente. ¿A qué distancia, Fregenal?

—Te lo diré. Una pena que no pueda ayudarte. Sin varita ni anillo no puedo hacer nada. No tengo poderes. A menos que...

—¿A menos que qué?

—¡Esto!

Con una rapidez que resultaba difícil imaginar en él, el gordo arrancó de la tierra un pedazo de roca de afilados cantos y golpeó a Visenna en la parte de atrás de la cabeza. La druidesa cayó sin un gemido, con el rostro hacia abajo. Korin agitó la espada, pero el hechicero era increíblemente ágil. Cayó sobre las cuatro patas, evitando la hoja, se retorció por entre las piernas de Korin y la piedra, la cual no había soltado de la mano, se la clavó en la rodilla. Korin aulló, cayó, el dolor le cortó el aliento por un instante y luego una ola de náusea le subió desde el esófago hasta la garganta. Fregenal se incorporó como un gato, con intenciones de repetir el golpe.

El pájaro abigarrado cayó desde lo alto como un proyectil, rozando el rostro del hechicero. Fregenal retrocedió, agitando las manos, dejó caer la piedra. Korin, apoyado en un codo, lanzó un tajo de espada fallando por un pelo el muslo del gordo, quien a su vez se volvió y galopó de vuelta hacia el Barranco del Oso, aullando y riendo. Korin intentó levantarse y perseguirlo, pero el esfuerzo de alzarse de la tierra le nubló la vista. Cayó de nuevo, lanzando tras el hechicero una serie de insultantes epítetos.

Fregenal, desde una distancia prudente, miró hacia atrás, se detuvo.

—¡Repugnante hechicera! —gritó—. ¡Pelirroja de mierda! ¿Querías ser más lista que Fregenal? ¿Perdonarme magnánimamente la vida? ¿Pensabas que iba a contemplar tranquilamente cómo lo matabas?

Korin, sin dejar de maldecir, se masajeaba la rodilla, calmaba el dolor que latía. Visenna yacía inmóvil.

—¡Viene! —aulló Fregenal—. ¡Mirad! ¡Me alegro de verlo porque en un momento mi huesero os sacará los ojos de las órbitas! ¡Ya viene!

Korin miró a su alrededor. Desde detrás de un montón de rocas que estaba como a unos cien pasos, surgieron las nudosas articulaciones de unas patas de araña flexionadas. Al poco sobre el montón de piedras se arrastró con un rumor un torso de por lo menos seis metros de largo, plano como un plato, de color terroso, rugoso, cubierto de protuberancias agudas. Cuatro pares de pies avanzaban al unísono, transportando un cuerpo de aspecto de oso a través del pedregal. El quinto par, el primero, desproporcionadamente largo, iba armado con unas poderosas tenazas de cangrejo, erizadas con filas de agudas púas y cuernos.

Esto es un sueño, le pasó a Korin por la cabeza. Esto es una pesadilla. Despertarse. Gritar y despertarse. Gritar. Gritar. Gritar.

Olvidándose del dolor de su rodilla, saltó hacia Visenna, tiró de su brazo inerme. Los cabellos de la druidesa estaban cubiertos de sangre que ya le fluía por el cuello.

—Visenna... —Se le atoró la garganta con un miedo paralizador—. Visenna...

Fregenal estalló en una risa demencial, que resonó con un eco en el desfiladero. La risa ahogó los pasos de Nicolau, que se acercaba encorvado con el hacha en la mano. Fregenal lo vio cuando ya era demasiado tarde. El hacha le acertó en la columna, un poco por encima del muslo, y se hundió hasta el mango. El hechicero, con un grito de dolor, cayó al suelo, arrancando el arma de las manos del herrero. Nicolau lo aferró, le quitó el hacha, golpeó de nuevo. La cabeza de Fregenal rodó por la pendiente y se detuvo, apoyándose en la frente de uno de los cráneos que yacía junto a las ruedas de un carro destrozado.

Cojeando, tropezándose con las piedras, Korin arrastró a Visenna, que estaba flaccida y laxa. Nicolau se acercó a ellos, agarró a la muchacha, se la echó al hombro sin un esfuerzo y echó a correr. Korin, aunque liberado del peso, no podía seguir. Miró por encima del hombro. El huesero se arrastraba

hacia él, con las articulaciones chirriando, destrozando la escasa hierba con sus tenazas extendidas, arañando las rocas con ellas.

—¡Nicolau! —gritó Korin con desesperación.

El herrero miró hacia atrás, depositó a Visenna en el suelo, corrió hacia Korin, le sujetó, corrieron juntos. El huesero aceleró el paso, alzando las garras llenas de púas.

—No lo conseguiremos —susurró Nicolau al tiempo que miraba para atrás—. No escaparemos...

Llegaron hasta donde estaba Visenna, que seguía tendida boca abajo.

—Se va a desangrar —gimió Nicolau.

Korin se acordó de algo. Arrancó del cinturón de Visenna su bolsa, tiró el contenido y sin prestarle atención a otras cosas, agarró el mineral herrumbroso cubierto de signos rúnicos, apartó el cabello rojo lleno de sangre y aplicó la hematita a la herida. La sangre dejó de fluir al instante.

—¡Korin! —gritó Nicolau.

El huesero estaba cerca. Abría mucho las patas, las pinzas dentadas se separaban. Nicolau vio los ojos del monstruo que giraban sobre antenas y las medias lunas de sus mandíbulas que se abrían y cerraban bajo ellas. Al arrastrarse, el huesero siseaba rítmicamente: «Tss, tss, tss...».

—¡Korin!

Korin no reaccionó, murmuró algo sin apartar la hematita de la herida. Nicolau le agarró, le agitó por los brazos, le apartó de Visenna, tomó a la druidesa en brazos. Corrieron. El huesero, sin dejar de sisear ni por un instante, alzó las patas, se arrastró chirriando por las rocas con su abdomen quitinoso y siguió tras ellos velozmente. Nicolau se dio cuenta de que no tenían salvación.

Desde el Barranco del Oso apareció un jinete con jubón de cuero, con una loriga de anillas de hierro y con una ancha espada alzada sobre la cabeza cabalgando en un desesperado galope. En el peludo rostro ardían unos pequeños ojos, brillaban unos dientes puntiagudos.

Con un grito guerrero, Kehl se lanzó contra el huesero. Sin embargo, antes de que llegara al monstruo, las terribles patas se agitaron, aferrando al caballo en sus pinzas de púas. El bobolaco voló de la silla, se estampó contra el suelo.

El huesero, sin esfuerzo visible, alzó al caballo en las pinzas y lo clavó en una afilada púa de la parte delantera de su tronco. Las mandíbulas en forma de hoz mordieron, la sangre del animal fluyó sobre las piedras, de su rasgada barriga cayeron al suelo las entrañas calientes.

Nicolau se acercó, alzó al bobolaco del suelo; éste, sin embargo, lo empujó, tomó la espada, gritó de tal modo que ahogó los relinchos del caballo moribundo y se echó sobre el huesero. Con una agilidad simiesca se deslizó por el antebrazo óseo del monstruo y dio un tajo con todas sus fuerzas directamente en el ojo extensible. El huesero siseó, soltó al caballo, lanzó las patas a un lado, clavando a Kehl sus afiladas púas, lo echó a tierra, empujando hacia un lado, hacia el pedregal. Kehl cayó sobre las rocas, soltó la espada. El huesero dio una media vuelta, lanzó sus tenazas y lo agarró. La pequeña figura del bobolaco colgó en el aire.

Nicolau bramó con rabia y en dos saltos se puso al lado del monstruo, alzó la mano y dejó caer el hacha contra el caparazón quitinoso. Korin, dejando a Visenna, se lanzó sin pensarlo desde el otro lado, sujetando la espada con las dos manos, tomó impulso y clavó la hoja en una línea entre la coraza y una pata. Apoyando la espada en el pecho, la empujó hasta el pomo. Nicolau gimió y golpeó otra vez, la coraza cedió, salpicó un apestoso líquido verde. El huesero siseó, dejó al bobolaco, alzó las pinzas. Korin clavó los pies en el suelo, tiró de la empuñadura de la espada, pero sin resultado.

—¡Nicolau! —gritó—. ¡Atrás!

Ambos echaron a correr astutamente, porque lo hicieron en dos direcciones distintas. El huesero vaciló, arrastró su tripa por la roca y se movió veloz hacia adelante, directamente hacia Visenna, quien con la cabeza colgando entre los brazos intentaba ponerse de rodillas. Junto a ella colgaba en el aire el abigarrado pájaro, agitando las alas, chillando, chillando, chillando...

El huesero estaba cerca.

Ambos, Nicolau y Korin, se lanzaron a la vez, cortando el paso al monstruo.

—¡Visenna!

—¡Señora!

El huesero, sin detenerse, estiró las patas.

—¡A un lado! —gritó Visenna de rodillas, alzando las manos—. ¡Korin! ¡A un lado!

Ambos retrocedieron, se pegaron a las paredes de la garganta.

—¡Henenaa fireaoth kerelanth! —lanzó penetrante la hechicera, dirigiendo las manos en dirección al huesero. Nicolau vio cómo algo invisible flotaba desde ella hacia el monstruo. La hierba se dobló sobre la tierra y las piedrecillas se movieron hacia los lados, como si las empujara el peso de una enorme bola que se arrastrara a una velocidad cada vez mayor. De las manos de Visenna brotó un zigzagueante rayo de cegadora luz que golpeó al huesero, dispersando sobre su coraza una red de lenguas de fuego. El aire estalló en un estampido ensordecedor. El huesero explotó, estalló en una fuente de sangre verde, una tormenta de fragmentos de quitina, pies, entrañas, todo voló por el aire, poco a poco se fue depositando alrededor, golpeteando contra las rocas, susurrando sobre las plantas. Nicolau se arrodilló, se cubrió la cabeza con las dos manos.

Se hizo el silencio. En el lugar en el que hacía un instante había estado el monstruo, había ahora un cráter ennegrecido y humeante, regado de un fluido verde, cubierto de pequeños fragmentos repugnantes y difíciles de reconocer.

Korin, limpiándose el rostro de manchas verdes, ayudó a Visenna a levantarse del suelo. Visenna temblaba.

Nicolau se inclinó sobre Kehl. El bobolaco tenía los ojos abiertos. Su grueso jubón de piel de caballo estaba cortado pedazos, bajo los que se veía lo que había quedado del brazo y del hombro. El herrero quiso decir algo, pero no le dio tiempo. Llegó Korin, sujetando a Visenna. El bobolaco volvió la cabeza en su dirección. Korin miró a su brazo y tragó saliva con dificultad.

—Eres tú, principito —dijo Kehl en voz baja, pero tranquilo y con claridad—. Tenías razón... Sin armas soy una basura. ¿Y sin brazo? Supongo que mierda, ¿no?

La serenidad del bobolaco afectó a Korin más que la visión de los huesos destrozados surgiendo de las tremendas heridas. El que el bobolaco siguiera vivo resultaba increíble.

—Visenna —susurró Korin a la hechicera con voz suplicante.

—No puedo hacer nada, Korin —dijo Visenna con voz quebrada—. Su metabolismo es completamente distinto del humano... Nicolau... No lo toques.

—Volviste, bobolaco —susurró Nicolau—. ¿Por qué?

—Porque mi metabolismo es distinto... del humano —dijo Kehl con orgullo en la voz aunque ya con marcado esfuerzo. Una línea de sangre le surgió de la boca, manchando su piel plateada. Volvió la cabeza, miró a los ojos de Visenna—. ¡Bueno, hechicera pelirroja! Tu profecía resultó acertada, pero tú misma serás quien haya de cumplirla.

—¡No! —gimió Visenna.

—Sí —dijo Kehl—. Es necesario. ¡Ayúdame! Ya es hora.

—Visenna —suspiró Korin con un amago de espanto en el rostro—. No querrás...

—¡Idos! —gritó la druidesa, controlando los sollozos—. ¡Idos los dos!

Nicolau, mirando a un lado, arrastró Korin por el brazo. Korin se rindió. Todavía alcanzó a ver cómo Visenna se arrodillaba junto al bobolaco, cómo le acariciaba delicadamente la frente, tocaba sus sienes. Kehl tembló, tiritó, se estiró y se quedó inmóvil.

Visenna lloraba.

IX

El pájaro abigarrado, posado en el hombro de Visenna, dobló su plana cabecilla, clavó en la hechicera un ojo redondo e inmóvil. El caballo arrastraba los pies por un camino lleno de baches, el cielo de color cobalto estaba muy claro.

—Tuuit tuiit trk —dijo el pájaro abigarrado.

—Puede ser —concedió Visenna—. Pero no se trata de eso. No me has entendido. No tengo queja alguna. Lamento haberme enterado de todo por Fregenal y no por ti, cierto. Pero de todas formas, te conozco desde hace años y sé que no eres muy hablador. Pienso que si te hubiera preguntado directamente, habrías contestado.

—¿Tr, tuuuit?

—Claro. Desde hace mucho. Pero tú mismo sabes cómo es esto. Todo un secreto enorme, todo enigmático, arcano. Y al fin y al cabo no es más que cuestión de escala. Yo tampoco rechazo el pago por una curación si alguien me lo ofrece y sé que tiene dinero para ello. Sé que el Círculo exige pagos muy altos por ciertos servicios. Y hace bien, todo sube y hay que vivir. No se trata de eso.

—Tuuiiit. —El pájaro cambió el peso de una pata a la otra—. Koriin.

—Eres perspicaz. —Visenna sonrió acerbamente, inclinando la cabeza en dirección al pájaro, permitiendo que tocara levemente con el pico su mejilla—. Precisamente esto es lo que me reconcome. He visto cómo me mira. No sólo hechicera, pensó con toda seguridad, además hipócrita enredadora, codiciosa y egoísta.

—¿Tuuiit trk trk trk tuuiiit?

Visenna volvió la cabeza.

—Bueno, hasta ese punto no —murmuró, entrecerrando los ojos—. No soy, como sabes, una jovencueta, no pierdo la cabeza con tanta facilidad. Aunque hay que reconocer... Hace demasiado que vagabundeo sola por... Pero eso no es asunto tuyo. Mete tu pico en tus asuntos.

El pájaro enmudeció, erizó las plumas. El bosque estaba cada vez más cerca, se veía desaparecer el camino entre la espesura al otro lado del portal de los troncos.

—Escucha —dijo Visenna al cabo—. ¿Cómo, según tú, puede ser el futuro? ¿De verdad es posible que la gente deje de necesitarnos? ¿Siquiera en lo más sencillo, para las curaciones? Se ve algo de progreso en esto, por ejemplo en la fitoterapia. Pero, ¿se puede uno imaginar que algún día vencerán, pongamos, la difteria? ¿Las fiebres del parto? ¿El tétanos?

—Tuiik tuiik.

—Pues vaya una respuesta. Teóricamente es posible también que nuestro caballo se una a nuestra conversación. Y diga algo inteligente. ¿Y qué dices del cáncer? ¿Serán capaces de vencer el cáncer? ¿Sin magia?

—¡Trrk!

—Pienso lo mismo.

Entraron en el bosque, que olía a frío y humedad. Cruzaron una corriente poco profunda. Visenna se encaramó hacia arriba y se deslizó luego hacia abajo, entre brezos que le llegaban hasta las espuelas. Encontró otra vez el camino arenoso y cubierto de vegetación. Conocía aquel camino, ya lo había recorrido tan sólo tres días atrás. Aunque en dirección contraria.

—Me parece —habló de nuevo— que sin embargo no vendrían mal algunos cambios. Estamos fosilizados, nos aferramos demasiado a la tradición, somos poco críticos con ella. En cuanto vuelva...

—Tuiit —le interrumpió el pájaro abigarrado.

—¿Qué?

—Tuiit.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Por qué no?

—Trrrk.

—¿Qué letrero? ¿En qué otro poste?

El pájaro, agitando las alas, se elevó de su hombro, voló, desapareció entre las hojas.

Korin estaba sentado, apoyando su espalda en el poste de la encrucijada, mirándola con una sonrisa descarada. Visenna bajó del caballo, se acercó. Sintió que también ella sonreía, contra su voluntad; lo que es más, sospechaba que aquella sonrisa no tenía el aspecto más inteligente del mundo.

—Visenna —gritó Korin—. ¿No me estás embriagando casualmente con tus hechizos? Puesto que siento una enorme alegría por este encuentro, una alegría hasta poco natural. Lagarto, lagarto. Seguro que son hechizos.

—Me estabas esperando.

—Eres increíblemente perspicaz. Sabes, me desperté temprano y me di cuenta de que te habías ido. Qué amable de su parte, pensé, no despertarme para una tontería como una despedida trivial sin la que se puede vivir perfectamente. ¿Quién, al fin y al cabo, hoy día se despide o se saluda? Esto no es más que esnobismo o superstición. ¿Verdad? Me di la vuelta y seguí durmiendo. Sólo después de desayunar me acordé de que tenía que decirte algo extraordinariamente importante. Así que me subí al caballo tomado al enemigo y vine por un atajo.

—¿Y qué es lo que tienes que decirme? —preguntó Visenna, acercándose, alzando la cabeza para mirar los ojos azules que había visto la noche anterior en sus sueños.

Korin mostró los dientes en una enorme sonrisa.

—El asunto es de naturaleza delicada —dijo—. No se puede resumir en pocas palabras. Precisaré de detalladas aclaraciones. No sé si lo conseguiré antes del anochecer.

—Al menos podrías empezar.

—Ahí precisamente reside el problema. No sé cómo.

—A don Korin le faltan las palabras. —Visenna meneó la cabeza, todavía sonriendo—. Una cosa nunca vista. Entonces empecemos, por así decirlo, por el principio.

—No es mala idea. —Korin fingió ponerse serio—. Sabes, Visenna, hace ya un buen montón de tiempo que ando vagabundeando solo...

—Por bosques y caminos —terminó la hechicera, al tiempo que le echaba los brazos al cuello.

El pájaro abigarrado, alto, sobre la rama de un árbol, agitó las alas, las estiró, se tocó la cabecilla.

—Trrk tuiit tuiiit —dijo.

Visenna separó sus labios de los labios de Korin, miró al pájaro, le guiñó un ojo.

—Tenías razón —respondió—. En verdad se trata de un camino sin retorno. Vuela, diles que...

Vaciló, agitó la mano.

—No les digas nada.

Los músicos

«Los músicos», por supuesto, también tiene su historia. El cuento fue escrito en el año 1989 por encargo de Wojtek Sedenko, quien me propuso participar en una antología de literatura fantástica polaca.

La antología, cuya idea y contenido evidentemente le fueron suministrados a Wojtek por las *Visiones peligrosas* de Harlan Ellison, se editó al final con el título de *Visiones alternativas*. Sin embargo, su primer título había de ser *Amenaza*. Precisamente ése fue el título que me dio Sedenko cuando me propuso participar. También Sedenko advirtió de que no quería *fantasy*, el género con el que por entonces se me relacionaba indisolublemente. Ja, pensé, si no va a ser *fantasy* y al mismo tiempo tiene que tener «amenaza», está claro en qué estilo habrá que escribir. Nunca antes había intentado escribir terror. No me gustaba el género, porque era mentiroso por definición, hasta en el nombre. Sobre todo si se trataba del estilo más de moda, cinematográfico, llamado con todo acierto *splatter*. Algo que en lugar de provocar miedo, recelo y desasosiego, las más de las veces hacía reír e incluso además producía una repugnancia cercana al vómito con sus «efectos especiales», que estribaban en manchas abundantes de pintura roja, glútenes de color verde y tripas de plástico con aspecto de estar vivas.

Y sin embargo yo me había criado con terror del bueno. En mi juventud, el deshielo político del año 1956 deshizo también el hielo de las traducciones y de la política editorial. Me leí entonces todos los clásicos del terror, horrores que efectivamente se merecían tal nombre, como «La pata del mono» de W. W. Jacobs, «La calavera que gritaba» de Marión Crawford, «La sombra sobre Innsmouth» y otros cuentos de Lovecraft, la innovadora novela *La investigación* de Lem. Aquéllos eran tiempos, aquéllos eran estremecimientos. Luego, como se ha dicho, durante mucho, mucho tiempo no hubo nada, hasta que aparecieron *La semilla del diablo* de Ira Levin y *El exorcista* de Blatty. Y luego llegó Stephen King y su *Cementerio de animales*. Puede que no os lo creáis, pero cuando terminé aquella novela, y era ya bastante entrada la madrugada, apagué la luz de muy mala gana.

Pero no fueron los animalitos de King los que me dieron el impulso para escribir «Los músicos». Han de saber ustedes que yo soy un apasionado de los gatos, amo a esos seres hasta el punto de parecer maniaco. Y cuando por las noches, al otro lado de mi ventana se escuchaba el chillido de un gato martirizado acompañado de un «¡Cógelo, Rambo!» emitido por mi vecino, un señor doctor estomatólogo, o los divertidos falsetes llenos de menudo placer de la vecina, señora profesora de la Universidad de Lodz, me embargaba... no, no rabia, ni exasperación, ni ansia de venganza. Me embargaba la indigna y repugnante consciencia de mi impotencia y falta de fuerza. Y luego me enteré

de que la vecina del quinto, una maestra jubilada a la que las ruidosas relaciones sexuales de los gatos no le permitían lograr la necesaria concentración para seguir las peripecias de los protagonistas de *Dinastía*, alimentaba a los animalillos con *foie gras* escrupulosamente mezclado con... vidrio finamente molido.

Y ya tenía idea para un cuento. Que, además, encajaba bien con el título de la antología *Amenaza*. ¿Martirizáis a los animales porque no tienen fuerzas y no pueden vengarse, no pueden pagar como es debido los abusos recibidos? ¡Tened cuidado! ¡No estéis tan seguros de vosotros mismos!

«Los músicos» apareció en la mencionada antología en 1990. Fui mi primer relato que no era de *fantasy*. Al escribir esto me refiero por supuesto al *fantasy* más clásico, que sucede en un País de Nunca Jamás, del tipo *sword and sorcery*, magia y espada. Aunque «Los músicos» bien podría también incluirse dentro del *fantasy*. Como muchos otros cuentos de terror, se sitúa dentro del subgénero llamado, siguiendo el título de la novela de Ray Bradbury, *Something Wicked This Way Comes*. También está cercano — por los animales antropomorfizados— a *La colina de Watership* de Richard Adams y al resto del *fantasy* de este género «animal».

Para —casi— terminar, como curiosidad: no todo el mundo sabe por qué la antología de Sedenko apareció al final como *Visiones alternativas* y no como *Amenaza*. La mayor parte de los autores, fuera por pereza innata o por no poder cumplir el plazo acordado, le envió a Wojtek obras extraídas del fondo de sus cajones o de los recovecos de sus discos duros. Como es fácil de adivinar, debido a ello la gama temática fue bastante amplia y a los relatos no los ligaba absolutamente nada entre sí. En la mayoría de ellos, para colmo, no había ni palabra de amenaza alguna. Así que a Sedenko no le quedó más remedio y tuvo que adaptar el título de la antología al contenido real.

Recordaré también que «Los músicos» fue publicado en la antología «gatuna» de SuperNowa. Pero eso, como decía Kipling, es ya otra historia. Volveremos a ella, y muy pronto.

Añadiré al final que «Los músicos» fue acreditado en el año 1990 con el premio de la Fundación Literaria Natalia Gall. Esto sucedió casi al unísono con la primera distinción que recibiera yo del fandom en forma de estatuilla del premio Janusz A. Zajdel. Una prueba de que, en contra de la opinión general, el *mainstream* me percibió y conoció al mismo tiempo que el fantástico y su ghetto.

N. del T.: Este relato resultó además galardonado con el premio Ignotus al mejor cuento extranjero, concedido por los miembros de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (AEFCFT).

Los Bajos

Allí donde casi se terminaba la ciudad, más allá del final del tranvía, más allá de los raíles escondidos bajo una zanja, más allá de los abigarrados rectángulos de los huertecillos y parcelas, se extendía un campo desigual, montuoso, lleno de basura y escombros, repleto de restos de hormigón y trozos de alambre de espino, densamente cubierto de ortigas, grama, avena loca, cerraja y amaranto.

Era aquél un pedazo de tierra de nadie, una franja de vanguardia por entre la muralla de piedra de los bloques de pisos y el lejano bosque de color verde oscuro que aparecía envuelto entre la niebla del smog.

La gente llamaba a aquel terreno Los Bajos. No era su verdadero nombre.

Aquella zona estaba siempre vacía, pocas veces atravesada siquiera por los omnipresentes chiquillos, quienes, como sus padres, preferían entretenerse en lugares escondidos entre los más seguros y acogedores desfiladeros de hormigón armado. Sólo a veces, y sólo en los mismos bordes, tomaban asiento allí los borrachos, con su atávica atracción por la vegetación. Salvo ellos, nadie se atrevía a entrar en Los Bajos.

Si no contamos a los gatos.

En todo el barrio había muchos gatos, pero Los Bajos eran su reino, su dominio y asilo indisputado. Los perros del barrio, a los que a menudo sus amos azuzaban contra los gatos, se detenían en las fronteras del descampado, volvían con el rabo entre las piernas, aullando lastimeramente. Aceptaban con sumisión las terribles palizas que les propinaban sus amos por su «cobardía». Los Bajos les producían más miedo que los propios golpes.

Los seres humanos se sentían siempre como extraños dentro de Los Bajos. De día. Porque de noche nadie se aventuraba en ellos.

Si no contamos a los gatos.

Agazapados y meticulosos por el día, de noche los gatos se paseaban por Los Bajos con pasos suaves y prevenidos, efectuaban el necesario correctivo en el número de ratas y ratones locales, despertaban a los habitantes de los bloques vecinos con terribles gritos, declaraciones de amor o de guerra sangrienta. Por la noche los gatos se sentían seguros en Los Bajos. De día no.

A los habitantes del barrio no les gustaban los gatos. Considerando cómo a veces torturaban bestialmente a los seres que decían amar y que albergaban en sus nidos de piedra, las palabras «no les gustaban» adquirían su verdadero y terrible sentido al hablar de los gatos. A menudo los gatos reflexionaban sobre el origen de aquel odio. Había distintas opiniones. La mayor parte de los gatos pensaba que la culpa era de aquellas pequeñas cosas, que no tenían apenas significado, pero que iban matando a los seres humanos lenta y eficazmente, al tiempo que les conducían a la locura: las penetrantes y mortales agujas de asbesto que llevaban en sus pulmones, las radiaciones asesinas que emergían de las paredes prefabricadas de sus casas, la atmósfera ácida y envenenada que colgaba sin tregua sobre la ciudad. ¿Qué tenía de extraño, decían los gatos, que alguien que se balanceaba al borde del abismo, envenenado y consumido por ponzoñas y enfermedades, odiara la vitalidad, la agilidad, la fuerza? ¿Que alguien desequilibrado y que no es capaz de encontrar la paz reaccione con rabia y locura a la calma cálida, velluda y ronroneante de otros? No, no había en ello nada de lo que extrañarse. Había sin embargo que ser precavido, había que huir con toda la fuerza de los músculos, con toda la distancia posible de los saltos, en el mismo momento en que se divisara en el horizonte una silueta pequeña o grande de dos patas. Había que guardarse de los puntapiés, los bastones, las piedras, los dientes del perro que se azuza, la rueda del automóvil. Había que reconocer la crueldad que se escondía tras los dientes apretados por los que se filtraba «michi, michi». Y eso era todo.

Había sin embargo entre los gatos quienes pensaban que la causa de tal odio yacía en otro lugar. Que estaba oculta en los Tiempos Antiguos.

Los Tiempos Antiguos. Los gatos sabían lo que eran los Tiempos Antiguos. Por las noches, en Los Bajos, se podían ver imágenes de los Tiempos Antiguos.

Porque Los Bajos no era un lugar común y corriente. Durante las noches en las que cantaba el grillo y brillaba la luna los gatos veían imágenes que eran sólo accesibles a sus pupilas de felino. Eran imágenes nebulosas y centelleantes. Un cortejo de muchachas de cabellos largos entre extrañas construcciones de piedra, bailando y saltando locamente entre cuerpos mutilados que colgaban de estructuras de madera, hileras de personajes encapuchados con antorchas en las manos, casas ardiendo con torres coronadas por la señal de la cruz, la misma cruz pero al contrario, clavada en tierra negra y pulsante. Hogueras, estacas y horcas. Y el hombre de negro, gritando palabras. Palabras que eran, como sabían los gatos, el verdadero nombre del lugar llamado Los Bajos.

Locus terribilis.

En tales noches el miedo se apoderaba de los gatos. Ellos eran capaces de percibir cómo vibraba el Velo. Entonces se tendían en el suelo, clavaban las garras en la tierra, abrían mudos los hocicos. Esperaban.

Y entonces resonaba la música. Música que ahogaba la inquietud, calmaba el miedo, traía la dicha, anunciaba la seguridad.

Porque además de los gatos, en Los Bajos vivían también los músicos.

Veetal

El día comenzó de la misma forma que todos los días: el frío del amanecer se atemperó y se desperezó en una cálida mañana de otoño, relumbró con los rayos del veranillo de San Martín en su cénit, se nubló y se enturbió hacia la tarde, comenzó a apagarse.

Aquello sucedió de forma absolutamente inesperada, de pronto, sin aviso. El veehal rasgó el aire, voló por entre las malas hierbas como un torbellino, se multiplicó el eco rebotando en las pétreas paredes de los bloques. Un miedo atroz le erizó la piel rayada, bajó las orejas, enseñó los colmillos.

¡Veehal!

¡Tormento y muerte!

¡Muerte!

¡Veehal!

¡El Velo! ¡El Velo estalla!

Y la música.

Tranquilizadora.

Las sirenas de las ambulancias penetraron en el huertecillo más tarde. Sólo entonces comenzó la enloquecida agitación de personas con vestimentas blancas y azules. Los gatos los miraban desde sus escondites, tranquilos e indiferentes. Aquello ya no les concernía.

Los humanos corrían, gritaban, maldecían. Los humanos sacaban de entre la enramada un cuerpo masacrado, desfigurado, derramando sangre a través de la sábana blanca. Los humanos vestidos de azul mantenían alejados de la tela de alambre a aquéllos que acudían desde la dirección del barrio. Los gatos miraban.

Uno de los humanos vestidos de azul salió con torpeza a campo abierto, vomitó, se atragantó. Alguien gritó, gritó terriblemente. Las puertas de los automóviles estallaron con furia, luego, de nuevo, aullaron las sirenas.

Los gatos ronroneaban inmóviles. Los gatos escuchaban la música. Aquello ya no les concernía.

El Pustulado

Atrapado en la red de sonidos que afianzaban el Velo desgarrado y lo sujetaban con la delicada hilazón de la música, el Pustulado retrocedió, sembrando a su alrededor gotas de sangre que escapaban de garras y colmillos. Retrocedió, desapareció, alejado de la entrada por un viscoso y pegajoso material. Por última vez, ya detrás del Velo, escupió hacia los músicos su odio, su maldad y su amenaza.

El Velo se alzó, desapareció el último rastro de la explosión.

Los músicos

Los músicos estaban sentados en las tinieblas de un horno combado, cubierto de hollín, enterrado en la tierra.

—Lo logramos —dijo Kersten—. Lo logramos por esta vez.

—Sí —afirmó Itka—. Pero la próxima vez... No sé.

—¿Habrá una próxima vez? —cuchicheó Pasiburduk—. Itka, ¿habrá una próxima vez?

—Más allá de cualquier duda —dijo Itka—. ¿No los conoces? ¿No sabes en qué piensan en este momento?

—No —afirmó Pasiburduk—. No lo sé.

—Y yo sí lo sé —murmuró Kersten—. Lo sé de veras, porque los conozco bien. Piensan en la venganza. Por eso tenemos que encontrarla a ella.

—Tenemos que hacerlo —dijo Itka—. Tenemos que encontrarla por fin. Sólo ella puede detenerlos. Tiene contacto con ellos. Y cuando la encontremos nos iremos de aquí. A Brema. Con los otros. Tal y como manda la Ley. Tenemos que ir a Brema.

La habitación celeste

La habitación celeste tenía vida propia. Su aliento poseía el perfume del ozono y del plástico recalentado, del metal y del éter. Su sangre latía en la electricidad que zumbaba en los cables aislantes, en los conmutadores, las clavijas y los enchufes de brillo oleaginoso. Titilaba en la vitrea claridad de las pantallas, en la multitud de los malvados ojos rojos de los indicadores. Se pavoneaba en la majestad del cromo y el níquel, con la gravedad del negro y la dignidad del blanco. Vivía.

Imponía respeto. Dominaba.

Debbe se movió en el abrazo de las correas que la mantenían aplastada sobre una mesa cubierta con una sábana de hule. No sentía dolor. Las agujas clavadas en el cráneo y las laminillas dentadas sujetas a las orejas no dolían ya, la embrollada corona de los hilos solamente le pesaba, la desfiguraba, la humillaba moleestamente. Pero había dejado de producir dolor. Con la mirada inmóvil y sin expresión, Debbe contempló la pelargonía que descansaba en el antepecho de la ventana. La pelargonía era la única cosa en todo el cuarto que poseía una vida suya e independiente.

Excepto Iza.

Iza, encorvada sobre la mesa, escribía deprisa, con letra menuda, cubriendo páginas del cuaderno, tocando de vez en cuando con los dedos el teclado del ordenador. Debbe escuchaba atentamente, rodeada por el rítmico pulsar del cuarto.

—Bueno, pequeña —dijo Iza, dándose la vuelta—. Comenzamos. Tranquila.

El conmutador resonó, los motores zumbaron, temblaron unas enormes bobinas, centellearon unas luces de color rojo sangre. A través de la ventana redonda y cuadrículada de la pantalla avanzaron a saltitos unos ratones luminosos. Los trazos temblaron, se agitaron como si fueran delgados pies, como de araña, se arrastraron sobre la pantalla en forma de línea encrespada.

Iza mordía el bolígrafo, contemplando con atención la hilera de cifras, extrañamente similares al surgir de la pantalla del monitor, en líneas, en diagramas encajonados. Murmuraban sus labios, escribía en el cuaderno.

Fumaba. Miraba las páginas recién impresas. Por fin chasqueó el conmutador.

Veía la pelargonía. Sentía la sequedad en la nariz, un calor que helaba, fluyendo desde la frente a los ojos. El agarrotamiento, el agarrotamiento de todo el cuerpo.

Iza miraba atentamente las páginas recién impresas. Arrugaba algunas de ellas y las arrojaba a una papelera repleta, otras, marcadas con rápidos signos de bolígrafo, las grapaba y colocaba encima de la mesa.

El cuarto vivía.

—Otra vez —dijo Iza—. Otra vez, pequeña.

Debbe.

Debbe.

La pantalla azul creó como por encanto unas líneas en zigzag, unas columnas de cifras se acumularon en capas regulares. El trazo, fluyendo en lentas ondas, marcó sobre ella un horizonte fantástico.

Somos nosotros. Tienes que.

Se asombró al escuchar la voz. Nunca antes había escuchado tal voz, una voz más fuerte que la voz de la Paz, más fuerte que el calor infernal que burbujeaba en su cerebro.

Las agujas que poblaban su cabeza vibraron.

¡Música! ¡Música! ¡Música!

La línea roja en la pantalla saltó hacia arriba, el trazo dio un tirón y dibujó mediante rayas desgarradas tres o cuatro enormes formas.

Tienes que ir con nosotros a Brema.

—¿Qué pasa ahora? —murmuró Iza, atenta a la pantalla. Olvidando el cigarrillo tendido en el cenicero, encendió otro. Conectó un conmutador tras otro intentando controlar la pantalla enloquecida—. No entiendo nada. ¿Qué pasa, pequeña?

Por fin hizo lo que tenía que hacer. Desconectó la energía eléctrica.

—Noooo —gritó prolongadamente Debbe—. ¡No, cabellos claros, no quieroooo!

Iza se levantó, le acarició la cabeza y el dorso. Todas las líneas en las pantallas se lanzaron hacia arriba y el trazo se retorció salvajemente. Iza no lo vio.

—Pobre gatita —dijo, acariciando la piel de terciopelo de Debbe—. Pobre minina. Si supieras la pena que me das. Pero estás sirviendo a la ciencia, gatita. Estás prestando ayuda al conocimiento.

A espaldas de Iza el cursor del ordenador se arrastró hacia la derecha y en hileras de pequeñas y angulosas letras escribió: «Incorrect statement». Luego desapareció. Completamente.

El trazo se detuvo.

El ratón en lo luminoso en la pantalla redonda y cuadrículada chilló una vez más y murió.

Iza, sintiendo de pronto una debilidad que le helaba los ojos, cayó pesadamente en la blanca silla de tres patas.

La música, pensó, de dónde viene esta...

Debbe ronroneaba con sobrecogimiento, con facilidad, adaptándose ligera y fluidamente a la armonía de los tonos que venían de todas partes. Se hallaba en ellos a sí misma, hallaba su lugar, su destino. Sentía que sin ella, esta música estaba incompleta, lisiada. Las voces que puntuaban los acordes se lo confirmaron. *Eres tú, decían, eres tú. Cree en ti misma. Eres precisamente tú. Cree.*

Debbe creía.

Nosotros, decían las voces, somos tú. Escucha. Escúchanos. Escucha nuestra música. Tu música. ¿La oyes?

Debbe la oía.

Te estamos esperando, decían las voces. Te mostraremos el camino hasta nosotros. Y cuando estés con nosotros nos iremos juntos a Brema. Con los otros músicos. Pero primero debes darles a ellos una oportunidad. Sólo tú puedes hacerlo. Escucha. Te diremos lo que ha pasado. Te diremos lo que tienes que hacer para detenerlos. Escucha.

Debbe escuchaba.

¿Lo harás?

Sí, dijo Debbe. *Lo haré.*

La música le respondió con una cascada de sonidos.

Iza, con los ojos vacíos, miraba a la pelargonía.

Mírame, cabellos claros, dijo Debbe. La letra M en negro que estaba en la cabeza de la gata, la señal de la elegida, la señal de la Araña de la

Búsqueda relucía, centelleaba con un brillo de pavo real metálico.

Mírame a los ojos.

Nejman

—Dos —dijo la enfermera—. Son dos. Están en el cuarto del médico jefe. Recka les ha hecho café. Pero le han dicho que tienen prisa.

—¿Qué puede querer de mí la milicia? —Iza ahogó la colilla del cigarrillo en el plato de hojalata del cenicero de un pasillo—. ¿No lo han dicho?

—No han dicho nada. —La enfermera deformó una boca mofletuda—. ¿Sabe, doctora?, ellos nunca dicen nada.

—¿Y cómo lo voy a saber yo?

—Vaya usted. Han dicho que tenían prisa.

—Voy.

Efectivamente, eran dos. Uno rubio, bastante guapo, un pedazo de tío con una cazadora de piel, y el otro un moreno que vestía un jersey oscuro.

Al ver entrar a Iza los dos se levantaron. Ella se sorprendió. Tal gesto de cortesía no resultaba corriente hoy día ni siquiera entre hombres normales y era completamente increíble para unos milicianos. Policías, se corrigió a sí misma, ahora se llaman policías. Al mismo tiempo se avergonzó: no le gustaba dejarse llevar por los estereotipos.

—La doctora Przemencka —afirmó el rubio.

—Sí.

—¿Izabella Przemencka?

—Sí. Siéntense, por favor. Los escucho.

—No —se sonrió el rubio—. Yo la escucho.

—No entiendo demasiado qué quiere usted, señor...

—Comisario. Es el grado correspondiente al teniente de antes.

—Me refería al nombre, no al cargo.

—Nejman. Andrzej Nejman. Y éste es el aspirante Zdyb. Disculpe usted, doctora. Pensé que las presentaciones sobraban, porque en cualquier caso usted ya me conoce. Me llamó por teléfono. Mencionó mi nombre. Y mi cargo, como ha dicho usted con tanta gracia.

—¿Yo? —se asombró de verdad Iza—. ¿Qué yo le llamé a usted? Por favor, ya pensaba yo desde el principio que se trataba de algún error. Y ahora estoy segura. No he llamado nunca a la milicia. Nunca. Me confunde usted con otra persona.

—Señora —dijo Nejman, adoptando un aire serio—. Le pido por favor que no entorpezca mi tarea. Trabajo sobre el asesinato cometido en las parcelas Rosa Luxemburgo, hoy llamadas General Anders. Seguro que ha oído hablar de ello: tres niños descuartizados mediante una hoz, un hacha o una herramienta parecida. ¿Ha oído algo? Está bastante cerca de aquí, en los suburbios.

—Algo he oído. Pero, ¿qué tengo que ver yo con ello?

—¿No lo sabe? Usted se ocupa de una de las víctimas del hecho. Una víctima indirecta, tal y como lo denominamos. Elzbieta Gruber, de nueve años. La niña que vio todo el desarrollo del hecho, del crimen. Está en este hospital. Alguien me dijo que usted se ocupa de ella.

—Ah, la niña en coma... No, señores, no es mi paciente. El doctor Abramik...

—El doctor Abramik, con quien ya he hablado, afirma que usted se interesa mucho por este caso. ¿Se trata de un pariente suyo?

—Y otra vez... No es ningún pariente mío, no la conozco. Ni siquiera sabía su nombre...

—Señora, déjelo. Tolek, haz el favor.

El moreno rebuscó en la maleta, sacó un pequeño magnetófono aplastado National Panasonic.

—Nosotros grabamos siempre las llamadas. Su llamada también. Por desgracia, no desde el principio...

Contra su voluntad el comisario se sonrojó. El principio de la conversación no se había grabado por motivos bastante prosaicos: en el magnetófono de bolsillo giraba entonces la cassette de *But Seriously* de Phil

Collins, que había copiado de un compacto. El hombre moreno apretó una tecla.

—... corta ya, Nejman —dijo la voz de Iza—. ¿Qué más te da quién hable? Lo más importante es lo que dice. Y dice lo siguiente: no debes hacer lo que estás planeando. ¿Entiendes? No debes. ¿Qué quieres conseguir? ¿Quieres saber quién mató a los niños en las parcelas? Te lo puedo decir, si quieres.

—Sí —dijo la voz del comisario—. Quiero. Dime quién lo hizo.

—Lo hizo aquél que cruzó a través del Velo roto. Cuando sonó el veehal, el Velo estalló y él lo atravesó. Cuando el Velo estalla, todos los que están cerca están perdidos.

—No entiendo.

—No tienes por qué —dijo secamente la voz de Iza—. No tienes por qué entender nada. Simplemente tienes que ser consciente de que sé lo que estás planeando. Y simplemente comparto esto que sé contigo. Si no me escuchas, las consecuencias serán terribles.

—Un momento —interpuso la voz de Nejman—. Ibas a decirme quién...

—Ya lo he dicho —le cortó la voz de Iza.

—Repítelo, por favor.

—¿Para qué? ¿Piensas que puedes hacerle algo al que está detrás del Velo? Te equivocas profundamente. Él está más allá de tu alcance. Protégete.

—Me amenazas. —Era una afirmación, no una pregunta.

—Sí —dijo la voz impasible de Iza—. Te amenazo. Pero no soy yo quien te pone en peligro. No soy yo. No puedo explicarte muchas cosas, muchos hechos, no puedo encontrar las palabras adecuadas. Pero puedo hacer una cosa... Puedo ponerte en guardia. ¿No ha habido ya demasiadas víctimas? Esos niños, Elzbieta Gruber. No hagas lo que has planeado, Nejman, no lo hagas.

—Escúchame, por favor...

—Basta. Recuérdalo. No debes.

Colgó el auricular.

—Seguro que usted no me cree... —comenzó Iza.

—¿Ya no me tutea? —le cortó Nejman—. Una pena. Era agradable y directo. ¿Qué es lo que no creo? ¿Que no era usted? Es cierto, me sería difícil. Y ahora, por favor, la escucho. ¿Qué es lo que he planeado? ¿Por qué no debo hacerlo?

—No sé. No era yo... No era mi voz.

—¿Por qué se interesa por la pequeña Gruber?

—No sé... En nadie... Yo...

—¿Quién mató a los niños en las parcelas? —Nejman hablaba en voz baja, no gritaba, pero las mandíbulas le temblaban clara y perceptiblemente—. ¿Quién fue? ¿Por qué está más allá de mi alcance? Porque no es normal, ¿verdad? Si lo atrapo no irá al talego, sino al hospital, a uno como éste, ¿no es cierto? ¿Y puede que por ello? ¿Puede que ya haya estado aquí? ¿Qué, doctora?

—¡No lo sé! —Iza levantó los puños en un gesto involuntario—. ¡No lo sé, le digo! ¡No fui yo quien llamó! ¡No fui yo!

Nejman y el aspirante se mantuvieron en silencio.

—Ya sé lo que usted piensa —dijo Iza lentamente.

—Lo dudo.

—Usted piensa... que como en el chiste... que nosotros nos diferenciamos de nuestros pacientes en que volvemos a casa por la noche.

—Bravo —dijo Nejman sin sonreír—. Y ahora la escucho.

—Yo... no sé nada. Yo no he llamado...

—Doctora —dijo Nejman tranquilo y excesivamente amable, como hablando a un niño—. Por supuesto, ya sé que una cinta magnetofónica es una pobre prueba. Que puede usted negarlo. Puede usted, si lo tomamos así, incluso acusarnos de manipulación, de fabricar pruebas, de lo que quiera. Pero si de verdad vuelve usted a casa por las noches con todo derecho y no gracias a que alguien se equivocó al diagnosticarla, se dará usted cuenta de las consecuencias que puede tener todo esto cuando el asunto salga a la luz. Y saldrá a la luz con toda seguridad. Tiene que salir porque resulta que los niños asesinados tienen padres importantes y ninguna fuerza será capaz de parar la investigación, al contrario. Entiende usted lo que pasará entonces.

—No sé qué quiere decir.

—Pues yo se lo diré. Usted piensa que si el maniaco de las parcelas es un pariente suyo, o alguien cercano, no habrá de responder ante un tribunal por encubrimiento. Puede ser. Pero además de la responsabilidad legal hay otra responsabilidad. Si sucediera que usted ha encubierto a un maniaco homicida, estará usted acabada, tanto en este hospital como en otros hospitales en el mundo entero. Sólo puede salvarla el ser razonable. Estoy esperando a que se dé cuenta.

—Le repito... que no sé de qué va todo esto. —Iza bajó la cabeza—. Ésa no es mi voz, ¿me escucha usted? Parecida, pero no la mía. Ésa no es mi forma de hablar. Yo no hablo así. ¡Puede usted preguntar a quien quiera!

—Ya he preguntado —dijo Nejman—. Muchas personas la han reconocido. También sé desde qué aparato se telefoneó. Tómese lo en serio, Iza. Le pido que no se deje llevar por sus emociones. Nos enfrentamos a un crimen, un crimen bestial cometido sobre seres humanos. Seres humanos, ¿me entiende? Comprenda usted que tal cosa no se puede justificar con nada y desde luego no con la preocupación por el bienestar de los animales. Este crimen es la típica reacción de un paranoico, de un maniaco. Vengó a un gato, mató a los niños que lo habían torturado. Y mañana matará a alguien que apalee a un perro. Pasado mañana igual le liquida a usted por aplastar una hormiga en la acera.

—¿Qué es lo que quiere?

—Pienso que sabe perfectamente lo que quiero. Porque usted sabe quién lo hizo. Porque usted lo tenía en tratamiento o igual lo tiene todavía y sabe en qué consiste, perdón por la expresión, la chifladura de su paciente. Es alguien, perdón por la expresión, grillado en lo que toca al bienestar de los animales.

—Señor Nejman —dijo Iza temblando, incapaz de controlar el estremecimiento de sus manos y la presión en su pecho—. Usted es el que está grillado. Perdón por la expresión. Arrésteme. O déjeme en paz.

Nejman se levantó, el aspirante Zdyb también.

—Es una pena —dijo el comisario—. Es una pena, señora. Si acaso se decidiera usted haga el favor de telefonearme.

—No tengo nada que decidir —dijo Iza—. Y no sé su número.

—Ah, claro. —Nejman movió la cabeza, mirándola a los ojos—. Entiendo. Una pena. Hasta la vista.

Chenclewski

—Señor Chenclewski —dijo el comisario de policía Nejman—. Pensaba que estaba tratando con una persona seria.

—¡Eh! —El abogado levantó la mano en un gesto de advertencia—. Tenga cuidado. No estamos en la comisaría. ¿De qué coño está hablando?

—Sabe usted —dijo el aspirante Zdyb sin ocultar su malicia—, hay tantos chistes de milicianos y tan pocos de abogados. Y da la sensación de que no es justo.

—Una palabra más y los echo a los dos a patadas —dijo lentamente Chenclewski—. ¿Qué son estas tonterías? ¿Cómo se lo permiten, señores milicianos?

—Policías, si no le importa.

—Policías de mala muerte. El asesino de mi hijo anda por ahí en libertad y ustedes vienen aquí a decir groserías. Venga, desembuchen. Mi tiempo es oro, señores.

—Usted habla demasiado —dijo Nejman—, Si de pronto se le ocurre algo, ya no puede parar. Nos habla a nosotros y, lo que es peor, a otros. Y por ello se jode todo el asunto, señor abogado.

—¿Qué se ha jodido? Más claro, señores.

—¿El apellido Przemencka le dice algo? Doctora Przemencka, de la loquería.

—No tengo amistades entre los chalados. ¿Quién es ésa?

—Ésa es una que sabe todo lo que hemos planeado. Y no por nosotros. La conclusión es que lo sabe por usted. Y si es así, no es la única.

—Tonterías, o sea bullshit. —Chenclewski se enderezó—. De los planes sólo sabemos yo y ustedes. Y yo no le he hablado de ello a nadie. Fueron ustedes los que lloriqueaban y se lamentan de que no podían hacer nada sin que lo supieran los superiores. Seguro que han informado a los superiores y los superiores seguro que habrán informado a media ciudad, incluyendo a la doctora Przemiencka o como se llame. Quod erat demonstrandum, o sea lo que queríamos demostrar. Una pena, señores. Y se equivoca usted, señor Zdyb. En los chistes de policías hay mucha verdad.

—Nosotros no le hemos dicho nada a nadie —enrojeció el aspirante—. A nadie, ¿me escucha? Ni a los superiores, ni a nuestras mujeres. A nadie.

—Vale, vale. No existen los milagros. A no ser que... esa doctora de la loquería, como ustedes dicen, podría estar engañándolos, o tirándose un farol. ¿Qué les ha dicho? ¿En qué momento?

—Escúchelo usted mismo. Pon el magnetófono, Andrzej.

Estuvieron sentados, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Nejman observó que en la casa de enfrente un calvo con ayuda de algunos amigos montaba en el balcón un gran barreño que parecía una antena parabólica. Del balcón de al lado, en el que había un caballo de cartón pintado en colores chillones, salió hacia los montadores un conejillo de indias con la piel a manchas. El calvo, sin soltar el barreño, le dio una patada. El conejillo cayó del balcón. Nejman no se levantó a ver qué le había pasado. Era un octavo piso.

—Sííí —dijo el abogado cuando terminó de escuchar la grabación—. ¿La médica ésa tiene todos los tornillos en su sitio? Saben el chiste ése de...

—Lo sabemos —dijo el aspirante Zdyb.

—El velo. ¿Qué velo? Y ese... vehal, o... blabla. La doctora ésa... ¿Przesmycka?

—Przemiencka.

—¿La conocen? ¿Han investigado quién es?

—Lo hemos hecho. Joven, sin mucha práctica clínica, poco contacto con los pacientes. Trabaja en no sé qué investigaciones. Es algo muy complicado, joder, algo de ondas cerebrales, neuronas, no me acuerdo.

—La loca doctora Frankenstein. —El abogado hizo una mueca—. ¿Saben qué? Yo no me preocuparía por todo esto.

—Y yo al contrario —dijo Nejman—. Diré más, ya he comenzado a preocuparme. Señor Chenclewski, en la policía no se ha terminado todo, la purga continúa. A alguien le puede apetecer de la leche el joderme. Una doctora un poco grillada es tan buen instrumento de provocación como cualquier otro. Esto está preparado.

—Es usted un poquito egocéntrico, Andrzej —afirmó Chenclewski—. Su persona, en lo que respecta a este asunto, es, con perdón, poco importante.

—¡Ojalá! —sonrió el comisario—. Entonces no me preocuparía para nada. Pero creo que usted, mi querido señor Chenclewski, se ha equivocado. Apostaría mi cabeza, después de la llamada de la doctora, que a su hijo lo mató por azar un loco. No fue ningún tipo de venganza. Independientemente de a quién y por qué defendiera usted en la época del estado de excepción ni a cuántos secretarios se camelara después. Usted no es Piasecki. Con perdón.

—¿Conclusión? —El abogado se ruborizó ligeramente.

—Clara como el agua. Si se trata de un loco, desde el punto de vista del derecho es un enfermo. Enfermo. ¿Entiende usted, abogado?

—¡Cuando escucho algo así —estalló Chenclewski— se me revuelven las tripas! ¡Enfermo el hijo de puta! ¡El que a mi Maczej... un enfermo!

—Yo le entiendo. A mí también se me revuelven. Pero no podemos hacer nada y bien claro lo dijo la médico ésa. Pongamos que se echó un farol, que no sabía nada de nuestros planes. Pero se lo podía haber imaginado, así que me advierte. Bien clarito me advirtió.

—¿Buscar una advertencia en ese balbuceo? Advertencia, ¿de qué?

—No se enfade. Me advirtió para que no intentara agarrar al loco ése en forma de embutidos. Puedo arrestarlo utilizando la persuasión, meterlo en una camisa y dárselo a los especialistas. Para que lo curen.

—El miedo le ha agarrotado el cerebro y por eso no entiende usted como es debido. —El abogado unió los dedos—. Yo también he escuchado la grabación. Y lo que tenía cardinal importancia en ella era otra cosa muy distinta. Escuche. Vamos a divertirnos un rato. Yo voy a ser usted y usted va a ser su teniente o inspector de policía, como ahora se llama, si no me equivoco. Escuche usted, señor inspector de policía. Analicé una extraña

conversación con la doctora equis. Me afectó el que varias veces usara palabras de las que se desprendía que el sospechoso maniaco era extraordinariamente peligroso. Esto quedó grabado en mi subconsciente tan profundamente que cuando se llegó a la confrontación, no me aguantaron los nervios. Viendo que me atacaba con una herramienta peligrosa, usé el arma reglamentaria, eso sí, sin cruzar las fronteras de la legítima defensa. ¿Qué? ¿Estuvo bien, inspector? ¿Buena explicación?

—Se puede usted meter su explicación por el culo —dijo tranquilamente Nejman—. Así me diría, por supuesto, mi inspector. Abogado, usted sabe muy bien lo que significa legítima defensa en el caso de un policía armado, que además sabe que está tratando con alguien de responsabilidad limitada. Esto no es América. No tengo ganas de ir a parar a la cárcel.

El abogado se quedó pensativo durante un largo rato.

—Bueno, de acuerdo —dijo al fin—. Puede ser que tenga usted razón, Nejman. Entonces, ¿qué hacemos?

—Rompeamos el contrato.

—No, aquí vamos ya un poco demasiado lejos, ¿no cree? Entiendo que los disparos no entran en juego, ni tampoco cualquier otro accidente de importancia. Pero el tipo puede ofrecer resistencia. Escapar. Puede tropezar y golpearse con fuerza. He oído hablar de tales casos, mis clientes me han contado cosas así miles de veces. Á propos, ¿saben ustedes que algunos de mis clientes están ahora en Varsovia?

—¿Y qué nos importa eso?

—Nos importa mucho. Mi propuesta es que mantengamos nuestro contrato en vigencia. Propongo unas condiciones beneficiosas. Por la oportunidad de participar personalmente en la acción, por la satisfacción de tocar con las manos y los pies al asesino de mi hijo, les conseguiré el apoyo de las alturas en caso de nuevas purgas en la policía, eso si hubiera alguna complicación no prevista en nuestros planes. Mis amigos de Varsovia, si fuera necesario, harán callar también a la tal señora Przemiencka de la loquería, no tengan reparo. Y bueno, tal y como habíamos quedado, a eso hay que añadir una gratificación financiera concreta para ustedes dos.

—Tres —dijo el aspirante Zdyb.

—¿Qué diablos significa eso? —se enfureció Chenclewski—. ¿Tres? Tres significa un montón de gente, su nombre es legión, joder. ¿Para qué un tercero?

—Para hacer creíble el informe. Así lo hacemos siempre. Una troika de albañiles. Señor abogado, usted hace los planes, nosotros ponemos la técnica. Sabemos de qué va.

—¿Al menos es seguro ese tercero?

—Cien por cien, o sea a hundred per cent.

—Qué le vamos a hacer —torció el gesto el abogado—. ¿Y? Señor Nejman, espero que se haya convencido.

—No del todo —dijo el comisario—. ¿Tolek? A ti te parece...

—Tiene que salir bien —dijo el aspirante—. Una sola cosa me inquieta. ¿No hemos supuesto demasiado deprisa que se trata de un enfermo mental? Puede ser un verde de éstos, un greenpeace, ¿entienden? Un amante de los animales. Vio cómo los niños torturaban al gato y se le revolvieron las tripas. He leído de un caso parecido, creo que en la revista *Przekroj*. Al tipo aquél le dejaron ciego al perro o al gato, ya no me acuerdo. Cuando leí aquello sentí que al escribirlo el tío había expulsado toda su rabia, su pena, su deseo de venganza. Otro podría haberlo expulsado de otro modo. Podría haber agarrado un cuchillo, un hacha, una estaca y haberse tomado venganza por su perro.

—Eso es lo mismo —afirmó Chenclewski—. Quien reacciona así es un loco. Quod erat demonstrandum.

—Para nada es lo mismo —le cortó Nejman—. Una chifladura en lo tocante a los animales puede que no lo cualifique delante de los psiquiatras. Desde su punto de vista, el tío éste será completamente normal y lo escucharán cuando cuente de qué forma lo pillamos y lo que le hicimos después.

—A lo largo de mi carrera he visto a mucha gente que contaba lo que le pasó en comisaría —dijo el abogado, sonriéndose con malicia—. Pero no recuerdo de uno sólo al que se le creyera formalmente. E incluso si cuenta cómo lo agarraron, ¿qué? ¿Creen que nadie se va a preocupar por un puto gato?

—Puede que no —dijo Zdyb—. Pero, ¿que pasaría si alguien por casualidad escucha al gato? ¿Y se acerca a ver qué pasa?

—Bromeas, Tolek. —Nejman encogió los hombros—. Seguro que nadie se iba a preocupar. ¿A quién le importa un gato?

—Á propos del gato —dijo Chenclewski—. Hay que conseguir alguno.

—No debiera suponer ningún problema —dijo Nejman—. Gatos hay a montones. Los críos de mi vecina, por ejemplo, tienen un gato. Seguro que sirve.

Iza

Iza estaba tendida en completa tranquilidad, como si temiera que el más ligero movimiento pudiera ahuyentar al alejado, inalcanzable, engañoso, mentiroso e irrealizable orgasmo. El hombre abrazado a ella respiraba serena, tranquilamente, seguramente había caído ya en una duermevela. Sonó una alarma de coche, lejos y en bajo tono.

—Heniu —llamó.

El hombre musitó algo, expulsado del sueño, acercó el rostro al brazo desnudo de ella.

—¿Qué, Iza?

—Algo me pasa, Heniu.

—¿De nuevo? —se asustó el hombre—. Joder, tienes que regular de alguna manera tu ciclo, Iza.

—No es eso.

El hombre esperó unos segundos. Iza no continuó.

—¿Y qué es? —preguntó por fin.

—Heniu... ¿de qué son síntoma los periodos de amnesia?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Tienes de eso?

—Últimamente a menudo. Bastante largos. Además, alucinaciones. Ilusiones auditivas. Fantasías.

El hombre miró discretamente el reloj.

—Heniu.

—Ya te he oído —murmuró, un tanto impaciente—. ¿Y qué? Eres especialista. ¿Cuál es tu diagnóstico? ¿*Anaemia cerebri*? ¿Principio de esquizofrenia? ¿Astrocitoma en la columna vertebral? ¿Alguna otra mierda apretándote en el hemisferio cerebral? Iza, todo psiquiatra cree padecer algún síntoma parecido, es tan sólo una enfermedad profesional. ¿Acaso tengo que contarte lo poco que sabemos del cerebro, de sus procesos internos? En mi opinión lo que pasa es que has trabajado demasiado. No deberías pasar tanto tiempo con tus gatos y los aparatos ésos. Sabes qué dañina es la monotonía, la radiación de las pantallas. Deja todo por algún tiempo, tómate unas vacaciones. Descansa.

Iza se apoyó en los codos. El hombre tendido de espaldas le acarició los pechos, automáticamente, con un movimiento estudiado que a ella no le gustaba.

—Heniu.

—¿Qué?

—Me gustaría que me hicieras un reconocimiento. Con radiografías o con isótopos.

—Puedo hacerlo, por qué no. Pero...

—Te lo pido por favor.

—Está bien.

Guardaron silencio.

—Heniu.

—¿Sí?

—Elzbieta Gruber. La estás tratando. ¿Qué es lo que le pasa?

—¿Te interesa? Es verdad, había oído hablar de ello. Es un caso muy raro, Iza. La trajeron en estado de shock, con los síntomas típicos de una hemorragia cerebral. Casi en el mismo momento pasó a un estado de coma que no se modera ni desaparece. Me inclino a opinar que a causa del shock se produjo en ella una inflamación del interior de la cavidad tercera o del canal de Silvius.

—¿*Encephalitis lethargica*?

—Sí. ¿Por qué preguntas?

Iza volvió la cabeza. A través de la ventana, mezclándose con un nuevo y desesperado aullido de la alarma de un coche, resonó el gañido lastimero de un perro, entrecortado, cada vez más alto.

—Le cortarían los pies a ése —dijo el hombre mirando hacia la ventana—. Tiene problemas en el trabajo o en casa y lo paga con el animalito, el cacho bestia.

—El veehal abrirá el Velo —dijo lentamente Iza.

—¿Qué?

—El veehal. La voz de un animal torturado. La voz de la desesperación, del miedo, del dolor que te arrebatara los sentidos.

—¿Iza?

—El grito que no es grito. —Iza hablaba cada vez más fuerte—. Veehal. El veehal abrirá el Velo. Así lo dijo... Ela Gruber. Ella lo vio.

—Parece que... —se detuvo el hombre—. ¡Iza! Ella no pudo... ¡La niña está en coma! ¿De qué hablas?

—Ella me habla. Me habla y me ordena hacer cosas.

—Iza, de verdad necesitas tomarte unas vacaciones. —El hombre miró hacia ella, suspiró—. Pero antes ven a verme, te haré un reconocimiento. Es culpa del estrés, de este horrible trabajo, de este país de mierda. No hay que preocuparse por ello, Iza.

—Heniu. —Iza se sentó en la cama—. ¿No entiendes lo que estoy diciendo? Ela Gruber me habla. La escucho. Ella vio...

—Ya sé lo que vio. Seguro que ésa fue la causa del shock y de la hemorragia. Fue testigo del asesinato en las parcelas.

—No.

—¿Cómo que no?

—Eso ocurrió después. Ella ya no lo vio. Vio... la tabla puesta sobre la cabeza del gato que estaba enterrado hasta el cuello en la tierra. Los pies pateando la tabla. Los ojos... dos bolitas...

—¡Dios! ¿Iza? ¿Cómo... quién te lo dijo...?

—Me... lo di... jeron.

—¿Quién?

—Los mú... sicos...

—¿Quién?

Iza apoyó la cabeza en las rodillas, se embargó en llanto.

El hombre callaba. Pensaba en lo poco resistentes que son las mujeres, en cómo se dejan gobernar por unas emociones que les impiden trabajar, que les impiden gozar de la vida. Pensaba en que es una terrible desgracia el hecho de la feminización de determinadas profesiones que son completamente inadecuadas para las mujeres. A Iza le va mal de verdad, pensó. Se inquietó. Por un momento. Y enseguida surgió otra preocupación aún mayor, qué le iba a contar a su mujer cuando volviera a casa. Ese mes había usado ya todas las excusas posibles.

Pensó que tenía que hacerle a Iza un reconocimiento, unas radiografías, unas pruebas. Podría hacerlo a lo mejor el martes, pero le había prometido a un amigo que el martes se pasaría por su parcela para ayudarle a matar a los topos. Mierda, pensó, he olvidado traerme la estircnina del hospital.

—Tómame unas vacaciones, Iza —dijo.

La habitación celeste

—¡María! —llamó Iza mirando la mesa vacía, cubierta con la sábana de hule blanco, mirando los hilos, las agujas, las laminillas, las cuerdas de cuero y las hebillas.

—¡María!

—Aquí estoy, doctora.

—¿Dónde está mi gata?

—¿La gata? —se asombró la ayudante.

—La gata —repitió Iza—. Ésa de rayas. La que he estado usando últimamente. ¿Dónde está?

—¿Cómo dice? Pues si fue usted misma...

—¿Yo misma, qué?

—Usted misma me mandó traerla. Oh, aquí está la jaula. Después usted me mandó a por leche. Cuando la traje, le dio de comer a la gata.

—¿Yo?

—Sí, doctora. Y luego abrió usted la ventana. ¿No se acuerda? La gata saltó al antepecho de la ventana. Incluso le dije en aquel momento que se iba a escapar. Y la gata escapó. Y usted...

—¿Qué hice? —Iza escuchaba música. Cubrió la cara con las manos.

—Usted comenzó a sonreír...

Tengo que ir, pensó Iza, tengo que ir a ver a Ela Gruber.

¿Por qué? ¿Para qué?

Tengo que ir a ver a Ela Gruber.

¿Por qué?

Ela Gruber me llama.

Debbe

Debbe corría, a veces con rápidos pasos, a veces impulsándose con largos saltos. Sabía adonde iba. La música lejana, la llamada lejana de la silenciosa melodía, le mostraba sin errores el camino.

Alcanzó el confín de los arbustos detrás de los que, como un río de superficie envenenada, relucía el asfalto. Por encima, retumbando y tronando como un dragón, se deslizó con un balanceo un automóvil grande y pesado.

Debo despedirme de ella, pensó Debbe. Antes de irme, debo despedirme de ella. Y avisarla. Por última vez. También me gustaría saber dónde está Brema.

Saltó.

El automóvil que se acercaba la golpeó con sus luces. Durante un segundo percibió el hocico rojizo y abultado de un humano que apretaba el acelerador y doblaba el volante precipitadamente. El automóvil se movió en su dirección, sintió cómo la máquina exudaba maldad, decisión y ansias de matar. Saltó en el último momento, un golpe de aire acarició su piel.

Corrió a lo largo de un muro, pequeña sombra rayada.

Locus terribilis

Los gatos estaban por todos lados, inmóviles, con sus cabezas alzadas, miraban, escuchaban. Volvieron las cabezas al ver entrar a Debbe, la recibieron con maullidos, con parpadeos llenos de admiración. Ninguno se movió, ninguno se le acercó. La señal de la Araña de la Búsqueda en la cabeza de la gata ardía en la oscuridad con una luz fantasmal.

Percibió que aquel lugar era extraño, peligroso. Sentía a través de las almohadillas de sus patas el pulso de la tierra, escuchaba el murmullo de voces irreales. Durante un momento, al otro lado del trémulo muro de la niebla vio... fuego y cruces, del revés, cerrado...

Debbe ronroneó al ritmo de la melodía. Las imágenes desaparecieron.

Desde lejos vio una forma oscura: los restos de un horno enterrado en la tierra, a modo de pecio de tanque varado en el campo de batalla. Junto al horno, recortándose oscuramente contra el cielo, tres pequeñas siluetas. Se acercó a ellas.

Un perro negro con una pata torcida, doblada.

Una rata gris con un morro largo y bigotudo.

Y un hámster pequeño de pelo rojizo.

Los músicos.

El cuarto amarillo

—... y el ladrón huyó todo lo aprisa que pudo —leía la abuela con voz monótona— y le contó lo sucedido a su jefe. No podemos hacer nada, hemos perdido nuestra guarida. En la casa hay una terrible bruja que me atacó y me arañó la cara con sus garras. Junto a la puerta acecha un hombre armado con un cuchillo. En el patio tiene su lecho un monstruo negro que me golpeó con un palo. Y en el tejado hay un juez que gritaba: «¡Traed aquí al canalla!».

El niño se rió con voz de plata. Venerdina, tumbada sobre la cama, se hizo un ovillo y se lamió la oreja.

—¿Y qué más? ¡Lee, abuela!

—Y éste es el final del cuento. Los ladrones se fueron y nunca más volvieron y el perro, el gato, el burro y el gallo vivieron felices en la casita del bosque durante mucho tiempo.

—¿Y no fueron allí..., sí, adonde querían ir?

—¿A Brema? No, creo que no. Se quedaron en la casita y vivieron allí.

—Ajá. —El niño se quedó pensativo chupándose un dedo—. Una pena. Pues allí tenían que ir. Al perro se le ocurrió cuando lo echaron por viejo. Qué cosa más fea. Yo nunca voy a dejar que echen a nuestra Ronroneos, aunque sea un montón de vieja.

Venerdina alzó la cabeza y observó al pequeño con una mirada amarilla e indescifrable.

—Duerme, Mario. Ya es tarde.

—Sí —afirmó soñoliento el niño—. Incluso cuando sea un montón de vieja. Y de todos modos aquí tampoco tenemos ratones. Y ellos tienen que irse a Brema. Todos ellos eran... No te lleves a Ronroneos, abuela. Déjala dormir conmigo.

—No se debe dormir con gatos...

—Pero yo quiero...

Ela Gruber

Iza levantó la cabeza, despertándose, pasó la mano por la sábana. Estaba oscuro al otro lado de la ventana. Se encontraba sentada en la cama y el tacto de la sábana la hirió con extrañeza, con la seguridad brutalmente sincera de que...

No debía estar aquí.

—¿Me escuchas? —dijo la niña que estaba tendida en la cama.

Iza asintió con la cabeza, afirmando lo imposible. Los ojos de la niña estaban vidriosos y vacíos, por la barbilla le corría un fino y brillante reguero de saliva.

—¿Me escuchas? —repitió la niña, ceceando ligeramente y moviendo con torpeza el labio superior que estaba contraído por una costra blanquecina pegada a él.

—Sí —dijo Iza.

—Estupendo. Quería despedirme de ti.

—Sí —murmuró Iza—. Pero es...

—¿Imposible? ¿Eso querías decir? No importa. No lo hemos conseguido, no hemos conseguido muchas cosas, cabellos claros. Quiero despedirme de ti. Puede que te sorprenda... pero me gustaba el contacto de tus dedos. Escúchame atentamente. Si hoy por la noche suena el veehal, el Velo estallará. No sé si lograremos detener... los. Por eso tienes que huir. ¿Qué tienes que hacer?, repite.

—No sé —gimió Iza.

—¡Tienes que huir! —gritó Ela Gruber, sacudiendo la cabeza repentinamente por la almohada—. ¡Huir lo más lejos que puedas del Velo! ¡No intentes entender nada y cree en lo que ves! ¡Piensas que deliras, que esto es un sueño, una pesadilla, y sin embargo se trata de una realidad! ¿Entiendes?

—No... no entiendo. Yo... me he vuelto loca, ¿no es cierto?

La niña se calló, mirando al techo con pupilas como cabezas de alfiler.

—Sí —dijo—. Todos os habéis vuelto locos. Hace mucho ya. Sólo una pequeña locura más, un pequeño grano en la punta de una gigantesca

montaña de locura. Este último veehal, que no tenía por qué existir. ¿Quién sabe?, puede que sea hoy. ¿Me escuchas?

—Te escucho —dijo Iza, completamente tranquila—. Pero yo soy psiquiatra. De sobra sé que no puedes hablar conmigo. Estás en coma. No eres tú. La voz que escucho la emite mi cerebro enfermo. Es una alucinación.

—Alucinación —repitió la niña, sonriendo.

Se trata de un reflejo de los músculos del rostro, solamente un reflejo inconsciente, pensó Iza, no hay en ello nada sobrenatural. Nada sobrenatural, pensó, mientras sentía cómo se le erizaban los cabellos de la nuca.

—Una alucinación, dices —continuó Ela Gruber—. Es decir, algo que no existe. Una imagen falsa. ¿Verdad?

—Sí.

—Se la puede oír. Se la puede ver. Pero no existe. ¿Verdad?

—Sí.

—Que diferentes somos, tú y yo. Al parecer mi cerebro está menos desarrollado que el tuyo, pero yo, por ejemplo, sé que lo que veo y escucho es. Existe. Si no existiera, ¿cómo se lo podría ver? Y si existe y tiene garras, colmillos, agujones, entonces hay que huir de ello, porque puede mutilarte, desgarrarte, triturarte. Precisamente por esto tienes que huir, cabellos claros. Tus alucinaciones penetrarán a través del Velo rasgado. Es una buena manera de hablar de algo que no tiene forma propia, sino que la toma dentro del cerebro de aquél que lo contempla. Si el tal cerebro resiste la prueba. Y pocos son los que la resisten. Te lo digo por última vez: vete, cabellos claros.

La cabeza de Ela Gruber cayó hacia atrás, mirando hacia Iza con ojos muertos y vidriosos.

El gato

—Vale, ya. Ahora —susurró Chenclewski.

Nejman miró el reloj. Eran las nueve y veintitrés. Mientras miraba, la última cifra bailó como un esqueleto en una película de dibujos animados y se convirtió en un cuatro. Más allá de la parcela, retumbó y resonó un tren por los raíles, dentro de una zanja oscura ahogada por arbustos de serbal.

—¿A qué esperamos, joder? —exclamó nervioso el abogado.

Nejman sacó de una bolsa de plástico un bulto envuelto en varias toallas y atado con una cuerda de yute. Del fardo sobresalía la cabeza de un gato blanquinegro, del otro lado salían la cola y las patas del animal.

Nejman sacó del bolsillo de la cazadora unos alicates aislados en plástico naranja.

Más lejos, detrás del emparrado, Zdyb, agachado junto a Venda, que moqueaba intensamente por su nariz congestionada, se estremeció al oír el aullido que venía de las parcelas.

—Dios. —Venda se sorbió los mocos—. Lo que tiene que dolerle...

En Los Bajos los gatos se echaron a tierra, enseñando los blancos colmillos, agachando las orejas.

Los músicos, los cuatro por fin, estaban listos.

Zdyb

El estruendo del tren se fue apagando, el eco resonaba aún por entre las paredes de hormigón de los bloques. Y entonces el monstruoso grito que salía de las parcelas se repitió, explotó como una granada, se alzó increíblemente agudo, en ondas, vibrante, terrible.

—¡Dios mío! —gritó Venda—. ¡Tolek! ¡Eso no es el gato!

Zdyb se levantó, desabrochándose el abrigo, sacó la pistola de su funda. El bramido, porque ahora se trataba más de un bramido que de un grito, se rompió, estalló, vibrando como afilado cuchillo de hoja de acero. Zdyb echó a correr. Saltó la tapia, atravesó los arbustos de grosella. En aquel momento otro grito desgarró la noche, aún más terrible que el precedente, corto, quebrado.

—¡Andrzejeej! —llamó el aspirante.

Corriendo a toda velocidad por entre las matas de tomates chocó con un barril lleno de agua, se dio contra él como contra un muro, tropezó, cayó, se levantó, patinó, cayó de nuevo, mientras se apoyaba maquinalmente clavó el cañón de la P-83 en la tierra mojada. Detrás de él escuchó maldecir a Venda, el cual se había quedado atascado en la pared elástica de una valla de alambre.

—¡Andrzejeej!

Tropezó de nuevo. Miró para ver con qué se había tropezado. Y entonces empezó a gritar.

Nejman no tenía cabeza.

Algo le golpeó en el pecho. Zdyb, de rodillas, se ahogaba, y chilló, chilló hasta que le dolía, hasta que el propio grito le golpeó en los oídos. Violentamente, con movimientos descoordinados, apartó de sí una mano cubierta por un guante ceniciento del que sobresalía un hueso pulido, brillante y blanco hasta en la oscuridad.

En el césped, recortándose con claridad contra una empalizada formada por unos pocos girasoles, algo estaba sentado. Algo que era enorme. Enorme como un camión. El cielo de color granate, enrojecido por unos neones lejanos, brillaba ligeramente detrás de la gigantesca forma sentada en la tierra. Parecía como si aquel monstruoso algo hubiera desgarrado al atravesarlo el cielo y la noche, dejando tras de sí un agujero y muchos destrozos.

Otro tren, atravesando el paso a nivel, azotó los matorrales con un deslumbrante látigo de luz. Zdyb abrió la boca y gritó con la voz enronquecida.

El giboso ser que estaba en cuclillas sobre la hierba tenía un tremendo abdomen cubierto de verrugas, enormes orejas y un morro largo armado de

dientes. Con unas garras nudosas, levantaba el cuerpo de Chenclewski. Los reflectores del tren inundaron el huerto de miles de sombras móviles. Zdyb bramó ronco.

El ser abrió las fauces y con un crujido, arrancó de un solo mordisco la cabeza de Chenclewski, arrojando lejos, con desprecio, el cuerpo. Zdyb escuchó cómo el cadáver se estrellaba sobre una construcción de chapa ondulada. Un cálido chorro de orina le corrió por el muslo. No veía ya nada, pero sabía, sentía, que el monstruo, colocando con cuidado unas cortas patas de pies enormes, se acercaba a él.

Zdyb bramó ronco. Quería hacer algo. Cualquier cosa.

Pero no podía.

Gotas

La música que mantenía soldado el Velo se rompió, se rasgó, se deshizo en jirones elásticos. La ruptura se extendió, se arrastraron cúmulos, malolientes vapores, enormes y deshilachados cirros, una niebla de aspecto tan pesado como un escupitajo de humedad, que se mezclaba con el ácido smog urbano. Unas ralas gotas empezaron a caer sobre los tejados, sobre el asfalto, sobre los cristales, sobre los automóviles.

Cayeron gotas amarillentas, silbando en contacto con el metal, hundiéndose en las grietas y en las rendijas, donde quemaron el aislante de los cables y mordieron el cobre de los conductores.

Cayeron gotas parduzcas, grandes y viscosas, y allí donde caían amarilleaba la hierba, las hojas se retorcían como trompas, se ennegrecían los tallos y las ramas.

Cayeron gotas negras como tinta y allí donde caían se vaporizaba y se derretía el hormigón, hervían los ladrillos y el yeso de las paredes fluía como lágrimas.

Y cayeron gotas transparentes que no eran gotas en absoluto.

Renata

Renata Wodo tenía ciertas obsesiones inofensivas, extrañas costumbres. Siempre, antes de irse a la cama, revisaba si la tapadera de la taza del retrete estaba bajada y cerrada la puerta del cuarto de baño. La taza, asomada a los secretos y los peligros del laberinto de canalones y tuberías, era una amenaza. No podía permanecer abierta, sin asegurar. Al fin y al cabo, «algo» podía salir de allí y sorprender a Renata mientras dormía.

Aquella noche, como siempre, Renata bajó la tapadera. Al despertarse luego, helada de frío, inquieta, revolviéndose en el sueño como un pez en el anzuelo, intentó recordar si había cerrado la puerta. La puerta del cuarto de baño.

La he cerrado, pensó soñolienta. Estoy segura de haberla cerrado.

Se equivocaba. El olvido carecía, sin embargo, de la más mínima importancia.

La tapadera de la taza se alzó poco a poco.

Barbara

Barbara Mazanek tenía un miedo pánico a todo tipo de orugas y gusanos, pero el verdadero terror que le hacía correr adrenalina y el

profundo asco que le hacía temblar con todo el cuerpo se lo producían los cortapichas, esos monstruos aplastados y ovalados de color de bronce, ágiles y armados de pinzas al final del abdomen. Bárbara creía firmemente que esta asquerosidad, capaz de correr tan rápido y esconderse en cada rendija, esperaba sólo a la ocasión de meterse en su oreja y devorar todo su cerebro desde dentro. Si iba de vacaciones con una tienda de campaña, introducía cada noche con mucho cuidado unos tapones de algodón en sus oídos.

Aquella noche, despertándose inquieta, instintivamente apretó la oreja izquierda contra el almohadón y cubrió la derecha con el brazo.

Todo esto carecía, sin embargo, de la más mínima importancia.

A través de la puerta del balcón, que no cerraba bien, comenzaron a filtrarse y a dispersarse por el cuarto, como una ola sucia de aceite, millones de ágiles insectos. Los ojos les brillaban con luz roja y las pinzas al final de sus abdómenes eran agudas como navajas de afeitar.

Los músicos

—Se acabó —afirmó Kersten. Debe callaba, sentada inmóvil con los ojos bien abiertos, moviendo ligeramente el final de su cola.

—Se acabó —repitió el perro—. Itka, no podemos hacer nada. Nada. ¿Escucháis? Pasiburduk, déjalo ya, no tiene sentido.

El hámster dejó de tocar, se quedó quieto, miró con unos ciegos botoncitos negros. Así es, pensó Kersten, no va a cambiar nunca. Hay que repetirle todo dos veces. Qué se le va a hacer, sólo es un hámster.

Debe callaba. Kersten se echó, puso el morro sobre las patas.

—No lo hemos logrado y no tiene sentido intentarlo por más tiempo —dijo—. El Velo ha estallado al fin y esta vez no lo podemos arreglar. Han

cruzado. Ellos. Por supuesto, el Velo volverá a crecer sólo, pero no tengo que deciros...

—No tienes. —Itka mostró los dientes—. No tienes, Kersten.

—Esta ciudad tiene todavía alguna oportunidad. Mientras el Pustulado no cruce a este lado, la ciudad tiene alguna oportunidad.

—¿Y otras ciudades? —preguntó inesperadamente Pasiburduk.

Kersten no contestó.

—¿Y nosotros? —preguntó la rata—. ¿Nos vamos a quedar?

—¿Para qué?

Itka se sentó, bajando un morro puntiagudo.

—Entonces... ¿tal y como planeamos?

—¿Ves otra salida?

A lo lejos, al otro lado del barrio, sonó un estruendo. Una ola de sonido. A Kersten se le erizaron los pelos y Pasiburduk se transformó en una bola pelirroja.

—Tienes razón, Kersten —dijo Itka—. Es el final. Nos vamos a Brema. Allí esperan los demás.

La rata se volvió en dirección a Debbe, todavía sentada, inmóvil como una velluda estatuilla a rayas.

—Debbe... ¿Qué te pasa? ¿No has oído? ¡Es el final!

—Déjala en paz, Itka —gruñó Kersten.

—Parece —chicheó la rata a la gata— como si estuvieras triste. ¿Qué, Debbe? ¿Estás triste por ellos?

—Qué sabrás tú, Itka —maulló la gata, despacio y con enfado—. ¿Triste? Y puede que sí que esté triste. Estoy triste por el contacto de sus manos. Estoy triste por el susurro de sus respiraciones cuando duermen. Estoy triste por la calidez de sus rodillas. Estoy triste por nuestra música que, apenas conocida, la pierdo. Porque es una música que nadie necesita y con la que ya no salvaremos a nadie. Porque en cada minuto, en cada segundo, en mil puntos distintos de este planeta suena el veehal y sonará cada vez más a menudo. Hasta el final. También estoy triste por vosotros. Por ti, Itka, y Kersten, y Pasiburduk. Estoy triste por vosotros, derrotados, obligados a huir. Y estoy triste por mí misma, porque también me tendré

que ir con vosotros, como una de vosotros. Aunque todo esto no tenga el mínimo sentido.

—Te equivocas, Debbe —afirmó tranquilamente Kersten—. Nosotros no huimos. Esta vez no lo hemos logrado. Pero en Brema... en Brema están esperando los otros. Los músicos han ido a Brema desde tiempos inmemoriales. Y cuantos más seamos más fuerte será nuestra música y alguna vez conseguiremos cerrar el Velo finalmente y para siempre, lo convertiremos en un muro impenetrable. Por eso te equivocas si piensas que nuestra música no es necesaria. Y que la has perdido. No es cierto. Y tú lo sabes.

—Los sentimientos dominan en ti a la razón, Debbe —añadió Itka—. ¿Qué más da que esta ciudad se despueble un poco? Al fin y al cabo se lo merecían. Y tú... piensas en salvar individuos. ¿Individuos aislados, aquéllos a los que amas? Eso no es racional. Piensa en la especie. Los individuos no tienen importancia.

La gata se levantó repentinamente, se estiró, midiendo a la rata con sus ojos verdes, una terrible mirada en la que por un segundo apareció y se ahogó el sangriento odio entre las especies. Itka ni siquiera parpadeó. Era un músico y Debbe era también un músico. Miró como se dirigía hacia atrás por entre los matorrales y el baldaquín de la hierba, altiva, orgullosa e imbatida. Hasta el final.

—Idiota sentimental —murmuró, cuando estuvo segura de que la gata ya no la escuchaba.

—Déjala en paz —ladró Kersten—. No puedes entenderla.

—Puedo. —La rata enseñó los dientes—. Pero no quiero. Tampoco quiero explicar por qué. Lo importante es que está con nosotros. Es un buen músico. Kersten, ¿y no puede ser que por fin echemos a andar?

—¿Andar? —sonrió el perro—. ¿Por qué vamos a andar si hay quien nos puede llevar?

Dieter Wipfler

Dieter Wipfler cubrió los ojos con el dorso de la mano intentando controlar el estremecimiento, el mareo, las vueltas de la cabeza. Limpió la mano empapada en sudor contra los pantalones, aferró el volante y continuó cuando el semáforo se puso en verde. No sabía dónde estaba. Pero con toda seguridad ésta no era la carretera a la frontera, a Swiecko, donde tendría que estar.

Las calles estaban vacías, despobladas, como en un mal sueño. Dieter Wipfler cerró los ojos, apretó fuertemente, los abrió. ¿Qué hago aquí, pensó, al atravesar el final de los raíles del tranvía, dónde estoy? ¿Qué hago aquí? Qué me pasa, verfluchte Scheisse, ich muss krank sein. Estoy enfermo. He comido algo que estaba malo. Tengo que pararme. No puedo conducir en este estado. Pararse. Lo que estaba tendido sobre las vías no podía ser un cadáver. ¡Tengo que pararme!

Dieter Wipfler no se detuvo. Pasó el final de las vías del tranvía y las parcelas, siguió avanzando por un camino de gravilla, desde un suburbio terriblemente desierto hasta un paisaje bárbaro iluminado por la luna. Avanzó, aunque no quería avanzar. No sabía lo que le estaba sucediendo. No podía saberlo.

A través de un velo irisado y desgarrado, Dieter Wipfler vio la torre puntiaguda y esbelta de una iglesia de la que brotaban lagos de fuego. Vio unos andamios de madera y unos cuerpos mutilados que colgaban de ellos.

Das ist unmöglich!

Vio a un hombre pequeño y negro agitando un crucifijo y gritando...

Das ist unmöglich! Ich träume!

Locus terribilis!

El pesado trailer viajaba despacio, levantando con las ruedas nubes de gravilla, marcando en el barro que estaba por debajo las huellas dentadas de los neumáticos. En la parte trasera del enorme remolque azul se podía leer un letrero escrito con letras blancas:

KÜHN TEXTILTRANSPORTE GmbH

Y por debajo el nombre de la ciudad:

BREMEN

El cuarto amarillo

El niño dormía intranquilo, se removía. Venerdina movió la oreja y aguzó el oído.

El algo que lentamente se transpiraba a través del muro no tenía una forma concreta. Era una mancha negra, un ovillo de oscuridad, pulsante, dilatándose, frío penetrante de largos tentáculos. El pelaje de la crin de Venerdina se irguió como una escoba.

El ser, que ya estaba en el antepecho de la entreabierta ventana, se hinchó, comenzó a cobrar forma, a enderezarse sobre unas piernas deformes. Se le erizaron las púas, se alzó una cola armada de agujón.

La gata cambió su posición. Se estiró ligeramente y sacando las dos patas mostró las garras. Clavando en el ser sus ojos, bajó las orejas, contrajo el hocico, sacó los colmillos.

El monstruo se detuvo.

Inténtalo si te atreves, dijo Venerdina. Inténtalo. Has venido a matar a los que duermen, pero intenta enfrentarte a su guardiana. ¿Te gusta producir dolor y muerte? A mí también. ¡Venga, ven si te atreves!

El monstruo no se movió.

Fuera, dijo la gata exudando odio.

El ovillo de frío acurrucado en la ventana, oscuro como la nada, se contrajo, se difuminó. Y desapareció.

El niño murmuró en sueños, se volvió del otro lado, respiraba con regularidad.

A Venerdina le gustaba escuchar su respiración.

Iza

Ela Gruber estaba muerta. Tenía los ojos abiertos, pero Iza estaba segura de que había muerto. No sabía bien qué hacer. En aquel momento se abrió la puerta. Entró una enfermera.

—Me temo que... —comenzó Iza y se interrumpió.

El rostro mofletudo de la enfermera, no hacía demasiado tiempo aún ingenuamente simpático, se había transformado. Ahora era la cara de una idiota, una oligofrénica que se sonreía como una tonta.

La enfermera, sin percibir a Iza, se acercó a la cama de Ela Gruber y con un movimiento reflejo, automático, arregló la almohada. De la mesita de al lado tomó un vaso. Mirando fijamente a la ventana lo aplastó con el puño. De entre sus dedos manó un río de sangre. La enfermera no le prestó atención, su rostro ni siquiera había temblado. Levantándose la manga izquierda, se cortó con un pedazo de cristal la cara interior del brazo, desde el codo hasta la palma de la mano, con movimientos rápidos, violentos, una vez, luego otra. La sangre se derramó sobre el delantal blanco, sobre la superficie brillante de la mesa, sobre la sábana, salpicó todo el linóleo. La enfermera se agitó en una risa entrecortada, levantó la mano, degustando las pulsantes olas de sangre que brotaban de la herida.

—¡Ayuuuudaaa! —gritó Iza, rompiendo el horror que le atenazaba la garganta—. ¡Ayuuuudaaa! ¡Que alguien me ayude!

—¡... udeee! —resonó su grito histérico por el pasillo—. ¡Ayuuuudeee!

Al grito se agregaron otros, muy fuertes, innaturales. Iza se dio cuenta de que a su voz se le había unido el aullido de la sirena de una ambulancia. A la enfermera se le doblaron las rodillas, cayó pesadamente contra el linóleo, dobló la cabeza, comenzó a sollozar.

Iza, retrocedió, sin apartar la vista de la enfermera, palpó a su espalda el pomo de la puerta, salió al pasillo.

Junto al radiador de la calefacción, apoyando la cabeza sobre la pared, estaba arrodillado un joven médico al que no conocía. Se estaba limpiando con la manga las lágrimas que le corrían por la cara. Contempló a Iza con una mirada ausente, aterrorizada.

—Esto es la guerra, señora —escupió—. Seguro que es una bomba con gases psicotrópicos. Seguro que han usado bombas bacteriológicas. Todos se han vuelto locos... todos... ¡Es la guerra! ¡Hay que ir a los refugios!

Iza retrocedió, asustada. Al lado, en el departamento, sólo se escuchaba ruido y gritos de lucha. Algo muy pesado golpeó contra las puertas cerradas.

—¿Dónde hay un refugio por aquí? —gritó el médico del radiador—. Yo no quiero morir.

—¡Miliiiiiaaaa! —gritó alguien un piso más arriba—. ¡Dios míooooo! ¡Ayuuuudaaa!

Las puertas se abrieron y un cuerpo apoyado en ellas, totalmente salpicado de rojo, cayó al pasillo. Un hombre enorme y semidesnudo, armado con una barra de hierro, lentamente, con cuidado, se acercó al cadáver. El médico del radiador gritó, aplastando la cara contra las aletas de la calefacción. El semidesnudo lanzó una risa salvaje y levantó la barra.

Iza se dio la vuelta y avanzó por el pasillo, perseguida por los gritos y el amortiguado sonido de los golpes.

Corrió a través del hospital, al llegar a la puerta se resbaló con unas hojas desparramadas por el suelo y a duras penas consiguió mantener el equilibrio. Frente al hospital estaba la ambulancia de las urgencias, con el intermitente derecho puesto. Las puertas delanteras estaban abiertas, el conductor se encontraba tendido sobre los asientos, su mano, violácea a la luz de las lámparas, colgaba muerta hacia el exterior. Desde el interior del hospital la alcanzaron aullidos de locura, gritos, el sonido de cristales rotos y de vajillas destrozadas.

Un coche con la parte delantera destrozada y la tapa del capó encorvada y rota atravesó la calle. Junto a la ciudad, de la dirección de las parcelas, se

alzaban lentamente resplandores, nubes de humo y gritos que de lejos recordaban al zumbido de los abejorros.

Iza miró al cielo, que había alcanzado ya a tomar un color púrpura entretejido con tenues hilos de oro. Unas gotas le cayeron sobre el rostro. La súbita humedad la despertó y echó a correr.

Desde una casa al otro lado de la calle voló con fuerte estruendo el cristal de una ventana y tras él, un niño. Se dio tres vueltas en el aire antes de aplastarse contra el asfalto. Iza corría. Gotas, o puede que fueran lágrimas, le fluían por las mejillas.

Junto a su 127 estaba tendido un hombre con un pijama a rayas, apoyado en una pared junto a una puerta. Respiraba agónicamente, con cada movimiento le brotaban de la nariz burbujas sanguinolentas.

No pudo encontrar las llaves del coche en el bolso. Con manos temblorosas echó todo el contenido sobre la acera. Cogió sólo las llaves y el monedero.

Algo crujió junto a ella y el susto le hizo soltar las llaves. La tapadera de la alcantarilla saltó por el aire, cayó en la acera y de ella, con un sordo murmullo, brotó sangre mezclada con suciedad, derramándose a todo lo largo y ancho del asfalto, contagiando sus zapatos de un calor repugnante. Iza gritó, se alejó del coche, tropezó con el cuerpo del hombre del pijama, apretó la espalda contra la pared. En el oscuro y brillante precipicio de la alcantarilla algo se movía, pulsando y borbollando.

Un hombre surgió gritando desde la esquina, y detrás de él un segundo. Ambos pasaron a Iza en un tempo de locura y siguieron corriendo. El viento, un viento cálido que se interrumpió de pronto, le golpeó con su repugnante hedor.

Desde la esquina...

Iza conocía este sentimiento. Lo recordaba de su infancia, un sueño que muchas veces la había hecho despertarse con un grito. Un sueño en el que paralizada, sin voluntad, miraba a una puerta cerrada desde el exterior con un cerrojo, sabiendo que dentro de un momento, pese al cerrojo, la puerta se abrirá. Se abrirá y detrás de ella habrá algo de lo que no existe posibilidad de escapar ni de recibir ayuda. Algo que no deja lugar a esperanza.

Sin comprender por qué, gritó con un agudo e incansable falsete, el aullido de un animal torturado. Se convirtió de pronto en un animal, allí, en aquella calle oscura, cubierta de sangre y suciedad, entre asfalto, hormigón, cristal, automóviles y electricidad, entre miles de productos de la civilización, ninguno de los cuales tenía el más mínimo sentido en aquel momento. De pronto se convirtió en el castor estrangulado con un elástico alambre de seda, el zorro cuyas patas trituran las mandíbulas de acero de una trampa, la foca golpeada con un palo en la cabeza, el corzo herido con una escopeta de cañones recortados, la rata debatiéndose en las convulsiones del veneno. Se convirtió en todos aquéllos con los que compartía el miedo y el dolor y la seguridad de que en unos pocos segundos no sería nada, porque la nada es un cadáver frío, manchado, maloliente.

El algo que rechinaba y burbujeaba al otro lado de la esquina, acentuando sus pasos con una respiración ronca y pesada, apareció y la miró con la claridad dorada y carmínea de unos ojos enormes.

Un grito se apagó en la garganta de Iza con un ronquido ahogado. Su consciencia, razón, inteligencia y voluntad explotaron y se rasgaron como una bombilla arrojada contra el pavimento.

El Pustulado cruzó a través del Velo rasgado.

Tandaradei!

«Tandaradei!». Sí, así es como hay que escribirlo, con un signo de admiración como en Walther von der Vogelweide. Las versiones sin signo de admiración están equivocadas.

La historia de este texto, mi segundo cuento de terror y mi tercer relato que no era sobre Geralt de Rivia, es bastante curiosa. La idea me surgió en el tren de la línea Gdynia-Lodz, cuando en este medio de transporte tan poco espectacular regresaba de la convención Nordcon en diciembre de 1990. Aquella convención, la segunda a la que tenía el honor de ser invitado, resultó en múltiples eventos y atracciones de los que sin embargo no he de hablar, ya que no es éste lugar ni hora para ello, por no mencionar tampoco que buena parte de aquellos hechos convendría cubrirlos con el tupido velo de un olvido piadoso.

Así que me limitaré a informar de que durante la subasta de libros que se llevó a cabo en la Nordcon compré —entre otros— una recopilación de relatos de fantasía y con la lectura de dicha antología maté el aburrimiento que por lo general acompaña a los viajes en el ferrocarril. Entre otras narraciones, contenía «You Are My Sunshine» de Tanith Lee. Esta novela corta, pura ciencia-ficción, sucede en un futuro lejano, en la cubierta de un crucero estelar de pasajeros. Entre los oficiales de dicho crucero está también un tal P. L., Passenger Link, una especie de azafato cultural (disculpad mi desconocimiento de la terminología marinera), alguien entre cuyas obligaciones está la de proporcionar a los pasajeros todas las comodidades, entre ellas las psíquicas. Sin resumir aquí a Tanith Lee, el P. L. del que estamos hablando sobrepasa un poco sus obligaciones, camelando con desagradable refinamiento a una fea pacata que hay entre los pasajeros. Y los resultados son terribles. Hasta catastróficos.

Rechazo con toda facilidad la acusación de plagio. «Tandaradei!» no tiene lugar en el lejano futuro y en una nave espacial, sino en Polonia, en un lugar de veraneo, aquí y ahora, y con toda seguridad no es «Tandaradei!» un relato de pura ciencia-ficción. Entre «You Are My Sunshine» y «Tandaradei!» hay, aparte de ello, muchísimas más diferencias que entre *Los siete samurais* y *Los siete magníficos*, así que no se puede hablar por supuesto de robar una idea ni —si así se quiere decir— de una adaptación secundaria. Y el escritor que afirme que no obtiene la mayoría de sus ideas de otras lecturas no es más que un mentiroso. Para aclarar, añado que entre las lecturas no sólo cuento a los periódicos, sino también al cine y la televisión.

«Tandaradei!» apareció el año 1992 en el número de enero de la revista *Fénix*. Sin embargo, este relato había tenido su *première* un año antes, durante la convención Polcon-Cracon-Eurocon'91, donde fue incluido en un libro editado con ocasión de esta

celebración y que se llamaba *Suplemento crítico-literario*. El redactor del tal *Suplemento*, el escritor Mirosław P. Jablonski, alabó en su prólogo «Tandaradei!» con las siguientes palabras: «Un texto inteligente y lírico que se destaca, entre otras cosas, por su tensión dramática desarrollada con una excelente precisión». Gracias, Mirek.

Acerca de si «Tandaradei!» es un relato de terror o de fantasía podríamos discutir largo rato, encontraríamos con toda seguridad tanto defensores de la primera opción como de la segunda. Personalmente, prefiero el calificativo de «cuento de desasosiego» tomado y parafraseado de Vladimir Vysotski. Pero, por supuesto, no porque me avergüence del calificativo ni de la etiqueta de fantasía, que le den al que así lo crea.

Para terminar, una curiosidad: *Fénix*, al anunciar «Tandaradei!» en un número anterior, adornó el anuncio con una ilustración que presentaba a un caballero de la Orden de Santa María de la Casa de Alemania, es decir, un caballero teutón. Dios sabe por qué, puede que porque los caballeros teutones de Sienkiewicz cantaban canciones de Walther von der Vogelweide^[4]. En cualquier caso, luego me dio un montón de trabajo durante los encuentros con los lectores el explicar de dónde habían salido los teutones.

—No soy guapa —dijo Monika Szreder, mirándose al espejo.

Monika Szreder tenía *razón*. No sólo eso. En este aspecto al menos, Monika Szreder y el mundo que la rodeaba estaban completamente de acuerdo.

No, Monika no era fea. Simplemente no era guapa. Era la quintaesencia de la falta de belleza, irradiaba una falta de belleza capaz de contaminar todo lo que hubiera podido embellecer a cualquier otra, incluso a la muchacha más fea del mundo. De alguna forma incomprensible, un conglomerado de rasgos que en sí mismos eran atractivos, agradables, incluso hasta hermosos, en el caso de Monica se convertían en indeterminados, desagradables e insípidos. Sus cabellos, que se suponía que eran de un rubio oscuro, en realidad resultaban grises y mates. Su natural tendencia a la suavidad, su completa individualidad, la tendencia a desobedecer a todo tipo de peines y cepillos ocasionaban que tuvieran un aspecto descuidado y desordenado y todo intento de cambiar esto resultaba baldío. No ayudaba tampoco el maquillaje más artístico, ni siquiera con ayuda de caros cosméticos se podía hacer nada con aquellos ojos que tenían siempre un aspecto informe y pálido al otro lado de los gruesos cristales de unas gafas. El efecto sobre una silueta, que en realidad era normal, de todo tipo de prendas elegantes y atractivas venía a resultar en algo que ni siquiera con la mejor intención se podía decir que fuera como para alegrar la vista.

El hecho de que Monika Szreder fuera consciente de todo ello empeoraba aún más las cosas. Sabedora de que no era capaz de conseguir mostrarse más bella, Monika, desde el momento en que había llegado a la mayoría de edad, hacía todo lo posible de forma consecuente y planificada

para no resaltar, no salirse de la masa, desaparecer y agrisarse. Esta especie de mímica que se suponía que tenía que enmascarar y ocultar su falta de belleza producía por supuesto un resultado completamente opuesto.

Ahora precisamente, a las cinco de la mañana, de pie frente a un espejo desportillado, en la semioscuridad rasgada por ráfagas de luz de una casa de camping, Monika sentía de forma más intensa que nunca su falta de belleza. Lamentaba haber venido a aquellas vacaciones, a aquella colonia en mitad de la nada, a aquella falta de comodidades que se suponía que tenía que ser romántica y que había resultado ser simplemente pesada. La agencia de viajes Rommar Tour, recordó. «¿Estás sola? Danos tu edad, profesión, estudios, intereses. Escríbenos tus ilusiones y te organizaremos las vacaciones de tus sueños».

La vacaciones de mis sueños...

Se fue porque estaba sola y no quería pasar en soledad el verano en la ciudad. Rommar Tour no había mentido ni exagerado en general, aunque estaba bastante claro que en el formulario el apartado «estudios» era el más importante. A su alrededor todo eran ávidas doctorandas y profesores divorciados.

Las vacaciones de mis sueños...

El viaje debía de ser una prueba más que Monika se imponía a sí misma para demostrarse que le gustaba la compañía. La prueba, como todas las anteriores, resultó un fracaso. Una vez más Monika no se probó a sí misma nada más que el hecho de que odiaba la soledad.

Y estaba sola. Otra vez sola. La chica con la que por azar le había tocado compartir habitación, Elka, por razones desconocidas llamada Perdiz, que durante los primeros días de las vacaciones le había puesto nerviosa con sus parloteos, su indolencia y el desorden que dejaba a su alrededor, ahora solía desaparecer por las tardes y volver de madrugada. E incluso por la mañana, como hoy. Monika no tenía la menor duda de lo que Perdiz debía de haber escrito en el cuestionario de Rommar Tour en el apartado «intereses».

Al principio Monika estaba asustada, tenía miedo de que Perdiz fuera de esas muchachas que pensaban que un relato colorista y detallado era el colofón natural y el complemento obligado de sus hazañas nocturnas.

Monika no hubiera aguantado esto, desde luego. Por suerte, Elka no era muy dada a contar. Antes al contrario, era discreta. Lo que no impedía sin embargo que demostrara espontáneamente la satisfacción y superioridad que en la naturaleza la hembra elegida está obligada a demostrar con respecto a la hembra rechazada.

Monika Szreder no se sentía rechazada. Tenía veintiséis años y había tenido dos experiencias amorosas importantes. El carácter y el discurrir de ambas hacían que no anhelara una tercera.

Y sin embargo...

—No soy guapa —le dijo al maltrecho espejo. Y no lloró. Estaba orgullosa de ello. No hay nada peor que comenzar el día llorando, pensó.

¿El día? Resultaba difícil llamar todavía día a aquello, pensó. La colonia de vacaciones dormía el sueño de los justos esperando que el sol secara el rocío del todo y calentara el ambiente, que aún estaba fresco y hería la piel con los mordiscos del invierno.

Se tumbó, puso el almohadón muy alto, cogió su libro. Intentó encontrar el lugar en el que había dejado de leer por la noche, soñolienta y nerviosa de esperar a Elka. En vez de ello volvió al principio, a la página marcada por una pequeña flor de pensamiento seca. Su página favorita. Sólo algunas estrofas, pensó. Sólo algunas.

*Unter den Linden
Bei der Heide
Wo unser beider Bette gemacht
Da mögt ihr finden
Wie wir beide
Pflückten im Grase der Blumen Pracht
Vor dem Wald im tiefen Tal
Tandaradei!
Lieblich sang die Nachtigall*

Era muy delgado, se diría que escuálido, la capa agitada por el viento, que abrazaba su silueta firmemente, acentuaba todavía más su delgadez. Su sombra, estrecha, como si estuviera hecha con un trazo negro, se posaba

sobre un tapiz en el que un blanco unicornio se erguía, con las patas anteriores dispuestas en una pose heráldica.

—Tandaradei —repitió el minnesänger—. Esta canción...

Tantos recuerdos. Tantos hermosos recuerdos. *Unter den Linden, bei der Heide...* Tú... Ésta eres tú. Cabellos de lino...

Monika movía las manos, apartando las flores, las miles de flores sobre las que yacía. En su mayoría eran rosas, rojas, húmedas, maduras, a las que se les caían las hojas.

—Como entonces —continuó el minnesänger en voz baja y sus ojos eran negros, fríos, como el Rin al pasar por la roca Lorelei.

En el castillo de Wuerzburgo... Y puede que incluso luego, en Suabia, en el castillo de Felipe... Recuerdo los labios llenos de Beatriz, la hija de Berenger de Passau. Y luego, muchos años después, escuché aquella canción no lejos de Worms. *Vor dem Wald im tiefen Tal...* Me despiertas del sueño.

Monika cerró con fuerza los párpados.

Me despiertas del sueño. Esta canción... Perduró tanto. Recuerdo que la cantamos durante la marcha a Marienburgo, cuando íbamos a encontrar al comtur Wolfram de Lys, en el viaje a Drwecy. E incluso después, muchos años después, la canté junto con otros en Frankenhausen, cuando las faldas de la montaña de Hausberg se llenaron de la sangre de los campesinos que se habían rebelado.

Monika estaba tendida, inmóvil en una cama de flores. Miraba directamente a los ojos del minnesänger. Jamás había visto unos ojos tan fríos. Jamás había visto aquel rostro.

Sólo la sonrisa.

—Dame la mano.

Sí, ya había visto antes aquella sonrisa. Seguro que la había visto.

Pero no recordaba dónde.

—Dame la mano.

Desde detrás del minnesänger salieron otras formas, que llevaban grotescas máscaras de piel, con unas gigantescas orejas temblorosas. Se fue alzando un cántico bajito, rítmico, escandido, un coro polifónico, cacofónico, unas palabras aisladas, acentuadas, ininteligibles...

Tandaradei!

—¿Monika! —gritó Elka, llamada Perdiz—. Eh, Monika, ¿no sabes dónde está el azúcar?

—¿Qué? —Monika se incorporó, tirando el libro al suelo, agitando las manos por las sábanas—. ¿Qué? ¿Ela? ¿Me he dormido?

—No —dijo Elka, cerrando la puerta del armario con un estruendo terrible, lo que espantó los últimos restos del extraño sueño—. Al revés. Te has despertado justo a tiempo. Son las nueve. Escucha, no puedo encontrar mi bote con el café. Debo de habérmelo llevado a algún sitio. ¿Puedo coger un poco del tuyo?

Monika se restregó los ojos con los nudillos, cogió sus gafas.

—Puedes, Ela.

Las señales que se repetían cada día, cada noche, llegaban apagadas, en apariencia insignificantes, apenas perceptibles. La doctora que vivía en la cumbre de la colina no se dio cuenta al principio de lo que significaban. El que se dio cuenta mucho antes fue el gato. Comenzó a dar señales de cambios en su comportamiento, de desasosiego, de una agresividad incontrolada que descargaba sobre lo que estuviera a mano. La doctora se dio cuenta de ello pero no se inmutó, lo achacó a la naturaleza feroz e indomable del animal. No le asombró tampoco que el tejón, que por lo común corría detrás de ella como un perrillo, se metiera en su escondite y no saliera de él por el día. La doctora lo explicó como miedo ante la rabia del gato.

Las siguientes señales fueron ya más claras: el croar nocturno de las ranas que se detenía de improviso, seguido de largos periodos de un silencio nervioso y lleno de espanto. Mudos vuelos matinales de los chotacabras, en bandadas que hasta oscurecían el cielo. El rumor del río entre los árboles caídos, furioso y de alguna manera distinto.

Se está preparando algo, pensó la doctora. Se está preparando algo.

Al día siguiente encontró en el mismo límite del bosque un arrendajo destrozado, unas gotas de sangre coagulada brillaban como abalorios sobre su plumaje rojizo. La doctora sabía que aquello no había sido cosa del gato.

El gato, que vino corriendo hacia ella, al ver el pájaro muerto siseó, se agachó, contemplando con miedo sus ojos.

—Por Bajor y Pola —murmuró ella. El gato maulló.

Volvió a salir, pensativa, sin darse cuenta de dónde estaba. Y entonces...

El gato siseó, encorvó el lomo.

En la puerta de la casa no estaba la hoz que siempre estaba allí, cubierta con un ramillete de yerbas secas. Se dio la vuelta en el momento adecuado para ver cómo un hierro ensangrentado volaba hacia ella, girando y silbando en el aire.

—¡Eth! —gritó, con la espalda contra el marco.

La hoz giró, se agitó como una cinta viva, se dobló durante el vuelo, se clavó con un estampido en la puerta descascarillada, tembló rabiosa, cantó un gemido metálico. La doctora escuchó cómo el negro bosque que estaba inclinado contra las rocas se agitaba en una risa maligna.

—Deskath —balbuceó—. Tú... Te reconozco...

El gato siseaba.

La hoz temblaba, se agitaba y cantaba.

—Pero venga, Monika —dijo Elka, llamada Perdiz. Se quitó las gafas de sol y se untó crema en su nariz respingona con mucho cuidado—. Es verdad que no puede ser. ¿Por qué no quieres ir con nosotros? ¿Con todo el grupo? ¿Por qué estás sentada aquí sola todo el tiempo? ¿Por qué?

—No me siento bien.

Y además no estoy mintiendo, dijo Monika para sí. Sólo con pensar en vuestra ruidosa pandilla me siento mal. No entiendo vuestras bromas. No se me contagia vuestra alegría, al contrario, solamente me produce confusión. Y no estoy segura de que no sea eso precisamente lo que buscáis.

—De verdad, Monika —charloteaba Elka, unas veces de pie junto a la tumbona, otras junto a ella—. Deberías venir con nosotros. No te haces una idea de qué bonito es el río...

Alejandro, pensó Monika, no me tapes el sol.

—Jacek, el historiador, sabes, ése que está solo, en la doce —Perdiz se extendió los restos de la crema en las manos, exudando a su alrededor el olor de Ponds—, el amigo del rubio que tiene un Audi granate, sabes...

Lo sé.

—... cuenta unas cosas tan interesantes...

Lo sé.

—... de la historia de estos alrededores, de las guerras, los movimientos de pueblos, de los sabbaths de las brujas, del culto de no sé qué demonios, de las excavaciones arqueológicas, te digo, Monika, se estaría una escuchando durante horas. ¿Sabes que me preguntó por ti?

—¿Quién? —Monika alzó la cabeza.

—Jacek. El historiador.

—¿Por mí?

—Por ti. De dónde eres, dónde trabajas. Le has gustado, Monika. Vaya una suertuda. El tío es super guay.

Dios mío.

—No finjas que no te has dado cuenta de cómo te mira. ¿No, Monika?

Me he dado cuenta, me he dado cuenta.

—No, Ela, no me he dado cuenta.

—De verdad que no sé cómo hablar contigo. —Perdiz se puso de morros—. ¿Qué es lo que te ha picado, tía? Tienes una pinta horrible, ¿sabes? ¿No tendrás la regla? Oh, perdona, no pongas esa cara. Me largo. Hemos quedado dentro de media hora. Volvemos a la hora de comer. O de la cena. Adiós.

—Adiós, Ela.

Entre los troncos de unos pinos enanos una araña tejía su tela, una obra regular y precisa. La belleza en la naturaleza, pensó Monika, tiene un objetivo, no es una belleza simplemente estética. Tiene su objetivo, incluso si ese objetivo es matar.

Una mariquita cayó sobre las páginas de su libro. Monika la espantó agitando el libro.

—Vete al cielo —dijo a media voz.

La mariquita no cayó a tierra, en su caída desplegó torpemente sus alas, revoloteó y fue a parar directamente al centro de la tela de la araña.

La araña, una gran araña de cruz de obesa panza, salió presurosa de su cubículo en una hoja enrollada y envuelta un capullo. La mariquita, muy despacio, iba cortando los hilos de la telaraña con las puntas de su coraza de quitina. Un momento más y escapará, pensó Monika.

Pero la araña fue más rápida.

Vete, pensó, con las mandíbulas apretadas. Vete, araña. ¡Ya!

La araña se agitó en los hilos y se escondió a toda velocidad en la hoja enrollada.

La he asustado, pensó Monika asombrada. Que estupidez, pensó al segundo siguiente. A la araña, como la cosa más normal del mundo, no le gustan bichos rojos envueltos en una coraza de quitina. Prefiere las blandas y jugosas moscas. Tan claro como el sol.

Sintió un escalofrío al escuchar el sonido de unos pasos ya junto a ella.

—Buenos días, Monika.

—Buenos días, Jacek.

Dios mío.

—¿Con las narices entre libros, como siempre? Monika, quiero que te des cuenta de que estás de vacaciones. Un acontecimiento que sucede una vez al año y que por desgracia pasa muy deprisa. De verdad, es una pena perder siquiera un minuto. Monika.

—Dime, Jacek.

—Perdiz me dijo que no quieres venir con nosotros al río. Al parecer has rechazado sin piedad tal propuesta. Me es especialmente triste, dado que era mi propuesta. Así que he venido a arreglar el error causado al usar de Perdiz como intermediaria. Tendría que habértelo pedido yo mismo. Hace ya mucho.

Vete, por favor. Me siento mal cuando te veo ahí delante y mirándome. No quiero tu mirada. No quiero que me toque tu mirada.

—Ven con nosotros, Monika.

Vete, por favor.

—No... Disculpa. Puede que otro día.

—¿Acaso la lectura a que te dedicas es más interesante que la perspectiva de mi... de nuestra compañía? ¿Qué estás leyendo, Monika?

—Ohh... Poesía, Jacek. Poesía alemana antigua.

—Eso ya lo veo. La reconozco por la letras góticas, que no sé leer pese a que mi profesor de alemán consiguió meterme en la cabeza las bases de la lengua de Goethe. ¿De quién son los poemas?

—No creo...

—¿... que sean versos que pueda conocer un simple historiador? Ah, filólogos. Qué manía tenéis de usurpar el monopolio del conocimiento sobre la lengua y la literatura. Dime, ¿te gustan los juegos de azar, Monika?

Alzó la vista, completamente consciente de que estaba levantando a la vez rostro y gafas.

—No entiendo.

—Te propongo un pequeño juego y una gran apuesta. Algo como en el cuento de Pushkin, tres, siete, as. Si sobre la base de una o dos líneas reconozco de quién son los poemas, vendrás con nosotros. Si me equivoco, me iré con tristeza y no volveré a molestarte.

Reflexionó un instante. No es posible, pensó. Es muy poco conocido...

—Está bien —dijo, bajando la cabeza para que él no viera su sonrisa.

Unter den Linden

Bei der Heide

Wo unser beider Bette gemacht...

—Walther von der Vogelweide, poeta y trovador medieval alemán, finales del siglo XII, principios del XIII. —Él sonrió—. El poema se llama «Unter den Linden». Has perdido, Monika. Vuestra dama está muerta, camarada Hermán. Me llevo todos los rublos de encima de la mesa. Y también te me llevo a ti, Monika.

Ella sonrió, sin esconderlo esta vez. En fin, pensó, puede...

—Dicho entre nosotros —dijo él—, la verdad es que te pega.

—¿El qué?

—La poesía medieval, las canciones de los trovadores —dijo, mirándola a los ojos. A las gafas, se corrigió ella a sí misma en sus pensamientos—. Pega contigo. Naturaleza poética, belleza de antaño, interior complicado, carácter solitario. Magia. Venga, elfa de cabellos de lino, prepárate. Nos vamos.

—Sí —dijo, todavía con una leve sonrisa—. En fin, di mi palabra... Enseguida vengo. Un momento.

—Te esperamos.

No se levantó de inmediato. Continuó sentada con la cabeza baja, con la vista clavada en las letras góticas, sinuosas y vacilantes como si fueran banderolas retorciéndose en puntiagudas torres. Escuchó el sonido de los laúdes, lejanos, bajitos.

Un unicornio blanco se erguía sobre sus patas traseras en un tapiz verde, alzaba las patas delanteras en una postura heráldica.

La cumbre de la colina era regular, llana, como si la hubieran cortado con una navaja de afeitar. La casita de paredes blancas enclavada entre manzanos enanos la atraía. La llamaba hacia sí.

Se quedó de pie, indecisa, mirando cómo todo el grupo bajaba hacia el río por una pendiente arenosa, bañada por el sol. Escuchó los gritos y risas de los muchachos, el tintineo lejano y apagado de una caja con cerveza. El chillido de las muchachas que caían sobre la pradera húmeda.

—Curiosa colina, ¿verdad? Enseguida se ve que no es natural.

—¿Cómo, Jacek? ¿Por qué no es natural?

—Mira qué regular es su forma. Y la situación. Monika, es posible que antaño hubiera aquí algún castro para defender el vado. O puede que el santuario de alguna diosa adorada por los pomeranios. Puede que algún lugar de sacrificio, la montaña sagrada de algunos paganos, prusianos, godos o celtas vagabundos. Por estos lares han pasado tantos pueblos, todavía guarda la tierra tantas cosas por descubrir... Venga, vamos. Hablaremos de ello en nuestro maravilloso campamento.

—Ahora... ahora vengo. Dentro de un momento.

—¿Por qué?

—Quiero pasear un poco. —Bajó la cabeza.

—Me permites...

—No —dijo muy rápido—. Perdóname. Sola.

¿Por qué me mira así?

—Vale, Monika. Pero recuerda, te estamos esperando. Me gustaría que estuvieras con nosotros. Conmigo.

—Ahora vengo.

Una colina. ¿No natural?

Dio un paso adelante. De pronto sintió que tenía que seguir adelante. Porque a la espalda tenía una negra pared de bosque, húmedo, oscuro y desapacible, y ante sí el sol y la brillante cinta del río, abajo, muy abajo, entre los alisos. El bosque la rechazaba, susurraba con una voz que asustaba, una voz en la que percibía amenaza y maldad. La blanca casa sobre la roca era clara, cálida, amigable. La llamaba, tiraba de ella, la intentaba convencer.

—Buenos días... ¿Hay alguien aquí?

Un oscuro zaguán, la oscuridad cortada por un rayo de luz en el que flotaba el polvo. Estoy entrando sin invitación a una casa ajena, pensó. Ahora saldrá alguien, me mirará con desagrado y yo me sentiré rechazada, herida. Y me sentiré mal, aunque yo misma haya sido culpable. Como de costumbre.

Un cuartito lleno de muebles oscuros. Un pesado olor a hierbas.

—¡Buenos días! Disculpe...

Sobre la mesa un vaso con asa metálica, una cucharilla clavada en posos de café, unas gafas de montura de alambre.

Y libros.

Sin saber por qué lo hacía, se acercó. Los libros eran antiguos, encuadernados en tapas carcomidas. Las letras doradas que decían que se trataba de la enciclopedia de Orgelbrand estaban muy gastadas, apenas podían leerse. Abrió el libro que estaba más cerca del borde.

No era la enciclopedia de Orgelbrand.

Estas letras góticas no portaban el sonido de los laúdes. Este gótico era maligno y negro, gritaba amenazador y teutónico.

Geheymwissenschaften und Wirken des Teuffels in Preussen, Johann Kiesewetter, Elbing 1792. En la primera página un pentagrama, signos del Zodiaco, otros símbolos extraños, angustiosos.

Otro libro. Y también bajo otra portada falsa, pegajosa por el polvo, páginas amarillentas y un título verdadero: *Dwymmermorck*. Y nada más.

El siguiente. Otro tipo de letra, otra impresión. Un hombre con *cabeza* de cabra, con unas manos de largos dedos cruzadas sobre un delgado pecho. *La lettre noire. Histoire de la Science Occulte*, Jules de Bois, Avignon 1622.

Otro más, casi deshaciéndose, una frase que gritaba con unas grandes patas de araña en el medio de una página destrozada: Gondelman, *Tractatus de Magiis*.

Y la siguiente.

Cuando extendió el brazo para darle la vuelta a la mentirosa portada enciclopédica, su mano temblaba, se revolvía en una oposición incomprensible, en un aura que evitaba el acceso. Al mismo tiempo otra fuerza, opuesta, tiraba de su mano como un imán.

Espejo de las Majias Negras de los Moros, por Abdul de Hazared. Puesta en lengua polaca por Iedzrey Sleszkowski, iesuita A. M. D. G., en Cracovia, en la Imprenta de Nicolás Zborski JKM Ord. Tipógrafo. Año del Señor de 1696.

Algo la detuvo. Algo que le hizo un nudo en el estómago y le secó el paladar, algo que era amenaza, asco, repugnancia nauseabunda. Tuvo la sensación de que el pegajoso polvo de las páginas comenzaba a arrastrarse lentamente hacia su mano. Cerró el libro, la recorrió un escalofrío, en los oídos, en la cabeza le explotó un inesperado cántico, un coro polifónico, un balbuceo, un grito, palabras ininteligibles.

Salir, pensó. Tengo que salir de aquí.

Sin embargo, y contra su propia voluntad, tomó otro libro. *Phänomene, Dämone und Zaubereysunden*, R. Ennemoser, Nürnberg 1613. Lo abrió.

Había un unicornio, erguido, con las patas delanteras alzadas en una postura heráldica.

Lo abrió al azar, en mitad del tomo. Las desgastadas letras góticas parecían moverse, se clavaban profundamente en el ojo y en la consciencia.

... wie lautet der Name des Dämons? Der Hagre Junge, da er unseren geheymen Sünden und unsre Bösheyt frisset und trotzdem hager bleybet. Das Brennende Kind, das mit Hasse brennt. Und der echte Name? Der ist unaussprechlich, schrecklich. Deskath, was zugleych Die Wahrheyt oder Der Betrug bedeutet. Zerneck, der Schwartze Wahnsinn...

Una sombra rápida e inestable cayó sobre la página, un enorme gato negro se desplomó, blando pero pesado, sobre la mesa. Monika retrocedió, ahogando un grito. El gato la midió con una mirada de disgusto de sus ojos de color amarillo dorado, se estiró, saltó de la mesa y se subió a la cama.

La viejecilla era pequeña pero no estaba encorvada y su rostro, labrado por las cicatrices, resultaba serio y concentrado. Tenía unos ojos grandes, extraordinariamente claros, tan claros que resultaban casi transparentes, como ópalo pulido en forma de cabujón.

—Le ruego que perdone —aclaró Monika—. La puerta estaba abierta. Sé que no debería...

Echó las manos hacia atrás y comenzó a retorcerse los dedos. Como de costumbre.

—No importa —dijo la viejecilla, acercándose a la mesa.

Cerró el libro al tiempo que echaba un vistazo al vuelo a la página abierta.

—Esta casa está abierta a todos los que quieran entrar —dijo—. Te escucho, niña.

—Yo... Yo entré por casualidad. Pasaba por aquí y... Estoy con los que están en el río... Seguro que ha visto usted el coche...

—Para nada estás con aquéllos que están en el río. —La viejecilla meneó la cabeza—. Y deberías. Deberías estar con ellos y sin embargo estás aquí. ¿Por qué?

Monika enmudeció con la boca medio abierta.

—¿Buscabas en los libros la respuesta a tu pregunta? No es la mejor forma, niña. Por encima de todo, yo no te recomendaría que usaras los libros que están aquí.

—Perdóneme otra vez. No debería... Ya me voy.

—¿Sin hacer la pregunta?

—¿Qué pregunta?

—Eso, niña querida, yo ya no lo sé. —Los ojos claros de la vieja todavía se hicieron más claros—. Yo no puedo saber las preguntas. Sólo sé las respuestas y, con mucho, no de todas.

—Yo... No entiendo. Ya me voy.

—Como quieras. Si quieres volver y hacer tu pregunta, recuerda que la casa de la vieja doctora siempre está abierta.

Dios mío, pensó Monika. He dado con una bruja de aldea. Con una abortista. Piensa que yo...

—Por tu cabeza rondan unos pensamientos muy raros, niña —dijo con fuerza la vieja—. Locos, extraños, inadecuados. No me gustas. Acércate a mí.

No, pensó Monika, no me acercaré. Y dio un paso al frente. Y luego un segundo. Y un tercero.

—Más cerca.

¡No!

Todavía un paso más. Contra su voluntad.

—Habla.

Monika movió los labios sin hacer ruido. Los ojos, los claros ojos, casi transparentes...

—Olvidada —murmuró la doctora.

Un coro cacofónico, unas palabras aisladas, ininteligibles, pavorosas, unos cánticos rítmicos que alguien gritaba...

—No —dijo de pronto la viejecilla—. No te acerques. Ni un paso más.

Monika tembló a causa de un frío cuya repentina ola le fluyó por la espalda y el cuello.

—Olvidada —repitió la doctora, entrecerrando sus ojos claros—. Sí, sin duda. Os atrae este río, os atrae esta colina. Os atraen estos libros, tiran de vosotros como imanes.

El gato, aplastado contra un cojín, silbó, alzó la cabeza.

—Vete —dijo la doctora—. Vuelve con ellos. Te están esperando. Les perteneces. Perteneces ya a ese mundo, lo quieras o no.

Monika tembló.

—Vete ya.

El dolor de cabeza que la asaltó por la tarde, al poco de volver de la excursión, le continuó y se acrecentó, enturbiándole los ojos, hasta la noche. No cedió después de dos okales, no se hizo más leve después de dos

aspirinas. La hizo derrumbarse, le pegó el rostro a la almohada. Mientras escuchaba el sordo pulso de sus sienes, Monika Szreder esperó que llegara el sueño.

Estaba de pie inmóvil entre manzanos enanos en el interior de un impetuoso maelstrom de pájaros grises y mudos, en el mismo centro de la calma, rodeada por el golpe silencioso de alas afiladas y puntiagudas, entre miles de medias lunas desembocadas y grises de las que cada una de ellas parecía dirigirse directamente hacia ella pero cambiaba de dirección en el último instante, rozándola, pero sin golpearla, sin hierirla.

Una vela, rodeada por una fantasmal aureola de luz llorosa, iluminaba un interior lleno de muebles oscuros. Los ojos que la miraban eran claros, casi transparentes, como lentes, como ópalos cabujones.

—Haz tu pregunta. Te he llamado para que hagas tu pregunta.

Agitó la cabeza en señal de asentimiento. Alzando las manos con lentitud, tocó con ellas los cabellos, retirándolos de los hombros, desplazó los dedos por la frente, las mejillas, los labios. La doctora no la miraba. No alzaba la vista del libro que apoyaba en las rodillas.

Bajó las manos, dio un paso al frente. El gato bufó. Miró hacia abajo, hacia los pies, a la línea blanca, intraspasable, que estaba dibujada en el suelo. La doctora alzó la cabeza.

—Olvidada —dijo bajito—. Eres una Olvidada. No pienses siquiera en el regreso, no hay regreso para quienes son como tú. Eres una Olvidada, será mejor para ti que sigas siéndolo. Será mejor para todos.

Ella movió la cabeza negándolo, desplazó las manos por el cuello, bajándolas hacia el suelo.

—No —dijo con fuerza la doctora—. Ni siquiera pienses en ello. Un pensamiento así no te despertará. Pero puede despertar a otro. A aquél que es la Verdad y la Mentira. Lo alimentas, eternamente hambriento, con tus sueños. Lo despiertas con tus cánticos. Ten cuidado. Él viene en sueños que no recuerdas. Pero él no olvida. Ten cuidado.

Una mariposa nocturna enorme, desgarrada y oscura golpeó contra el cristal de la ventana.

—Ten cuidado, Olvidada. La Verdad y la Mentira no se diferencian en nada, son un todo. Las dos acudirán a tu grito si gritas. Y entonces se extenderá hacia ti la mano de las tinieblas. Si tocas esa mano, no habrá regreso. Resucitará el Niño Llameante, resucitará el fuego que avivará el odio. Resucitará de nuevo la Locura negra, Zerneck, en el altar de flores.

La doctora enmudeció, bajó la cabeza, extendió la mano.

—Ten cuidado con la mano que se extiende en las tinieblas. Si la tocas, no habrá retorno. *Va sivros onochei!* Si vuelves como mariposa, arderás. Si vuelves como llama, te apagarás. Si vuelves como filo, te devorará la herrumbre.

Ella sintió que una lágrima fluía por la mejilla, una lágrima que hería, importuna. Indeseada.

—Vete.

¿La pregunta?

—No. No responderé.

Un estallido repentino, una erupción de fuerzas...

—¡No! —Miedo en los ojos claros—. No...

La pregunta.

—Está bien. Está bien, Olvidada. Si tanto lo quieres...

Lo quiero.

—La respuesta es así: «Sí». Lo serás. Pero sólo en ojos de otros. Y ahora vete. Déjame. Vete.

Monika despertó, se sentó en la cama, miró por la ventana, unas tinieblas azuladas, promesa del alba. Elka, llamada Perdiz, roncaba un poquito, tendida boca arriba, con los brazos apretados abrazando la almohada.

Monika acarició el libro enterrado en el edredón, el duro canto de las tapas se le clavaba en el muslo. Me dormí mientras estaba leyendo, pensó.

Y tuve... un sueño muy extraño.

No se acordaba de lo que había soñado.

—Tengo la sensación de que me estás evitando, Monika.

Sí, te evito, pensó con valentía, sin poder decidir hacia dónde dirigir su mirada. Al cabo de un instante de duda vencieron finalmente las zapatillas de deporte.

—No, por supuesto —murmuró—. Para nada.

—¿Me permites que te haga compañía?

Afirmó con la cabeza, asustada por si no había puesto demasiada pasión en aquel gesto.

Anduvieron despacio a lo largo de unas filas de abedules de blancos troncos, por un sendero del bosque, entre los arbustos de brezo de color verde oscuro, que marcaban la senda como setos, a veces tan crecidos que obstaculizaban el paso.

Por supuesto, se tropezó, no hubo que esperar mucho. Él la sujetó, la tomó del brazo y el contacto de su mano la sacudió como una carga eléctrica. Una carga eléctrica muy agradable.

—Se acaba el verano —interrumpió él el silencio con una afirmación trivial—. Se terminan las vacaciones.

—Mmm.

—Habrá que regresar. A la ciudad. A los libros. Al doctorado. Una pena.

—El año que viene también habrá vacaciones —tartamudeó ella, pensando en el modo de librarse de su brazo sin que él lo considerase brusco, agresivo y descortés.

—Cierto, las habrá. —Adoptó una bonita sonrisa, la apretó contra su brazo—. Pero me entristece que se acabe el verano. No me gustan los finales. El final es el desenlace de la historia. Y a mí en las historias me gustan los episodios. Los hermosos episodios que salvan esa vergonzosa historia, ese estúpido guión que es nuestra vida. Estoy filosofando. ¿No te aburre, Monika?

No respondió. Estaba mirando el correspondiente arbusto de brezo para tropezarse con él y huir de la calidez que él irradiaba.

—¿Monika?

—¿Sí? —Se tropezó, pero de un modo demasiado forzado, demasiado artificial, él la sujetó sin esfuerzo, no la soltó de la mano.

—Todo el tiempo pienso en... ese poema que estabas leyendo. En «Unter den Linden» de Walther von der Vogelweide. Hay algo extraño en esa balada, algo que no soy capaz de explicar... Monika, querría pedirte algo. No me lo niegues, si es posible.

—Dime, Jacek.

—Léeme los versos de Walther von der Vogelweide. Por favor.

—¿Ahora?

—No. No ahora. Después de la cena, cuando todo esté silencioso y tranquilo, cuando caiga la noche. Creo que esta poesía sólo puede sonar bien por la noche, en una noche fría y húmeda como un pétreo castillo de raubritter. Me paso por tu habitación después de la cena, nos dedicaremos por un tiempo a los minnesang, a las canciones de los trovadores.

—Jacek, yo...

—No digas que no, por favor.

Monika se detuvo, decidida, pero no brusca, liberó su mano del brazo de él.

Le miró a los ojos. Atrevida pero no retadora. Con naturalidad. Con sinceridad. Con valentía.

Dime qué es lo que esperas de mí. Qué quieres de mí, precisamente de mí, cuando a tu alrededor todo está lleno de muchachas multicolores y hermosas como colibríes, alegres, cantarinas, con ganas si no de flirtear, al menos del juego que lo precede. Todas ellas te miran y ninguna se sentiría rara si pudiera pasear contigo por el bosque y escuchar tus palabras. Cada una de ellas se alegraría con la idea de pasar una noche contigo leyendo versos. Ninguna estaría temblando en su interior como yo tiemblo ahora. Así que di, abierta y sinceramente: ¿por qué precisamente yo? Pero si yo...

¡No soy guapa!

Bajó los ojos, escondió la cabeza entre los hombros. Como una tortuga, pensó. Tengo miedo.

—¿Monika?

—Está bien, Jacek.

Qué estoy haciendo, pensó, inclinada sobre el libro. Qué es la que estoy liando. Pero si podía haberme escaqueado con un dolor de cabeza, desaparecer después de la cena, volver tarde, cerrar la puerta con llave, hacer como que no estoy. Se podía haber hecho cualquier cosa. Y ahora estoy aquí sentada y...

—Sigue leyendo, Monika. Por favor.

*Ich kam gegangen
Hin zur Aue
Mein Trauter harrte schon am Ort
Wie ward ich empfangen
O Himmelsfraue!
Dass ich bin selig immerfort
Oh er mich küsste? Wohl manche Stund.
Tandaradei!
Seht, wie ist so rot mein Mund*

—Tienes una bonita voz, Monika.

No. No. No quiero lo que ya pasó antes. No aguanto, no quiero aguantar la humillación, la pena, el vacío, la soledad. No quiero culpar a nadie ni buscar la culpa en mí misma. ¿Por qué me mira así? Me mira como si yo fuera...

(¿Guapa?)

—Lee, Monika.

*Da tät er machen
Uns ein Bette
Aus Blumen mannigfalt und bunt
Darob wird lachen
Wer an der Statte
Vorüberkommt, aus Herzensgrund*

*An den Rosen er wohl mag
Tandaradei!
Sehen, wo das Haupt mir lag...*

—De verdad que es una canción muy bonita, Monika. Casi se escucha el sonido del laúd del trovador. ¿Sabes si alguien ha traducido «Unter den Linden» al polaco?

—Sí. Leopold Staff.

—Ni siquiera te pregunto si conoces esa traducción. Sé que la conoces. Recítala, por favor. Estas dos últimas estrofas.

—Jacek... No me acuerdo...

—Te pones muy bonita cuando te ruborizas. Pero sé que las recuerdas. Por favor, Monika.

*Yo iba corriendo
por el sendero;
allí mi amor me esperaba ya.
Allí hechizada,
¡feliz momento!,
fui para siempre en felicidad.
¿Besóme él? Más de mil veces.
¡Tandaraday!
¡Mirad mi boca cuan roja está!
Con prisa y gozo
mi amor dispuso
fragante lecho para los dos.
Una sonrisa
despertará,
en los que sigan aquel sendero,
el ver el hueco que, entre las rosas,
—¡tandaraday!—
dejó mi cuerpo bajo el amor^[5].*

—Precioso, Monika. Lo único, perdona, pero estos versos no se pueden declamar con la cabeza en las rodillas, ni con esa voz de ultratumba. Tú misma sabes que Walther von der Volgelweide, en esta canción, abandona el necio canon de los minnesänger y del amor caballeresco, la exaltación y el suspiro por la dama inalcanzable. Ésta es, Monika, una canción sobre el amor realizado, sobre el único amor que tiene sentido, que produce felicidad. Un hermoso episodio contado de una manera hermosa. Esta canción la canta una muchacha que estuvo tendida con su amado en una cama de flores... Dios, pero qué guapa estás cuando te ruborizas. Estuvo con su amado y es feliz y quiere contárselo a todo el mundo, le gustaría que todos vieran las huellas de su cabeza sobre las flores, que todos se enteraran de su felicidad.

—Es ya muy tarde, Jacek. Y me duele un poco la cabeza...

—La última estrofa, Monika.

—No recuerdo la traducción, de verdad...

—Lee el original. Pero léelo con la voz de una muchacha feliz. Por favor.

*Wie ich bei ihm ruhte
Wenn jemand es wüsste
Du lieber Gott —ich schämte mich
Wie mir der Gute
Herzte und küsste
Keiner erfuhr als er und ich
Und ein kleines Vögelein
Tandaradei!
Das wird wohl werschweigen sein!*

—Eres fascinante, Monika.

—Vale ya, Jacek. Por favor.

—Eres encantadora, ¿sabes? Hay mucho encanto en tu interior. Me estoy empezando a volver loco por tu causa. No sé cómo ha pasado, Monika, pero no puedo dejar de pensar en ti.

—Jacek, me estás poniendo en un aprieto.

—Monika... Cuando cierro los ojos veo tu rostro, tu sonrisa. Entonces siento cómo algo dentro de mí tiembla, como algo me aprieta la garganta...

—Por favor, no. Ya es muy tarde, Ela va a volver enseguida.

—Sólo un poquito más...

—No, por favor. Hasta mañana. Jacek.

—Dímelo.

—¿Qué?

—Que te gusto, Monika.

(¿Yo?)

—Monika.

—Me gustas.

El minnesänger es delgado, menudo, delicado, el viento agita su negra capa. ¿De dónde sale ese viento, aquí en la sala del trono, donde ni siquiera tiemblan las Uamitas de las velas ni las lánguidas gasas que llevan en la punta de los sombreros las damas sumidas en el sonido del laúd? Pero detrás del minnesänger ya no está el tapiz del unicornio, ya no hay columnas ni los agudos arcos de las vidrieras. Detrás de él no hay más que un roquedal y un negro bosque.

Los ojos del minnesänger arden en la semioscuridad, se queman en un fuego negro. En su rostro no hay nada que no sean esos ojos, ese fuego.

Dame la mano.

Olvidada. No hay duda. Te atrae el río, te atrae esta colina. Dame la mano. *Seh, wie ist so rot mein Mund.*

A primera vista se ve que ésta no es una colina natural. Aquí, en este lugar que lo domina todo hubo con toda seguridad un castro que protegía el vado. Un santuario, un templo sagrado, un altar de sacrificios...

No, grita Elka, llamada Perdiz. No, por nada del mundo iría allí, mirad qué terrible es el bosque, que húmedo es, allí hay arañas, me dan miedo las arañas.

Dame la mano. Eres fascinante. Los otros se ríen, aplauden, las máscaras de cuero en sus cabezas mueven ridículas las enormes orejas. Zerneck, der Schwartze Wahnsinn, grita Elka, desnuda hasta la cintura.

Dame la mano.

¡No! ¡Huye! Los ojos claros, casi transparentes. No vuelvas aquí porque arderás, te apagarás, te devorará la herrumbre.

Monika, Monika, fui para siempre en felicidad. Eres encantadora, ¿lo sabías?

Lo sé.

Olvidada. Por Dios, qué bonita te pones cuando te ruborizas. Cuando cierro los ojos veo tu sonrisa. El rojo de tus labios.

Dame la mano.

Un pantano, negro y brillante, cubierto de lentejas de agua que fluían despacio entre las pompas que estallaban en el aire aceitoso. Un abismo a cuyo interior conducen los Mil Escalones. Y en el fondo del abismo algo que es un secreto sin resolver, algo que tiembla, late y se agita. Y espera la llamada.

Tandaradei!

Arderás. Te apagarás. Te devorará la herrumbre.

Se despertó.

Estaba tendida sobre una sábana húmeda por el sudor, desarreglada, desordenada. No pudo dormir durante largo tiempo, intentando en vano unir en un todo los fragmentos de un sueño que no recordaba.

Al día siguiente todo el grupo, como de costumbre, alegre y jubiloso se apretó en los coches para seguir su tradición de llevar el jolgorio, el ruido y el barullo a algún alejado rincón donde hasta su llegada sólo había silencio y calma.

Todo el grupo excepto Monika, quien esta vez decidida y convincentemente había simulado tener migraña. Por supuesto, intentaron convencerla. Él la intentó convencer. Por supuesto, ella se negó. Él quiso quedarse con ella. Ella también se negó a ello.

¿Por qué?, reflexionaba luego, mientras caminaba sola, sin objetivo, sin prestarle atención ni al paisaje ni a los otros veraneantes que se movían por

las rutas de senderos y paseos. ¿Por qué lo he rechazado? ¿A qué es a lo que tengo miedo?, pensó, apretando un largo palo que había encontrado en el camino. ¿De qué estoy huyendo? ¿De la vida? ¿Porque la vida no es poesía?

Voy a pasear hasta la noche, pensó, y por la noche...

Por la noche la cabeza me dolerá de verdad. Ya siento el dolor. Algo malo me pasa. Algo muy malo.

Un pequeño, al que la madre había alejado con violencia de un kiosco lleno de maravillas multicolores, miró a Monika y se puso a gritar con un grito agudo, repentino, sin freno.

Ella no prestó atención.

¿De qué tengo miedo?, pensó. ¿De una decepción? ¿Y esto que ahora hago no es una decepción? ¿Qué voy a sentir si esta noche me escondo, cierro la puerta con llave ante él? El amor realizado del que hablaba la amante de Walther von der Vogelweide, ¿no será verdad que tiene algún sentido? ¿Y no se esconderá en la palabra «realizado» antes que en la palabra «amor»? Puede que de verdad a la mañana siguiente, pensó, apretando cada vez más su palo, puede que de verdad a la mañana siguiente fuera capaz de mirar a mi alrededor y gritar: ¡mirad todos, mirad mis labios rojos!

Puede.

Sé qué es lo que me da miedo, pensó, mientras cruzaba un puente.

Mi propia debilidad.

Lo que daría, pensó, aferrando el palo, lo que daría por ser fuerte. No, no hermosa, aunque...

Pero fuerte.

El palito se rompió con un chasquido.

Bajo el puente, en el embalse, uno de los que pasaban navegando en un kayak lanzó una maldición, mirando con estupor los dos pedazos de su remo que se le habían quedado en las manos.

Llamas. Unas llamas furiosas que la envuelven por todos lados, un fuego que deshace los ojos, un humo que roba el aliento. Una cadena ceñida

al cuerpo, que ata sin piedad... El rugido de un horno ardiente listo para escupir fuego y carbón.

Sol. Y viento. Viento desde el río, el rumor de las hojas de los alisos. Unos brazos que la envuelven, emanando calor y fuerza. Eres encantadora, ¿sabes? Tienes mucho encanto. Cuando cierro los ojos veo tu rostro.

Oh, Jacek.

No quiero ir al bosque, grita Elka, llamada Perdiz. ¡No, allí hay arañas! ¡Las arañas me dan miedo! Me moriría si...

Tandaradei! Ojos claros, casi transparentes. Si vuelves como mariposa, arderás.

Di que te gusto. Los ojos del minnesänger son negros y enormes. Dilo con la voz de una muchacha feliz que descansa junto al amado en una cama de flores. Y allí, sobre la cama de flores...

Arderás. Te apagarás. Te devorará la herrumbre.

¿Dónde he visto yo antes esta sonrisa?

Un bosque negro, enorme, robles deformes, su oscura corteza cubierta por bultos con aspecto de abscesos. Un grupo de gente, todos con máscaras de piel con grandes orejas. Una muchacha desnuda hasta la cintura.

Una piedra, negra, plana. Sobre ella... ¿Rosas?

*An den Rosen er wohl mag
Sehen, wo das Haupt mir lag...
Tandaradei!*

Zernebock, grita Elka, llamada Perdiz. Os atrae el río, os atrae como un imán. Ojos claros, casi transparentes. Un unicornio que alza las patas delanteras en una pose heráldica.

Dame la mano. Es el minnesänger. No, no, grita Elka, lleváoslo, es asqueroso, sabéis que las arañas me dan miedo.

Me despiertas... Recuerdo los abundantes labios de Beatriz, la hija de Berenger de Passau.

Zernebock, grita la muchacha medio desnuda, apretando las rosas contra la piedra negra y plana. *Der Schwartze Wahnsinn!*

Dame la mano. Levántate. Vindrás conmigo para conocer la verdad. La sabiduría no soporta la mentira, no la creas. La sabiduría da fuerza. La verdad es fuerza. Y tú quieres ser fuerte, anhelas fuerza y poder. Dame la mano.

¡No! Ojos claros, casi transparentes.

Levántate. Ven conmigo para conocer la verdad. Te mostraré qué aspecto tiene la verdad.

Dame la mano.

Se despertó.

Tengo que levantarme y salir, dijo sobriamente, de inmediato. Tengo que levantarme y salir. Entonces conoceré la verdad. Así lo dijo...

No. Él dijo: *Die Wahrheit*.

(¿*Die Wahrheit*?)

Monika Szreder se levantó, plantó el pie exactamente en mitad de un charco de luz de luna que caía sobre el suelo.

—¿Y? ¿Cómo ha sido?

—¿Intentas obligarme a hacerte un cumplido?

—Ajá.

—El ego masculino, ¿verdad? Bien lo sabes: ha sido maravilloso. Esta respuesta es lo habitual, me parece. ¡Eh, déjalo! ¿Qué haces, loco?

—Cambio lo habitual.

—¡Ah! ¿Y esto es un cambio, según tú? No veo la diferencia.

—Te estás volviendo impúdicamente impúdica.

—Le dijo la sartén al cazo. Mmm. ¿Te gusta así?

—¿Tengo que responderte de acuerdo con lo establecido?

—Puedes no responder si no quieres. Que los hechos hablen por ti.

—¿Qué piensas que soy? ¿Un clockwork lover? ¿Por encargo?

—Has hecho todo lo que has podido para que pensara en ti, así que ahora no intentes darle la vuelta. Yo, al fin y al cabo, tomo lo que quiero, soy así. No te muevas.

—¿Así?

—Mnnnn. ¡Ooooooh!

—¿Qué?

—Un mosquito me ha picado en el trasero.

—Ahora mismo lo pillo y lo haré picadillo al libertino. ¿Qué se habrá pensado, que esto es un ménage a trois? ¿Dónde te ha picado? ¿Aquí? No es tonto el bicho.

—¡Ajjjj!

—¿Ela?

—¿Mmmmm?

—¿Por qué te llaman Perdiz?

—Una vez, en el tren, estábamos haciendo un crucigrama, había una palabra y nadie daba con ella. Horizontal, seis letras. Pájaro que vive en las estepas y las tundras del norte. Y yo la saqué.

—Ela...

—Oh... Mmmm... Jacek...

Monika, pegada a la pared junto a la ventana entreabierta, temblaba de asco. Quería irse, pero no podía.

—¿Jacek?

—¿Mmm?

—¿Y Monika?

—¿Qué pasa con Monika?

—Sabes bien de qué estoy hablando. ¿Piensas que nadie ve cómo la estás camelando? ¿Cómo estás todo el tiempo detrás de ella?

—Por Dios, Perdiz. No saques conclusiones banales y precipitadas. Me da pena, eso es todo. Quiero que pase unas buenas vacaciones. Las personas como ella necesitan de un poco de devoción. De vez en cuando hay que decirles a quienes son como ella que son hermosas y entonces verdaderamente lo son. En la medida de sus modestas posibilidades.

—Mejor entonces acostarse con una de éstas, así ganará todavía más en belleza. ¿Eso es lo que pensabas?

—¡Ja! Mira que no haberlo pensado al momento. ¿Así que es a eso a lo que le debo esta simpática aventura, Ela? De verdad, el sentido oculto no es difícil de descifrar.

—Vaya, vaya, tú eres ahora el que resulta banal, acusándome de tener celos. Peor aún, de envidia. ¿Y de quién? De ese ratoncillo, Dios. No te hagas el Pigmalión. Hemos encontrado al benefactor. Hablo completamente en serio. Acuéstate con ella. Si no lo haces, le jorobarás las vacaciones. Le dejarás un sentimiento de insatisfacción. Acuéstate con ella, Jacek.

—El problema está en que no quiero. No siento atracción por ella.

—¿Entonces qué es esto, arte por el arte? Ya te lo he dicho, Pigmalión. Un profesor Higgins para pobres.

—Ella no es... No es guapa. Simplemente no es guapa. Y es asexual.

—Egoísta. Sacrificate y hazlo sólo por ella. Cierra los ojos y piensa en Inglaterra. Pero yo pienso que mientes. Precisamente es esa su ratonidad lo que te pone.

—Ela, ¿de verdad que no hay un tema más agradable para hablar?

—Pienso, muchacho, que ciertamente estamos perdiendo demasiado tiempo con la charla.

—¡Elka!

—Mmmmmm.

Corría, ciega, por el bosque, se chocaba con los troncos de los árboles, se enredaba en las ramas espinosas de las zarzas, se tropezaba con los árboles caídos, con las raíces, con las ramas derribadas por el viento. Corría queriendo dejar lo más lejos posible el asco, la humillación que le inflamaba el rostro, la vergüenza que le hacía vibrar las sienes. Quería dejar lo más lejos posible...

No voy a llorar. No voy. No. No. No.

Una rama, elástica y ponzoñosa como una fusta, le cruzó la cara, llenando sus ojos de un dolor húmedo y cegador, justificando... Dando un pretexto...

De rodillas, golpeando con los puños un tronco de aliso, Monika Szreder estalló en lágrimas, se estremeció en un ahogado y desesperado grito.

En la blanca casa en la llana cumbre de la colina bañada por la intranquila y ruidosa corriente del río, la doctora alzó la cabeza de las

páginas amarillentas. Escuchó durante un instante el silencio que cayó sobre los alrededores inesperadamente. El gato negro, hecho un ovillo sobre un cojín bordado, abrió sus ojos dorados y siseó, con los ojos fijos en la oscuridad.

La doctora volvió sus ojos al libro.

... notorio est, que a aquél que ha los multos nomines, no haya manera de yamarlo ni de traerlo de motu proprio, sólo en siendo su voluntad veniera. Su camino fará desde el Abesmo, cuyo nomine est Radm-Agakh, los pies suyos pisando por los Mil Escalones. Acudirá al grito, et aunque en el grito el suyo nombre no estuviera. Él, que Pluribus Monis Imago est et que el Descarnado est. Ni el más sapiente que en el suyo camino se transpusiera expuesto al extra periculum hubiera de estar. Puesto que si el yamarlo no es fácil, ciento y más es arduo detenerlo cuando el yamado a por su nutrimento acude, por los Mil Escalones del Abesmo, cuyo nomine est Radm-Agakh...

Una gris mariposa nocturna golpeó contra la ventana. Luego una segunda. Y una tercera.

Monika sollozaba, abrazada al tronco del aliso, con la mejilla apretada contra la húmeda corteza. El bosque, bañado por la pálida y fantasmal luz de la luna, se quedó congelado en una tranquilidad innatural.

Un repentino brillo, una erupción de fuerza. Un blanco unicornio alzó las patas delanteras en una pose heráldica. Monika, sintiendo cómo se acumulaba en ella la fuerza, tomó aire en los pulmones, alzó ambos puños y aulló, aulló en las macabras tinieblas con una voz que no era la suya.

—*Tandaradei!*

La doctora gimió, mirando a las mariposas que golpeaban contra la ventana en un loco staccato.

—Por el Hierro y el Cobre —susurró—, por la Plata. Magna Mater, Magna Mater...

La luna, que asomaba partida por la mitad desde detrás de las refulgentes nubes, se burló de ella directamente a la cara, con una mueca retorcida, insultante, cadavérica.

Antes de que sintiera la presencia, percibió el aroma. El aroma un pantano podrido, cubierto de negras lentejas de agua, exhalando metano. El aroma de un abismo sin fondo en el que algo que es secreto, terrible, maligno, tiembla, palpita y se agita. Y espera la llamada.

Ella no se asustó. Sabía que conocía lo que se estaba acercando. Sabía que acudiría a su llamada, a su grito.

No retrocedió al escuchar los húmedos chapoteos de unos pasos, el agua que salpicaba al ser aplastado el esponjoso suelo.

Monika Szreder alzó la cabeza.

—Aquí estoy —dijo el minnesänger.

Sintió cómo le embargaba la paz. Volvía a ella la fe en sí misma, una fuerte e invencible paz, una paz que era fría y celeste como el agua, como las llamas, como...

—Dame la mano —dijo el minnesänger.

Como el odio.

Miró.

El minnesänger —seguía sin poder decidirse a llamarlo con su verdadero nombre, ni siquiera en su pensamiento— sonrió. Sí. Ya había visto antes una sonrisa así. Se acordaba de dónde. Había visto aquella sonrisa en la ilustración de John Tenniel que mostraba al Gato de Cheshire. Ahora me encontraré al otro lado del espejo, pensó inesperadamente.

Los ojos del minnesänger, grandes y que no entrecerraba para sonreír, eran negros y sin fondo. En la boca sin labios brillaban unos dientes largos, cilindricos, puntiagudos, como los de un pez carnívoro.

No tenía miedo.

—Dame la mano —repitió el minnesänger, exhalando hacia ella un olor a ciénaga.

Extendió la mano.

Los otros, en lo profundo del oscuro bosque, en un círculo de poderosos robles cubiertos de musgo, estaban esperando alrededor de una plana piedra negra, cubierta de mil rosas. Estaban esperando en el más absoluto silencio, alzando la cabeza muy alto, vestidos con máscaras de piel que llevaban orejas, con unos orificios en los que ardían unos ojos brillantes por la locura.

Los dedos del minnesänger eran fríos, la atravesaron como agujas de hielo ardiente, estallaron en su cuerpo en miles de millones de fragmentos de dolor. Un dolor que aceptó con placer.

La doctora, sentada en una silla dispuesta en el centro de un pentagrama que había pintado con tiza en el suelo a su alrededor, separó las manos de la sien, las alzó en un brusco gesto. El horno encendido crepitó, aulló, chasqueó, miríadas de insectos nocturnos golpearon contra la ventana.

—¡Deeeskaaaath!

La puertecilla del horno retrocedió con un chasquido, el hogar escupió humo y fuego, pedazos de carbón ardiente golpetearon contra la chapa y las maderas del suelo como metralla, dejando escapar chispas.

Un niño desnudo surgió del fuego como una bola. Se estiró, cabrilleó, se puso de pie sobre unas piernecillas gordas e inseguras. Su piel estaba cubierta de grises y rugosas cicatrices de quemaduras. Aislados mechones de finos cabellos en la cabecilla calva se retorcían en llamas inestables y humeantes.

—Deskath —dijo la doctora.

El niño echaba humo, de pie entre los pedazos de carbón dispersos por el suelo.

—Deskath —repitió—. Estás aquí...

—Estoy aquí —respondió de forma poco clara el muchacho, mostrando sus encías sin dientes—. ¿Te ha gustado mi entrada, vieja? Siempre causa impresión, ¿verdad? Reaviva ciertos recuerdos. ¿Te acuerdas?

—Basta —susurró la doctora.

En lugar del niño apareció un jovenzuelo muy delgado, vestido de negro, se sonrió, mostrando unos dientes largos y cilíndricos.

—¿Me prefieres en esta forma? Pues toma. Venga, bruja, al grano. Me has llamado en el momento menos adecuado. Me has molestado en algo tremendamente importante. Me parece que ya te dije una vez lo que te pasaría si me molestabas. Si te atrevías a ponerte otra vez en mi camino.

—Siempre me pondré en tu camino, Deskath.

El jovenzuelo de negro meneó la cabeza en una negación.

—No —dijo—. No te pondrás. Demasiado tarde. Esta noche resucitará el Ardiente, en una avalancha de fuego, como has visto hace un momento. Todo está ya preparado. ¿Pensabas que estas pocas decenas de años bastaban para que se me olvidara? Te equivocas. Hay quienes nunca olvidan. El recuerdo perdura durante generaciones.

Nuevas nubes de insectos golpearon el cristal, cubriéndolo de una gruesa capa viva.

—Deberás acostumbrarte a este hecho, arpía —siguió el joven, acercándose poco a poco al círculo en el que estaba sentada la doctora—. Ya no puedes hacer nada. No te ayudarán ni tus señales de tiza ni la traducción amateur de un conocido libro. Demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde —dijo la doctora lentamente—. Mira, Deskath.

Alzando el brazo, mostró un amuleto de ámbar que colgaba de una cadena y rodeaba muy apretadamente la mano. Los ojos del negro jovenzuelo se empequeñecieron.

—Risible —dijo—. ¿Por qué no llevas eso a la ciudad y lo vendes en algún mercadillo? Igual tienes también un crucifijo, ¿no? ¿Agua bendita? Me haces de reír, bruja.

—Por el Aire y el Agua —gritó con lentitud la doctora—. Por el Sauce y el Ciprés. ¡Deskath! Vuelve al fondo de la ciénaga. Vuelve al Abismo que te ha escupido. Húndete de vuelta en el Pantano, el Lodazal, el Cenagal.

—Palabras, palabras, palabras —dijo el jovenzuelo. Se acercó al círculo y lo cruzó, se irguió ante de la viejecilla con una sonrisa—. Palabras que perdieron su fuerza y su sentido hace ya mucho, antes de que el ferrocarril

comenzara a circular por nuestro valle. No ha quedado nada de tu antigua fuerza, arpía. No vas con el espíritu de los tiempos.

—Tú eres quien sobrestima sus fuerzas, Deskath.

—¿Eso piensas? Ahora lo vamos a ver. No te voy a matar, no. Sólo te voy a romper los dos brazos. A tu edad las fracturas se curan con dificultad. Te pondrán una escayola hasta las mismas axilas, y la escayola estará fría, muy fría. Y entonces, cuando te asalte la fiebre, te haré una visita en el hospicio. Entraré dentro de ti por la aguja de la sonda que estará clavada en tus calcificadas venas. Entonces charlaremos sobre los antiguos tiempos. Miraremos algunas imágenes. Así que me voy a poner manos a la obra. Tengo prisa. Allí, entre los alisos, me está esperando una criatura maravillosa, de cabellos de lino, que me cantaba canciones por las noches. No puedo permitir que espere, sería muy descortés.

—Un paso, Deskath —susurró la doctora—, un sólo paso y se abrirán los Mil Escalones ante ti.

—Demasiado tarde. Ya ha tocado mi mano. Es mía. Esta noche resucitará el Ardiente.

—¿Ha tocado tu mano?

—Sí. —Sonrió el muchacho—. Ha tocado mi mano.

—Entonces mira tu mano, Deskath.

El joven gritó al alzar la extremidad. Agitó un muñón deforme y sangrante, del que fluía una masa verde que dejaba caer humeantes y ennegrecidos restos. Unos largos y finos huesos surgían del tejido destrozado, se deshacían, fluían y chorreaban como goma arrojada al fuego. Burbujeaba la piel preñada de pompas en su delgado antebrazo.

—No sabes qué es lo que has tocado, Deskath —dijo la doctora—. Un error fatal.

El jovenzuelo delgado desapareció. El niño desnudo, cubierto por una costra de quemaduras gritó, pataleó con sus pies descalzos, agitó la humeante cabeza, removió su ennegrecido muñón.

—¡Vete, Deskath! ¡Al Lodazal, al Cenagal!

El pequeño gritó aún más. En los dedos de la mano que no estaba herida le surgieron unas garras grandes como las de un halcón. Las encías que se veían en su boca abierta ya no estaban desarmadas.

—¡Magna Mater! —gritó la doctora—. ¡Gladius Domini!

Los carbones del suelo y del horno silbaron como si les echaran agua encima, lanzaron columnas de vapor y de negro humo.

—¡Te atraparé! ¡Todavía te atraparé! —amenazó el niño, escondido entre el humo—. ¿Me oyes, bruja?

El humo se abrió por un momento, muy poquito, lo justo para que lo viera en su verdadera forma, enorme, giboso, con unos cuernos retorcidos que arrojaban sombras sobre el suelo.

—Y a ella —aulló con visible esfuerzo, apenas inteligible—. A ella también la atraparé... Atra... paré...

—No creo que eso sea posible, Deskath.

—La atra... pareeee... —balbuceó, mientras desaparecía en un humo denso y corrosivo que iba llenando poco a poco la habitación.

—No —susurró la doctora, tomando aliento con esfuerzo.

Su corazón latía desbocado, la adrenalina golpeaba en el esófago con pesadas olas, se le oscurecían los ojos.

—No, Deskath. Ya no la atraparás nunca. Nadie la atraparé ya nunca.

Las mariposas que cubrían el cristal giraron en un torbellino alocado, se separaron, volaron hacia la noche.

—Nadie —sollozó la doctora—. Nadie ya la atraparé. Ni nadie la detendrá.

Monika estaba de pie entre los alisos, mirando la punta de los dedos de la mano extendida. Mirando, dijo...

No. No fue ella quien lo dijo. Lo dijo algo que estaba en ella, en su interior. Algo que estaba con ella.

—Por fin. Por fin libre.

Los que estaban en lo profundo del bosque se agitaron. La muchacha desnuda hasta la cintura se quitó la grotesca máscara de la cabeza. Alguien gritó, arrojándose convulsivamente entre las hojas secas. Otro se dio la

vuelta, se lanzó como un loco por el boque, haciendo crujir los matorrales, quebrando las hojas.

—¡Zernebock! ¡Zerneboooock!

La muchacha medio desnuda comenzó a chillar, entrecortadamente, histéricamente, de un modo horrible.

La doctora seguía sin atreverse a salir del círculo aunque sentía claramente el completo alivio del vacío que pulsaba en el aire por la ausencia del mal. Miró a la puerta. Estoy exhausta, pensó, demasiado débil, un esfuerzo más me matará. Si... ella...

El gato negro salió cauteloso de debajo de la cama, se estiró, maulló bajito, inseguro. Luego se sentó, se lamió la pata, se rascó con ella la oreja, tranquilo, indiferente.

La doctora respiró con un alivio verdadero, anhelado y último.

Lo que había surgido del oscuro bosque, sonriendo y susurrando, no se dirigía hacia su colina.

Iba en dirección contraria.

Monika se restregó los ojos con el dorso de la mano, miró sus dedos, verdosos a causa del musgoso tronco del aliso al que había golpeado con los puños allí, en lo profundo del bosque. Pero ahora estaba en medio de su propia casa de veraneo, en medio de una brillante mancha de luz de luna que entraba por la ventana. Elka, llamada Perdiz, su compañera de habitación, estaba durmiendo en su cama, boca arriba, con los labios medio abiertos, roncando levemente. Ya había vuelto a su cama.

Monika Szreder sonrió, llena de fuerza y de calma.

Miró por la ventana, al pino enano donde en la horquilla de una rama brillaba la concéntrica tela de una araña, plateada por las gotas de rocío.

Con un movimiento ligero, descuidado, extendió la mano, movió los dedos.

Una enorme y gruesa araña de cruz salió de inmediato de la hoja enrollada en la esquina de su tela, bajó por los hilos como un rayo. Al cabo

de unos instantes se arrastraba ya por el alféizar, por la cortina, por el suelo. Se detuvo junto al pie de Monika, alzó las patas delanteras en señal de que estaba esperando.

Todavía sonriendo, Monika señaló a la boca abierta de Elka, llamada Perdiz. Sin esperar, salió de la casa. No tuvo que abrir la puerta para ello.

La araña, siguiendo la orden, avanzó rápida en dirección a la cama.

Abrió los ojos, atragantándose, asustado por una pesadilla. Quiso llevarse la mano a los labios y no pudo. Quiso alzar la cabeza y no pudo. Estaba como paralizado. Sentía el penetrante y dulce aroma de las flores, sintió el roce de los pétalos, los tallos, las espinas, las hojas mojadas, por todos lados, en las mejillas, en el cuello, en los hombros.

Yacía entre montones de flores.

Monika Szreder se acercó y sonrió. Al ver aquella sonrisa él abrió la boca para gritar. Para lanzar un grito que podría haber despertado a todo el campamento de vacaciones, a la ciudad de Tlen, y hasta a los bomberos del muy lejano Laskowice. Pero todo lo que salió de sus cuerdas vocales, apretadas por un garrote vil invisible, fue tan sólo un chillido desesperado pero apenas audible.

Monika Szreder se acercó aún más, se puso de pie sobre él, susurrando, y en el susurro había una pasión pulsante, una llamada rabiosa y loca, una fuerza poderosísima. Él reaccionó, asustado porque reaccionaba. Escuchó su susurro cada vez con más claridad.

*Yo iba corriendo
por el sendero;
allí mi amor me esperaba ya.
Allí hechizada,
¡feliz momento!,
fui para siempre en felicidad.
¿Besóme él? Más de mil veces.
¡Tandaraday!*

Ella se desnudó poco a poco, sin prisa y sin dejar de sonreír. Él la miraba con los ojos abiertos hasta casi dolerle. Y hasta el dolor se entregaba a ella.

Cuando ella lo tocó, él se removió como si le hubieran aplicado al pecho un atizador al rojo. Cuando ella lo abrazó y le apretó con sus muslos, él tuvo la sensación de que le habían echado por encima un cubo de oxígeno líquido. Vio los ojos de ella sobre los suyos.

—¡Mirad mi boca cuán roja está!

—¿Y qué, señor doctor?

—Una hemorragia interna. Se le rompió una arteria en el cerebro. Demasiado esfuerzo, el casanova éste, más de lo debido.

—Quiere decir que piensa usted que...

—La autopsia lo confirmará. Pero por lo que veo, intuyo que fue una muerte hermosa y masculina. Cayó en la lucha, en el campo de batalla, por así decirlo.

—¿Tan joven? Me da que no tiene ni los cuarenta.

—También los jóvenes tienen arterias débiles, señor Kazik. En fin, era un muchacho romántico, mire usted estas flores. Joder, qué fantasía. Llenó de flores toda la cama y sobre las flores se la...

—Cayó fulminado. ¿Y qué puedo hacer ahora? A mí me va a tocar encontrar a la muchacha que estaba con él. ¿Y cómo? ¿Voy a tener que ir por ahí preguntando?

—¿Y para qué? ¿Desde cuándo es un delito? Ya le digo, fue una hemorragia. Le podía haber pasado trabajando, o conduciendo.

—Ya, pero... habrá que escribir alguna declaración o algún protocolo. Por lo que usted dice resulta que ella estaba con él cuando... Bueno, usted sabe.

—Y qué si estaba. Extraño que no le diera un shock. Y al fin y al cabo, qué más da. Voy a llamar una ambulancia, yo no me lo voy a llevar. Y usted busque a la chica ésa, señor Kazik, si tiene usted ganas. Igual por las huellas.

—¿Por qué huellas?

—Desde luego, usted no es Sherlock Holmes. Sólo tiene que mirar esas flores, esa almohada.

—Las miro, ¿y qué?

—Aquí ha quedado marcada la huella de la cabeza.

El tren de Czersk a Laskowice llegó a la estación con puntualidad, rodó hasta el andén, apenas ocultando con su ruido el sonido de una loca y chillona campana que estaba junto a la barrera. El andén estaba vacío, no había más que tres pescadores, cargados con bolsas, mochilas y cajas cilíndricas para las cañas, que subieron los escalones de hierro del vagón.

Colocaron sus bártulos en los anaqueles para el equipaje y en los asientos, se desembutieron los pesados abrigos que llevaban pese a que la mañana era cálida y soleada. Uno sacó del bolsillo de una camisa de fantasía un paquete de cigarrillos y se lo ofreció a sus amigos.

Pero los amigos del pescador estaban sentados sin moverse, con los ojos clavados en una muchacha de cabellos como el lino que junto a ellos, al otro lado del compartimiento, inclinaba ligeramente la cabeza sobre un libro.

El pescador se quedó paralizado con la mano extendida. No podía apartar la vista. Aquella muchacha era... era... imposiblemente... increíblemente...

Hermosa.

En el cráter de la bomba

Escribí el relato «En el cráter de la bomba» para una antología. Por desgracia, la antología no vio la luz. Y cómo fue esto, lo voy a contar de inmediato. Allá por febrero del Anno Domini 1992, el cartero me trajo una carta de Rafal A. Ziemkiewicz, conocido escritor y político. Poco después recibí otra carta, esta vez de Jacek Inglot, conocido escritor y crítico. El tenor de las cartas era el mismo. El mundo que nos rodea es terrible, vendido y enfermo, escribieron los conocidos, no es un mundo esto sino una enorme psicosis. La realidad, escribían los conocidos, rechina y sin embargo después de cambiar el sistema teníamos todos que cantar dulcemente como los pájaros de los campos y también murmurar bajito como un torrente de la sierra. Nuestra obligación, de los escritores, escribieron los conocidos, es reaccionar. Nos dio ejemplo Bonaparte. Perdón, nos dio ejemplo Janusz A. Zajdel. Zajdel protestó, condenó, aplastó, ridiculizó y reprochó, sabemos a quién: al *ancien régime*. Aunque el régimen ya es nuevo, parece, escribieron los conocidos, que sigue habiendo todavía por qué protestar, a quién aplastar, algo que reprochar. Así que al trabajo, literatos a la pluma, preparemos y editemos una antología. Una antología a lo Zajdel.

Me tomé el asunto seriamente, aunque —entre nosotros— yo ya me había conseguido acostumar al terrible mundo que nos rodeaba; de la realidad, excepto un rechinar, no esperaba nada, y como jamás había albergado ilusiones, tampoco me embargaba el dolor de la pérdida. Pero en fin, una antología es una antología, un autor como es debido no deja pasar una antología ni la menosprecia, y yo ya iba en ello retrasado, no había ningún relato mío en *La misa negra*, la otra antología de Wojtek Sedenko, publicada en 1991. Yo había sido, por así decirlo, quien inventó el título de *La misa negra*, yo fui al que se le ocurrió tamaña antología «anticlerical». Pero en fin, cuando hubo que ponerse a escribir resulté ser poco anticlerical, por lo que parece. Ja, pensé. Esta vez no me voy a dejar vencer. Me puse a trabajar y escribí un cuento en el plazo señalado por Ziemkiewicz e Inglot. Otros también escribieron. Hubo una comisión especial destinada a verificar los relatos escritos para la antología desde el punto de vista de su utilidad. Después de sus sesiones quedaron... dos relatos. Dos, «En el cráter de la bomba» del abajo firmante y «Qué hermoso es el valle» de Rafal Ziemkiewicz. Mas con sólo dos relatos, como se os ocurrirá al punto, no se puede hacer una antología.

La antología planeada preveía el preceder los relatos con introducciones de los autores aclarando esto y aquello. «En el cráter...» fue dotada por supuesto de tal prólogo. Lo adhiero aquí in extenso.

Nuestras antologías fantásticas han creado ya dos tradiciones. La primera es la de escribir cuentos antológicos según las reglas de la Gran Carrera de Caballos de

Pardubice, es decir, se tira una bomba y hurra, a hacer lo que se quiera. Los más rápidos ganan puntos y obtienen con ellos el título de «principal creador de la ciencia-ficción polaca». Otros tropiezan en las eliminatorias o caen en las primeras luchas. A estos últimos les queda al menos recoger fuerzas para escribir reseñas asesinas.

La otra tradición es la de preceder los cuentos de comentarios autoriles: el autor revela de dónde sacó la idea, qué quería decir con ello, declara diversas cosas. A veces el autor añade al cuento una cita inicial o lema. La cita tiene que asegurar al lector que el autor no sólo escribe, sino que también a veces lee, y además cosas muy profundas, de donde saca la cita.

Así que también a mí me es dado preceder mi cuento del correspondiente comentario, para colmo extenso.

Hace mucho, mucho tiempo, cuando yo era todavía un joven e inefablemente atractivo moreno, se publicó e hizo bastante ruido un libro de Leopold Tyrmand titulado *El mal*. No era, pese a lo que pudiera parecer, algo acerca de cómo Lucifer se le apareció a la santa Inés ni de cómo la moza engañó al diablo. Al fin y al cabo, todo el mundo sabe de qué trataba *El mal*, pese al hecho de que durante un tiempo muy largo no se llegó a reeditar el *best seller* porque el autor era, en opinión de ciertas gentes, todavía peor.

Pero no es del libro de Tyrmand de lo que hablo, sino de su introducción, escrita en la sobrecubierta. La sobrecubierta de mi ejemplar de *El mal* padeció, por desgracia, la destructiva acción del tiempo y de las personas a las que prestara el libro.

Recuerdo sin embargo cierto fragmento de la tal introducción. El crítico, cuyo apellido borró de mi mente la senilidad, escribió más o menos así: «La Varsovia de *El mal* no existe y no existió nunca, de la misma forma que nunca existió el Londres de la *Ópera de tres peniques*». *Toutes proportions gardées*, declaro aquí que la ciudad de Suwalki y sus alrededores entendidos en un sentido amplio y descritos en el cuento «En el cráter de la bomba» no ha existido nunca, del mismo modo que nunca ha existido el Londres de la *Ópera de tres peniques*.

La presente introducción al relato fue escrita únicamente para no tener que utilizar la cita de *Ubú, rey*, porque la cita de *Ubú, rey* es tan conocida que no tiene sentido jactarse de conocerla.

El autor declara al mismo tiempo que el parecido de alguno a todo y nada que pudiera desprenderse del relato es puramente casual y resultado de esto y aquello. A la pregunta de por qué es así, el autor responde: para que hubiera de qué reírse.

«En el cráter de la bomba» apareció en el año 1993, en el número de abril de *Fénix*. En el año 1994, en la Polcon de Lublin, recibí por este relato el premio Zajdel. Así es como se llama popularmente la estatuilla otorgada por los aficionados, el premio anual Janusz A. Zajdel.

«En el cráter de la bomba» es mi único relato del que puedo decir con toda seguridad que no es *fantasy*. Gracias a «En el cráter...» puedo decir con la cabeza muy alta sobre mí mismo: «autor de *science fiction*».

La cosa fue así: me caí, temprano por la mañana, en el cráter de una bomba. Miro a mi alrededor y veo: el Pavo. Está allí, sentado...

No. Comencemos por el principio. Os debo un prólogo, una apertura, algunas palabras de aclaración aunque no sea más que para que no penséis que el caer en cráteres de bombas es algo que acostumbro a hacer cada mañana, como algo normal, una actividad cotidiana. Así que habréis de saber que aquello fue pura casualidad. Me caí en un cráter por vez primera. Y espero que por última.

De modo que hace falta comenzar contando que el día aquél —y era, queridos míos, un jueves— se anunciaba desde el mismísimo principio como un mal día. Mientras me lavaba los ojos con agua fría golpeé con la cabeza en la repisa de debajo del espejo y tiré al suelo todo lo que estaba en ella. Los tubitos, los cepillos, los peines y los vasitos de PVC no se rompieron, por supuesto, a causa del impacto. Sin embargo, en la repisa estaba también un vaso de cristal con la dentadura postiza de padre. El vaso, un vaso normal y corriente, se rompió en mil pedazos y la dentadura se deslizó con la fuerza de una catarata debajo de la bañera y cayó por el sifón. Por suerte el sifón estaba lleno de barro y pelos, la dentadura se quedó empotrada como en el Mar de los Sargazos y conseguí recuperarla antes de que se introdujera por los tubos de la canalización municipal. Oh, qué alivio. Padre sin dentadura: ¿os imagináis lo que podría ser? Padre no tiene dientes. Ninguno. Chernobil, ya sabéis.

Lavé la dentadura mientras echaba una mirada furtiva en dirección a la habitación. Sin embargo, parecía que padre no había escuchado nada. Eran las siete de la mañana, a tan temprana hora tenía él la costumbre de dormir profundamente. Padre está ausgerechnet en el paro porque lo echaron de las

Fábricas de Concentrados Alimenticios Padre Skorupka, antes llamadas Marcelli Nowotko. La razón por la que lo echaron fue, por lo que se dice, relaciones irregulares con la fe y falta de respeto hacia los símbolos que son santos para todos los polacos. Pero mis colegas de la escuela habían oído en sus casas que la razón verdadera de su expulsión fue una denuncia. Y además verdadera. Durante el antiguo régimen padre tomaba parte en la demo del primero de mayo y, para colmo, llevaba una banderita. A padre, como os podéis imaginar, le importan un pimiento las fábricas éstas, que encima siempre andan al borde de la bancarrota y están constantemente de huelga. A nosotros no nos va mal para nada gracias a que madre trabaja con los alemanes, al otro lado del río, en la Ostpreussische Anilin-und-Sodafabrik, fábrica que es parte de las Cuatro Hermanas, donde se gana tres veces más que lo que padre ganaba en los concentrados skorupkianos.

Recogí rápidamente los pedazos de cristal y retiré el agua que se había derramado y luego limpié otra vez el suelo con la fregona para que la corega no se nos comiera el linóleo. Madre tampoco había advertido nada porque estaba haciéndose el make up en la habitación grande, al mismo tiempo que veía un fragmento de *Dinastía* que le había grabado yo la tarde anterior en un video cassette. Era la versión en lituano, porque no había llegado a tiempo de grabar la polaca. Madre no sabe ni una palabra de lituano, pero afirma que en el caso de *Dinastía* eso no importa. Aparte de ello, la versión lituana sólo tiene anuncios tres veces y no dura más que hora y media.

Me vestí deprisa, apuntando primero mi mando a distancia en dirección a mi propio Sony. La MTV estaba dando «Awake On the Wild Side». Me puse la ropa meneándome al ritmo de «Tomorrow», el nuevo hit de Yvonne Jackson del álbum *Can't Stand The Rain*, que estaba teniendo una promoción de aupa.

—¡Me voy, mamá! —grité, corriendo hacia la puerta—. Me voy, ¿has oído?

Mamá, sin mirar hacia mí, me saludó intensamente con una mano que tenía la uñas pintadas de púrpura mientras Jamie Lee Verger, que interpretaba a Ariel Carrington, una de las nietas del viejo Blake, decía algo

en lituano. Blake puso los ojos en blanco y dijo: «Alexis». Pese a las apariencias, aquello no era lituano.

Salí corriendo a la calle, en una despejada mañana de octubre. Hay una buena distancia hasta la escuela. Tenía suficiente tiempo, así que decidí recorrer toda la distancia de una carrera. Jogging, ¿comprendéis? Nada más que salud y forma. Y aún más porque la Empresa Municipal de Transportes se había declarado en bancarrota hacía medio año.

En seguida me di cuenta de que algo pasaba. Era difícil no darse cuenta: desde la parte norte de la ciudad, desde Maniowka, se escuchó una cañonada repentina y un minuto después algo estalló con tanta fuerza que tembló toda la casa, dos cristales del edificio de la Liga Marina y Colonial volaron con un crujido y vibraron sobre la fachada del cine Palladium los carteles de la película de propaganda *Piedad, mamá*, que estaban echando en sesión matinal a causa del poco éxito.

Algunos minutos después hubo un nuevo estallido y por encima de los tejados aparecieron en formación militar cuatro Mi-28 Havoc, pintados con manchas marrones y verdes, con el humo de los cohetes que habían lanzado saliendo por los aguilones. Alrededor de los helicópteros brillaban las descargas antiaéreas disparadas desde abajo.

Otra vez, pensé. Otra vez comienza.

No sabía entonces quién le daba a quién ni por qué. Pero las posibilidades no eran tantas. Los Mi-28 pertenecían con toda seguridad a los lituanos de la división Plechavicius. Nuestro ejército no estaba por los alrededores porque había sido concentrado en la frontera con Ucrania. Otra vez estaban echando a patadas de Lwow, Kiev y Vinnica a nuestros emisarios jesuítas y también en Human, se decía, se estaba preparando algo. Lo que quería decir que a los saulisos les estaban dando caña los de la Autodefensa o los alemanes del Freikorps. Podían ser también los americanos de la 101 Airborne, que estaba estacionada en Gdansk y en Koenigsberg y que desde allí volaba para arrojar napalm sobre las plantaciones del Triángulo de la Amapola Biala Podlaska-Pinsk-Kowel.

Podía ser también un simple ataque a nuestro Chemical Bank local o una simple venganza entre coheteros. Jamás había oído que los coheteros de la organización Nuestra Obra dispusieran de Mi-28 Havoc, pero no se podía

excluir. Al fin y al cabo, alguien había robado en San Petersburgo el crucero *Aurora* y había huido con él en una priedrassvietnii turnan. Así que, ¿por qué no un helicóptero? Un helicóptero es más fácil de robar que un acorazado, ¿no?

Bah, qué más daba. Me coloqué los cascos en las orejas y puse el walkman para escuchar «Julie», una canción de Jesús and Mary Chain de su nuevo CD, titulado *Cruising*. Puse el volumen a full.

*Julie, your smüe so warm
Your cheek so soft
Ifeel a glow just thinking of you
The way you look tonight
Sends shivers down my spine
Julie
You're so fine
So fine...*

En la puerta junto a la que acababa de pasar estaba mi amigo y colega Curiana. Tenía cogida de la mano a su hermana pequeña, Ratona. Me paré, me quité los auriculares.

—Eh, Curiana. Hola, Ratona.

—Blierppp —dijo Ratona y se babeó un poco encima porque se le cayó su labio inferior.

—Hola, Jarek —dijo Curiana—. ¿Vas a la schule?

—Voy. ¿Tú no?

—No. ¿No lo oyes? —Curiana señaló con la mano en dirección a la Maniowka y, en general, al norte—. Su puta madre sabrá qué será eso. La guerra, hermano, del todo.

—Cierto —respondí—. Se oye que se responde a la violencia con la violencia. *Who's fighting whom?*

—Keine Ahnung. ¿Qué más da? Pero no voy a dejar a Ratona sola, ¿no?

En el segundo piso del edificio, por las puertas abiertas del balcón, se escuchaban, gritos, bramidos, ruido de golpes, quejidos y chillidos.

—Nowakowski —explicó Curiana, siguiendo mi mirada—. Le da leña a su mujer porque se ha apuntado a los Testigos de Jehová.

—No tendrás más dioses que yo —dije, moviendo la cabeza.

—¿Qué?

—Urpppl —dijo Ratona, torciendo la boca y guiñando su único ojo, lo que en el caso de Ratona era equivalente a una sonrisa. Acaricié levemente sus cabellos, escasos y rubios.

Desde la Maniowka llegaba el ruido de las explosiones y el tableteo de las ametralladoras.

—Me voy —dijo Curiana—. Todavía tengo que pegar con cinta aislante la ventana de la cocina, si no se nos va a romper otra vez el cristal. Bye, Jarek.

—Bye. Pa, Ratona.

—Birppp —chilló Ratona, y tragó saliva.

Ratona no es guapa. Pero todos queremos a Ratona. Yo también. Ratona tiene seis años. No llegará a tener nunca los dieciséis. Chernobil, como con razón os imagináis. Precisamente ahora está la madre de Curiana y Ratona en el hospital. Todos tenemos curiosidad por saber qué es lo que le va a nacer.

—¡Pendona! —gritaba Nowakowski desde arriba—. ¡Judía de mierda! ¡Te vi a quitar esas herejías de la cabeza, vaca pelirroja!

Enchufé el walkman y seguí corriendo.

Julie, Julie

There's nothing for me but to love you

Hoping it's the kind of love that never dies

I love the way you look tonight

Julie

You're so fine

You're all that really matters...

En la Plaza Nueva casi no había nadie. Los dueños de las tiendas cerraban las puertas a cal y canto, bajaban las rejas y las persianas de hierro. Sólo McDonald's estaba abierto porque McDonald's es extraterritorial e

intocable. Como de costumbre estaban allí sentados poniéndose las botas los corresponsales de diversos consorcios de prensa y equipos de televisión de diversas emisoras. También estaba abierta la librería Atenea, que pertenecía a un amigo mío, Tomek Hodorek. Yo iba allí a menudo, le compraba de tapadillo diversos contrabandos, samizdats y estraperlos prohibidos por la Curia. Aparte de su actividad como librero, Tomek Hodorek se ocupaba también de la edición de la provechosa revista mensual *Jaranero*, una mutación local de *Playboy*.

Tomek estaba precisamente delante de la librería y limpiaba con disolvente una pintada que había en el escaparate: TE VAMOS A COLGAR, JUDÍO:

—Servus, Tomek.

—Salve, Jarek. Come inside! Tengo *El maestro y Margarita*, de la editorial Siewier. Y el *Blechtrommel* de Grass.

—Tengo el uno y el otro, en una edición antigua. Padre los escondió cuando andaban quemando. ¿Has conseguido el Salman Rushdie?

—Me lo van a traer dentro de dos semanas. ¿Te lo guardo?

—Claro. Adiós. Llego tarde a la escuela.

—¿Ausgerechnet hoy? —Tomek señaló en dirección a la Maniowka, desde donde se oía un intercambio de disparos cada vez más fuerte—. Que le den por culo a la escuela, vuelve a casa. Inter arma silent Musae.

—Audaces fortuna iuvat —dije, inseguro.

—Your business. —Tomek sacó del bolsillo un trapo limpio, escupió en él y limpió el cristal hasta que brillaba—. Bye.

—Bye.

Junto a la sede de la logia masónica Gladius, junto al monumento a María Konopnicka, había un coche acorazado de la policía con una torreta M-60 montada sobre él. En el pedestal del monumento había una pintada de color rojo: UNSERE JAMELGO, y un poco más abajo ESTE JAMELGO ES NUESTRA PROFETISA VIANDANTE NO JO. Junto al monumento había una tablilla de propaganda y sobre ella, detrás de un cristal, fotografías que documentaban la devastación de la tumba de la escritora en el cementerio Lyczakowski de Lwow.

Julie
You're so fine
So fine...

Seguí por la calle Eligiusz Niewiadomski, antaño Narutowicz, corrí a lo largo del muro de una fábrica textil ahora cerrada. Había un enorme cartel, creo que de nueve por nueve, sujeto al muro. En él aparecía la difunta madre Teresa. Alguien había esprayado con letras enormes: GENOWEFA PIGWA. Doblé por una calle que dirigía hacia Czarna Hancza.

Y me topé directamente con los cruzados blancos.

Eran como unos veinte, todos rapados a cero, con chaquetas de cuero, T-shirts color oliva, pantalones militares woodland camu y pesadas polainas de paratroops. Cinco, armados con uzis y heckler-kochy policiales de contrabando, vigilaban las motocicletas. Uno pintaba una estrella de David en el escaparate de la boutique de Margarita Zamoyskiej. Otro, que estaba en medio de la calle, sujetaba en los hombros un radiocasette marca Sharp y se agitaban al ritmo de «Saviour», el hit del grupo Megadeth del álbum *Lost In the Vagina*. Tanto el disco como la canción estaban en el índice.

Los otros cruzados blancos estaban ocupados en colgar a un personaje que llevaba una camisa de color lila. El personaje de la camisa lila aullaba, se retorció y tiraba de las manos que llevaba atadas hacia atrás mientras que los cruzados lo zarandeaban y lo golpeaban donde podían, arrastrándolo hacia un castaño en una de cuyas ramas estaba ya colgado un elegante lazo hecho de cable del teléfono. En el trotuar yacía una gran bolsa de plástico con unas rayas azules y rojas. Junto a la bolsa yacían blusas de colores, leggins, jerséis, muchos paquetes de medias, videocassettes y camcorder Panasonic.

No more lies, no more crap
I'm fed up
I'm sick
With your words slimy and slick
No more!
Don't try to save me anymore

I'm not made in your likeness...

Un cruzado blanco con el Sharp en el hombro dio unos pasos en mi dirección, cortándome el camino. Tenía sujeto al muslo un pesado cuchillo del tipo Survival. Otros por detrás me cortaron la retirada.

Adiós, Julia, pensé. Adiós, walkman. Adiós, mis hermosos dientes delanteros.

—¡Eh! —gritó de pronto uno de los cruzados blancos—. ¡Guaperas! ¿Eres tú?

Lo reconocí pese a la cabeza afeitada y la ropa de circo. Era Mariusz Estufista, apodado Zorrillo. Hijo de un ginecólogo, uno de los más ricos del pueblo. Del Estufista viejo se decía que estaba en el consejo de dirección de Art-B International AG y que tenía parte en las Cuatro Hermanas.

—Déjalo en paz, Menda —le dijo Zorrillo al del Sharp—. Lo conozco, es mi colega, un buen polaco. ¡Fuimos juntos al colé!

Eso era verdad. Zorrillo estuvo algún tiempo en nuestro colegio. Yo le dejaba que copiara de mí. Sin efectos evidentes, porque Zorrillo apenas sabía leer.

El personaje de la camisa lila, arrastrado por una pierna hacia la horca, gritó como un loco, dio patadas, logró soltarse y cayó sobre el trotuar. Los cruzados blancos se colocaron a su alrededor, lo patearon y lo volvieron a arrastrar.

—¡Eeeh! —gritó uno que llevaba un crucifijo al cuello bamboleándose al lado de su uzi—. ¡Zorrillo! ¡Ya podías ayudar, en vez de estar ahí hablando con ese engendro!

También conocía yo a aquél. Le llamaban el Gran Gonzo, porque tenía una nariz que parecía un grifo y que además era tan brillante como uno.

—Es mejor que te vayas, Jarek —Zorrillo se rascó su pelada coronilla—. Mejor que te vayas de aquí.

Yeah, prayers and hate

Nothing but prayers and hate

Too late

Black hounds lurking everywhere

Salivating and drooling

No more!

Don't try to save me anymore...

Se abrió una ventana en el primer piso.

—¡Silencio! —gritó un viejecillo de calva brillante al tiempo que se inclinaba. Tenía sobre las orejas dos mechones grises que le daban un aspecto de buho—. ¡Silencio! ¡Aquí hay gente durmiendo! ¿Qué son esos ruidos?

—¡Largo de aquí, abuelo! —bramó Zorrillo, rascándose la cabeza y sacando la uzi—. ¡Pero ya! ¡Cierra el pico!

—Más amablemente, Zorrillo —le recordó el Gran Gonzo, mientras le ponía la sogá al cuello al personaje de la camisa lila, quien no hacía más que gritar—. ¡Y usted, compatriota, cierre la ventana y vaya a ver la televisión como corresponde a un buen patriota! Porque si no, subo allí y le corto el culo, joder.

El buho se inclinó todavía más en la ventana.

—¿Y qué es lo que andáis haciendo, chavales? —gritó—. ¿Qué leches estáis haciendo? ¿Qué es este linchamiento? ¿Cómo se puede ser así? ¿Cómo se puede ser tan cruel? ¡Esto es inhumano! ¡No es de buenos cristianos! ¿Qué es lo que ha hecho?

—¡Robaba las tiendas! —gritó el Gran Gonzo—. ¡Un saqueador, un robber, su puta madre!

—¡Pero para eso está la policía! ¡La guardia municipal o el Grenzschutz! La justicia...

—*Pomogitieeeee!* —gritó en ruso el de la camisa lila—. ¡Por el amor de Dios, *pomogitieeeee!* ¡Salvadme! ¡Radi Boga, ayudadmeeee, señor!

—Ah —dijo el buho y meneó la cabeza con tristeza—. Ahá. Uno de éstos.

Y cerró la ventana.

—Vete, Jarek —repitió Zorrillo, limpiándose la mano en los pantalones llenos de lamparones.

Eché a correr, sin mirar para atrás. Desde la parte norte de la ciudad seguían oyéndose los cañonazos. Escuché los sordos disparos de un

destacamento de tanques.

—*Nieeeeeet!* —se oyó a mis espaldas.

—¡Polonia para los polacos! —gritó el Gran Gonzo—. ¡Arriba con él, boys! *Hang him high!*

Escuché todavía cómo los cruzados blancos entonaban «We Shall Overcome» como de costumbre en tales ocasiones. Me concentré en mi walkman.

Julie, Julie You're so fine...

Un BTR cruzó la calle, apestando a gasolina. Vi cómo llevaba pintado en blanco sobre la coraza: DIOS, HONOR Y PATRIA. Esto quería decir que la Guardia Cívica estaba alerta y nadie nos haría nada. Teóricamente.

Llegué hasta el cruce de las Ursulinas con Drzymaly. Allí había otro BTR. También había una barricada muy elegante con sacos de arena y un cabrio. La barricada y el cabrio señalaban la frontera. Y lo sabéis: donde estamos nosotros, allí hay un cabrio y donde hay un cabrio, allí está la frontera. Un pelotón de voluntarios vigilaba la barricada y el cabrio. Los voluntarios, como todos los voluntarios del mundo, fumaban sin pausa y también sin pausa maldecían. Eran de la Autodefensa Campesina, porque en el BTR estaba pintado: NO PERDÁIS LA ESPERANZA.

—¿Adónde vas, mocosos? —gritó en mi dirección uno de los mocosos que estaba vigilando el cabrio.

No consideré adecuado el responder. Si por el camino al insti uno va a tener que responder a todas las patrullas, barricadas, cabrios, schtraifes, barreras y checkpoints de Suwalki, llegaría siempre a decir amén. Seguí corriendo, tomando un atajo por la pasarela que cruzaba el río Czarna Hancza.

—*Wohin?* —gritó desde las barricadas alemanas un Freikorps vestido con un chaleco antibalas y armado con un M-16 y unas granadas que llevaba colgando. Tenía un paquete de Marlboro sin abrir prendido de la cinta que le rodeaba el casco.

—*Halt! Stehenbleiben!*

Leck mich am Arsch, pensé, mientras corría en dirección al parque. Nuestro hermoso parque municipal.

Nuestro hermoso parque llevaba antes, como me contó mi difunto abuelo, el nombre de Mariscal Pilsudski. Luego, durante la guerra mundial, se le cambió el nombre a Parque Horst Wessel. Después de la guerra le colocaron de patronos a los héroes de Stalingrado y éstos estuvieron allí bastante tiempo, hasta que de nuevo el Mariscal Pilsudski volvió a gozar del favor de las autoridades y su busto regresó al parque. Luego, allá por 1993, comenzó la Era de los Rápidos Cambios. El Mariscal Pilsudski comenzó a tener mala prensa: llevaba mostachos y daba golpes de estado, sobre todo en mayo, y no eran aquéllos tiempos en los que se podían tolerar en los parques los bustos de tipos con mostachos a los que les gustaba poner la mano armada sobre el gobierno legal, independientemente de sus efectos y de la estación del año. Así que le cambiaron el nombre al parque por el de Parque del Águila Blanca, el escudo de Polonia. Pero entonces otras nacionalidades, de las que en Suwalki había por un tubo, protestaron ferozmente. Y con hechos consumados. Así que le pusieron al parque el nombre de Jardín del Espíritu Santo, pero después de una huelga de bancos de tres días, se decidió cambiarle el nombre. Se propuso Parque de Grunwald, pero entonces protestaron los alemanes. Se propuso Parque de Adam Mickiewicz, pero protestaron los lituanos por la ortografía del nombre y la inscripción en el proyecto del monumento de «poeta polaco». Se propuso Parque de la Amistad, pero protestaron todos. Como resultado se bautizó el parque con el nombre del rey Juan III Sobieski y así se quedó, seguramente porque el porcentaje de turcos en Suwalki es mínimo y su lobby no tiene fuerza para cambiarlo. El propietario del restaurante Istanbul Kebab, Mustafa Baskar Yusuf Oglu, podía si quería hacer huelga hasta que reventara.

A la juventud de Suwalki no le afectó todo aquello y seguía llamándolo como antes: «nuestro parejatorio» o «el Bosquecillo del Folleteo». Y a aquéllos a los que les pudiera asombrar este lío con los nombres les aconsejo que recuerden cuántos gritos y disputas hubo en Varsovia antes de que le cambiaran el nombre al Barrio del Centro y lo llamaran Barrio Sésamo. ¿Os acordáis?

La calle Drzymaly terminaba en la línea de Czarna Hancza (lo que seguía era ya la Bismarck-Strasse) y yo tenía que torcer detrás de la Casa de

la Cultura, que hacía mucho que estaba cerrada, seguir por un bulevar del parque, cortar la Adenauer-Platz y llegar hasta el edificio del instituto. Pero iba sumido en mis pensamientos: corriendo no me di cuenta de que ya no existía la Casa de la Cultura. Me metí en una nube de polvo y humo.

Y me caí en el cráter de la bomba. Por mi falta de atención.

Miro a mi alrededor y veo: el Pavo.

Estaba sentado, encogido, en cuclillas junto al mismo borde del cráter y escuchaba cómo resonaban y zumbaban dos Apache de combate, que giraban sobre el estadio de la Ostmark Sportverein, antiguo CD Gólgota. Me arrastré despacito, el estrépito regular de los pesados gatlings ocultó el chirriar de la grava.

—¡Hola, Pavo! —grité, dándole de improviso en la espalda.

—¡Ay, Jesús! —aulló el Pavo y se tiró al fondo del cráter.

Se quedó allí tendido y temblando, sin decir ni pío, pero mirándome con ojos acusadores. Al cabo de cierto tiempo llegué a la conclusión de que me había comportado de forma bastante estúpida, dándole en la espalda y gritando. Sabéis cómo es eso, si se asusta, se puede cagar las patas abajo.

Saqué la cabeza por encima del borde del cráter, con cuidado, y eché un vistazo por los alrededores.

No muy lejos de allí, a través de unos arbustos, se veían las paredes de los urinarios del parque, cubiertos de graffitis y de impactos de bala producto de alguna batalla anterior. No se veía a nadie, pero los dos Apache disparaban hacia la parte oriental del parque, desde donde se escuchaban cada vez más claramente ráfagas de armas automáticas y sordas explosiones de granadas de mano.

Pavo dejó de mirarme con ojos acusatorios. Me llamó algunas veces, aunque algo bastante feo, acusándome de padecer un complejo de Edipo activo y una homosexualidad pasiva, ante lo cual se alzó y también sacó la cabeza del cráter.

—¿Qué haces aquí, Pavo? —pregunté.

—Me caí —respondió—. Esta mañana temprano.

—Vamos a llegar tarde al insti.

—Seguro.

—¿Entonces salimos?

—Tú primero.

—No, tú primero.

Y entonces comenzó todo.

Hacia el borde del parque estalló una feria de cegadores relámpagos naranjas. Los dos nos hundimos en el fondo del cráter, entre un montón de cables que habían resbalado desde la destrozada central telefónica como los intestinos desde una tripa abierta. Todo el parque temblaba con las detonaciones, una, dos, tres. Y luego tartamudearon las armas de tiro, aullaron los proyectiles y la metralla. Escuchamos el griterío de los atacantes.

—*Lietuuuuuva!*

Y seguidamente el estruendo de handgranades al estallar, el trueno de los M-60 y el ladrido de las AK-74, muy cerca.

—*Lietuuuuuva!*

—Son los tuyos —jadeé, apretado contra las ruinas del fondo del cráter—. La división Plechavicius. Tus compatriotas, Pavo, se lanzan a la conquista de nuestro parque. ¿Te parece que eso está bien?

Pavo lanzó un pecao bien gordo y clavó sus ojos en mí. Me eché a reír. Joder, había pasado ya más de un año y no dejaba de hacerme reír aquella graciosa historia. A Pavo, por su parte, no dejaba de hacerle enfadarse.

El asunto, sabed, era el siguiente: hacía como unos dos años comenzó una moda de lo que entonces se llamó las raíces. Una buena parte de los habitantes de Suwalki y sus alrededores, entre ellos la familia de Pavo, se sintió de pronto lituana de generación en generación, de aquéllos de los que junto con Swidrygiella fueron a la Ragnete y a Nuevo Kowno y que con Kiejstut cruzaron el río Niemen para atacar a los teutones. En los formularios que escribieron a la Liga de los Patriotas de la Margen Izquierda de Lituania y Samogitia, se repetían emocionantes declaraciones de amor a las orillas de riachuelo Wilejki, a los campos pintados con los más diversos trigos, abundante serpol y la Madre de Dios de Ostrobramka, así como preguntas no menos emocionantes sobre si estaba todavía el Gran Baublis allí donde tenía que estar puesto que toda la familia hacía depender su futuro del hecho de que estuviera. El motivo del despertar patriótico era muy prosaico: los lituanos, a causa de la ley de minorías nacionales, tenían

muchos privilegios y descuentos, entre ellos fiscales, y no les vigilaba la Curia.

Muchos de mis amigos del insti se convirtieron de pronto en lituanos como consecuencia, cosa clara, de las correspondientes declaraciones y peticiones de sus padres. Casi de un día para otro Wochowicz le exigió al profesor que lo llamara Vochavicius, de Maklakowski salió un verdadero Maklakauskas y de Orowski un auténtico Goldbergis.

Y aquí comenzó la verdadera tragedia de los Pavo. La simpática y deliciosa ave que le había dado a la familia su nombre se dice en el dialecto lituano local Tokapoiyas. El cabeza de la familia de los Pavo, el por lo general flemático y serio señor Adam, estalló en furia cuando se le anunció que a él también se le había aceptado su petición de lituanidad, pero que desde aquel momento debía llamarse Adornas Tokapoiyas.

El señor Adam hizo una petición pero la Liga de Patriotas de la Margen Izquierda de Lituania y Samogitia se mantuvo inmutable y no aceptó ninguna mutación apestada de polaquismo como Pavas, Pavys o Pavyskis. La familia de los Pavo consideró la propuesta de que el señor Adam primero consiguiera la naturalización por parte de los americanos con el apellido de Turkey y sólo entonces volviera al seno de la patria como Terkulis, como algo estúpido, costoso y que les hacía perder un montón de tiempo. Ante la acusación de que las objeciones del señor Adam apestaban a chauvinismo polaco porque la mencionada poya no hace de reír ni denigra a ningún verdadero lituano, el señor Adam insultó a la comisión con mucha sabiduría y erudición, utilizando alternativamente las expresiones en ambos idiomas: «Chúpame el culo» y «Papuciok szykini». La comisión, herida en lo más profundo, mandó los documentos ad acta y al señor Pavo al diablo.

He aquí por qué nadie de la familia de los Pavo se convirtió en lituano. Por eso también mi colega Lesio Pavo iba a la misma escuela y clase que yo y no al instituto de Punszk. Gracias a ello estaba sentado en aquel momento junto conmigo en el cráter de la bomba en vez de correr por el parque con un AK-74 vestido con un uniforme de color de mierda, con el Vytis en la gorra y el oso de la división Plechavicius en el brazo izquierdo.

—¿Jarek? —dijo Pavo, abrazando los restos de la central telefónica.

—¿Sí?

—Cómo es, di... Pues tú eras tan super duper, clever y demás... ¿Cómo es?

La cañonada cobró fuerza, el parque se estremeció con las explosiones y sobre nuestras cabezas cayó la arena.

—¿Cómo es qué? —pregunté.

—Esto es Polonia, ¿no? ¿Entonces por qué los Freikorps y los lituanos andan montándose aquí una guerra? ¿En el mismo centro de la ciudad? Su puta madre, que se vayan a dar leña a su casa, a Königsberg... ¡Esto es Polonia!

No estaba seguro de si Pavo tenía razón.

Porque sabéis, esto era así. Poco después de la firma del tratado con la Bundesrepublik y de la creación de un nuevo land con capital en Allenstein, hubo un plebiscito entre la población de las parroquias de Goldap, Dubeninka, Wizajna, Giba, Punsck y Sejna. Los resultados del plebiscito, como suele pasar, resultaron ser más bien raros y no decían nada, también porque por lo menos el ochenta por ciento de las personas con derecho a voto no acudió a las urnas entendiéndolo con razón que era mejor acudir al bar. Así que no se sabía si y qué porcentaje de habitantes se consideraban como prusianos orientales, polacos del norte, samogitios de la margen izquierda u otros jacwingos. De una u otra forma, menos de un mes después del plebiscito, cruzó la frontera un cuerpo lituano formado por dos divisiones: los regulares de Gedyminas y los voluntarios de Plechavicius. El cuerpo lo dirigía el general Stasys Zeligauskas. Los lituanos ocuparon las parroquias indecisas casi sin resistencia porque la mayor parte de nuestro ejército estaba precisamente en Irak, donde pagaban la deuda polaca con el Mundo Libre. Otra parte más pequeña de nuestro ejército también estaba ocupada puesto que estaba realizando una demostración de fuerza en la Silesia de Cieszyn.

El cuerpo de Zeligauskas controló rápidamente Sejna, pero Suwalki no pudo ocuparla porque lo detuvieron las unidades del Grenzschutz y la 101 Airborne de Gdansk. Ni los alemanes ni los americanos querían tener a los sauliscos en Prusia Oriental. El gobierno polaco reaccionó con una serie de notas y realizó una protesta oficial a la ONU, a lo que el gobierno lituano respondió que no sabía nada. Zeligauskas, declaró el embajador lituano,

actúa sin órdenes y por propia iniciativa, porque toda la familia de los Zeligauskas eran desde su tatarabuelo en adelante cabezas locas y corazones calientes que no conocían el concepto de «subordinación».

En verdad, los alemanes, los americanos y las unidades de Autodefensa movilizadas a toda prisa empujaron a los saulisos al cabo de cierto tiempo más allá de la línea de Czarna Hancza, sin embargo los conflictos armados no cesaban. El general Zeligauskas no tenía ninguna intención de retroceder tras la línea Curzon y amenazaba que iba a echar a los alemanes de la región de Suwalki porque a los polacos él podía y quería tolerar, puesto que no eran otra cosa más que autóctonos polaquizados, pero a los germanos él no aguantaba y no soportaba. Por supuesto, Zeligauskas no usó el topónimo, poco popular en Lituania, de Suwalki. En lituano se dice «la Samogitia de la Margen Izquierda». Se trataba, por supuesto, de la margen izquierda del río Nemynas, antaño Nieman y todavía mucho antes Niemen.

El senado de la República polaca no tomó decisión alguna en lo tocante a la disputa de Suwalki. Se discutió si no echar mano a las experiencias de nuestra rica historia la cual, además, tiene gusto por repetirse, pero no se llegó a un acuerdo de a qué echar mano. Algunos de los senadores optaban por una nueva Unión de Lublin, otros —como de costumbre— preferían un nuevo pogrom de Kielce.

Los disparos se fueron alejando algo, el ataque de los saulisos se desviaba por lo visto hacia el oeste. Empujados por la curiosidad, de nuevo nos arrastramos hacia el borde del cráter. Miré en dirección al centro de la ciudad, a la torre de la iglesia de San Alejandro, oculta por el humo. Por desgracia, nada apuntaba a que el cura Kociuba tuviera intenciones de cumplir su amenaza. Hacía un mes, el cura Kociuba había hecho traer de Suiza unos flakvierling Oerlikon de cuatro cañones, los había montado en el campanario y había dicho que si cualquier ejército u organización paramilitar se acercaba otra vez al terreno de la parroquia o al cementerio, le haría, con ayuda de un flakvierling, un wash and go tan grande que lo recordaría hasta el día del Juicio Final.

En fin, el curilla sólo asustaba. Como de costumbre. Padre tenía razón cuando decía que la religión es el opio de las masas.

Un Mi-28 Havoc pintado de camuflaje dibujó un círculo sobre el parque y disparó alrededor de dos pesados PKS, que estaban montados en las puertas abiertas. Los tiradores se inclinaron temerariamente, yo estaba esperando que alguno de ellos se cayera y se quedara colgado en los álamos. En el borde izquierdo del bosquecillo golpearon unos impactos de mortero. Bajé la cabeza porque el aire silbaba lleno de metralla. Pero todavía me dio tiempo a observar a los saulisos, corriendo bajo el fuego en dirección a los edificios de la calle de los Sacramentos, antigua Libertad. El Mi-28 hizo un círculo otra vez y se fue.

—Me parece —dije, retrocediendo más— que la war is over. Farewell to arms. Im Westen nichts Neues. Los Freikorps les han dado a tus compatriotas para el pelo. Vy proigrali, uvayaiemui gospodin Tokapoiyas.

—Ya te vale, Jarek —bufó Pavo de mal humor—. Y por cierto, ibas a explicármelo. Sabes qué.

Abrí la boca para decir algo profundo, algo que fuera digno de mi inteligencia, de mi IQ, que alcanzaba a ratos hasta los 180. ¿Os he hablado de mi IQ? ¿No? Puede que mejor que no. Madre se enfada cuando alardeo de mi IQ. Porque según se dice, el psicólogo del instituto, cuando vio el resultado de los textos, usó la expresión «mutante de Chernobil». La noticia se fue corriendo, llegó hasta la profa de religión. La profa de reli fue más sincera, usó la expresión «engendro del diablo». Y de pronto dejaron de tenernos aprecio en el pueblo.

No conseguí decir algo profundo. De pronto algo pegó un peo, un peo tremendo, la tierra tembló y me parecía que las alambradas, con el temblor de la tierra, se recogían como si fueran lombrices. Por el aire se extendió un hedor a meado, mierda y kordytem, y sobre nuestras cabezas se derramó una lluvia de fragmentos de hormigón, gravilla, arena y otros elementos.

—¡Ay, Dios! —gimió Pavo cuando uno de los mencionados elementos le golpeó en la espalda—. ¡Ay, Dios, Jarek, mira... mira esto...!

Miré. Y me reí nerviosamente.

Lo que le había caído encima a Pavo era una tapa de váter. La tapa del váter más normal del mundo, de plástico, adornada con unas enormes iniciales R. Z. grabadas a navaja y algunas cicatrices de haber apagado cigarrillos en ella.

Sí, queridos, hay cosas en el cielo y en la tierra con las que no han soñado los filósofos.

—Jarek... —Pavo me golpeó de pronto en un costado—. ¿Oyes? Alguien está llorando.

Agucé el oído. No, no se había equivocado mi listillo colega. Alguien lloraba, y aquel llanto se dejaba oír por encima de las explosiones y cañonadas, era más bajo, pero distinto, tanto se diferenciaba de los estallidos y estruendos.

Saqué otra vez la cabeza del cráter y miré a mi alrededor, esta vez con mayor atención. No vi a ningún soldado por allí. Un pesado y apestoso humo se extendía por todos los alrededores. El humo anegaba también la Bismarck-Strasse, por lo menos en la parte que se podía ver desde detrás de los árboles. Había allí, humeando como si fuese un barril de alquitrán, un trailer destrozado.

El llanto —establecí— llegaba desde los urinarios del parque. La explosión que habíamos escuchado hacía un momento tenía explicación del mismo modo que el fenómeno de la tapa de váter voladora resultó ser, como la mayoría de los fenómenos, un asunto banal y natural. Simplemente, alguno de los saulisos de la división Plechavicius, al retroceder, oculto desde los arbustos, había tomado como punto de tiro los urinarios y había lanzado sobre ellos un disparo acumulativo de RPG-9. El disparo había afectado al edificio y arrancado las puertas que estaban adornadas con el símbolo internacional de una mujercita con falda de pie. La onda expansiva había desenraizado o defoliado los arbustos que rodeaban los urinarios y dejado al descubierto las pintadas y los graffiti en los restos del edificio. Y detrás de los restos del edificio alguien estaba llorando con fuerza y sentimiento.

—¿Qué hacemos? —dije.

Pavo reflexionó. Yo sabía sobre qué, porque yo también estaba reflexionando sobre lo mismo. Seguían silbando las balas por encima del cráter. Los AK-74, sturmgewehr, M-16 y galile con los que se disparaban las balas estaban muy lejos, lo que quería decir que las balas iban ya despacio y no tenían fuerza para atravesar el muslo, el hombro, la cadera o la tripa con un agujerito pequeño y limpio. Sabíamos que una bala lenta

podía chapotear en el cuerpo como un pellón de barro blando, puede hacer en el lugar del impacto una horrible papilla de sangre, huesos y pedazos de ropa y quedarse en el cuerpo o, todavía peor, salir por el otro lado pero arrastrando consigo bastante de lo que uno tiene dentro.

Así que, como veis, había sobre lo que reflexionar.

Reflexionando, leí un letrero en la pared de los urinarios. En situaciones de estrés no hay nada mejor que la lectura, os digo. Books, como dicen en la MTV, feed your head.

En la pared que el disparo había dejado al descubierto unos garabatos que representaban falos en estado de erección, anclas, horcas y tridentes. También se veía un letrero pintado en negro que ponía: BAYERN NENAS, FC KÖLN VEJESTORIOS Y LODZ KS JUDE.

Un poco más abajo alguien había pintado con tiza en diagonal, con una letra bonita, fluida aunque medio borrada, sin uso de mayúsculas y violando las reglas de puntuación: «quemamos judíos prepara el fuego por Jesús Dios para contra el diablo un error en el rosario pecado de sion».

Debajo alguien había escrito un comentario con aerosol azul: MESZUGENE GOJ.

Y aún más abajo, en alfabeto cirílico: FÓLLATE A TU MADRE JUDÍO.

Al lado se veían unos graciosos versillos:

*En invierno
o en verano
una puta
siempre a mano*

Y todavía más abajo estaba garrapateado a toda prisa con un pedazo de ladrillo, una declaración que exhalaba deseo y desesperación: I REALLY WANNA FUCK YOU AL. El resto del nombre del objeto de aquellos fervorosos deseos del políglota había sido destrozado por el proyectil del RPG-9. En fin, podía ser Alice, podía ser Albin. En realidad, aquello no me importaba un pimiento. Por mí igual podía tratarse de Almanzor con todos sus caballeros.

Bajo la confesión anglosajona distinguí un ideograma auténticamente polaco que representaba en esquema el órgano reproductor femenino. El artista, bien consciente de la escasa calidad de su dibujo, bien dudando de la inteligencia del receptor, se había asegurado ante una posible lectura errónea de la obra dotándolo de un título adecuado y sin esforzarse en absoluto por una versión en lengua extranjera.

—¿Qué hacemos? —repitió Pavo mientras las balas silbaban que daba gusto y la persona al otro lado de los urinarios lloraba cada vez más fuerte.

—Podemos cagarla —dije con los dientes apretados—. Podemos, podemos, podemos.

—¿Entonces qué hacemos?

Reflexioné. Un segundo.

—Vamos. ¡Deprisa, Pavo, en tramos cortos!

Y salimos del cráter y corrimos y nos tiramos sobre la tierra cubierta de escombros y nos levantamos y volvimos a correr. Podíamos cagarla. Pero era necesario. ¿Acaso vosotros os ibais a quedar en el cráter de una bomba oyendo a alguien llorar? No lo haríais. Entonces, joder, ¿por qué os extrañáis?

Llegamos hasta los urinarios y vimos a la llorona. Oy, vaya pinta que tenía. Oy, se veía que aquella gata no siempre había comido whiskas.

—¡Análisis! —jadeó Pavo al tiempo que tomaba aliento—. Qué es lo que...

—¡No te pares! —grité—. ¡Cógela y al cráter! ¡Corriendo!

Lo conseguimos. No la cagamos. Las balas que silbaban por encima del parque parece que tenían otra cosa que hacer. Llegamos hasta nuestro cráter y nos tiramos al mismo fondo, con lo cual yo me hice polvo el codo con un trozo de hormigón y me gané aquel día mi first blood por hacerme el Rambo.

—Análisis —resoplé—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Holy shit, tía! ¿De dónde has salido?

Análisis se sentó, metió la cabeza entre las rodillas despellejadas, recogió alrededor los restos de su falda y echó a llorar a full volume.

Pavo escupió en el suelo y se acurrucó en la tapa del váter conquistada. Yo también escupí, pero en un trozo de periódico encontrado en el fondo

del cráter. En un lado del papel estaba impreso: IGUE LA HUELGA DE LA BOM, y en el otro: OMPRA UN POCO DE LUJO PARA TU BA. Me di el gusto de ese poquito de lujo y pegué el papel escupido a mi codo sangrante, BOM por abajo y BA por arriba. Análisis seguía berreando.

—Venga, Ania —dije—. Déjalo. Ya vale. No tengas miedo, no te vamos a dejar sola. En cuanto se acabe esta mierda te llevamos a casa.

Análisis hipó aún más fuerte. Meneé la cabeza con tristeza.

Análisis, como todos nosotros, era una típica niña de la época. Su madre, a quien yo no había conocido, procedía de Plock, de donde había huido, cruzando ilegalmente la frontera a la Bundesrepublik. Estaba entonces al principio del embarazo no deseado de Análisis y jamás le hubieran dado ni pasaporte ni el certificado de la Curia. Fue a parar a Schneidemühl, antes llamada Pila, con intenciones de abortar. Aquí, mientras estaba buscando febrilmente a un médico abtreiber, conoció a cierto ingeniero alemán. Ruckzuck, se enamoraron, se casaron y decidieron tener a la niña. Poco después el ingeniero consiguió trabajo en Ostpreussen y luego se mudaron a Suwalki y se puso a trabajar en nuestro Holzkombinat. Era un tío raro, aquel ingeniero, enamorado de todo lo polaco, al parecer hasta intentó conseguir la nacionalidad polaca, pero no se la dieron porque era evangélico. Consideraba a Polonia como un pueblo elegido, como un país y una nación que tenía una Gran Misión Histórica y en general noch ist Polen nicht verloren, hurra. En verdad os digo que tenía una manía con aquello. Por eso también, cuando se mudaron a Suwalki, envió a su hija al instituto polaco. Ausgerechnet a nuestro instituto, el Santo Espíritu. Por supuesto, la hija era nominalmente católica. Seguía llamándose Anneliese Budischewsky, pero todos la llamaban Análisis. La madre de Análisis, a la que no llegué a conocer, murió en 1996 durante una epidemia de cólera contagiada por los rumanos. Lo recordaréis, murieron entonces como unas sesenta mil personas de aquel cólera al que llamaban Ceaucescu o Dracul. A todos aquéllos que enfermaron y sobrevivieron, se los llamó en broma «dupa boli», lo que en rumano significa «después de la enfermedad», pero en polaco, como bien sabéis, «me duele el culo». Desde entonces ésta es la denominación popular para el convaleciente.

Junto al cráter, con un estampido, se destrozó un proyectil de mortero. Análisis chilló y se me pegó fuertemente al tiempo que se aferraba a mis brazos de tal modo que no pude quitarme la tierra que me había caído sobre la cabeza.

—Venga, ya vale, Ania —dije, escupiendo la arena de los dientes. Análisis hipó bajito.

Pavo, que se había puesto en los oídos los auriculares de mis walkman, se sumergió entre los spaghetti multicolores de los cables de la central telefónica. Con la lengua un poco fuera, rebuscaba allí, tiraba de conductores y pinchaba juntas con un destornillador que se había sacado del bolsillo. Pavo es un apasionado de la electrotécnica, es su hobby. Tiene un talento increíble y natural para estas cosas. Es capaz de arreglar y montar cualquier cosa. Tiene en casa un microondas y una cadena estéreo construida por él mismo. Ha arreglado y mejorado más de una vez mi Sony y mi Kenwood. Pavo, pienso, sería capaz de enroscar una bombilla en la arena y conseguir que luciera. No puedo evitar mi asombro: yo soy un completo desastre para la técnica, no soy capaz ni siquiera de arreglar los fusibles con un alambre. Por eso Pavo y yo tenemos una cooperativa: él me sopla en mates y física y yo a él en lengua e historia. Una especie de Autoayuda Obrera, Consulting Company Limited.

El parque volvió a estremecerse con una explosión, los Freikorps lanzaban a las líneas de los lituanos todo lo que tenían: morteros, misiles antiaéreos, cohetes. Los urinarios, tocados de vez en cuando, habían empequeñecido mucho. El humo recorría el suelo, fluía hasta nuestro cráter, asfixiante.

—¿Análisis?

—¿Qué?

—¿Estabas en el parque cuando comenzó?

—No —sorbió las narices—. Iba al instituto y... me cogieron... y me arrastraron al parque... entre los arbustos...

—Ya, ya, Ania. Ya está bien. No llores. Ahora estás segura.

Y una mierda.

Desde la parte oeste del parque tartamudeaban los kaems, restallaban las granadas. Por ambos lados se oían gritos de guerra.

—*Vorwärts! Gott mit uns!*

—*Lietuuuva!*

Lo que faltaba. Las dos partes habían tenido la misma idea y esa idea era el ataque. Lo que era peor, algún Guderian de andar por casa del Freikorps había decidido llevar su blitzkrieg directamente a nuestro cráter para atacar a los saulisos por el flanco.

Nos aplastamos contra la tierra, encogidos como gusanos entre escombros y alambradas.

—*Feuer frei!* —gritó alguien junto al mismo cráter—. *Verdammt noch Mal, Feuer frei! Schiess doch, du Hurensohn!*

Una rabiosa ráfaga de M-60 ahogó los gritos. La ráfaga estaba tan cerca que hasta escuché cómo las vainas caían sobre el cemento. Alguien gritó, gritó horriblemente. Sólo una vez y al momento calló. Las botas hacían chirriar la grava, resonaban los cañonazos.

—*Zurück!* —gritó alguien desde arriba, desde lo profundo del parque—. *Beeilung, Beeilung! Zurück!*

—*Lietuuuva!*

Claro, estaría bueno, pensé. Zeligauskas contrataca. También directo a nuestro cráter, puto *motherfucker*.

Cerca del cráter se oyó ladrar a las AK-74, de otro modo que los M-16 del Freikorps, como más embotado, más alto, y sobre ello se escuchó enseguida el estallido de las granadas y la explosión que destrozaba los oídos de las minas de mortero.

—¡Ay, Jesuuuuuus! —aulló reprobatorio alguien al mismo borde del cráter.

Análisis, que yacía junto a mí, temblaba encogida. Temblaba tan terriblemente que tuve que apretarla por la fuerza contra el suelo, si no, sus temblores casi la hubieran hecho levantarse.

—¡Ay, Je... suuus! —repitió alguien cerca, rodó pesadamente por el borde del cráter y se cayó directamente encima de nosotros. Análisis gritó. Yo no grité porque me había quedado sin voz del susto.

Era un saulis, sin gorra. Sus cabellos rubios como el trigo estaban manchados de sangre. La sangre le llenaba también la órbita del ojo izquierda y le anegaba todo el cuello. Parecía como si por debajo del

uniforme hubiera tenido una t-shirt de color carmín. Estaba tendido sobre el fondo del cráter, acurrucado, cavaba en los escombros con pequeños golpes de sus botas, luego se echó hacia un lado y aulló, tosió y abrió el ojo. Y me miró. Y se echó a gritar, ahogándose con la sangre. Cuando cerró los párpados, el rostro entero le temblaba.

No sé si os lo he dicho antes. No soy precisamente guapo. Chernobil, ya sabéis. Mutaciones genéticas.

No puedo hacer nada. Nada.

Mutaciones genéticas.

El saulis abrió el ojo y me miró de nuevo. Más tranquilo. Sonreí. A través de las lágrimas. El saulis también sonrió. Quise creer que era una sonrisa. Pero no lo creí.

—Quiero... beber... —dijo claramente. En polaco.

Miré con desesperación a Pavo y Pavo también me miró a mí desesperado. Ambos, absolutamente desesperados, miramos a Análisis. Análisis, desconcertada, encogió sus delgados hombros y la barbilla se le sacudió horriblemente.

Una handgranade estalló con un estampido junto a nuestro cráter, regándonos de grava. Escuchamos un grito desgarrador y luego una rápida ráfaga de pistola automática. Las pistolas automáticas son de gran rapidez de disparo y aquella ráfaga sonó como si alguien partiera en dos violentamente una gigantesca sábana. Junto a nosotros se oyó un tumulto, alguien gritó *Scheisse!* y cayó sobre nosotros.

Nos tiramos otra vez al suelo.

Lo que nos había caído encima era un voluntario del Freikorps, vestido con un mono de manchas, pintoresco, totalmente estúpido para luchar en una ciudad. Toda la parte delantera del mono, desde el walkie-talkie que colgaba del cuello hasta el cinturón decorado con vainas, estaba rojo oscuro a causa de la sangre. El voluntario se tumbó en el fondo del cráter, se estiró de un modo de alguna manera extraño y dejó salir el aire, aunque la mayor parte del aire salió, burbujeando, por un agujero que tenía en el pecho.

—Beber —repitió el saulis—. Oh, Jesús... Beber... ¡Aguaaa!

—*Wasser* —murmuró el voluntario, muy confusamente, porque tenía la boca llena de sangre y grava—. *Wasser... Bitte... Hil... fe, bitte... Hilfeeee!*

Análisis distinguió la forma característica del grueso morral del voluntario. Lo echó mano, desatando los nudos del cierre y sacó una botella de coca-cola. Pavo la tomó y abrió el tapón diestramente golpeándola contra la barrera de alambre.

—¿Qué piensas, Jarek? ¿Se lo podemos dar?

—No se puede —dije, y algo extraño pasaba con mi voz—. Pero tenemos que hacerlo. Tenemos, joder.

Primero le dimos al saulis, al fin y al cabo había que llegar a un orden y él había caído primero en nuestro cráter. Luego, después de limpiarle la boca con un pañuelo, le dimos al voluntario del Freikorps. Y luego limpiamos el cuello de la botella de sangre y lo bebimos nosotros a pequeños tragos, Análisis, Pavo y yo.

Alrededor de nosotros casi se hizo el silencio. Humeaban disparos aislados, restallaban regularmente los M-60 desde la zona del estadio. El voluntario del Freikorps se estiró de pronto, tan violentamente que las tirillas de velero de su mono saltaron con un chasquido.

—Oh... Jesús... —dijo de pronto el saulis y murió.

—You... can't beat the feeling... —gimió el voluntario, tras lo cual vomitó en el pecho sangre y coca-cola.

Y también murió.

Análisis se sentó en el fondo del cráter, abrazó sus piernas con las manos y se echó a sollozar. Y bien hecho. Alguien, maldita sea, tenía que llorar a los dos guerreros. Se les debía aquello. Se les debía al menos un réquiem así, el llanto de la pequeña Análisis, sus lágrimas como guisantes fluyendo por su sucia boca. Se les debía.

Mientras, Pavo y yo estuvimos rebuscando en sus bolsillos. Aquello también era necesario, es lo que nos enseñan en las lecciones de supervivencia.

De acuerdo con lo que se nos había enseñado, no tocamos las armas. El saulis tenía granadas y el Freikorps una beretta y un kampfmesser. Pavo tomó de inmediato el walkie-talkie y de inmediato comenzó a hacer algo con él.

Miré en los bolsillos del mono del voluntario y encontré media tableta de chocolate. En la tableta estaba escrito: Milka Poland, antes E. Wedel.

Limpié la tableta y se la di a Análisis. La tomó, pero no se movió, siguió sentada, encogida, con los mocos fluyendo y mirando obtusamente a su alrededor. Miré en los bolsillos del saulis porque al ver el chocolate había sentido algo raro en la boca y en la tripa. Sinceramente, con gusto habría devorado yo mismo aquella media tableta. Pero no se debe hacer eso, ¿no? Si se está en compañía de una muchacha hay que ocuparse de ella en primer lugar, hay que halagarla, cuidarla, hay que darle de comer. Pues si esto está claro. Es algo tan... tan...

Humano.

¿O no?

El saulis no tenía chocolate.

En cambio tenía en un bolsillo del uniforme una carta doblada en cuatro. El sobre también estaba al lado, sin sello, pero con una dirección, y cuál, de Polonia, de Cracovia. De alguien que se llamaba Maryla Wojnarowska.

Eché un rápido vistazo a la carta. Porque el saulis estaba muerto y al fin y al cabo no la había mandado. Eché un rápido vistazo. «He soñado contigo». Así escribía el saulis. «Ha sido un sueño muy corto. Un sueño en el que estoy a tu lado y toco tu mano y tu mano es tan cálida, Marylu, tan suave y cálida, y entonces, en mi sueño, pensé que te quiero, Marylu, porque es verdad que te quiero...»

No seguí leyendo. No sentía la necesidad de conocer el resto, que al fin y al cabo no era tanto, sólo hasta el final de la página, hasta la firma: «Witek». Witek, no Vytautas.

Metí la carta en el sobre y la guardé en el bolsillo. Pensé que puede que mandara la carta, se la mandaría a Maryla Wojnarowska, a Cracovia. Ahorraría para un sello de un zloty y enviaría la carta. Quién sabe, puede que llegara hasta Maryla Wojnarowska. Quién sabe. Puede que llegase. Aunque al parecer muchas cartas se pierden en la frontera durante los controles de los vagones de correos.

Pavo, sentado entre los cables como si fuera un cormorán en su nido, daba vueltas a los mandos del walkie-talkie, del que salían silbidos, chasquidos y fragmentos de conversaciones.

—Ya podías dejar eso —le dije, enfadándome.

—Silencio —dijo Pavo, poniéndose los cascos del walkman en los oídos—. No molestes. Estoy cogiendo la frecuencia.

—¿Y por qué cojones —no aguanté— coges la frecuencia? Si tienes que coger algo coge tu culo, cretino. ¡Haces ruido, joder, haces ruido y todavía nos va a escuchar alguien y nos tira una granada aquí!

Pavo no respondió. Inclinado, seguía revolviendo los cables de la centralita de teléfonos. Las balas cruzaban por encima del cráter.

Análisis sollozaba. Me senté a su lado y la abracé. Es lo que hay que hacer, ¿verdad? Algo tan pequeño e indefenso, en un cráter tan horrible, en el maldito parque del rey Sobieski, donde continuaba aquella maldita guerra.

—¿Jarek? —Análisis sorbió la nariz.

—¿Qué?

—No tengo bragas.

—¿Qué?

—No tengo bragas. Mi padre me mata si vuelvo sin bragas.

Ja, esto no estaba descontado. El ingeniero Budischewsky era famoso por su mano de hierro y su moralidad de hierro. Tenía en ello una verdadera manía, me parece que ya os lo he contado. Con los ojos del alma me imaginé a Análisis en un sillón del avión del doctor Estufista, en el acto de emitir un certificado de virginidad. El doctor Estufista, que desde hacía algún tiempo no ganaba ya lo que antes, se sacaba un extra con los certificados porque sin un certificado así era difícil casarse por la iglesia y si la muchacha era menor de edad, podía terminar en el reformatorio de Waplewo. Los certificados falsos, por lo que sabía, costaban seis mil zlotys. Una fortuna.

—¿Ania?

—¿Sí?

—¿Te hicieron algo? Perdona que te pregunte, sé que no es asunto mío, pero...

—No. No me hicieron nada. Me quitaron las bragas y... me tocaron. Nada más. Tenían miedo, Jarek... Me tocaban y miraban alrededor y no se quitaron las carabinas...

—Tranquila, Ania, tranquila.

—... apestaban a miedo, a sudor, a humo, apestaban a lo que apesta aquí en este agujero, a lo que queda después de una explosión... Y a lo que apestan los uniformes, sabes, algo de lo que te lloran los ojos. No lo olvidaré... Tendré pesadillas por las noches...

—Tranquila, Ania.

—Pero no me hicieron nada —susurró—. Nada. Uno quería... Temblaba completamente... Me pegó. Me pegó en la cara. Pero me dejaron y huyeron... Jarek... Eso ya no son personas... Ya no.

—Son personas, Ania —dije con convicción, tocando la carta que crujía en mi bolsillo.

—¿Jarek?

—¿Qué?

—¿Se lo digo al cura? ¿Lo que me hicieron?

La muchacha no estaba de verdad bien de la cabeza. La influencia evangélico-neófito del ingeniero Budischewsky había matado en ella todo su instinto de conservación.

—No, Ania. No se lo digas al cura.

—¿Ni siquiera en la confesión?

—Ni siquiera. Análisis, ¿es que estabas dormida en las clases de religión o qué? Hay que confesarse de los pecados. Si robas algo o dices el nombre en vano. Si no honras a tu padre. Pero no está escrito que tengas que confesar si alguien te baja las bragas por la fuerza.

—Eh —dijo Ania insegura—. ¿Y el pecado de impureza? ¿Qué sabes tú de esto? El cura dice que tu padre y tú sois ateos sordos y ciegos o algo así... Que no eres... ¿cómo se dice? Ajá, que no eres como hay que ser. No, tengo que confesarme... Y mi padre me va a matar...

Análisis bajó la cabeza y volvió a sollozar de nuevo. En fin, no había salida. Reprimí en mi interior la justa rabia contra el cura Kociuba. Un hombre que está sentado en el cráter de una bomba junto a una mujer, tiene que ocuparse de ella. Consolarla. Proporcionarle un sentimiento de seguridad. ¿Verdad? ¿Tengo razón o no?

—Análisis —le dije con aspereza—. El cura Kociuba es un gilipollas y dice tonterías. Ahora mismo te demuestro que conozco el catecismo y las

Escrituras. Puesto que está escrito en... las cartas de Ambrosio a los efesios.

Análisis dejó de llorar y me miró con la boca abierta, no había salida. Tenía que seguir adelante con Ambrosio.

—Está escrito —mentí, poniendo un gesto de sabio— que vinieron los caduceos...

—¿No serían los saduceos?

—No molestes. Vinieron, como digo, los saduceos y los... bueno... los aduaneros, a Ambrosio y le dijeron: «De verdad, hombre santo, ¿cometió pecado la judía a la que los romanos le bajaron las bragas por la fuerza?». Y Ambrosio pintó en la arena un círculo y una crucecita...

—¿Qué?

—No me interrumpas. Y dijo el santo: «¿Qué veis aquí?». «Verdaderamente vemos un círculo y una crucecita», respondieron los aduaneros. «De este modo en verdad os digo», dijo Ambrosio, «ésta es la prueba de que no cometió pecado la tal mujer y mejor idos a vuestras casas, aduaneros, porque no sois sin culpa y no juzguéis y no seréis juzgados. Idos, puesto que en verdad os digo, que ahora mismo cojo una piedra y os tiro esta piedra a la cabeza». Y se fueron los aduaneros con gran vergüenza, porque habían errado, mancillando a aquella mujer. ¿Has entendido, Ania?

Análisis dejó de llorar y se apoyó contra mí. Gracias, san Ambrosio, pensé.

—Y ahora —me levanté, me desabroché los pantalones y me salí de ellos—, quítate esa destrozada falda y ponte mis Lee. Tu padre no tiene ni pajolera idea de lo que llevabas cuando saliste de casa. Venga, ya mismo.

Me di la vuelta.

—Y olvídate de aquello —añadí—. No ha pasado nada, ¿entiendes? Fue un sueño, Análisis. Todo esto es un sueño, un mal sueño, este parque, esta guerra, este cráter, este hedor y este humo. Y estos muertos. ¿Entiendes?

Análisis no respondió, se apretó todavía más contra mí. Pavo nos miró por un instante con un gesto raro, luego volvió a sus cables y sus conductores. Precisamente había regulado el walkie-talkie para que se oyera un vivo diálogo, cortado con unos restallantes overs que sonaban

exactamente como si cada uno de los contertulios terminara su pregunta subiéndose al micrófono y tirándose un pedo.

Dominando el asco, le quité al saulis los pantalones, que estaban relativamente poco ensangrentados, y me los puse. Se me caían, así que me senté y comencé a regular el cinturón de arpillera. Pavo dejó en paz las emisoras de radio, sacó de un bolsillo de su cazadora un pequeño transistor y unas herramientas de aspecto extraño. Encendió el transistor, se oyó una música de iglesia, lo que quería decir que era alguna emisora polaca. No protesté. La música no era muy alta y en las cercanías hacía ya un rato que no se escuchaban ni disparos ni gritos.

Análisis, arrodillada, se limpiaba con un pañuelo el rostro y las manos. Pavo ató sus extrañas herramientas a unos cables que salían de la tierra, puso al lado el walkie-talkie y los cascos de mi walkman. Luego comenzó a darle vueltas al transistor. Se escuchaban chasquidos y zumbidos, fragmentos de melodías y estática.

—Escuchad —dijo de pronto—. Ausgerechnet he pillado Varsovia. Algo pasa allí. Algún tumulto o algo así.

—Seguro que están quemando una sinagoga. —Escupí la grava que tenía en los dientes—. Como de costumbre. Hay de qué ocuparse.

—O queman una iglesia ortodoxa —habló Análisis—. Como en Lodz. En Lodz quemaron la iglesia ortodoxa. De esos... sí... dijeron en televisión. ¿Cómo se llamaban? Cirilo Rusin y Metodio Vano.

—Justo. Deja Varsovia, Pavo, pilla Gdansk o Koenigsberg. A ver si nos enteramos de lo que pasa en el frente. Ya estoy harto de estar metido en este cráter y tengo un hambre de la leche.

—Sí —dijo Análisis—. Yo también...

—Silencio —habló Pavo, inclinándose sobre el transistor—. No es eso. Es otra cosa. Una manifestación.

—Os digo que es una iglesia ortodoxa.

—¿Pero hay en Varsovia iglesia ortodoxa?

—Ayer por lo menos había. Porque estaba lloviendo.

—Os digo que os calléis. Es una manifestación en Varsovia, delante de la International Harvester en el barrio de Ursus. Parece que un montón de gente. Oh, precisamente está hablando Marcin Kenig.

—¿Marcin Kenig? —Análisis tiró hacia arriba de mis Lee y dobló los piececillos—. ¿Ya lo han sacado de la cárcel?

—Cuidado que eres tonta, Análisis —dijo Pavo—. Estuvo en la cárcel en tiempos de la Unión, desde hace medio año es el, eso, el dirigente del Movimiento. ¿Capisco?

—Sí. —Análisis meneó la cabeza, pero yo sabía que no había entendido ni torta. No podía capisco porque aquello no había capisco que pudiera.

—Ponlo más fuerte, Pavo —le dije. Porque estaba algo interesado en lo que tenía que decir Marcin Kenig. Últimamente se hablaba mucho de Marcin Kenig.

—¿Más fuerte? —preguntó Pavo—. ¿Lo quieres más fuerte, Jarek?

—Pues sí ausgerechnet lo estoy diciendo. ¿Te has vuelto sordo?

—Pues entonces aquí está.

Y en aquel momento Marcin Kenig gritó por todo el parque. Por todos lados. Desde todas las direcciones. Todo el parque, el estadio, quién sabe, puede que toda la ciudad. Pavo se moría de risa.

—Scheisse! —grité—. ¿Qué es esto?

—El megáfono del estadio —se enorgulleció Pavo—. Llegué a él por la central.

—¡Apaga eso, joder!

—Lo querías más alto —se rió de nuevo el dotado electrotécnico—, pues toma. Que escuchen todos. No tengas miedo, Jarek. ¿Quién se va a coscar que esto viene de nuestro cráter? Mejor escucha lo que dice este tío.

Escuché.

—¡Tuve un sueño! —gritó de pronto Marcin Kenig, y la multitud arremolinada junto a la fábrica International Harvester en Ursus gritaba y aullaba—. ¡Tuve un sueño!

Los disparos cesaron, todavía algunas ráfagas aislada, en algún lado reventó una mina, zumbó un helicóptero. Y luego todo quedó en silencio. Toda la ciudad. Sólo estaba Marcin Kenig y la multitud reunida junto a la International Harvester.

—¡Tuve un sueño y en el sueño llegaba el día de la verdad! ¡El día en que se convertía en verdad evidente y comprensible para todos el hecho de que somos hermanos, que somos todos iguales! ¡El día en que

comprendimos que no había fronteras, que las fronteras no son otra cosa más que dibujos en unos mapas, papeles que no significan nada! ¡El día en que expulsábamos de nuestros espíritus el veneno del odio que nos habían inculcado durante generaciones! ¡Se acerca ese día, hermanos!

La multitud, gritaba, pitaba, siseaba. Algunos aplaudían. Algunos cantaban «We Shall Overcome». Alguien gritaba: «¡Juden raus!». Alguien silbaba.

—¡Tuve un sueño y en mi sueño este mundo se convertía por fin en el reino de Dios en la tierra! ¡Tuve un sueño y en verdad os digo, hermanos: fue una profecía! ¡En mi sueño los hombres y mujeres de todas las razas, creencias, ideologías, color de piel y nacionalidad se daban los unos a los otros la mano y las apretaban! ¡Se convertían en hermanos!

Sobre el parque seguía alzándose el humo, pero el humo parecía hacerse más raro, como si lo expulsara el multiplicado eco de la voz de Marcin Kenig, tronando desde los megáfonos de un estadio que llevaba un nombre que no tenía importancia, en un parque con un nombre sin importancia. Sobre una ciudad cuyo nombre no tenía importancia brilló de pronto el sol. Así me pareció. Aunque puede que me equivocara.

—¡Tuve un sueño! —gritó Marcin Kenig.

—¡Tuve un sueño! —respondió la multitud. No todos. Alguno silbaba penetrantemente.

—¡Fuera! —gritó alguien—. ¡Fuera, a Cuba!

—¡Nos dicen —gritó Marcin Kenig— que ha llegado la era de la libertad, de la felicidad general y del bienestar común! ¡Nos mandan trabajar, comer, dormir y gastar dinero, nos mandan arrodillarnos ante el becerro de oro bajo la música que nos introducen en nuestros oídos! ¡Nos han encerrado en una red de mandamientos, prohibiciones y obligaciones que tienen que suplir nuestra conciencia, nuestra razón y nuestro amor! ¡Quieren que nos convirtamos en ganado, contentos de nuestros pastos cerrados por una valla, ganado satisfecho incluso del alambre electrificado que nos rodea! ¡Nos ordenan matar diciendo «Deus vult»! ¡Nos han rodeado de fronteras que atraviesan nuestra ciudad, nuestra calle y nuestra casa! ¡Fronteras que atraviesan nuestra alma! ¡Pero estamos hartos! ¡Nosotros decimos que NO! ¡Éste fue mi sueño! ¡El sueño de que la era del

odio entra en el olvido! ¡Que comienza una nueva era, la Era del Cumplimiento del Sueño!

La multitud gritaba.

—¡Tuve un sueño! Tuve...

Y de pronto Marcin Kenig enmudeció y el enorme y asustado grito de la multitud golpeó desde los altavoces. Algo chasqueó, alguien, junto al micrófono gritó «Dios mío» y otro distinto aulló: «¡Medicooooo!».

Otra vez crepitó y rechinó algo desde los altavoces.

—Dispararon desde allí... desde el tejado... —gritó alguien con una voz quebrada y emocionada.

Y luego reinó el silencio.

Se hizo el silencio en el transistor de Pavo y silencio en el parque del rey Sobieski. Imagino que se hizo el silencio también en la plaza delante de la fábrica International Harvester en Ursus.

Al cabo de un largo silencio, el transistor de Pavo comenzó a sonar, sonaba música de piano. Durante algún tiempo un nocturno se dejó oír desde los megáfonos del estadio de la Ostmark Sportverein, pero luego Pavo deshizo su elaborada conexión y sonó bajito ya, sólo desde su receptor microscópico.

Análisis no lloró. Estuvo sentada, con la cabeza baja, en un silencio completo, y luego me miró. Me miró largo rato. Supe que quería preguntar algo. Pavo también estaba callado y también me miraba. Puede que él también quisiera preguntar algo.

Pero no preguntó.

—Shit —dijo por fin.

No comenté nada.

—No future —añadió al cabo. Tampoco hice comentario alguno.

Estuvimos sentados en el cráter durante algún tiempo todavía. Alrededor reinaba la paz. Habían enmudecido los rotores de los helicópteros lituanos, el aullido de las ambulancias y las órdenes de las patrullas que limpiaban el borde norte del parque. No nos dimos cuenta de cuando se hizo de noche.

Salimos del cráter. Reinaba el silencio, soplaba una tranquila brisa nocturna, refrescante, como Oíd Spice. Salimos, evitando los cadáveres, los

automóviles que ardían, los agujeros en el asfalto y las zonas de cristales destrozados.

Cruzamos por la pasarela de Czarna Hancza. El río, nos dio la impresión, apeataba aquella tarde mucho más de lo acostumbrado.

El McDonald's estaba abierto.

Las calles estaban desiertas pero de todas las ventanas se oían MTV, Jukebox y Radio Moskva. El grupo April, May, Decay ejecutaba su último hit del álbum *Mental Disease*.

*Hail, we greet you
We, children of the past
Those about to die
In our rags of light, translucent and pale
Hail!*

Nos despedimos en la Plaza Nueva. No dijimos mucho. Bastó con lo de siempre: «Hasta mañana», «Tschüss», «A rivederci». Nada más.

Mi calle también estaba vacía. Nowakowski ya se había tranquilizado, tocaba a Brahms en el piano, muy fuerte, como si pretendiera acallar la MTV que resonaba desde las casas de los vecinos.

*Hail!
You've come at last
Not a minute too late
Hail, long awaited Age
Age of Hate!*

No pasó nada más aquel día.

Oh, bueno, casi al crepúsculo se puso a llover y junto con las gotas de agua cayeron miles de pequeñas ranas verdes. Y nada más.

Algo termina, algo comienza

La idea de «Algo termina, algo comienza» me la inspiró, como se entiende por la dedicatoria del cuento, la noticia de la boda de cierta pareja conocida y querida por el fandom. Ja, hoy no tengo que hacer secreto alguno de que se trataba de Paulina Braiter y Pawel Ziemkiewicz^[6].

Por su parte, quien me animó a escribir el cuento, gloria le sea dada en este punto, fue Krzysztof Papierkowski, presidente del Club de Fantasía de Gdansk (GKF). El GKF publicaba por entonces un fanzine, *El enano rojo*, y Krzysztof a menudo hacía esfuerzos para conseguir textos no publicados de conocidos escritores polacos de fantasía con destino a ese fanzine. Un día me lo propuso a mí y yo, cuando acepté, decidí no sólo enlazar con la mencionada boda de fandom sino darle en general al cuento la forma de una broma, de un chiste cercano a la atmósfera de las convenciones de ciencia-ficción. De modo que hoy día sigo viéndolo como broma de convención más que como relato propiamente dicho.

Pese a las apariencias, las situaciones y los protagonistas del relato «Algo termina, algo comienza» no están relacionados en absoluto con la llamada Saga de Geralt de Rivia. No se trata de ningún final alternativo de la serie, no es tampoco, pese a ciertos rumores, un final que fuera rechazado a lo largo del proceso creativo, sustituido por otro menos alegre. No todos lo entendieron ni lo entienden. Tadeusz A. Olszanski, quien goza de gran estima entre el fandom polaco, me dijo una vez que solamente yo podía ser lo suficientemente sinvergüenza como para publicar el epílogo de una saga ¡antes incluso de haber escrito la propia saga! Incluso la persona que, podría parecer, está más enterada de todo, mi editor polaco Mirosław Kowalski, no muy alegre a causa de la lentísima marcha de la escritura del último tomo, mostró su asombro de que todo fuera tan despacio. «Pues si ya tienes el último capítulo», dijo un día. Y el nombre de las personas a las que la falta de boda en el epílogo de la saga dejó completamente sorprendidas es legión.

Sin embargo, el lector atento observará en «Algo termina, algo comienza» ciertos fragmentos de textos que vinculan de algún modo el cuento con la saga. Se trata de una prueba decisiva de que la Saga de Geralt de Rivia fue escrita siguiendo un plan preciso y que, pese a las habladurías, no fue escrita caóticamente como si se tratara del desarrollo de un juego de rol que se termina cuando el autor empieza a aburrirse. Basta con comparar las fechas: «Algo termina, algo comienza» fue escrita al final del año 1992, y apareció en *El enano rojo* en el año 1993. El primer tomo de la saga propiamente dicha, *La sangre de los elfos*, se publicó en el año 1994. Sin embargo, el último tomo, en el que

se habla de la masacre en las escaleras durante la que los cabellos de Ciri se vuelven blancos, fue escrito y publicado en el año 1999.

A todos los recién casados
y especialmente a dos de ellos

I

El sol se colaba con sus tentáculos de fuego por las rendijas de las contraventanas, atravesaba la habitación con oblicuos rayos de luz que palpitaban a causa del polvo que flotaba en el espacio y derramaba manchas claras sobre el suelo y las pieles de oso que lo cubrían. Uno de sus destellos se reflejó cegador en la hebilla del cinturón de Yennefer.

El cinturón de Yennefer yacía sobre un zapato de tacón. El zapato de tacón yacía sobre una camisa blanca con volantes y la camisa blanca yacía sobre una falda negra. Una media negra colgaba del brazo de un sillón, labrado en forma de cabeza de quimera. La otra media y el otro zapato no se veían por ningún lado. Geralt suspiró. A Yennefer le gustaba desnudarse deprisa y con pasión. Tenía que empezar a acostumbrarse a ello. No le quedaba otra salida.

Se levantó, abrió las contraventanas, echó un vistazo. Una neblina surgía de un lago sereno como la superficie de un espejo, las hojas de los abedules y los alisos ribereños brillaban cubiertas de rocío, los prados más lejanos estaban ocultos por una niebla densa y baja que colgaba como una tela de araña justo por encima de la punta de la hierba.

Yennefer se removió bajo la manta, murmuró algo ininteligible. Geralt suspiró.

—Hermoso día, Yen.

—¿Eh? ¿Qué?

—Hermoso día. Un día extraordinariamente hermoso.

Ello lo sorprendió. En vez de maldecir y cubrir su cabeza con la almohada, la hechicera se sentó, se colocó los cabellos con los dedos y comenzó a buscar entre las sábanas su camisón. Geralt sabía que el camisón estaba al otro lado de la cabecera de la cama, donde Yennefer lo había

arrojado la noche anterior. Pero no dijo nada. Yennefer no aguantaba tales consejos.

La hechicera maldijo por lo bajini, dio una patada a la manta, alzó la mano y extendió los dedos. El camisón flotó desde detrás de la cabecera directamente hasta la mano expectante, agitando sus volantes como si fuera un fantasma penitente. Geralt suspiró.

Yennefer se levantó, se acercó a él, lo abrazó y le mordió en un hombro. Geralt suspiró. La lista de cosas a las que iba tener que acostumbrarse parecía no tener final.

—¿Querías decir algo? —le preguntó la hechicera, con los ojos entrecerrados.

—No.

—Bien. ¿Sabes qué? Es verdad que el día es hermoso. Buen trabajo.

—¿Trabajo? ¿Qué quieres decir?

Antes de que Yennefer tuviera tiempo de responder escucharon un agudo grito y un penetrante silbido que llegaban desde abajo. Por la orilla del lago, haciendo salpicar el agua, galopaba Ciri sobre una yegua mora. La yegua era de buena raza y extraordinariamente hermosa. Geralt sabía que había pertenecido a cierto medioelfo que había juzgado a la brújula de cabellos grises por las apariencias y se había equivocado de medio a medio. Ciri le dio a la conquistada yegua el nombre de Kelpa, que en la lengua de los isleños de las Skellige era un malvado y peligroso espíritu marino que a veces tomaba la forma de un caballo. El nombre era ideal para la yegua. No hacía mucho tiempo que cierto mediano que había querido robar a la yegua se había convencido de ello de forma muy dolorosa. El mediano se llamaba Sandy Frogmorton, pero desde entonces todos le llamaban Coliflor.

—Se va a partir el cuello —murmuró Yennefer, mirando cómo Ciri galopaba entre las salpicaduras del agua, inclinada, de pie sobre los estribos—. Algún día esa loca de tu hija se va a partir el cuello.

Geralt volvió la cabeza, sin decir ni palabra miró directamente a los ojos violetas de la hechicera.

—Bueno, vale —sonrió Yennefer sin bajar la vista—. Lo siento. Nuestra hija.

Ella volvió a abrazarlo, apretándose fuertemente contra él, lo besó repetidas veces y le mordió de nuevo. Geralt rozó sus cabellos con los labios y retiró con cuidado el camisón de los hombros de la hechicera.

Y al punto se encontraron otra vez en la cama, sobre las retorcidas sábanas, todavía calientes y oliendo a sueño. Y comenzaron a buscarse de nuevo mutuamente, y se buscaron largo tiempo y con mucha paciencia, y la seguridad de que se encontrarían los embargaba de felicidad y alegría, y la felicidad y la alegría atravesaban todo lo que hacían. Y aunque los dos eran tan diferentes, comprendieron, como siempre, que no eran diferencias de las que separan sino de las que unen y enlazan tan fuertemente como la entalladura labrada con el hacha donde se juntan las vigas de las cuales va naciendo una casa. Y fue como la primera vez, cuando ella lo embriagó con su deslumbrante desnudez y su violento deseo y a ella la embriagó la delicadeza y sensibilidad de él. Y como la primera vez ella quiso decírselo, pero él la detuvo y con un beso y unas caricias privó a sus palabras de todo sentido. Y luego, cuando él quiso decírselo a ella, no pudo alzar la voz y luego la felicidad y el placer cayeron sobre ellos con una fuerza capaz de destruir montañas y hubo algo que fue un grito sin sonido y el mundo dejó de existir, algo terminó y algo comenzó, y algo perduró y hubo silencio, silencio y paz.

Y embriaguez.

Poco a poco el mundo volvió en sí y de nuevo hubo unas sábanas oliendo a sueño y una habitación bañada por el sol y un día. Un día...

—¿Yen?

—¿Mhn?

—Cuando dijiste que el día era hermoso añadiste «Buen trabajo». ¿Significa que...?

—Lo significa —confirmó y se estiró, desplegando los brazos y cogiendo la almohada por los bordes, y sus pechos tomaron entonces una forma que hizo que al brujo le recorriera un escalofrío por la parte inferior de la espalda—. Sabes, Geralt, nosotros preparamos este tiempo. Ayer por la tarde. Yo, Nenneke, Triss y Dorregaray. Al fin y al cabo no podía arriesgarme, este día tenía que ser hermoso...

Se detuvo, le dio con la rodilla en el muslo.

—Pues al fin y al cabo éste es el día más importante de tu vida, idiota.

II

Elevado sobre un promontorio en mitad del lago, el castillo de Rozrog estaba pidiendo a gritos unos buenos arreglos, por fuera y por dentro, y ello desde hacía ya mucho tiempo. Hablando sin tapujos, Rozrog era una ruina, un conglomerado de piedras sin forma, cubierto densamente de hiedra, enredaderas y amor de hombre, una ruina que se elevaba entre lagos, barro y pantanos llenos de ranas, tortugas y culebras de agua. Había sido una ruina ya entonces cuando se lo regalaron al rey Herwig. El castillo de Rozrog y los terrenos que lo rodeaban eran por entonces algo así como una concesión de por vida, un regalo de despedida para Herwig, que doce años atrás había abdicado en favor de su sobrino Brennan, desde hacía algún tiempo llamado El Bueno.

Geralt había conocido al antiguo rey a través de Jaskier. El trovador había estado en Rozrog a menudo porque Herwig era un anfitrión amable y agradable para sus invitados. Precisamente había sido Jaskier quien se había acordado de Herwig y su castillejo cuando Yennefer rechazó por imposibles todos los lugares de la lista que el brujo había preparado. Extrañamente, la hechicera aceptó la propuesta de Rozrog de inmediato y sin fruncir la nariz.

Así que la boda de Geralt y Yennefer había de celebrarse en el castillo de Rozrog.

III

En principio, la boda tenía que ser tranquila y sin formalidades, pero con el paso del tiempo resultó que, por razones diversas, esto era imposible. Así que era necesario alguien con talento para organizar. Yennefer, por supuesto, se negó, no estaba bien encargarse de organizar la propia boda. Geralt y Ciri, por no mencionar a Jaskier, carecían de talento alguno para ello. Así que le confiaron el asunto a Nenneke, la sacerdotisa de la diosa Melitele de Ellander. Nenneke llegó de inmediato y, junto con ella, dos sacerdotisas más jóvenes, Iola y Eurneid.

Y comenzaron los problemas.

IV

—No, Geralt. —Nenneke estaba enfadada y daba golpecitos con un pie—. No acepto ninguna responsabilidad ni por la ceremonia ni por el banquete. Este desastre al que a algún idiota se le ocurrió llamar castillo no sirve para nada. La cocina está destrozada, la sala de baile no sirve más que para establo y la capilla... no es capilla alguna. ¿Puedes decirme a qué dios adora ese cojo de Herwig?

—Por lo que sé, a ninguno. Afirma que la religión es la mandragora del pueblo.

—Estaba segura —dijo la sacerdotisa, sin ocultar su desprecio—. En la capilla no hay ni una estatua, no hay nada de nada, si no contamos a los ratones de campo. ¡Y encima este maldito páramo! Geralt, ¿por qué no queréis casaros en Vengerberg, en una tierra civilizada?

—Sabes de sobra que Yennefer es una cuarterona y en esas tus civilizadas tierras no se permiten matrimonios mixtos.

—¡Por la gran Melitele! ¿Qué significa una cuarta de sangre élfica?
¡Pero si casi todo el mundo tiene algo de mezcla de sangre del Antiguo Pueblo! ¡Eso no es más que un prejuicio idiota!

—No he sido yo quien lo ha inventado.

V

La lista de invitados —no excesivamente larga— la confeccionaron los futuros esposos conjuntamente y de invitar a la gente tenía que encargarse Jaskier. Al poco resultó que el trovador perdió la lista, y eso aun antes de que tuviera tiempo todavía de leerla. Avergonzado, no dijo nada y tiró por el camino de en medio: invitó a quien pudo. Por supuesto, Jaskier conocía a Geralt y a Yennefer lo suficiente como para no olvidar a nadie importante, mas no habría sido él mismo si no hubiera enriquecido la lista de invitados con una asombrosa cantidad de personas completamente casuales.

Así que aparecieron el viejo Vesemir de Kaer Morhen, el maestro de Geralt, y junto con él, el brujo Eskel, amigo de Geralt desde la más tierna infancia.

Vino el druida Myszowor en compañía de una apasionada rubia llamada Freya que era una cabeza más alta que él y unos cien años más joven. Junto con ellos apareció el yarl Crach an Craite de Skellige en compañía de sus hijos Ragnar y Loki. A Ragnar, montado a caballo, los pies casi le llegaban al suelo, mientras que Loki recordaba a un afiligranado elfo. No era esto de extrañar puesto que eran hermanos naturales, hijos de distintas amantes del yarl.

Apareció el alcalde Caldemeyn de Blaviken con su hija Anica, una muchacha muy atractiva, aunque terriblemente vergonzosa.

Acudió el enano Yarpén Zigrin, y lo más curioso, solo, sin los barbados bandoleros a los que llamaba «muchachos» y que solían acompañarlo. A

Yarpen se le unió por el camino el elfo Chireadan, personaje más bien oscuro, pero indudablemente de alta posición entre el Antiguo Pueblo, escoltado por algunos de sus congéneres, desconocidos para todos y de pocas palabras.

También vino una tumultuosa pandilla de medianos, de los que Geralt sólo conocía a Dainty Biberveldt, granjero de Centinodia del Prado y —de oídas— a su gruñona esposa, Gardenia. En la pandilla había también un mediano que no era un mediano, el famoso empresario y mercader Tellico Lunngrvink Letorte de Novigrado, doppler capaz de cambiar de forma, que vivía bajo la forma de mediano y con el pseudónimo de Dudu.

Apareció el barón Zywiecki de Brokilón con su mujer, la encantadora dríada Braenn y sus cinco hijas, llamadas Morenn, Cirilla, Mona, Eithne y Lola. Morenn tenía el aspecto de tener quince años y Lola cinco. Todas eran pelirrojas como el fuego, aunque Zywiecki tenía el cabello negro y Braenn rubio miel. Braenn estaba en un estado de preñez avanzado. Zywiecki afirmaba serio que esta vez iba a ser un niño, ante lo que la bandada de sus pelirrojas dríadas se miraban las unas a las otras y se reían, mientras que Braenn, sonriendo levemente, añadía que el «niño» iba a llevar el nombre de Melissa.

Llegó también Jarre el Manco, el joven sacerdote y cronista de Ellander, discípulo de Nenneke. Jarre vino sobre todo a causa de Ciri, de quien se había enamorado. Ciri, para desesperación de Nenneke, menospreciaba por completo al joven manco y sus torpes intentos.

La lista de invitados inesperados la abrió el príncipe Agloval de Bremervoord, cuya llegada era un verdadero milagro, puesto que el príncipe y Geralt no se aguantaban el uno al otro. Todavía más extraño era el hecho de que Agloval apareció en compañía de su esposa, la sirena Sh'eenaz. Sh'eenaz había cambiado hacía tiempo su cola de pez por un par de increíblemente hermosas piernas en honor de su príncipe, pero era sabido que nunca se alejaba de la orilla del mar porque el continente le producía miedo.

Pocos eran los que esperaban la llegada de otras testas coronadas, porque también es cierto que nadie las había invitado. Pese a ello, los monarcas habían enviado cartas, regalos, legados, o todo a la vez. Debían

de haberse puesto de acuerdo, porque los legados viajaban en un grupo que ya por el camino había tenido tiempo de trabar amistad. El caballero Yves representaba al rey Ethain, el comes Sulivoy al rey Venzlav, sir Matholm al rey Segismundo y sir Devereux a la reina Adda, antigua estrige. El viaje debía de haber sido divertido porque Yves tenía un labio partido, Sulivoy un brazo en cabestrillo, Matholm cojeaba y Devereux tenía una resaca que apenas se tenía en la silla.

Nadie había invitado al dragón dorado Villentretenmerth porque nadie sabía cómo invitarlo ni dónde buscarlo. Para asombro general el dragón se presentó, por supuesto de incógnito, bajo la figura del caballero Borch Tres Grajos. Sin embargo, allá donde estuviera Jaskier no era posible mantener incógnito alguno, por supuesto, aunque pocos eran los que creían al poeta cuando éste señalaba a un fornido caballero y afirmaba que era un dragón.

Tampoco nadie había invitado ni estaba esperando a la pintoresca chusma que se definía a sí misma como «amigos y conocidos» de Jaskier. Eran principalmente poetas, músicos y trovadores, y por añadidura un acróbata, un jugador de dados profesional, una domadora de cocodrilos y cuatro multicolores señoritas de las que tres tenían aspecto de ser pelanduscas y la cuarta, que no lo parecía, lo era por encima de toda duda. El grupo lo completaban dos profetas, de los que uno era falso, un escultor de mármol, una médium rubia de género femenino que siempre estaba borracha y un gnomo de rostro lleno de cicatrices de viruela que afirmaba llamarse Schuttenbach.

Los hechiceros llegaron en una nave anfibia y mágica que tenía el aspecto de ser un cruce entre un cisne y una almohada gigante. Eran cuatro veces menos de los que habían invitado y tres veces más de los que se esperaban, porque los confráteres de Yennefer, por lo que decía el rumor, condenaban su enlace con un hombre «de fuera» y para colmo brujo. Algunos de ellos habían ignorado la invitación sin más, otros se habían disculpado alegando falta de tiempo y la obligación de acudir a la convención mundial anual de hechiceros. Así que en la cubierta del, como lo definiera Jaskier, almohadomóvil sólo estaban Dorregaray de Volé y Radcliffe de Oxenfurt.

Y Triss Merigold, de cabellos como los castaños de noviembre.

VI

—¿Has sido tú quien ha invitado a Triss Merigold?

—No. —El brujo meneó la cabeza, contento del hecho de que la mutación de sus capilares le imposibilitaba ruborizarse—. Yo no. Sospecho que fue Jaskier, aunque todos ellos afirman que se enteraron de la boda por los cristales mágicos.

—¡No quiero que Triss esté en mi boda!

—¿Por qué? Pero si es tu amiga.

—¡No me tomes por tonta, brujo! ¡Todo el mundo sabe que te has acostado con ella!

—¡Mentira!

Los ojos violetas de Yennefer se encogieron peligrosamente.

—¡Verdad!

—¡Mentira!

—¡Verdad!

—Está bien. —Él se dio la vuelta con rabia—. Es verdad. ¿Y cuál es el problema?

La hechicera guardó silencio por un instante, jugueteando con la estrella de obsidiana que llevaba sujeta en negro terciopelo.

—Nada —dijo por fin—. Pero quería que lo reconocieras. No intentes nunca mentirme, Geralt, nunca.

VII

El muro olía a piedra mojada y a acidas hierbas, el sol iluminaba la parduzca agua del foso, extraía con su calor el verde del emboscado fondo

del pantano y el deslumbrante amarillo de los nenúfares que flotaban en la superficie.

El castillo volvía a la vida poco a poco. En el ala occidental alguien abrió las contraventanas con un estruendo y se rió. Otro, con voz débil, pedía zumo y col fermentada. Uno de los amigotes de Jaskier cantaba invisible mientras se afeitaba:

*Allá va la despedidaaaa,
la que le echó el junco al juncooooo.
Me han dicho que andas calienteeee,
la ostia si lo barruntooooo.*

Chirriaron las puertas, Jaskier salió al patio, estirándose y tocándose el rostro.

—¿Cómo estás, novio? —dijo con la voz cansada—. Si tienes intenciones de escapar, ésta es tu última ocasión.

—Qué madrugador estás, Jaskier.

—Ni siquiera me he acostado —murmuró el poeta, sentándose junto al brujo en un poyete de piedra y apoyando las espaldas en el muro cubierto de amor de hombre—. Por los dioses que ha sido una noche muy dura. Pero en fin, no se casa un amigo todos los días, hay que celebrarlo de alguna manera.

—El banquete de boda es hoy —le recordó Geralt—. ¿Aguantas?

—No me insultes.

El sol calentaba con fuerza, los pájaros alborotaban entre los arbustos. Desde el lago les llegaban unos chufidos y chapoteos. Morenn, Cirilla, Mona, Eithne y Lola, las dríadas taheñas, hijas de Zywiecki, se bañaban, desnudas como era su costumbre, en compañía de Triss Merigold y Freya, la amiga de Myszowor. Arriba, en las arruinadas almenas del castillo, los legados reales, caballeros Yves, Sulivoy, Matholm y Devereux, se quitaban los unos a los otros el catalejo.

—¿Lo pasasteis bien, Jaskier?

—No preguntes.

—¿Algún alboroto especialmente grande?

—Algunos.

El primer alboroto, contó el poeta, tuvo un origen racial. Tellico Lunnngrevink Letorte afirmó de pronto en mitad de la fiesta que estaba harto de aparecer como un mediano. Señalando con un dedo a dríadas, elfos, medianos, sirena, enano y hasta al gnomo que afirmaba llamarse Schuttenbach, todos ellos presentes en la sala, el doppler declaró que era una discriminación el hecho de que todos podían ser ellos mismo y solamente él, Tellico, tenía que vestirse con ajeno pelaje. Dicho lo cual adoptó —por un instante— su forma natural. Ante aquella vista, Gardenia Biberveldt se desmayó, el príncipe Agloval se atragantó peligrosamente con una lucioperca y a Anica, la hija del alcalde Caldemeyn, le dio un ataque de histeria. La situación la selló el dragón Villentretenmerth, todavía bajo la forma del caballero Borch Tres Grajos, aclarándole al doppler con serenidad que la capacidad de metamorfosearse era un privilegio que obliga, entre otras cosas, a tomar formas que por lo general se consideren decentes y aceptadas en sociedad, y que esto no era otra cosa que simple cortesía para el anfitrión.

El doppler acusó a Villentretenmerth de racismo, chauvinismo y de no tener ni pajolera idea del objeto de la discusión. Villentretenmerth, enfadado, tomó también por un instante la forma de dragón, destrozando unos pocos muebles y haciendo reinar el pánico general. Cuando se serenó la cosa, comenzó una fuerte discusión en la que humanos y no humanos se lanzaron los unos a los otros ejemplos de falta de tolerancia y de prejuicios raciales. Un acento bastante inesperado en la discusión lo aportó la voz de la pecosa Merle, la puta que no tenía aspecto de puta. Merle afirmó que toda aquella trifulca era tonta y sin sentido y que no tenía nada que ver con los verdaderos profesionales, quienes no saben lo que son los prejuicios, que ella estaba dispuesta a probarlo en aquel mismo instante y por su correspondiente pago incluso aunque fuera con el dragón Villentretenmerth en forma natural. En el silencio que cayó se escuchó a la médium de género femenino declarando que ella estaba dispuesta a hacer lo mismo pero de gratis. Villentretenmerth cambió de tema rápidamente y comenzaron a discutir de temas más seguros como economía, política, pesca, caza y juegos de azar.

Los otros escándalos tuvieron unas dimensiones más bien sociales. Myszowor, Radcliffe y Dorregaray apostaron a ver quién de ellos era capaz con su sola fuerza de voluntad de hacer levitar más objetos a la vez. Ganó Dorregaray, que fue capaz de mantener en el aire dos sillas, una fuente con frutas, una olla con sopa, un globo terráqueo, un gato, dos perros y a Lola, la hija más pequeña de Zywiecki y Braenn.

Luego Cirilla y Mona, las hijas medianas de Zywiecki, se pelearon y hubo que llevárselas. Poco después se pelearon Ragnar y el caballero Matholm y la causa de la pelea era Morenn, la hija mayor de Zywiecki. Zywiecki, nervioso, mandó a Braenn encerrar en sus habitaciones a todas sus taheñas mozas, mientras que él se unió al concurso de bebida que había organizado Freya, la amiga de Myszowor. Pronto resultó que Freya tenía una resistencia al alcohol inimaginable, rayana con la inmunidad total. La mayoría de los poetas y bardos amigos de Jaskier aterrizaron bajo la mesa. Zywiecki, Crach an Craite y el alcalde Caldemeyn se batieron bravamente, pero tuvieron que ceder. El hechicero Radcliffe se mantuvo hasta que se demostró que estaba haciendo trampas: llevaba consigo un cuerno de unicornio. Cuando se lo quitaron, no tenía ni una posibilidad contra Freya. Al poco, el lado de la mesa que ocupaba la isleña se quedó casi vacío. Durante un tiempo estuvo bebiendo con ella un hombre muy pálido vestido con un jubón pasado de moda y al que nadie conocía. Al cabo, el hombre se levantó, se dio la vuelta, hizo una cortés reverencia y atravesó la pared como si fuera niebla. La inspección de los antiguos retratos que adornaban la sala permitió confirmar que era Willem, llamado el Diablo, señor de Rozrog, asesinado con un estilete durante un banquete algunos cientos de años atrás.

El antiguo castillo ocultaba numerosos secretos y en el pasado se había cubierto de una fama bastante siniestra, así que no dejó de haber más percances de carácter sobrenatural. Hacia la medianoche un vampiro entró volando por una ventana abierta, pero el enano Yarpen Zigrin expulsó al chupasangre arrojándole un ajo. Durante todo el tiempo algo estuvo aullando, suspirando y agitando unas cadenas, pero nadie le prestó atención, todos pensaban que eran Jaskier y sus escasos amigos aún sobrios. Eran aquéllos sin embargo espectros, porque se confirmó que en las escaleras

había buenas cantidades de ectoplasma: algunas personas se resbalaron y se dieron dolorosos golpes.

Hubo un desgredado espectro de ojos ardientes que sobrepasó las fronteras de la decencia, pellizcando el trasero de la sirena Sh'eenaz desde un escondite. Por poco no se llegó a un tumulto de consideración, porque Sh'eenaz pensó que el culpable había sido Jaskier. El espectro, aprovechando el jaleo, deambuló por la sala pellizcando, pero Nenneke lo descubrió y lo expulsó con ayuda de unos exorcismos.

A algunas personas se les apareció la Dama Blanca, a la cual, si se ha de creer la leyenda, la emparedaron viva hacía muchos años en las mazmorras de Rozrog. Sin embargo, hubo algunos escépticos que afirmaron que no se trataba de la Dama Blanca sino de la médium de género femenino que deambulaba por los sótanos buscando algo de beber.

Luego comenzó una desbandada general. Primero desaparecieron el caballero Yves y la domadora de cocodrilos. Poco después desapareció toda huella de Ragnar y Eurneid, la sacerdotisa de Melitele. Luego desapareció Gardenia Biberveldt, pero resultó que se había ido a dormir. De pronto resultó que faltaban Jarre el Manco y Iola, la otra sacerdotisa de Melitele. Ciri, aunque había dicho que Jarre le era indiferente, mostró cierto desasosiego, mas se aclaró que Jarre había salido a hacer sus necesidades y se había caído en un foso llano, donde se había quedado dormido mientras que a Iola se la encontraron debajo de las escaleras. Con el elfo Chireadan.

También se vio cómo Triss Merigold y el brujo Eskel de Kaer Morhen entraban en el cenador del parque, aunque por la mañana alguien dijo que del cenador aquél había salido el doppler Tellico. La gente se rompió la cabeza dándole vueltas a qué forma era la que había tomado el doppler, Triss o Eskel. Hasta hubo quien arriesgó la teoría de que podía haber en el castillo hasta dos dopplers. Se quiso preguntar su opinión al dragón Villentretenmerth en su calidad de especialista en metamorfosis, mas resultó que el dragón había desaparecido, y junto con él Merle, la puta.

También desapareció otra puta y uno de los profetas. El profeta que no había desaparecido afirmó que él era el verdadero, pero no supo probarlo.

Desapareció también el gnomo que se hacía pasar por Schuttenbach y todavía no lo han encontrado.

—Laméntalo —concluyó el bardo, con un amplio bostezo—. Lamenta que no estuvieras, Geralt. Fue una fiesta de la leche.

—Lo lamento —murmuró el brujo—. Pero sabes... No podía, porque Yennefer... Lo entiendes...

—Claro que lo entiendo —dijo Jaskier—. Por eso no me caso.

VIII

De la cocina del castillo surgían un tintineo de los calderos, unos cantecillos y unas risitas alegres. La manutención de toda la pandilla de invitados suponía un problema y no pequeño, porque el rey Herwig prácticamente no tenía criados. La presencia de los hechiceros tampoco resolvió el problema, porque por consenso general se había decidido comer de forma natural y renunciar a hechizos gastronómicos. Así que la cosa terminó en que Nenneke asignó el trabajo a todo el que pudo. Al principio no fue fácil. Aquéllos a los que la sacerdotisa fue capaz de cazar no tenían ni idea de cocina, y los que sí la tenían habían huido. Sin embargo, Nenneke encontró inesperado socorro en la persona de Gardenia Biberveldt y las medianas de su séquito. Excelentes y simpatiquísimas en su colaboración con las cocineras resultaron también, extrañamente, las cuatro pelanduscas del grupo de Jaskier.

En lo que respecta al aprovisionamiento, había menos problemas. Zywiecki y el príncipe Agloval organizaron cacerías y proveyeron de la caza mayor. A Braenn y a sus hijas les bastó con dos horas para llenar la despensa de aves de caza, porque hasta la menor de las dríadas, Lola, sabía usar del arco con una asombrosa maestría. El rey Herwig, que amaba la pesca, navegaba al rayar el alba por el lago y trajo lucios, luciopercas y enormes percas. Por lo general le acompañaba Loki, el hijo menor de Crach

an Craite. Loki tenía experiencia en pesca y barcas, y aparte de ello estaba disponible al alba, puesto que, del mismo modo que Herwig, no bebía.

Dainty Biberveldt y sus parientes, ayudados por el doppler Tellico, se ocuparon en decorar la sala y las habitaciones. A limpiar y lavar se obligó a los dos profetas, a la domadora de cocodrilos, al escultor de mármol y a la eternamente borracha médium de género femenino.

Al principio se puso al cuidado del bebercio a Jaskier y a sus amigos, pero esto resultó un error terrible. Así que se expulsó a los bardos y le dieron la llave a Freya, la amiga de Myszowor. Jaskier y los poetas se pasaban sentados días enteros junto a las puertas de la bodega e intentaban conmovier a Freya con baladas amorosas a las que, sin embargo, la isleña mostraba la misma resistencia que al alcohol.

Geralt alzó la cabeza, arrancado de su duermevela por el sonido de unos cascos sobre las piedras del patio. Una Kelpa brillante de agua con Ciri sobre sus lomos apareció de entre unos arbustos pegados a la pared. Ciri llevaba su traje negro y a la espalda colgaba su espada, la famosa Gveir, conseguida en las catacumbas del desierto de Korath.

Durante un instante se miraron el uno al otro en silencio, al cabo de lo cual la muchacha espoleó a la yegua y se acercó. Kelpa bajó la testa, intentó alcanzar al brujo con sus dientes, pero Ciri la detuvo con un seco tirón de las riendas.

—Así que hoy —habló la brújula, sin desmontar—. Hoy, Geralt.

—Hoy —confirmó él al tiempo que se apoyaba en la pared.

—Me alegro —dijo ella insegura—. Pienso... No, estoy segura de que vais a ser felices y me alegro de que...

—Desmonta, Ciri. Vamos a hablar.

La muchacha agitó la cabeza, echándose los cabellos para atrás, detrás de la oreja. Geralt vio durante un momento la larga y fea cicatriz en su mejilla, recuerdo de aquellos días terribles. Ciri había dejado que sus cabellos le crecieran hasta los hombros y los peinaba de tal modo que escondían la herida, pero se olvidaba a menudo de ello.

—Me voy, Geralt —dijo—. En cuanto termine la ceremonia.

—Desmonta, Ciri.

La brújula saltó de la silla, se sentó al lado. Geralt la abrazó. Ciri apoyó la cabeza contra su hombro.

—Me voy —repitió ella. Él guardó silencio. Las palabras le venían a los labios, pero no había entre aquellas palabras ninguna que pudiera considerar adecuada. Necesaria. Siguió callado.

—Sé lo que piensas —dijo ella despacio—. Piensas que estoy huyendo. Tienes razón.

Él guardaba silencio. Lo sabía.

—Por fin, después de tantos años, os tenéis el uno al otro. Yen y tú. Os merecéis la felicidad, el reposo. Una casa. Pero a mí todo esto me da miedo. Por eso... huyo.

Él guardó silencio. Pensó en sus propias huidas.

—Me voy en cuanto acabe la fiesta —repitió Ciri—. Quiero ver de nuevo las estrellas sobre el camino, quiero silbar por la noche las baladas de Jaskier. Y deseo la lucha, el baile con la espada, deseo el riesgo, deseo el placer que produce la victoria. Y deseo la soledad. ¿Me comprendes?

—Por supuesto que te entiendo, Ciri. Eres mi hija, eres una bruja. Haces lo que tienes que hacer. Pero algo tengo que decirte. Una sola cosa. No escaparás aunque te vayas.

—Lo sé. —Se apretó más fuerte contra él—. Todo el tiempo albergo todavía la esperanza de que algún día... Si espero, si tengo paciencia, también para mí amanecerá un día tan hermoso... Un día tan hermoso... Aunque...

—¿Qué, Ciri?

—Nunca fui guapa. Y con esta cicatriz...

—Ciri —le interrumpió—. Eres la muchacha más hermosa del mundo. Después de Yen, ha de entenderse.

—Oh, Geralt...

—Si no me crees, pregunta a Jaskier.

—Oh, Geralt.

—¿Adonde...?

—Al sur —le interrumpió de inmediato, volviendo el rostro—. El país todavía está humeante después de la guerra, hace falta reconstruir, la gente lucha por resistir. Necesitan cuidado y defensa. Serviré para algo. Y aún

queda el desierto de Korath... Y Nilfgaard. Tengo allí mis cuentas. Tenemos allí nuestras cuentas que saldar, Gveir y yo...

Se quedó callada, su rostro se petrificó, sus ojos verdes se entrecerraron, los labios se fruncieron en una fea mueca. Lo recuerdo, pensó Geralt, lo recuerdo. Sí, allí, en las escaleras resbaladizas por la sangre del castillo de Rhys-Run, donde lucharon hombro con hombro, él y ella, el Lobo y la Gata, dos máquinas de dar muerte, inhumanas en su rapidez y crueldad porque los habían arrastrado hasta el final, enloquecidos, apoyados contra la pared. Sí, entonces los nilfgaardianos retrocedieron, llenos de miedo, ante el brillo y el silbido de sus hojas, y ellos fueron bajando despacio, hacia abajo por las escaleras del castillo de Rhys-Run, húmedas de sangre. Bajaron apoyados el uno en el otro, unidos, y delante de ellos caminaba la muerte, la muerte en forma de dos blancas hojas de espada. El frío y tranquilo Lobo y la loca Gata. El brillo de las hojas, el grito, la sangre, la muerte... Sí, entonces... Entonces...

Ciri volvió a echarse los cabellos hacia atrás y entre sus mechones cenicientos brilló la nivea blancura de la ancha banda de su sien.

Entonces se le volvieron blancos los cabellos a la muchacha.

—Tengo allí mis cuentas que saldar —siseó Ciri—. Por Mistle. Por mi Mistle. La vengué, pero no basta con una sola muerte para pagar por Mistle.

Bonhart, pensó él. Ella lo mató, llena de odio. Oh, Ciri, Ciri. Estás al borde del abismo, hijita mía. Por tu Mistle no bastan mil muertes. Guárdate del odio, Ciri, el odio te devora como un cáncer.

—Cuida de ti —susurró él.

—Prefiero cuidar de otros —sonrió maligna—. Es mejor a la larga.

Ya no la veré nunca más, pensó Geralt. Si se va, ya no la veré nunca más.

—Me verás —dijo y sonrió, y fue aquella una sonrisa de hechicera, no de bruja—. Me verás, Geralt.

Se alzó de pronto, alta y delgada como un muchacho, ágil como una bailarina. Se subió de un salto a la silla.

—¡Yaaa, Kelpa!

De bajo los cascos de la yegua saltaron chispas que lanzaban las herraduras.

Jaskier salió de detrás de la pared, con el laúd al hombro, sujetando en las manos dos enormes jarras de cerveza.

—Aquí tienes, bebe —dijo, sentándose al lado—. Te hará bien.

—¿De verdad? Yennefer me prometió que si llega a notar que...

—Pues masticas un poco de perejil. Bebe, calzonazos.

Durante un largo rato estuvieron sentados en silencio, tomando lentos tragos de las jarras. Por fin, Jaskier suspiró.

—Ciri se va, ¿no es cierto?

—Sí.

—Lo sabía. Escucha, Geralt...

—No digas nada, Jaskier.

—Vale.

Callaron de nuevo. Un agradable aroma a carne asada sazonada con mucho enebro les llegaba desde la cocina.

—Algo termina —dijo Geralt con esfuerzo—. Algo termina, Jaskier.

—No —negó el poeta con seriedad—. Algo comienza.

IX

La tarde fluyó bajo el signo de un llanto general. Comenzó a causa del elixir de belleza. El elixir, y más concretamente la crema, llamada feenglanc, y en la Antigua Lengua glamarye, usada con propiedad era capaz de acrecentar la belleza de forma asombrosa. Las señoras hospedadas en el castillo apremiaron a Triss Merigold y ésta preparó una gran cantidad de glamarye, después de lo cual las señoras se aprestaron al uso de los cosméticos. De las puertas cerradas de una habitación salían los sollozos de Cirilla, Mona, Eithne y Lola, a las que se había prohibido usar el glamarye; el honor de usarlo recaería solamente en la dríada mayor, Morenn. La que más gritaba era Lola.

Un piso más abajo gritaba Lily, la hija de Dainty Biberveldt, porque resultaba que el glamarye, como la mayor parte de los hechizos, no hacía efecto sobre los medianos. En el jardín, entre las endrinas, lloriqueaba la médium de género femenino, que no había sabido que el glamarye produce una sobriedad repentina y los fenómenos que la acompañan; entre otros, una profunda melancolía. En el ala occidental del castillo gritaba Anica, la hija del alcalde Caldemeyn, que no había sabido que el glamarye hay que ponérselo bajo los ojos, comió su parte y le entró cagalera. Ciri aceptó su porción de glamarye y frotó con ella a Kelpa.

Lloraron también las sacerdotisas Iola y Eurneid, puesto que Yennefer decididamente rechazó ponerse el vestido de boda blanco que habían cosido. No ayudó la intervención de Nenneke. Yennefer maldijo, lanzó aparatos y hechizos, repitiendo que de blanco tenía el aspecto de una puta virgen. Nenneke, nerviosa, comenzó también a gritar, acusando a la hechicera de comportarse peor que tres putas vírgenes a la vez. En respuesta, Yennefer hizo aparecer un rayo globular y destrozó el tejado de la torre de la esquina, lo que al fin y al cabo tuvo su lado bueno: el estruendo fue tan terrible que a la hija de Caldemeyn le dio un shock y se le pasó la cagalera.

De nuevo se vio a Triss Merigold y al brujo Eskel de Kaer Morhen, tiernamente abrazados, perderse a hurtadillas en el cenador del parque. Esta vez no hubo dudas de que eran ellos en persona, puesto que el doppler Tellico bebía cerveza en compañía de Jaskier, Dainty Biberveldt y el dragón Villentretenmerth.

Pese a los denodados esfuerzos realizados, no se encontró al gnomo que decía llamarse Schuttenbach.

—Yen...

Tenía un aspecto encantador. Los rizos negros, ondulantes, sujetos con una pequeña diadema de oro, caían como una brillante cascada sobre los hombros y el alto cuello de un largo vestido de blanco brocado con mangas abombadas negras y encajes mantenidos en su sitio por una incontable cantidad de tiras de lilas y colgaduras.

—Las flores, no olvidéis las flores —dijo Triss Merigold, vestida toda de profundo azul celeste al tiempo que le daba a la novia un ramo de rosas blancas—. Oh, Yen, me alegro tanto...

—Triss, querida —sollozó inesperadamente Yennefer, después de lo cual ambas hechiceras se abrazaron con cuidado y besaron el aire junto a las orejas y los pendientes de brillantes.

—Basta de tanta terneza —dijo Nenneke, mientras se alisaba la falda de su traje de sacerdotisa blanco como la nieve—. Vamos a la capilla. Iola, Eurneid, sujetadle el traje porque se va a rozar con las escaleras.

Yennefer se acercó a Geralt, con una mano dentro de un guante de encaje le arregló el cuello de un jubón negro galonado de plata. El brujo le tendió la mano.

—Geralt —le susurró junto a la oreja—, todavía no puedo creérmelo...

—Yen —le contestó él—, te quiero.

—Lo sé.

XI

—¿Dónde, maldita sea, está Herwig?

—No tengo ni idea —dijo Jaskier, limpiándose la hebilla con la manga de su jubón a la moda de color brezo—. ¿Y dónde está Ciri?

—No lo sé. —Yennefer frunció el ceño y arrugó la nariz—. Anda que no apestas a perejil, Jaskier. ¿Te has hecho vegetariano?

Los invitados se iban reuniendo, llenaban poco a poco la enorme capilla. Agloval, vestido de negro ceremonial, llevaba del brazo a Sh'eenaz, que iba de blanco seledina. Junto a ella daban grandes pasos una bandada de medianos vestidos de bronce, beis y ocres, Yarpén Zigrin y el dragón Villentretenmerth, ambos de centelleante color dorado, Zywiecki y Dorregaray en tonos violetas, los legados reales de colores heráldicos, los elfos y las dríadas de verde y los amigos de Jaskier de todos los colores del arco iris.

—¿Ha visto alguien a Loki? —preguntó Myszowor.

—¿Loki? —Eskel, acercándose, les miró desde detrás de las plumas de pavo que decoraban su boina—. Loki se fue con Herwig a pescar. Los vi en la barca, en el lago. Ciri fue allí a decirles que estaba empezando.

—¿Hace mucho?

—Hace mucho.

—El diablo se los lleve, malditos pescadores —blasfemó Crach an Craite—. Cuando se ponen con los peces, se olvidan del mundo entero. Ragnar, corre a por ellos.

—Espera —dijo Braenn, sacudiendo un diente de león que se había posado sobre su enorme escote—. Aquí hace falta alguien que corra deprisa. ¡Mona, Lola! ¡Raenn'ess aen laeke, va!

—Ya os dije —bufó Nenneke— que no se podía contar con Herwig. Un idiota irresponsable, como todos los ateos. ¿A quién se le ocurrió concederle precisamente a él el papel de maestro de ceremonias?

—Es un rey —dijo Geralt inseguro—. Abdicado, pero rey...

—¡Vivan los novios! —gritó inesperadamente uno de los profetas, pero la domadora de cocodrilos le hizo callar de un pescozón. En el grupo de los medianos hubo un pequeño tumulto, alguien maldijo y a otro le dieron un codazo. Gardenia Biberveldt aulló porque el doppler Tellico le había pisado la falda. La médium de género femenino comenzó a sollozar sin motivo alguno.

—Un poco más —siseó Yennefer desde detrás de sus labios, que portaban una amable sonrisa, mientras agitaba el ramo—. Un poco más y me da algo. Que empiece por fin esto. Y que se termine por fin.

—¡No te remuevas, Yen —gruñó Triss—, porque se te rompe la cola!

—¿Dónde está el gnomo Schuttenbach? —gritó uno de los poetas.

—¡Ni pajolera idea! —le contestaron a coro las tres putas.

—¡Pues que lo busque alguien, joder! —gritó Jaskier—. ¡Prometió que iba a cortar flores! ¿Y ahora qué? ¡Ni Schuttenbach, ni flores! ¿Y qué pinta tenemos nosotros?

A la salida de la capilla hubo un revuelo y entraron corriendo las dos dríadas que habían mandado al lago, lanzando grititos agudos, y detrás de ellas apareció Loki, chorreando agua y fango, sangrando por una herida en la frente.

—¡Loki! —gritó Crach an Craite—. ¿Qué ha pasado?

—¡Maaamaaa! —lloró Lola.

—¿Que'ss aen? —Braenn alcanzó a sus hijas, completamente nerviosa, pasó de la misma excitación a hablar el dialecto de las dríadas de Brokilón—. ¿Que'ss aen? ¿Que suecc'ss feal, caer me?

—Nos ha destrozado la barca... —jadeó Loki—. Junto a la misma orilla... ¡Un monstruo horrible! ¡Le di con el remo pero se lo comió, se comió el remo!

—¿Quién? ¿Qué?

—¡Geralt! —gritó Braenn—. Geralt, ¡Mona dice que es una cirenea!

—¡Un girador! —bramó el brujo—. ¡Eskel, corre a por mi espada!

—¡Mi varita! —gritó Dorregaray—. ¡Radcliffe! ¿Dónde está mi varita?

—¡Ciri! —exclamó Loki al tiempo que se limpiaba la sangre de la frente—. ¡Ciri está peleando con él! ¡Con ese monstruo!

—¡Voto a bríos! ¡Ciri no tiene ni una posibilidad contra un girador! ¡Eskel! ¡El caballo!

—¡Esperad! —Yennifer se quitó la diadema y la estrelló contra el suelo—. ¡Os teleportaremos! ¡Será más rápido! ¡Dorregaray, Triss, Radcliffe! Dadme la mano...

Todos se quedaron callados y luego gritaron. En la puerta de la capilla estaba de pie el rey Herwig, mojado pero entero. Junto a él había un muchacho jovencito con la cabeza pelada, con una armadura brillante de extraño modelo. Y detrás de ellos entró Ciri, chorreando agua, manchada de barro, desgñada, con Gveir en la mano. En la parte delantera de su mejilla, desde la sien hasta la barbilla, le corría un corte hondo y horrible

que sangraba con fuerza a través de un pedazo de manga que se había apoyado en ella.

—¡Ciri!

—Lo he matado —dijo de forma casi ininteligible la brújula—. Le he destrozado la cabeza.

Desfalleció. Geralt, Eskel y Jaskier la sujetaron, la alzaron. Ciri no soltó la espada.

—Otra vez... —balbuceó el poeta—. Otra vez le han dado en la cara... Qué puta mala suerte tiene esta muchacha...

Yennefer gimió con fuerza, se acercó a Ciri, desplazó a Jarre, quien con su única mano sólo entorpecía. Sin importarle que la sangre mezclada con fango y agua podía manchar y destruir su vestido, la hechicera apoyó un dedo en el rostro de la brújula y gritó un hechizo. A Geralt le dio la impresión de que todo el castillo temblaba y de que el sol se había apagado por un segundo.

Yennefer retiró la mano del rostro de Ciri y todos lanzaron una exclamación de asombro. La terrible herida se había reducido hasta convertirse en una fina línea roja marcada por algunas pequeñas gotas de sangre. Ciri quedó colgada en los brazos que la sujetaban.

—Bravo —dijo Dorregaray—. Mano de maestro.

—Mis reconocimientos, Yen —dijo Triss con la voz sorda mientras Nenneke lloraba.

Yennefer sonrió, puso los ojos en blanco y se desmayó. Geralt consiguió agarrarla antes de que cayera a tierra, blanda como una cinta de terciopelo.

XII

—Tranquilo, Geralt —dijo Nenneke—. Sin nervios. Ahora se le pasará. Se ha quedado sin fuerzas y eso es todo, y para colmo la emoción... Ella

quiere mucho a Ciri, ya sabes.

—Lo sé. —Geralt alzó la cabeza, miró al mozalbete de la armadura brillante que estaba de pie junto a la puerta de la habitación—. Escucha, hijo, vuelve a la capilla. Aquí no hay nada para ti. Y así, entre nosotros, ¿quién coño eres?

—Soy... Soy Galahad —murmuró el caballere—. ¿Puedo...? ¿Estaría mal que preguntara cómo está esa hermosa y valiente doncella?

—¿Cuál? —El brujo sonrió—. Hay dos, las dos hermosas, las dos valientes y las dos doncellas, aunque una lo es todavía por casualidad. ¿A cuál te refieres?

El mozalbete se ruborizó visiblemente.

—A la... más joven... —dijo—. A aquélla que se lanzó sin dudarle a salvar al Rey Pescador.

—¿A quién?

—Se refiere a Herwig —dijo Nenneke—. El girador atacó la barca en la que Herwig y Loki estaban pescando. Ciri se lanzó sobre el girador y este jovencito, que se encontraba por casualidad en los alrededores, se apresuró a ayudarla.

—Ayudaste a Ciri. —El brujo miró al caballere con mayor atención y acentuada simpatía—. ¿Cómo te llamas? Lo he olvidado.

—Galahad. ¿Es esto Avalon, el castillo del Rey Pescador?

La puerta se abrió, salió Yennefer por ella, algo pálida, apoyada en Triss Merigold.

—¡Yen!

—Vamos a la capilla —anunció la hechicera con voz débil—. Los invitados están esperando.

—Yen... Podemos retrasar...

—¡Voy a ser tu mujer aunque se me lleven todos los diablos! ¡Y lo voy a ser ahora!

—¿Y Ciri?

—¿Qué pasa con Ciri? —La brújula salió de detrás de Yennefer, embadurnándose de glamarye la mejilla sana—. Todo está bien, Geralt. Ni siquiera sentí este arañazo estúpido.

Galahad, con la armadura tintineando y chirriando, se arrodilló o, mejor dicho, se echó sobre una rodilla.

—Hermosa señora...

Los grandes ojos de Ciri se hicieron incluso mayores.

—Ciri, permíteme —dijo el brujo—. Éste es el caballero... humm... Galahad. Ya os conocéis. Te ayudó cuando luchabas con el girador.

Ciri se cubrió de rubor. El glamarye comenzaba a actuar, así que el rubor aquél era verdaderamente encantador y la herida casi no se veía.

—Señora —balbuceó Galahad—, concededme una merced. Permitid, oh hermosa, que a los pies vuestros...

—Me apuesto el cuello a que ahora va a querer ser tu caballero, Ciri —dijo Triss Merigold.

La brújula se puso las manos a la espalda y bufó ruidosamente, sin decir nada.

—Los invitados están esperando —interrumpió Yennefer—. Galahad, veo que no sólo eres valiente sino también atento. Has luchado hombro con hombro junto a mi hija, así que le prestarás tu brazo durante la ceremonia. Ciri, de prisa, ponte el vestido. Geralt, peínate y métete la camisa dentro de los pantalones, que se te ha salido. ¡Quiero veros a todos en la capilla dentro de diez minutos!

XIII

La boda fue todo un éxito. Las señoras y señoritas lloraron gremialmente. La ceremonia la dirigió Herwig, quien aunque abdicado, era un rey. Vesemir de Kaer Morhen y Nenneke interpretaron el papel de padres de los novios y Triss Merigold y Eskel hicieron de testigos. Galahad llevó del brazo a Ciri y Ciri se ruborizó como un clavel.

Los que portaban espada hicieron un arco con ellas. Los amigos de Jaskier rasgieron los laúdes y las zanfonas y cantaron una canción especialmente compuesta para aquella ocasión y en el estribillo les ayudaron la pelirroja hija de Zywiecki y la sirena Sh'eenaz, muy famosa por su bonita voz.

Jaskier pronunció un discurso, deseó felicidad a los recién casados, suerte y sobre todo una noche de bodas con éxito, por lo que recibió un puntapié de Yennefer en las espinillas.

Luego todos se agolparon en la sala del trono y rodearon las mesas, Geralt y Yennefer, con la mano aún enlazada con un trozo de terciopelo, se sentaron en la cabecera, desde donde repartieron sonrisas y brindis.

Los invitados, que en su mayor parte habían alborotado y jaraneado la noche anterior, banquetearon con aire estático y distinguido y durante un tiempo asombrosamente largo nadie se pilló una cogorza. La excepción inesperada fue Jarre el Manco, al que le colmó el vaso de lo que podía aguantar ver a Ciri ardiendo de rubor bajo la mirada mantecosa de Galahad. Tampoco nadie desapareció, si descontamos a Lola, a la que sin embargo se encontró al poco debajo de la mesa, durmiendo como un perrillo.

A los fantasmas del castillo de Rozrog la noche anterior también les debió de haber dejado su huella, porque no dieron señales de vida. La única excepción la constituyó un esqueleto que llevaba colgando restos de un sudario. El esqueleto surgió de improviso del suelo a espaldas de Agloval, Zywiecki y Myszowor. Sin embargo, el príncipe, el barón y el druida estaban sumidos en una discusión sobre política y no hicieron caso de la aparición. El esqueleto se enfadó por la falta de atención, continuó a lo largo de la mesa y se puso a chasquear los dientes junto a la oreja de Triss Merigold. La hechicera, que estaba tiernamente apretada contra el hombro de Eskel de Kaer Morhen, alzó graciosamente la blanca manita y estiró los dedos. Los perros se encargaron de los huesos.

—Que la gran Melitele os ayude, queridos míos. —Nenneke besó a Yennefer y chocó su jarra con la copa de Geralt—. Os ha costado un porrón de tiempo, pero al fin estáis juntos. Me alegro muchísimo, pero espero que Ciri no tome ejemplo de vosotros y que si encuentra a alguien no vacile durante tanto tiempo.

—Parece —Geralt señaló con un movimiento de cabeza a Galahad, que tenía la vista fija en la brújula— que ya ha encontrado a alguien.

—¿Te refieres a ese bicho raro? —se burló la sacerdotisa—. Oh, no. No habrá pan de estos trigos. ¿Lo has visto bien? ¿No? Pues entonces mira lo que hace. Ni que estuviera clavado con Ciri y sin descanso sólo mira y manosea todas las jarras y vasos que hay en la mesa. Tú mismo habrás de reconocer que no es un comportamiento especialmente normal. Le extraña tanto la muchacha que la mira como si fuera un cuadro. Jarre es otra cosa. Un muchacho razonable, sólido...

—Tu sólido y razonable Jarre justamente acaba de caer bajo la mesa —le interrumpió Yennefer con desapego—. Basta ya, Nenneke. Ciri se acerca.

La brújula de cabellos cenicientos se sentó en el lugar que Herwig había dejado libre y se apretó con fuerza a la hechicera.

—Me voy —dijo en voz baja.

—Lo sé, hija.

—Galahad... Galahad... se va conmigo. No sé por qué. Pero tampoco se lo puedo prohibir, ¿no es verdad?

—Verdad. ¡Geralt! —Yennefer alzó los ojos que ardían de cálido violeta hacia su marido—. Date una vuelta por la mesa, habla con los invitados. Te permito que bebas. Una jarra. Pequeña. A mí me gustaría hablar aquí con mi hija de mujer a mujer.

El brujo dio un suspiro.

Se iba haciendo cada vez más alegre en la mesa. La compañía de Jaskier cantaba canciones y para colmo del tipo que hacían que a Anica, la hija del alcalde Caldemeyn, se le pusieran rojas las mejillas. El dragón Villentretenmerth, bastante achispado, abrazaba al todavía más achispado doppler Tellico y lo convencía de que transformarse en el príncipe Agloval con objeto de sustituirlo en la cama de la sirena Sh'eenaz sería una falta de tacto.

Las taheñas hijas de Zywiecki daban todo de sí para gustarles a los legados reales, y los legados reales intentaban de los modos más diversos imponer a las dríadas, lo que al final provocó un verdadero pandemónium. Yarpén Zigrin, sorbiendo por su roma nariz, le explicaba a Chireadan que cuando era niño soñaba con ser elfo. Myszowor gritaba que el gobierno no

iba a seguir y Agloval que al contrario. Nadie sabía de qué gobierno se trataba. Herwig le contaba a Gardenia Biberveldt acerca de una carpa enorme que había sacado con una caña que tenía un sedal hecho con un solo pelo de caballo. La mediana asentía soñolienta, de vez en cuando gritaba a su marido que dejara de trasegar.

Por las galerías corrían los profetas y la domadora de cocodrilos, intentando en vano encontrar al gnomo Schuttenbach. Freya, visiblemente harta de los debiluchos hombres, bebía sin pausa con la médium de género femenino, tarea que la cual ambas abordaban una absoluta seriedad y un digno silencio.

Geralt dio la vuelta a la mesa, tropezando, poniendo la espalda para golpes gratulatorios y la mejilla para los besos gratulatorios. Por fin se acercó al lugar donde junto al abandonado por Ciri Galahad se había sentado Jaskier. Galahad, mirando la copa del poeta, hablaba, y el poeta entrecerraba los ojos y fingía interés. Geralt se puso de pie detrás de ellos.

—Así que me subí a aquella barca —decía Galahad— y navegué hacia la niebla, aunque he de reconoceros, don Jaskier, que el corazón se me había congelado de miedo... Y os reconozco que entonces dudaba. Pensé: he aquí mi final, moriré ciertamente en esta impenetrable niebla... Y entonces salió el sol, las aguas brillaron como... como oro... Y he aquí que ante mis ojos veo... Avalon. Porque esto es Avalón, ¿no es cierto?

—No —le corrigió Jaskier, al tiempo que llenaba la jarra—. Esto es Schwemmland, lo que se puede traducir como El Pantano. Bebe, Galahad.

—Y este castillo... ¿Acaso sea el castillo de Montsalvat?

—En absoluto. Esto es Rozrog. Jamás he oído hablar, hijo, del castillo de Montsalvat. Y si yo no he oído hablar de él eso quiere decir que no existe. ¡A la salud de los novios, hijo!

—Salud, don Jaskier. Mas el rey... ¿No es él el Rey Pescador?

—¿Herwig? Ciertamente, le gusta pescar. Antes le gustaba cazar, pero desde que le dejaron cojo en la batalla de Orth no puede montar a caballo. Pero no le llames Rey Pescador, Galahad, lo primero porque es una tontería y lo segundo porque puede poner triste a Herwig.

Galahad guardó silencio durante un buen rato, jugueteando con una copa medio vacía. Por fin dio un hondo suspiro, miró a su alrededor.

—Tenéis razón —susurró—. No es más que una leyenda. Un cuento. Una fantasía. Hablando en plata: una mentira. En vez de Avalón, un simple Pantano. Y en ningún lugar la esperanza...

—Eh —el poeta le dio un codazo—, no te amorriñes, hijo. ¿Por qué esa jodida melancolía? Estás en un bodorrio, diviértete, bebe, canta. Eres joven, tienes toda la vida por delante.

—La vida —repitió el caballero pensativo—. ¿Cómo es eso, don Jaskier? ¿Algo comienza, algo termina?

Jaskier le lanzó una mirada rápida y atenta.

—No lo sé —dijo—. Pero si yo no lo sé, entonces nadie lo sabe. En conclusión: nada se termina y nada comienza.

—No entiendo.

—No necesitas entender.

Galahad reflexionó de nuevo, la frente se le arrugó.

—¿Y el Grial? —preguntó por fin—. ¿Qué pasa con el Grial?

—¿Qué es el Grial?

—Algo que se busca. —Galahad posó sobre el poeta sus ojos soñadores—. Algo que es lo más importante. Algo sin lo que la vida pierde sentido. Algo sin lo que se es incompleto, inconcluso, imperfecto...

El poeta abrió los labios y miró al caballero con su famosa mirada, una mirada en la que la arrogancia se mezclaba con una alegre simpatía.

—Toda la tarde —dijo— has estado sentado junto a tu Grial, cordero.

XIV

Hacia la medianoche, cuando los invitados comenzaron a bastarse por sí solos, y Geralt y Yennefer, libres del ceremonial, pudieron mirarse tranquilamente a los ojos, las puertas se abrieron con un estampido y entró en la sala el bandolero Vissing, conocido comúnmente por el pseudónimo

de Paf-Paf. Paf-Paf medía unos dos metros, tenía una barba hasta la cintura y la nariz de la forma y el color de un boniato. El bandolero llevaba a un hombro su famosa maza Pajita y al otro un enorme saco.

Geralt y Yennefer conocían a Paf-Paf desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, ninguno de ellos había pensado en invitarlo. Se trataba evidentemente de obra de Jaskier.

—Bienvenido, Vissing —dijo la hechicera con una sonrisa—. Muchas gracias por acordarte de nosotros. Toma asiento.

El bandolero hizo una distinguida reverencia, apoyándose en Pajita.

—Muchos años de felicidad y un montón de críos —anunció con fuerte voz—. Eso es lo que sus deseo, amigos. ¡Cien años de felicidad, qué coño digo, doscientos, joder, doscientos! Ah, cuán contento estoy, Geralt y vos, doña Yennefer. Me daba a mí siempre que sus íbais a acabar casando, y eso aun cuando andabais to el día de gresca y sus ladrabais lo mismito, lo mismito que, mejorando lo presente, los perros. La puta, pero qué digo yo...

—Bienvenido, bienvenido, Vissing —dijo el brujo mientras servía vino en la jarra más grande que había por los alrededores—. Bebe a nuestra salud. ¿De dónde vienes? Corría el rumor que estabas en la trena.

—Y he salido. —Paf-Paf bebió con gusto, dio un hondo suspiro—. He salido por, joder, cómo coño lo llaman, ah, sí, caución. Y aquí, amigos, hay un regalillo para vusotros. Tomar.

—¿Qué es? —murmuró Geralt, mirando el gran saco en el que algo se movía.

—Lo agarré por el camino —dijo Paf-Paf—. Lo pesqué en el güerto ése, ande está la moza ésa en pelotas, toa de piedra labrá. Sabéis, ésa que está toa cagá de palomas...

—¿Qué hay en ese saco?

—Un diablo, por así decirlo. Lo agarré pa vosotros, como regalo. ¿Tenéis aquí una casa de fieras, no? Pues lo disecáis y lo llenáis de paja, y así se asombrarán vuestros güéspedes. Vaya un ganao listo, el tal diablo, ya sus digo. Va y dice que se llama Schuttenbach.

Battle Dust

La idea de escribir «Battle Dust» surgió en una charla durante una convención. Una verdadera convención fantástica es un Parnaso y un santuario del arte, asilo de artistas y templo de la inspiración y el trabajo creativo.

La convención de la que estoy hablando era la Polcon de Lublin del año 1994. Aparte de otros numerosos sucesos y acontecimientos que mejor que queden ocultos por las tinieblas y sub rosa, tuvo lugar una conversación de gran importancia. Mi contertulio era Krzysztof Papierkowski, el presidente del Club de Fantasía de Gdansk (GKF). Llamo la atención del lector sobre el hecho de que ya por segunda vez el GKF me inspiró para crear algo, el sentido de aquella charla era precisamente el inspirarme algo. Teniendo en cuenta, por supuesto, el interés de su club y de la convención de su club (la Nordcon), a Krzysztof Papierkowski se le ocurrió una idea genial en su sencillez y falta de pretensiones. La propuesta que me fue hecha era ésta: «Escribe algo que parezca como un fragmento de novela de *space opera*, como si fuera una parte arrancada del contexto. Nosotros», léase el GKF, «publicamos este fragmento en el fanzine de la convención Nordcon'94 con la siguiente nota: “Sapkowski ha roto con la *fantasy* y con Geralt y escribe ahora un extenso *space opera* de varios tomos en el mejor estilo de E. E. “Doc” Smith y Jack Williamson... ¡Un fragmento de esta novela en exclusiva!”».

Al principio no mostré mucho entusiasmo, puesto que si había algo de lo que estaba completamente seguro de que nunca y a ningún precio iba a escribir, se trataba precisamente del *space opera*. Sin embargo, cambié de opinión cuando llegué a la conclusión de que era algo completamente distinto un *space opera* y un fragmento de *space opera*. Del mismo modo que en una ópera normal una cosa es un aria o un dueto y otra la ópera en sí. El fragmento no me obligaba a construir una compleja narración operística, a imaginar una guerra que abarcara planetas y estrellas. Porque, de acuerdo con la enciclopedia de la ciencia-ficción de Nichols, un *space opera* es, cito: «Action-adventure stories of interplanetary or interstellar conflict». Un segmento, que no está lastrado por el inventario de bienes habidos, me permitía concentrar mis esfuerzos en una pequeña parte del frente y en lo que era esencial. En aquello que prejuzga la calidad del texto: es decir, sangrientos héroes y acción desenfadada.

Así que escribí un fragmento de *space opera*. Para no reventar la broma, durante algún tiempo no revelé que aquello era un fragmento y que jamás iba a haber una ópera. Sólo después comencé a desmentirlo. Pero la broma tuvo su efecto. Y menudo efecto, como atestigua por ejemplo el hecho de que algún amante del género, lleno de entusiasmo, dio su voto a «Battle Dust» para el premio J. A. Zajdel en la categoría de novela. Y hasta hoy día me siguen preguntando en los encuentros de autor cuándo por

fin se va a publicar el *space opera* que estoy escribiendo, porque todos están esperando impacientes por conocer las nuevas aventuras del valiente comandante Thierry Lemoine. Este comandante, por cierto, es precisamente Krzysztof Papierkowski, otorguemos al inspirador lo que se merece. Dentro de un rato —en el siguiente prólogo— hablaré de «La variante del unicornio», el relato de Roger Zelazny, y explicaré por qué su protagonista lleva el nombre de Martin.

Ah, y algo más. El título en inglés de mi falso *space opera* se debía no a que tuviera en mente el polvo de las batallas, el humo de los incendios y las gotas de la sangre hermana, sino que se refería a un narcótico que lleva dicho nombre y que usan los mercenarios para despejarse, acrecentar la atención y la resistencia al dolor, y que despierta en los soldados una verdadera locura guerrera. En el citado fanzine de la convención, el GKF tradujo el título al polaco, pensando con toda seguridad que simplemente me había dejado llevar por mi entusiasmo de políglota cosmopolita.

I

El vidrio de las ventanas ya había estallado antes. Ahora, cuando el *Nashville* lanzó sus torpedos, salieron volando los marcos y los bastidores. Por supuesto, el *Nashville* no nos disparaba a nosotros, aquel edificio de oficinas no lo hubiera resistido con toda seguridad. Los torpedos estallaron contra el complejo de gimnasios que todavía estaba defendido por lo que quedaba del grupo de asalto de Novak. Aunque parecía increíble, el grupo de Novak seguía respondiendo al fuego: los brillantes hilos de los láseres pesados bailaban llameando sobre el casco del acorazado insignia de la Compañía Ifigenia-Thetis. Por desgracia, la coraza de tungsteno del acorazado no sufría mucho con ello.

Yamashiro dijo todo lo que tenía que decir y entonces resultó que de todo el cuerpo de oficiales de nuestra maravillosa banda de mercenarios la más impulsiva y la que menos supo controlarse fue Valerie van Houten. Todos conocíamos a Valerie van Houten. Por eso no nos asombró para nada lo que hizo.

Valerie tiró la silla de un puntapié, haciendo caer de ella un montón de clips para carabinas Craftsman MkIII, después de lo cual lanzó un enorme escupitajo a la pantalla del monitor, que estaba cubierta de líneas producidas por las interferencias.

—¡Maldito hijo de puta! —escupió con voz desagradable—. ¡Ca...!

Continuó durante medio minuto y no se repitió ni una vez. A todos nos daba la sensación de que lo que hacía temblar las paredes del edificio no eran los estallidos de los proyectiles, cohetes y torpedos fotónicos, sino sus gritos.

Yamashiro, en la pantalla, frunció el ceño casi como si pudiera ver la saliva de Valerie resbalando por el cristal.

—Qué aburrido —dijo—. Qué trivial...

—Y qué gran verdad —no pude contenerme—. Eres un hijo de la gran puta, Yamashiro-san. Y no sólo eso. Con lo que nos acabas de comunicar has demostrado lo que eres. Y sabes de sobra que eres un hijo de puta. Ahora que somos dueños de todo el complejo, ahora que prácticamente controlamos toda la ciudad, tú, en vez de mandar aquí las patrulleras del Consorcio, quieres que simplemente capitulemos porque tu empresa mientras tanto ha llegado a un acuerdo con Ifigenia-Thetis y resulta que esta guerra de mierda no le hacía falta a nadie. ¿Ahora nos lo dices? ¿Ahora que el *Nashville* nos está masacrando a base de torpedos?

—Te recuerdo —dijo Yamashiro desde detrás de las líneas de interferencia— que estamos hablando de hechos. De hechos sobre los que ninguno de nosotros tiene influencia. Ni vosotros, ni todavía menos yo mismo. Yo simplemente os informo de estos hechos, así que el cubrirme de invectivas no parece ni que sirva de mucho, ni que tenga algún sentido. Tampoco se altera la situación por ello. Se trata, señores míos (y señoras), de forcé majeure, fuerza mayor. Os comunico el ultimátum de Ifigenia-Thetis. Si no os entregáis de inmediato, el *Nashville* y el *Electra* seguirán disparando contra el complejo. Y luego desembarcarán. Quienes ofrezcan resistencia serán fusilados en el acto...

—Yamashiro —le interrumpí, intentando mantener la calma—. Tú firmaste nuestro contrato en nombre del Consorcio. Con esa misma Parker de oro que sobresale ahora de tu bolsillo. Y en ese puto contrato hay una cláusula que nos garantiza protección y asistencia en caso de que una acción fracase. ¿Sabes por qué esa cláusula estaba en el contrato? Ifigenia-Thetis no reconoce a los mercenarios ningún derecho convencional. Si nos entregamos, acabarán con nosotros. ¡Cumple el contrato, Yamashiro!

—Lo siento, comandante Lemoine, pero ya no hay contrato. Lo firmé con plenos poderes otorgados por el consejo de dirección del Consorcio Schraeder amp; Haikatsu. Y ahora, amparado en los mismos poderes, declaro el contrato no válido. Null and void. Por supuesto, según la cláusula tres del anexo al contrato, podéis proceder ante los tribunales con objeto de conseguir una indemnización...

Culture Vulture echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó con unas risas casi de burro. La risa era tan contagiosa que todos, de uno en uno, comenzamos a reír y a gritar hasta que se nos cayeron las lágrimas. Primero Papa Cuxart. Luego Muireann Tully, con una risa aguda y chillona, de muchacha. Luego Jaime Santacana, quien arrugaba el rostro, porque los espasmos de alegría le provocaban un dolor en la quemadura de láser que tenía en el hombro. Luego me uní yo y por último Valerie.

A Yamashiro no le divirtió aquello. Frunció el ceño, abrió los labios como para decir algo. No lo consiguió. Muireann Tully sacó de su pistolera su anticuado Walther y le metió a la pantalla tres proyectiles, debido a lo cual del monitor portátil sólo quedaron unas salpicaduras humeantes en las paredes y el techo.

—End of transmission —dijo con serenidad—. No confirmation required. ¿Qué hacemos, Thierry?

—¡Nos tiramos al suelo!

Nos tiramos, y justo a tiempo. El *Nashville* y el *Electra*, que se le había unido, regaron el complejo con una tormenta de fuego. Escupí yeso y mechones de poliuretano del recubrimiento del suelo, encendí el transmisor.

—¡Novak! —grité, intentando sobrepasar el estruendo y el estrépito—. ¡Informa de tu situación, cambio!

El transmisor crujió. Novak hablaba deprisa, ininteligiblemente y también intentando superar el ruido de las explosiones y los disparos. No pude reconocer más que una de cada tres palabras, pero comprendí el sentido. Después de eliminar de lo que había dicho Novak todas las blasfemias, sólo quedó la esencia: en el Bulevar no había salida, los espejos les machacaban sin pausa, se les acababa la munición, no se mantendría la posición, me cago en su puta madre, cambio.

Culture Vulture volvió la cabeza separándose del ordenador junto al que estaba arrodillado.

—Los tengo —dijo—. Tengo al *Nashville*. ¿Los llamo? ¿Vas a pactar?

—Llama —me decidí—. Voy a pactar. Qué se le va a hacer. El Consorcio nos ha dejado tirados, lo único que podemos hacer es salvar a los nuestros. Se acabó, muchachos. No tenemos ya por qué luchar, no hay contrato, no hay dinero. Menos mal que al menos el adelanto está seguro en

Credit Betelgeuse. Jaime, transmite las órdenes para los grupos. Cease fire, deponer las armas, emitir la señal de rendición por todos los canales. ¡Valerie, cierra el pico! En lugar de gruñir intenta pillar a la *Hermione* y luego vete al Private Mode de Novak, Cuypers y Raikinnen. Transmíteles... S. Y. A. Desde este momento que cada uno cuide de sí mismo.

—¿Y nosotros?

—Nosotros también. Haz lo que te he dicho.

—Al centro de control de la Compañía Ifigenia-Thetis —repetía Culture Vulture al micrófono—. Al centro de control de la Compañía Ifigenia-Thetis en el puente de mando del acorazado *Nashville*...

Santacana le escupió de pronto al transmisor una serie de pintorescos insultos españoles basados sobre todo en el proceso de ensuciamiento de la leche materna por medio de diversos fluidos expelidos por el organismo humano. Me imaginé que alguno de los grupos de asalto más combativos estaba protestando contra el «Cease fire». Y efectivamente, la cañonada no se detenía. Los láseres y los Oerlikon de cuatro cañones del Bulevar seguían ennegreciendo el rugoso casco de los acorazados que colgaban sobre el complejo.

—Un torpedo ha tocado a la *Hermione*. —Valerie se sacó el auricular del oído—. ¿Me oyes, Thierry? El *Electra* ha disparado contra la plataforma. ¡Raikinnen le respondió con una salva, pero la *Hermione* no puede despegar!

—¿Le has mandado a Einar el S. Y. A.?

—Ahora mismo lo hago. Raikinnen, ¿me oyes, cambio? ¡Lemoin te manda una S. Y. A., over! ¿Cómo que no entiendes? ¡Save your ass! ¡Salva tu culo! ¿Y cómo voy a saber yo de qué modo? ¡E. O. T. no confirmation! ¿Y ahora qué, Thierry?

—¡Contacta con la *Sterret*!

—Al centro de mando... —repetía Culture Vulture.

En la zona donde estaba el complejo energético se hizo el silencio. Sólo disparaban el *Nashville* y el *Electra*, acribillaban la tierra y los edificios con las radiaciones de los láseres y las burbujas de los torpedos fotónicos. Miré a Santacana. Santacana confirmó con un gesto de la cabeza, después de lo cual marcó en el transmisor el código del siguiente grupo. CultureVulture

seguía llamando al *Nashville*. Muireann Tully y Papa Cuxart, a quienes nunca hacía falta explicarles mucho, no perdieron el tiempo. Cargaron a toda prisa los clips y energizadores en nuestro arsenal de campaña. Seis Craftsman, un láser manual tipo SACO Mini Silverlode, dos granadas de termita Mitsuoki AGS y nuestro orgullo: un modernísimo flamer Stalwart de la marca Interdynamic.

—¿Piensas en escapar? —Valerie miró el arsenal por el rabillo del ojo—. ¿Adonde? La *Sterret* no contesta, seguro que la han jodido, como a la *Hermione*. No tenemos adónde escapar. Thierry tiene razón. Es el final, Siobhan.

—Valerie. —Muireann Tully alzó la cabeza, se apartó de la frente sus cabellos rojos ligeramente rizados. «Siobhan» era su pseudónimo de tiempos del IRA—. No sé tú, pero yo no tengo intenciones de entregarme.

—Ni yo —dijo Papa Cuxart sin alzar la cabeza—. Tengo dos condenas de muerte, en Marubeni Ito y en la Federación. Incluso si los espejos no me hacen trizas en el acto, me extraditarán...

—El *Nashville* está en línea —le interrumpió Culture Vulture—. Thierry, no vas a adivinar quién...

—Lo adivino —dije—. Dámelo en audio. Y cierra el vídeo. No quiero ver a ese hijoputa, ni que él me vea a mí.

—Puedes hablar.

—Comandante Lemoine al *Nashville*. —Carraspeé, sin estar especialmente contento del sonido de mi voz—. Comandante Lemoine...

—No perdamos tiempo en charlas inútiles —se extendió por el lugar la voz asquerosa, fría y chasqueante de la Rana—. Rendición incondicional, Lemoine. Surrender U. C. Nada de tratos ni negociaciones. Inmediata suspensión del fuego, bloqueo de las comunicaciones y del comando por ordenador, desactivación de los láseres de dirección, deposición de las armas y asegurado de los materiales. Confirm.

—Los únicos que en este momento están disparando son tus acorazados, Ruskin.

—Me gustaría creerlo. Está bien, Lemoine. Doy la orden de suspender el fuego. Envío tropas de desembarco al complejo. Sin embargo, advierto de que todo intento de establecer resistencia o de destruir propiedad de la

compañía será castigado. En el acto y con severidad. Dame tus coordenadas, comandante. Enviaré un destacamento especial a por ti y a por... los siguientes oficiales: John Cuxart...

Papa hizo una mueca irónica.

—Maynard Mannering...

Culture Vulture escupió al suelo lleno de escombros.

—Jaime Santacana —la Rana continuó con voz fría—. Muireann «Siobhan» Tully, Leslie Novak, Einar Raikinnen, Jan Willem Cuypers, Valerie van Houten...

Muireann sonrió dulcemente a Valerie, tras lo que le tendió un Craftsman, una bolsa de clips y una bandolera con granadas. Valerie lo aceptó.

—Confirm and re-confirm —exigió Ruskin cuando terminó de croar los nombres de aquéllos sobre los que pesaba una condena. El almirante Ruskin. Hacía tiempo, cuando todavía era un mercenario como nosotros y todavía no era almirante, le llamaban la Rana a causa de su belleza específica.

Culture Vulture me guiñó un ojo y acto seguido marcó en el teclado las coordenadas de la plataforma de Rogers, que distaba de nosotros unos seis kilómetros.

—Confirm, Ruskin —le respondí también con un guiño, al tiempo que tomaba de manos de Muireann un Craftsman cargado—. Surrender U. C. in force. Esperamos a tu destacamento en las coordenadas señaladas. See you later, alligator. E. O. T., N. C. R. ¿Has cortado, Vulture?

—Por supuesto.

—Bien, entonces. —Sopesé la carabina en las manos—. Que te den por culo, Rana.

II

Nos atraparon en el tercer nivel. Puede que se hubieran dado cuenta de que sabíamos en qué dock estaba el *Isogi Maru*. Puede que la Rana nos conociera tan bien que fuera capaz de anticipar nuestros movimientos. O puede que simplemente tuvieran suerte. Una suerte que a nosotros nos faltó.

Se acercaron en cuatro ATV dotados de sensores y localizadores Infra-R, porque empezaron a freírnos cuando todavía nos parecía que estábamos cubiertos por la oscuridad y el humo. Nos lanzaron todo lo que tenían: cohetes, plasma, napalm, proyectiles SLAP. Un verdadero overkill.

Se cargaron a la mitad de los muchachos del pelotón de vanguardia. Por desgracia se cargaron también a Santacana, que era quien los dirigía. Jaime murió en el acto. Muy rápido. Tuvo suerte, el granuja. Quienes no tuvieron tanta suerte, quemados y heridos, aullaban de tal modo que algunos de los nuestros se quitaron por un instante el casco de la cabeza para escapar a lo que salía por los auriculares.

Pero nos recuperamos enseguida. Y respondimos con un overkill todavía mayor. Les dimos con todo lo que teníamos.

Muireann Tully destrozó un ATV con un láser SACO, Papa hizo polvo al otro con un proyectil-termita Mitsuoki. Nadie consiguió salir de ninguno de los dos transportes. De los que quedaban, que también estaban ardiendo, fueron saliendo rangers de Ifigenia-Thetis Interplanetary Security Forces con sus armaduras negras de kevlaron y sus cascos con cubierta de espejo que les daban el nombre en nuestro argot.

Y las cosas se pusieron feas. Entre el humo, entre el fuego y el estruendo, entre los aullidos, el ruido y el silbido del agua que fluía de los antifuegos. Los espejos debían de haber pensado que nos harían retroceder con su mismo ímpetu, que nos acorralarían en el pasillo, en el segundo nivel. Pero nosotros no teníamos otra salida. Teníamos que ir hacia adelante, hacia el dock en el que estaba el *Isogi Maru*, el carguero que era nuestra única esperanza.

Antes de que Valerie y Papa Cuxart instalaran el trípode del Stalwart, nos dieron una buena. Las granadas y los proyectiles de los Craftsman no suponían suficiente resistencia, al fin y al cabo ellos también tenían Craftsmans, tenían Daihatsus de dos cañones. Y los sabían usar. Así que

comenzó a haber claros en nuestras filas. En las suyas también, pero ellos eran más.

Pero entonces comenzó a hablar el Stalwart. *Lasciate ogni speranza*, dijo, y el tercer nivel se convirtió en el infierno del Dante. Valerie, de rodillas, con la mejilla junto al punto de mira, gritaba como poseída y el flamer vomitaba y escupía fuego, el hormigón y las corazas de acero se fundían. Muireann y Culture Vulture lanzaban a las llamas granada tras granada y Papa regaba todo aquello con una fina línea roja del SACO.

—¡Basta! —grité, viendo que de verdad ya bastaba—. ¡Basta, Valerie! ¡Alto el fuego!

Alzó la cabeza del punto de mira. Tenía los ojos erráticos, las lágrimas dibujaban sobre su sucio rostro un diseño macabro. Levanté un Mitsuoki del suelo. Estaba cargado. Lo encendí sujetándolo bajo la axila, sin apuntar. La termita hizo un agujero en la pared de la nave a través de la que hubiera podido pasar un ATV sin esfuerzo alguno. Papa Cuxart levantó con delicadeza a Valerie, cogió el Stalwart junto con el trípode.

—Déjalo —le grité—. Ya ha cumplido su misión. No podemos arrastrar con nosotros equipo pesado. Tomad sólo las carabinas y los SACO. ¡Siobhan, Vulture, al agujero, abrid paso! ¡Vamos al dock! ¡Enseguida estarán rodeando el complejo! Valerie, ¿qué te pasa? ¡De pie, joder, levanta!

Valerie se atragantó, tosió, mientras miraba lo que yacía a nuestro alrededor, y lo que yacía a nuestro alrededor eran los restos sangrientos de lo que había quedado del grupo de vanguardia. La agité con brutalidad, levantándola. Me miró directamente a los ojos. Y yo de pronto sentí pena. Lamenté que nunca nos hubiera unido nada a Valerie y a mí. Nada, aunque hubo un cierto momento en el que algo pudo habernos unido. Pero entonces supe que aquel momento no iba volver nunca más.

Echamos a correr. Desde lejos, desde detrás del humo, el fuego y el agua, escuché el silbido de más transportes que avanzaban cruzando los escombros sobre sus ruedas globulares.

¡El *Isogi Maru*!

Unas escaleras de acero. Una plataforma con pasamanos. Estruendo y gritos, siluetas negras con cascos de espejo. Por encima y por debajo. Y

nosotros en el centro. A nuestro alrededor el metal chispeaba a causa de los proyectiles. ¡El *Isogi Maru*!

Los milagros no se producen a menudo. No todos los días. No aquel día. Cuando nos abalanzamos, jadeando, en el pasillo salvador, Papa Cuxart recibió un proyectil SLAP en la nuca. Su cabeza desapareció sin más, junto con el casco y un paquete de Camel que llevaba sujeto por la banda del casco. Una mano cayó al suelo, la otra siguió sujeta al cuerpo, aunque resultaba difícil decir a qué. Aceptamos aquello sin emoción. Cada uno de nosotros tenía sus preocupaciones, no había nadie que estuviera del todo entero. Sangrábamos, tropezábamos, caíamos, nos levantábamos. ¡El *Isogi Maru*!

En la segunda plataforma Muireann cayó y ya no se pudo levantar. Valerie se quitó su webbing, enganchó las tachas a los cinturones de la irlandesa, la arrastró por las placas de metal mientras que yo, de rodillas, disparaba contra los espejos que nos perseguían todos los cohetes de Mitsuoki a la vez. Los tres. Pero el último hizo polvo las escaleras, la termita transformó la mitad de la plataforma en una pintoresca tela de araña, de la que goteaban chispas y lágrimas de metal fundido.

Hubo un estruendo de Craftsman en el pasillo, vibró el grito de ambas muchachas en los auriculares. Corrí tras ellas, corrí siguiendo la brillante y ancha línea de sangre que iba dejando Muireann por el suelo.

Nos habían rodeado cortando con los láseres un paso a través de las paredes del complejo. Pero la plataforma era estrecha, angosta, y la enorme curvatura de un depósito de agua nos daba algo de cobertura y protección. Yacimos allí, sintiendo el calor de nuestros cuerpos y haciendo todo para sobrevivir. Los espejos se acercaron tanto que algunos hasta pusieron las bayonetas telescópicas sobre el cañón de sus Daihatsus. Pero nosotros queríamos vivir a toda costa. A los más cercanos nos los cargamos a una distancia de unos pocos metros, yo con mi Glock, Muireann con su anticuado Walther.

Y cuando retrocedieron y nos dejaron respirar, cuando advertí que Culture Vulture estaba muerto, cuando Muireann, temblando, yacía con el rostro sobre el suelo metálico, cuando Valerie terminó de vendarse el muslo

con su paquete personal de first aid, encontré una salida. A través de un pozo de ventilación cuya cubierta habían destrozado los SLAP.

—¡Valerie! ¡Siobhan! ¡Deprisa!

Muireann alzó la cabeza.

—No me puedo levantar —dijo fría y escueta—. No puedo mover las piernas. La columna. Dejadme aquí.

Seguramente no me creeréis, pero aquellas palabras no sonaban patéticas en absoluto.

Nuestra profesión tiene sus normas, su código no escrito. Me arrodillé y la besé en la mejilla sucia y ensangrentada. Luego la ayudé a sentarse, apoyé su espalda contra el depósito de agua. Le di su Craftsman y el último clip que me quedaba. Valerie, también sin decir nada, depositó junto a ella una bandolera con granadas. Las dos que nos quedaban. Y luego, sin mirar atrás, nos arrastramos hasta el pozo. Valerie y yo. No podíamos hacer más por Muireann. De verdad.

No nos habíamos arrastrado mucho cuando escuchamos el sonido del Craftsman. Y un instante después escuchamos su grito. No, no un grito. Un canto. Muireann Siobhan Tully, la pelirroja Muireann Siobhan Tully de Dublín, de la hermosa Fenian Street, cantaba mientras escupía su último clip a los espejos que subían por las escaleras hacia ella con las bayonetas telescópicas en las puntas de sus Daihatsus.

In Dublin's fair city

Wkere the girls are so pretty...

El Craftsman tartamudeó y quedó en silencio, después ambas granadas explotaron en cortos intervalos.

I first set my eyes on sweet Molly Malone...

Disparos de su anticuado Walther. Uno, dos, tres... Y el canto, cada vez más enloquecido, cada vez más desesperado.

*As she wkeeled her wheelbarrow
Thru' streets broad and narrow,
Crying...*

Un disparo. Y silencio.

Muireann Siobhan Tully de Fenian Street.

No pudimos hacer nada. Nada.

Cuando la saqué del tubo de ventilación, sobre la plataforma, Valerie van Houten murió. Se había desangrado a causa de una venda mal colocada. Antes y durante la lucha, se había metido Euphoral y Battle Dust, y cuando se le pasó, se pinchó estimulantes y analgenes. No sentía dolor, ni se había dado cuenta de que estaba muriendo. Murió en el preciso instante en que nos encontraron los muchachos de Jan Cuypers. Cuypers, cuando escuchó que el S. Y. A., se acordó del dock en el que estaba el olvidado carguero *Isogi Maru*. Y salvó el pescuezo. El suyo, y el de aquellos muchachos y muchachas que dirigía y que tuvieron la fortuna de llegar hasta allí. Y también mi pescuezo. Aunque no tendría por qué haberse preocupado por él. Porque cuando le di el S. Y. A. no le dije nada acerca del carguero, no se lo dije ni a él, ni a Novak, ni a Raikinnen. Nuestra profesión tiene sus normas y leyes. Cuypers, Novak y Raikinnen tenían que distraer la atención de los espejos, tenían que atraerlos. Y el *Isogi Maru* tenía que sacarme del planeta a mí, a Papa Cuxart, a Santacana, a Culture Vulture y Muireann Tully. Y a Valerie.

Pero Valerie murió.

Nos fuimos, imaginaos, sin ningún problema. No nos destrozaron los torpedos del *Nashville* ni de la *Electra*, no nos atraparon con un rayo tractor, ni enviaron tras de nosotros destructores ni cazas. Los milagros no tienen lugar a diario. Pero por lo visto aquél era nuestro día.

Nos fuimos.

Y entonces, en la cubierta del *Isogi Maru*, que después de vaciar la carga resultó ser una nave bastante buena, pronuncié un juramento muy

estúpido, incluso, diría, delirante. Envuelto en vendajes y compresas, lleno de medicamentos, juré algo al almirante Ruskin, conocido por la Rana, juré algo al abogado Yamashiro del Consorcio Schraeder amp; Haikatsu así como a Kahlenberg, presidente de dicho Consorcio. Se entiende que en mi juramento no olvidé a la Compañía Ifigenia-Thetis ni a su brazo armado, los espejos de la Interplanetary Security Forces. Los tuve en cuenta a todos. Y añadí, por si acaso, a todos aquéllos que se pusieran en medio y quisieran entrometerse.

Hice el juramento. Y lo mantendré. Aunque transcurran años, incluso decenas de años, no olvidaré a quién y qué juré. ¿Me escuchas, Siobhan? ¿Me escucháis, Jaime, Papa, Vulture, Novak, Einar?

¿Me escuchas, Valerie?

Paciencia. Yo no olvido.

La tarde dorada

Escribí «La tarde dorada» especialmente para la antología *Trece gatos*, publicada por la editorial SuperNowa en el año 1997. Sobre la génesis de esta antología pululan diversas leyendas y hay también bastantes personas que pretenden alzarse con el honor de ser recordadas como ingeniosos inspiradores de ella. La verdad, sin embargo, me permito asegurar, es la siguiente:

Mirosław Kowalski, jefe de SuperNowa, editó en 1995 el libro de Tadeusz Konwicki titulado *Panfleto para uno mismo*. En este libro, don Tadeusz dedicó muchas y cálidas palabras a su gato Ivan, famoso por sus *Calendarios y clepsidras*, y que por aquel entonces había pasado ya a mejor vida.

—Vosotros, escritores de fantasía —me dijo cierta vez Kowal, apoyado por Danuta Górska, excelente traductora y también gran admiradora de los gatos—, sois todos gateros, como un solo hombre, sois todos *cat lovers* ciento por ciento. Podríais escribir cada uno un relato que tratara de gatos y de asuntos gatunos. Para una antología. Si escribís sobre los gatos con tanta calidez y de forma tan bonita como Konwicki, la antología le gustará a la gente.

Así que pasamos a los hechos: con los gatos nos liamos, entre otros, Ewa Bialolecka, Marcin Wolski, Gieno Debski y yo, por supuesto. Yo, en el momento en que se oyó la palabra «gato», decidí llevarme al taller a uno de los gatos más famosos de la literatura universal: el gato de Cheshire, filósofo de sonrisa mortal. No voy a contar más acerca del relato, hay que leerlo y eso es todo.

Me limitaré a una anécdota y una curiosidad.

La anécdota se refiere a las antologías como tales, especialmente a las antologías de ciencia-ficción y fantasía temáticas —al fin y al cabo eso era *Trece gatos*—, que gozan de una increíble popularidad en el mundo anglosajón. En el prólogo a uno de sus relatos, Roger Zelazny contaba cómo había nacido éste. Sonó el teléfono, al otro lado de la línea estaba Gardner Dozois, que le proponía a Zelazny participar en una antología temática. El tema: los unicornios. Zelazny le dijo que se lo pensaría. Al poco sonó de nuevo el teléfono, esta vez le llamaba al escritor otro autor que le proponía escribir un cuento para una antología temática. El tema: bares y saloons.

Zelazny no alcanzó a colgar cuando Fred Saberhagen le propuso por teléfono tomar parte en una antología temática que estaba preparando. El tema: ajedrez y ajedrecistas. Entonces apareció a visitarlo George R. R. Martin, escuchó sus quejas acerca del exceso de trabajo y propuso una solución: «Escribe», le dijo bromeando, «un cuento que pueda servir para las tres antologías». Y de esta forma surgió el famoso «La variante del

unicornio», una novela corta en la que un unicornio juega al ajedrez en un saloon. Y el protagonista lleva por nombre Martin, así le agradeció Zelazny la idea a su inspirador.

Por cierto, que sólo queda lamentarse de que aquí las antologías temáticas —tanto especialmente escritas como recogiendo cuentos ya publicados— sean tan raras. Yo sería capaz, si hubiera tal necesidad, de añadirle al gato de Cheshire también un saloon y un tablero de ajedrez.

Ahora, la curiosidad prometida, que se refiere en concreto a «La tarde dorada». Esto al menos no es invención mía ni licentia poética. Es un hecho: las fotografías que se encontraron en 1996, bastante atrevidas para aquellos tiempos, que atestiguaban la no demasiado inocente fascinación de Lewis Carroll por muchachitas muy jóvenes, pasaron de verdad bajo el martillo de la casa de subastas Sotheby's y además por la misma suma que se dice en el cuento.

Añado también que hubo personas que me acusaron y se permitieron lanzarme pullas y todo a causa de que en «La tarde dorada» relleno el texto con numerosas y densas frases hechas de no más y no menos que cinco lenguas extranjeras, incluyendo en ellas las lenguas muertas. Algunos de ellos, con salvaje *Schadenfreude*, se dieron cuenta de esta cuestión después de la publicación de la famosa y curiosa ley «De la defensa del idioma polaco». Yo, por mi parte, me permito opinar que las personas que no saben lenguas extranjeras son deficientes mentales e imbéciles dignos de lástima y que con leyes debiera perseguirse no a aquellos letreros que contengan palabras como «Café», «Sex shop» o «Irish pub» sino a aquéllos en los que se escriben cosas como «herramientas», «arreglos en el ato» o «serbisios de montage». Puesto que estos segundos, tan comunes, son crímenes, mientras que los primeros son claros e inteligibles para todos, excepto, por supuesto, para gente aquejada de imbecilidad.

A la antología *Trece gatos* se le añadió también —por voluntad del editor— mi cuento «Los músicos». Sin embargo, el que «Los músicos» se refiriera a los gatos era de importancia secundaria. Lo esencial era el hecho —descorro el velo del secreto profesional— de que al editor le faltaban cuentos para la antología, puesto que demasiados de los que le habían sido enviados los tuvo que desechar a causa de su trágica naturaleza de gato. Perdón, quiero decir de gurrapatos.

«La tarde dorada» resultó candidato al premio Janusz A. Zajdel del año 1997 en la Polcon de Bialostok en 1998, aunque perdió en la votación final. Así que «En el cráter de la bomba» sigue siendo el único cuento fuera de la Saga de Geralt de Rivia por el que me concedieran el Zajdel.

Y como final, una cita que explica al gato de Cheshire, a otros gatos, a la antología gatuna. La cita proviene del ya citado *Panfleto para uno mismo* de Tadeusz Konwicki y lo explica todo. Después de un largo fragmento dedicado a su gato Ivan, escribe don Tadeusz: «El gato, con el gato, sobre el gato. ¿Y los seres humanos?, preguntáis. De los seres humanos se nos fue la madre del cordero».

Nada que añadir. Sólo queda aplaudir.

*All in the golden afternoon
Full leisurely we glide...*

Lewis Carroll

La tarde se anunciaba en verdad interesante, una de esas tardes maravillosas que existen sólo para poder pasarlas en un dulce y larguísimo far niente hasta llegar a cansarse deliciosamente de la propia pereza. Por supuesto, tal bienestar no se alcanza porque sí, sin planes ni preparativos, echándose en posición horizontal en cualquier lugar. No, queridos míos. Ello precisa de una actividad que lo preceda, tanto intelectual como física. La holgazanería, como se dice, hay que trabajársela.

Así que para no perder ni uno de los instantes calculados con precisión de los que se suele componer una tarde deliciosa, me puse manos a la obra. Me fui al bosque y me acerqué a él, ignorando el letrero admonitorio que había en sus límites: «Beware the Jabberwock». Sin un apresuramiento que en tales circunstancias resulta perjudicial, busqué un árbol que respondiera a los cánones prescritos y me encaramé a él. Seguidamente procedí a elegir la rama adecuada, guiándome en mi elección por la teoría de revolutionibus orbium coelestium. ¿Os resultan estas palabras demasiado cultas? Pues os lo diré con mayor sencillez: elegí la rama en la que durante toda la tarde el sol me iba a calentar el pellejo.

El sol calentaba con fuerza, la corteza olía bien, los pajarillos y los insectos cantaban polifónicos sus canciones eternas. Me tumbé en la rama, dejé caer pintorescamente la cola, apoyé la barbilla en las patas. Tenía la intención de entrar en un bendito letargo, estaba listo ya para demostrar al mundo entero mi desprecio ilimitado, cuando de pronto observé un punto negro muy alto en el cielo.

El punto se acercaba muy deprisa. Alcé la cabeza. En circunstancias normales puede ser que no me rebajara a concentrar mi atención en puntos negros, puesto que en circunstancias normales tales puntos por lo general

resultan ser pájaros. Pero en el País en el que vivía en aquel momento no reinaban circunstancias normales. El puntito negro que volaba por el cielo, al examinarlo más de cerca, podría resultar que fuera un piano.

La estadística por no sé qué vez más resultó ser la reina de las ciencias. El puntito que se acercaba no era, es cierto, un pájaro en el sentido clásico del término, pero estaba lejos de ser un piano. Suspiré, porque la verdad es que hubiera preferido un piano. Un piano, en tanto no vuela por el cielo junto con un taburete y un Mozart sentado en el taburete, es un acontecimiento pasajero y que no molesta a los oídos. Radetzky —pues precisamente era Radetzky el que se acercaba volando— podía ser un acontecimiento ruidoso, molesto y fatigoso. Lo diré no sin malicia: eso era en esencia todo lo que Radetzky sabía hacer.

—¿Come murciélagos el gato? —gritó, haciendo un círculo sobre mi cabeza y mi rama—. ¿Come murciélagos el gato?

—Vete a la mierda, Radetzky.

—Cuidado que eres vulgar, Chester. ¡Jaaa-jaaa! *Do cats eat bats?* ¿Come murciélagos el gato? ¿Y a veces no come el murciélago gato?

—Por lo visto deseas contarme algo. Hazlo y aléjate.

Radetzky enganchó las garras en una rama por encima de la mía, se colgó cabeza abajo y plegó las alas membranosas, tomando ese mismo aspecto tan simpático a mis ojos que tienen los ratones de las antípodas.

—¡Yo sé algo! —aulló con voz aguda.

—Por fin. La naturaleza es inescrutable en su misericordia.

—¡Un visitante! —chilló el murciélago, retorciéndose como un acróbata—. ¡Un visitante ha venido al País! ¡Ha amaneciííííido un día maravillooooooso! ¡Tenemos un visitante, Chester! ¡Un visitante de verdad!

—¿Lo has visto con tus propios ojos?

—No... —Se desconcertó, meneó sus grandes orejas y movió con gracia el brillante botoncito de su nariz—. No lo vi. Pero me lo dijo Johnny Carterpillar.

Por un momento me entraron ganas de reprenderlo ejemplarmente y sin reparar en palabras por interrumpir mi siesta por el método de extender rumores no confirmados. Sin embargo, me contuve. En primer lugar, Johnny «Blue» Carterpillar tenía muchos defectos, pero entre ellos no

estaba la tendencia a engañar y a confabular. En segundo lugar, un visitante en el País era una cosa bastante rara, por lo general irritante, pero que pese a ello sucedía con cierta regularidad. No lo creeréis, pero una vez se nos metió aquí hasta un inca, completamente entontecido por las hojas de la coca o de otra porquería precolombina. ¡Vaya unas risas que hubo con él! Anduvo vagando por todos lados, se metió con todos, habló en un dialecto incomprensible para todo el mundo, gritó, escupió, nos regó de saliva, nos amenazó con un cuchillo de obsidiana. Pero al poco se fue, se fue para siempre, como todos. Se fue de una forma espectacular, cruel y sangrienta. Se ocupó de él la reina Mab. Y su séquito, quienes gustan de referirse a sí mismos como «los amos de los corazones». Nosotros los llamamos simplemente Los Corazones. Les Coeurs.

—Me largo —anunció de pronto Radetzky, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos—. Me largo a contárselo a otros. Lo del visitante, se entiende. Adiós, Chester.

Me extendí sobre la rama sin dignarme responderle. No se merecía dignidad alguna. Al fin y al cabo yo era un gato y él sólo un ratón volador, que intentaba en vano tener el aspecto de un conde Drácula en miniatura.

¿Qué puede ser peor que un idiota en un bosque?

Aquél de vosotros que ha gritado que nada, se equivoca. Hay algo peor que un idiota en un bosque.

Y ello es una idiota en un bosque.

A una idiota en un bosque —atención— se la puede reconocer por las cosas siguientes: se la escucha a una distancia de media milla, cada dos o tres pasos efectúa unos saltitos poco graciosos, canturrea, habla consigo misma, intenta dar una patada a cada piña que haya por el camino sin conseguir acertar a ninguna.

Y cuando os ve tumbados sobre la rama de un árbol dice «¡Oh!», después de lo cual se os queda mirando desvergonzadamente.

—¡Oh! —dijo la idiota, echando la cabeza para atrás y mirándome desvergonzadamente—. Hola, gato.

Sonreí y la idiota, que ya era de por sí pálida, palideció aún más y puso las manos a la espalda. Para esconder sus temblores.

—Buenos días, señor gato —masculló e hizo luego un feo gesto.

—Bonjour, ma fille —respondí sin dejar de sonreír. El francés, como ya os imaginaréis, tenía por objetivo el confundir a la idiota. No había decidido todavía qué hacer con ella, pero no podía rechazar un poco de diversión. Y una idiota confundida es una cosa muy divertida.

—*Où est ma chatte?* —chilló de pronto la idiota.

Como imagináis acertadamente, no se trataba de una conversación. Ésta era la primera frase de su manual de francés. Pese a ello, una reacción interesante.

Corregí mi posición en la rama. Poco a poco, para no espantar a la idiota. Como ya he dicho, todavía no había decidido qué hacer. No tenía miedo de vérmelas con Les Coeurs, quienes usurpaban para sí el derecho exclusivo de destruir a los visitantes y se ponían violentos si alguien se atrevía a precederles en ello. A mí, como soy un gato, me importaban un pimiento sus derechos exclusivos. Me importaba un pimiento, hablando en plata, cualquier derecho. Por eso había tenido ya ciertos pequeños conflictos con Les Coeurs y con su reina, la pelirroja Mab. No me asustaban tales conflictos. Hasta los provocaba cuando me apetecía. En aquel momento, sin embargo, no me apetecía especialmente. Pero corregí mi posición en la rama. En caso necesario prefería arreglar el asunto de un salto porque no tenía ni puñetera gana de echar a correr por el bosque detrás de la idiota.

—Jamás en mi vida —dijo la muchacha con una voz ligeramente temblorosa— había visto a un gato que se riera. De tal modo.

Moví la oreja en señal de que aquello no era nuevo para mí.

—Yo tengo una gatita —aclaró—. Mi gatita se llama Dinah. ¿Y tú cómo te llamas?

—Tú eres la visitante, querida muchachita. Tú eres quien se tiene que presentar primero.

—Perdón. —Hizo una reverencia, al tiempo que bajaba la vista. Una pena, pues tenía los ojos oscuros y, para un ser humano, bastante bonitos—. Es cierto, no ha sido muy educado por mi parte, debiera presentarme primero. Me llamo Alicia. Alicia Liddell. Estoy aquí porque entré en la madriguera de un conejo. Persiguiendo a un conejo blanco de ojos rosas que llevaba un chaleco. Y un reloj en el bolsillo del chaleco.

Un inca, pensé. Habla de modo inteligible, no escupe, no tiene un cuchillo de obsidiana. Pero también es un inca.

—¿Hemos fumado yerba, señorita? —le dije con cortesía—. ¿Nos tragamos barbitúricos? ¿O puede que nos pusiéramos hasta arriba de anfetamidas? Ma foi, si que empiezan pronto ahora los jóvenes.

—No entiendo ni una palabra. —Meneó la cabeza—. No he comprendido ni una palabra de lo que hablas, gatito. Ni palabrita, ni palabritita.

Hablaba raro, e iba vestida todavía más raro, sólo entonces me di cuenta. Una falda de campana, un delantalito, un cuello de bordes redondeados, cortos guantes de bullón, pololos... Sí, joder, pololos. Y zapatitos de charol. Fin de siècle, para curarnos en salud. Así que había que excluir narcóticos y alcohol. Por supuesto, si el traje no era un disfraz. Podría haber caído en el País directamente desde una función teatral de su colegio en la que hacía de la Pequeña Miss Muffet sentada en la arena junto a la araña. O desde una fiesta en la que un joven grupo de teatro festejaba el éxito de su espectáculo con un puñado de farlopa. Y precisamente esto último, decidí después de reflexionar, era lo que parecía más posible.

—¿Qué es entonces lo que nos metimos? —pregunté—. ¿Qué sustancia nos permitió alcanzar un estado alterado de consciencia? ¿Qué preparado fue el que nos transportó al país de los sueños? ¿O simplemente hemos bebido sin medida vasos de gin and tonic tibio?

—¿Yo? —Se ruborizó—. Yo no he bebido nada... Es decir, sólo un traguitito pequeñito... Bueno, puede que dos... O tres... Pero al fin y al cabo en la botella había un papelito que ponía: «Bébbeme». No me ha podido dañar, de ninguna manera.

—Exactamente como si estuviera escuchando a Janis Joplin.

—¿Cómo?

—No importa.

—Ibas a decirme cómo te llamas.

—Chester. A tu servicio.

—Chester está situado en el condado de Cheshire —anunció con orgullo—. Me lo enseñaron hace poco en el colegio. ¡Así que eres un gato de Cheshire! ¿Y cómo me servirás? ¿Me harás algo agradable?

—No te haré nada desagradable. —Sonreí, mostrando los dientes y decidiendo finalmente que al fin y al cabo la dejaría a disposición de Mab y Les Coeurs—. Tómame esto como un servicio. Y no cuentes con más. Hasta la vista.

—Humm... —Vaciló—. Bien, ahora me voy... pero primero... dime, ¿qué haces en el árbol?

—Estoy situado en el condado de Cheshire. Hasta la vista.

—Pero yo... Yo no sé cómo salir de aquí.

—Me refería solamente a que te alejaras —le expliqué—. Porque si se trata de salir, entonces es un esfuerzo en vano, Alicia Liddell. De aquí no se puede salir.

—¿Cómo?

—De aquí no se puede salir, tontita. Tendrías que haber mirado en el reverso del papelito de la botella.

—No es verdad.

Agité la cola que colgaba hacia abajo de la rama, un gesto que en nosotros, los gatos, es el equivalente a encogerse de hombros.

—No es verdad —repitió con aire de desafío—. Daré un paseo por aquí y luego volveré a casa. Tengo que hacerlo. Voy a la escuela, no puedo faltar a las clases. Aparte de eso, mamá me echaría de menos. Y Dinah. Dinah es mi gatita. ¿Te he hablado ya de ella? Hasta la vista, Gato de Cheshire. ¿Serías tan amable de decirme adonde conduce este sendero? ¿Adonde iré a parar si sigo por él? ¿Vive alguien allí?

—Allí —señalé con un pequeño movimiento de la cabeza— vive Archibald Haigh, Archie para los amigos. Está más loco que una liebre en marzo. Por eso le llamamos Liebre de Marzo. Allí vive Bertrand Russell Hatta, que está tan loco como un sombrerero. Por eso le llamamos Sombrerero. Ambos, como seguramente ya te habrás imaginado, son dementes.

—Pero yo no tengo ganas de conocer a dementes ni locos.

—Todos aquí estamos locos. Yo estoy loco. Tú estás loca.

—¿Yo? ¡Mentira! ¿Por qué dices eso?

—Si no estuvieras loca —le expliqué, un poco aburrido ya—, no hubieras venido a parar aquí.

—Hablas sólo con enigmas... —comenzó, pero de pronto abrió mucho los ojos—. Hey... ¿Qué te pasa? ¡Gato de Cheshire! ¡No desaparezcas! ¡No desaparezcas, por favor!

—Querida niña —le dije con suavidad—. No soy yo quien desaparece, es tu cerebro que deja de funcionar, pierde la capacidad hasta de mantener una alucinación dentro del delirio. Cesa en su actividad. En otras palabras...

No terminé. No pude decidirme a terminar. A explicarle que se estaba muriendo.

—¡Vuelvo a verte! —gritó triunfante—. De nuevo estás aquí. No lo vuelvas a hacer. No desaparezcas tan repentinamente. Es horroroso. La cabeza da vueltas.

—Lo sé.

—Tengo que irme ahora. Hasta la vista, Gato de Cheshire.

—Adiós, Alicia Liddell.

Adelantaré los hechos. No vagueé más aquel día. Arrancado del sueño y expulsado del bendito letargo, no me sentía ya capaz de reconstruir el estado de ánimo anterior. En fin, este mundo se va al garete. No se muestra ya ninguna consideración ni respeto alguno por el gato que duerme o descansa. Dónde están aquellos tiempos en que el profeta Mahoma, con ánimo de levantarse e irse a la mezquita y no queriendo despertar al gato dormido en la manga de su túnica, se cortó la manga con un cuchillo. Ninguno de vosotros, me apuesto lo que sea, se decidiría a realizar algún noble gesto semejante. Pero por eso también supongo que ninguno de vosotros lograría convertirse en profeta aunque corriera un año entero de La Meca a Medina y de vuelta. En fin, lo que Mahoma es al gato, así es el gato a Mahoma.

No me lo pensé más de una hora. Luego —sorprendiéndome a mí mismo— me bajé del árbol y sin apresurarme anduve a lo largo de la estrecha senda forestal en dirección al habitáculo de Archibald Haigh, llamado Liebre de Marzo. Podría, por supuesto, si lo hubiera querido, hallarme en casa de la Liebre en cuestión de algunos segundos, pero consideré esto como una exageración que podría sugerir que me era necesario. Y puede que lo fuera un poquito, pero no tenía intención de demostrarlo.

Las tejas rojas de la casa de la Liebre pronto se mezclaron con el ocre y el amarillo de las hojas otoñales de los árboles de alrededor. Y a mis oídos llegaba una música emotiva. Alguien —o algo— tocaba y cantaba en voz tenue «Greensleeves». La melodía encajaba maravillosamente con el momento y el lugar.

*Alas, my love, you do me wrong
To cast me off discourteously
And I have loved you oh so long
Delighting in your company...*

En el patio delante de la casa habían puesto una mesa cubierta con un mantel limpio. Sobre la mesa habían dispuesto platos, tazas, una tetera y una botella de whisky Chivas Regal. A la mesa estaba sentado el anfitrión, la Liebre de Marzo, y sus invitados: el Sombrerero, que andaba por allí casi permanentemente, y Pierre Dormouse, que andaba por allí —y por cualquier lugar— muy raramente. A la cabecera de la mesa estaba sentada también Alicia Liddell, repantigada con descaro infantil en un sillón de mimbre y sosteniendo una tacita con las dos manos. Parecía que no le afectaba para nada el hecho de que en su five o'clock whisky and tea le acompañaran una liebre de bigotes desordenados, un enano con una chistera ridícula, un cuello tieso y una pajarita desastrada, además de un lirón gordezuelo que estaba echando una cabezada sobre la mesa.

Archie, la Liebre de Marzo, fue el primero en verme.

—Mirad, alguien viene —gritó, y el timbre de su voz mostró indiscutiblemente que en aquel grupito la única que tomaba té era Alicia—. ¿Alguien se acerca? ¿La vista no me confunde? ¿Será, y cito aquí al profeta Jeremías, la más noble de todas las bestias, dotada de un maravilloso paso y de una altiva forma de andar?

—Han debido de romper secretamente el séptimo sello —le acompañó el Sombrerero, tomando pequeños sorbos de una taza de porcelana que evidentemente no contenía té—. Mirad, pues, un gato pálido y el infierno sigue sus pasos.

—En verdad os digo —les expliqué sin énfasis mientras me acercaba— que sois como címbalos retumbantes.

—Siéntate, Chester —dijo la Liebre de Marzo—. Y sírvete. Como ves, tenemos un invitado. Precisamente ahora nuestro invitado nos entretiene con el relato de las aventuras con que se ha tropezado desde que entró al País. Supongo que a ti también te gustaría escucharlas. Permite que te presente...

—Nosotros ya nos conocemos.

—Por supuesto —dijo Alicia, y adoptó una encantadora sonrisa—. Nos conocemos. Precisamente él me mostró el camino a vuestra hermosa casa. Es el Gato de Cheshire.

—¿Qué tonterías son las que le has contado a la cría, Chester? —Archie movió los bigotes—. ¿Has hecho alarde otra vez de tu elocuencia para mostrar tu superioridad con respecto a otros seres? ¿Eh? ¿Gato?

—Yo tengo una gata —dijo Alicia sin venir a cuento—. Mi gata se llama Dinah.

—Ya lo has dicho antes.

—Y este gato —Alicia, poco educadamente, me señaló con el dedo— a veces desaparece de tal modo que sólo queda su sonrisa colgando en el aire. Brrr, horrible.

—¿Acaso no lo he dicho? —Archie alzó la cabeza y puso las orejas de punta, todavía tenía en ellas hojas de hierba y granos de trigo—. ¡Se dio el pisto! ¡Como de costumbre!

—No juzguéis —habló Pierre Dormousse, totalmente consciente aunque todavía con la cabeza sobre el mantel— y no seréis juzgados.

—Cierra el pico, Dormousse. —Liebre de Marzo agitó la pata—. Duerme y no te entrometas.

—Y tú continúa, continúa, niña —animó a Alicia el Sombrerero—. Nos alegraría escuchar tus aventuras y el tiempo apremia.

—Y cómo apremia —murmuré, mirándole a los ojos. Archie resopló desdeñosamente.

—Hoy es miércoles —dijo—. Mab y Les Coeurs juegan a ese juego idiota del croquet. Apuesto a que todavía no saben nada sobre nuestra invitada.

—No menosprecies a Radetzky.

—Tenemos tiempo, repito. Así que utilicémoslo. No se encuentra uno todos los días una diversión así.

—¿Y qué es, si me es permitido preguntar, lo que le encontráis de divertido a esto?

—Ya lo verás. Venga, querida Alicia. Somos todo oídos.

Alicia Liddell pasó por nosotros la curiosa mirada de sus ojos oscuros como si esperara que de verdad nos fuéramos a transformar en orejas.

—¿Dónde me había quedado? —reflexionó sin esperar a metamorfosis alguna—. Ajá, ya sé. En los pastelitos. Los que tenían el letrero de «Cómeme», que estaban hechos de maravillosas grosellas y crema amarilla. ¡Ah, qué ricos eran aquellos pastelillos! ¡De verdad que tenían un gusto que encantaba! Y es cierto que eran encantadores. Cuando comí un pedacito comencé a crecer. Como os podéis imaginar, me asusté... Y rápidamente mordí otro pastel, tan rico como el primero. Entonces empecé a encoger. ¡Ésos eran los encantamientos, ja! Podía ser grande y luego pequeña. Podía encogerme y podía alargarme. Como quisiera. ¿Entendéis?

—Entendemos —dijo el Sombrerero y se restregó las manos—. Venga, Archie, tu turno. Te escuchamos.

—El asunto está claro —anunció orgulloso la Liebre de Marzo—. El delirio tiene un subtexto erótico. El hecho de comer el pastel es la expresión de la típica fascinación oral de la infancia, que tiene su base en un sexualismo todavía dormido. Lamer y hacer ruido al comer, sin pensar, es el típico comportamiento pubertario, aunque hay que reconocer que conozco a unos cuantos que no dejaron de hacerlo ni siquiera a la edad más avanzada. En lo que respecta a los encogimientos y alargamientos producidos por la ingestión de los pastelillos, creo que no seré demasiado original si os hago memoria de Procusto y del lecho de Procusto. Se trata del deseo inconsciente de adaptarse, de tomar parte en el misterio, de participar del secreto y adentrarse en el mundo de los adultos. También hay en ello una base sexual. La niña desea...

—Así que en esto reside vuestra diversión —afirmé, no pregunté—. En psicoanalizar el por qué milagro ella vino a parar aquí. El problema reside en que para ti, Archie, todo tiene una base sexual. Lo cual es, al fin y al

cabo, típico para liebres, conejos, hurones, nutrias y otros roedores que sólo tienen una cosa en la cabeza. Repito, sin embargo, mi pregunta: ¿qué es lo que tiene esto de divertido?

—Como en todo juego —dijo el Sombrero—, lo divertido es matar el aburrimiento.

—Y el hecho de que a alguien esto no le divierta por lo menos no es prueba de que ese alguien sea un ser superior —aulló Archie—. No te rías, Chester, aquí no impones a nadie con tu sonrisa. ¿Cuándo te vas a enterar por fin de que por mucho que te hagas el listo nadie de los presentes te va a adorar como dios? No estamos en Bubastis sino en el País...

—¿El País de la Magia? —se entrometió Alicia, recorriéndonos con la mirada.

—De las Maravillas —le corrigió el Sombrero—. El País de la Magia es Faerie. Esto es Wonderland. El País de las Maravillas.

—Semántica —murmuró Dormousse desde la mesa. Nadie le prestó atención.

—Continúa, Alicia —la apremió el Sombrero—. ¿Qué es lo que hubo luego, después de los pastelillos?

—Yo —explicó la muchacha mientras jugueteaba con el asa de la taza— quería encontrar al conejo blanco del chaleco, el que llevaba guantes y un reloj de cadena. Pensaba que si lo encontraba podría encontrar también la madriguera donde caí... Y que podría volver a través de aquella madriguera. A casa.

Todos guardamos silencio. Aquel fragmento no necesitaba aclaraciones. No había nadie entre nosotros que no supiera lo que es y lo que simboliza una madriguera oscura, un tropezón, una caída larga e interminable. No había entre nosotros ninguno que no supiera que no había en todo el País nadie que se pareciera siquiera de lejos a un conejo blanco con chaleco, guantes y reloj.

—Yo caminaba —continuó Alicia Liddell en voz baja— a través de una pradera llena de flores y de pronto resbalé porque toda la pradera estaba húmeda del rocío y muy resbaladiza. Yo misma no sé bien cómo, pero de pronto me caí al mar. Así pensaba, porque el agua estaba salada. Pero no se trataba del mar, ¿sabéis? Era un gran charco de lágrimas. Porque yo había

llorado antes, había llorado mucho... Porque tenía miedo y pensaba que nunca más iba a encontrar a aquel conejo y su madriguera. Todo me lo explicó un ratón que nadaba en aquel charco porque también cayó allí por casualidad, como yo. Nos sacamos el uno al otro del charco, es decir, el ratón me empujó a mí un poquito y yo empujé un poquito al ratón. Estaba todo mojado, pobrecito, y tenía un rabo muy largo...

Se calló y Archie me miró con altivez.

—Independientemente de lo que piensen ciertos gatos —exclamó, mostrando a la vista del público sus dos dientes amarillos—, el rabo del ratón es un símbolo fálico. Esto explica, por cierto, el miedo pánico que embarga a algunas mujeres a la vista de los ratones.

—Estáis todos locos —dijo Alicia con convencimiento. Nadie le hizo caso.

—Y el mar salado —bromeé— que surge de las lágrimas de la muchacha simboliza, por supuesto, la envidia del pene que es lo que le provoca el llanto. ¿No es verdad, Archie?

—¡Así es! Freud y Bettelheim han escrito sobre el tema. Especialmente, merece la pena apoyarse en Bettelheim dado que se ocupa de la psiquis de los niños.

—No vamos a apoyarnos en Bettelheim. —El Sombrerero frunció el ceño al tiempo que se echaba whisky en la taza—. Y que Freud también requiescat in pace. Esta botella tiene lo justito para nosotros cuatro, comme il faut, no necesitamos a nadie más aquí. Sigue, Alicia.

—Luego... —reflexionó Alicia Liddell—. Luego, por azar me encontré a un lacayo. Pero cuando miré más directamente, resultó que no era un lacayo, sino una rana grande vestida con una librea de lacayo.

—¡Ajá! —se alegró la Liebre de Marzo—. ¡Hasta hay una rana! ¡Un anfibio húmedo y baboso, que cuando se excita se hincha, crece, aumenta su tamaño! ¿Qué simboliza esto, qué os parece? ¡Está claro, un pene!

—Por supuesto. —Meneé la cabeza—. No podía ser otra cosa. A ti, Archie, todo te parecen pollas y culos.

—Estáis todos locos —dijo Alicia—. Y sois vulgares.

—Por supuesto —afirmó Dormousse, alzando la cabeza y mirándola soñoliento—. Todos lo saben. Oh, ¿todavía está ella aquí? ¿Todavía no han

venido a por ella?

El Sombrero, perceptiblemente intranquilo, miró hacia el bosque, desde cuyas profundidades les llegaban unos sonidos de crujidos y pisadas. Yo, como soy un gato, hacía tiempo que había escuchado aquellos ruidos, mucho antes de que se acercaran. No eran Les Coeurs, era una pandilla de alecas rastas buscando entre los arbustos algo de comer.

—Sí, sí, Archie. —No tenía intenciones de tranquilizar a la Liebre, quien también había escuchado los pasos y movía con miedo las orejas—. Deberías darte prisa con tu psicoanálisis; si no, lo va a terminar Mab en tu lugar.

—¿Y no lo quieres terminar tú? —La Liebre de Marzo meneó los bigotes—. Tú, como ser superior, conoces todos los mecanismos que intervienen en los procesos psíquicos. Sin duda sabes también por qué la hija moribunda del decano de Christ Church, en vez de partir en paz, vaga por el País sin despertarse del letargo.

—Christ Church. —Escondí mi asombro—. Oxford. ¿En qué año?

—Mil ochocientos sesenta y dos —gruñó Archie—. Noche del siete al ocho de febrero. ¿Importa acaso?

—No importa. Plantea las conclusiones de tus razonamientos. Porque seguro que ya tienes listas tus conclusiones.

—Por supuesto que las tengo.

—Ardo de curiosidad.

El Sombrero se sirvió. Archie dio un sorbo, me miró otra vez con altivez, carraspeó, se frotó las patas.

—Tenemos que vérnoslas aquí —comenzó ceremoniosa y afectadamente— con un típico caso de conflicto entre el id, el ego y el superego. Como saben los respetables colegas, en la psiquis humana el id representa lo peligroso, lo instintivo, lo amenazador e ininteligible, aquello que está relacionado con la tendencia a autosatisfacerse sin reflexionar, una tendencia que es imposible de detener. Ante tal acatamiento irreflexivo de los instintos, la persona en cuestión, como hemos observado hace un instante, intenta en vano justificarse imaginando instrucciones del tipo «bébeme» o «cómeme», con lo que, por supuesto falsamente, aparenta someter su id al control de su ego racional. El ego de la persona en cuestión

ha sido inculcado con las leyes victorianas de la realidad, la legitimidad, la necesidad de estar sometida a mandamientos y prohibiciones. La realidad es la severa educación de su tiempo, la severa aunque aparentemente colorida realidad del *Young Misses Magazine*, única lectura de esta muchacha...

—¡No es cierto! —gritó Alicia Liddell—. ¡También he leído *Robinson Crusoe* y a sir Walter Scott!

—Todo ello —la Liebre no se inmutó por los gritos— lo intenta controlar en vano el superego aún no desarrollado de la persona en cuestión y, sit licentia verbo, aquí presente. Y el superego, aunque rudimentario, gobierna entre otras cosas la capacidad de fantasear. Por ello también intenta traducir en visiones e imágenes los procesos que están teniendo lugar. *Vivere cesse, imaginare necesse est*, si los respetables colegas me permiten parafrasear...

—Los respetables colegas —dije— me permitirán la advertencia de que las conclusiones, aunque en principio teóricamente correctas, no explican nada, de modo que devienen en un caso clásico de charlatanería académica.

—No te enfades, Archie —el Sombrerero me apoyó inesperadamente—, pero Chester tiene razón. Seguimos sin saber por qué ha aparecido aquí Alicia.

—¡Entonces sois gilipollas! —La Liebre agitó las patas—. ¡Pues si os lo estoy diciendo! ¡La trajo aquí su fantasía embotada de erotismo! ¡Sus miedos! Sus sueños secretos excitados por algún narcótico...

Se interrumpió, miró algo a mis espaldas. También yo, en aquel momento, escuché el ruido de las alas. Lo hubiera oído antes si no hubiera sido por su charla.

Sobre la mesa, exactamente entre la botella y la tetera, aterrizó Edgar. Edgar es un cuervo. Edgar vuela mucho y habla poco. Por eso sirve a todos en el País como mensajero. Esta vez también debía de ser así, porque Edgar sostenía en el pico un sobre bastante grande, adornado de las iniciales «MR», sobre las que había una corona.

—Maldita banda —susurró el Sombrerero—. Maldita banda efectista.

—¿Es para mí? —se asombró Alicia. Edgar afirmó con la cabeza, el pico y la carta.

Ella tomó el sobre, pero Archie se lo quitó sin ceremonias y abrió el sello.

—Su Alteza Real la reina Mab, etcétera, etcétera —leyó—, invita a tomar parte en el partido de croquet que tendrá lugar...

Nos miró.

—Hoy. —Movié los bigotes—. Así que se han enterado. El puto murciélago ha largado y se han enterado.

—¡Maravilloso! —Alicia Liddell dio unas palmadas—. ¡Un partido de croquet! ¡Con una reina! ¿Puedo irme ya? Sería descortés llegar tarde.

El Sombrerero carraspeó haciendo fuerte ruido. Archie dio vueltas a la carta en sus manos. Dormousse roncaba. Edgar guardaba silencio, colocándose las plumas.

—Retenedla aquí tanto como podáis —me decidí de pronto, y me levanté—. Ahora vuelvo.

—No hagas tonterías, Chester —murmuró Archie—. No conseguirás nada, incluso aunque consiguieras dar con el lugar, cosa que dudo. Es demasiado tarde. Mab sabe que está aquí, no la dejará irse. No la salvarás. No de este modo.

—¿Apostamos algo?

El viento del tiempo y el espacio todavía me resonaba en los oídos y me erizaba la piel, y la tierra sobre la que me hallaba no quería dejar de temblar por nada del mundo. Sin embargo, el equilibrio y la dura realidad iban expulsando rápida y consecuentemente el horror vacui que me había acompañado durante los últimos momentos. La náusea, como a regañadientes, fue cediendo, los ojos se fueron poco a poco acostumbrando de nuevo a la geometría euclidiana.

Miré a mi alrededor.

El jardín en el que había aterrizado era un verdadero jardín inglés, es decir, repleto de árboles y de puñeteros matojos. En algún lugar, hacia la izquierda, olía un poco a pantano y de vez en cuando se escuchaban algunos cuacs, por lo que extraje la conclusión de que no faltaba aquí ni siquiera un estanque. Al fondo brillaba la luz de la fachada semioculta por la hiedra de una casa no muy grande.

En lo esencial estaba seguro de que había llegado al lugar adecuado y al tiempo adecuado. Pero prefería asegurarme.

—¿Hay alguien aquí, diablos? —pregunté impaciente.

No esperé mucho tiempo. De la oscuridad surgió un caballero de pelo rojizo y atigrado. No tenía aspecto de ser el propietario del jardín, aunque intentaba a todas luces parecerlo. Tonto no era, por lo visto le habían inculcado ya en su edad de cachorrillo algunas maneras y savoir vivre, porque cuando me vio me saludó con cortesía, sentándose y enrollando la cola sobre las patas. Ja, me gustaría veros a vosotros, humanos, reaccionar de forma tan sosegada a la aparición de alguna criatura de vuestra mitología. Y de vuestra demonología.

—¿Con quién tengo el placer? —pregunté rápido y con brusquedad.

—Russet Fitz-Rourke Tercero, your Grace.

—¿Esto —con un movimiento de la oreja le señalé a lo que me refería — es por supuesto Inglaterra?

—Por supuesto.

—¿Oxford?

—Ciertamente.

Así que había acertado. Los patos que había escuchado con toda seguridad no nadaban por un estanque sino por el Támesis o el Cherwell. Y la torre que había visto en el momento del aterrizaje era la Carfax Tower. El problema radicaba en que la Carfax Tower tenía un aspecto idéntico durante mi anterior visita a Oxford, y esto había sido en 1645, poco antes de la batalla de Naseby. Por entonces aconsejé al rey Carlos que mandara todo al cuerno y huyera a Francia.

—¿Quién gobierna en Inglaterra en este momento?

—En Inglaterra, Merlín de Glastonbury. En Escocia...

—No me refiero a los gatos, idiota.

—Perdón, alteza. La reina Victoria.

No estaba mal. Aunque, por otro lado, la vieja gobernó sesenta y cuatro años, 1837-1901. Siempre quedaba la posibilidad de que me hubiera desviado por un poco, hacia adelante o hacia atrás. Podría haberle preguntado directamente al pelirrojo la fecha en que estábamos pero no era

conveniente, como comprenderéis. Podría haber pensado que no soy omnisciente. El prestigio, como se dice, über alies.

—¿A quién pertenece esta casa?

—A Venera Whiteblack... —comenzó, pero inmediatamente se corrigió—. Es decir, el propietario humano es el señor decano Henry George Liddell.

—¿Tiene hijos? No me refiero a Venera Whiteblack, sino al decano Liddell.

—Tres hijas.

—¿Alguna de ellas se llama Alicia?

—La mediana.

Suspiré con alivio. El pelirrojo también respiró. Estaba convencido de que no le estaba preguntando, sino examinando.

—Le estoy muy reconocido, sir Russet. Feliz caza.

—Gracias, your Grace.

No me correspondió en el deseo de una caza con éxito. Conocía la leyenda. Sabía qué tipo de caza podía significar mi aparición en su mundo.

Atravesé paredes, atravesé tabiques cubiertos de papel pintado de colores chillones, atravesé estucados, muebles. Atravesé el olor a polvo, a medicamentos, manzanas, jerez, tabaco y lavanda. Atravesé voces, susurros, suspiros y sollozos. Atravesé el iluminado living room en el que el decano Liddell y su mujer charlaban con un hombre moreno, delgado, cargado de espaldas, de abundante cabello. Encontré las escaleras. Pasé por delante de los dormitorios de dos niñas que palpitaban en un sueño juvenil y sano. Y frente al tercer dormitorio me tropecé con la Guardiana.

—Vengo en paz —dije con rapidez, retrocediendo ante la amenaza de los siseos, los colmillos, las uñas y la rabia—. ¡En paz!

Venera Whiteblack, tendida en el umbral, bajó las orejas, me lanzó una nueva ola de odio y luego adoptó la postura clásica de lucha.

—¡Frena, gato!

—¡Apage! —siseó, sin cambiar de posición—. ¡Fuera! ¡Ningún demonio cruzará por el umbral en el que yo yazgo!

—¿Ni siquiera aquél que te llame Dinah? —hablé con impaciencia.

Ella tembló.

—Sal de mi camino —repetí—. Dinah, gata de Alicia Liddell.

—¿Alteza? —Me miró insegura—. ¿Vos aquí?

—Quiero entrar. Échate a un lado. No, no te vayas. Entra conmigo.

En el cuarto, de acuerdo con la costumbre de la época, había tantos muebles como cabían. También aquí las paredes estaban cubiertas por un papel pintado con un horrible motivo de flores. Sobre la cómoda colgaba un grabado no demasiado conseguido que mostraba, si se daba crédito al título, a cierta Mrs. West en el papel de Desdémona. Y sobre la cama yacía Alicia Liddell, inconsciente, sudorosa y pálida como un fantasma. Deliraba con tanta fuerza que en el aire, sobre ella, casi pude ver las tejas rojas de la casa de la Liebre y escuchar «Greensleeves».

—Navegaban con un bote por el Támesis, ella, su hermana y don Charles Lutwidge Dodgson. —Venera Whiteblack anticipó mis preguntas—. Alicia cayó al agua, se constipó y le dio fiebre. Vino el médico, le recetó diversos medicamentos, la trataron también con la farmacia casera. Por un descuido se coló entre las medicinas una botellita de láudano y ella se la bebió. Desde entonces está en este estado.

Me quedé pensativo.

—¿Ese irresponsable de Charles era el hombre con corte de pelo de pianista que hablaba con el decano Liddell? Cuando crucé por el salón percibí los pensamientos que emanaban de él. Un sentimiento de culpa.

—Sí, justo ése es. Un amigo de la casa. Profesor de matemáticas, pero aparte de ello, se le puede aguantar. Y no lo llamaría irresponsable. No fue culpa suya lo del bote. Un accidente puede ocurrirle a cualquiera.

—¿Suele estar a menudo con Alicia?

—A menudo. Ella le quiere. Él la quiere. Cuando la mira, murmura algo. Se inventa y le cuenta pequeñas historias increíbles. A ella eso le encanta.

—Ajá. —Moví la oreja—. Historias increíbles. Fantasías. Y láudano. Así que ésta es la cosa, pun not intended. No importa. Pensemos en la muchacha. Mi deseo es que se cure. Y urgentemente.

La gata entrecerró sus ojos dorados y alargó los bigotes, lo que entre nosotros, los gatos, significa asombro sin límites. Sin embargo, se controló rápidamente. Y no contestó. Sabía que preguntar por mis motivos supondría

una falta de tacto monstruosa. Sabía también que yo no respondería a tal pregunta. Ningún gato responde jamás a tales preguntas. Hacemos siempre lo que queremos y no acostumbramos a justificarnos.

—Mi deseo es —repetí con énfasis— que la enfermedad abandone a Alicia Liddell.

Venera se sentó, ronroneó, alzó la oreja.

—Es vuestro privilegio, príncipe —dijo dulcemente—. Yo... yo sólo puedo agradecer... el honor. Amo a esa niña.

—No es un honor. Así que no agradezcas y ponte al tajo.

—¿Yo? —Casi dio un salto de la impresión—. ¿Yo tengo que curarla? ¡Pero si eso les está prohibido a los gatos normales! Pensé que vuestra alteza misma... Al fin y al cabo, no sé si sabría...

—En primer lugar, no hay gatos normales. En segundo, a mí me está permitido quebrar cualquier ley. La presente ley la quiebro. Ponte al tajo.

—Pero... —Venera no apartaba de mí unos ojos en los que de pronto había aparecido el miedo—. Pero si le arranco la enfermedad, entonces yo...

—Sí —le dije con menosprecio—. Morirás en su lugar.

Dices que amas a esta muchacha, pensé. Demuéstralo. ¿Pensarás quizá que basta con yacer sobre las rodillas, ronronear y dejarse acariciar? ¿Reforzarás la convicción de que los gatos son falsos, que no se atan a las personas sino exclusivamente a los lugares?

Por supuesto, decirle tales banalidades a Venera Whiteblack hubiera estado por debajo de mi dignidad. Y habría sido totalmente innecesario. Detrás de mí estaba el poder de la autoridad. De la única autoridad que aceptan los gatos. Venera maulló bajito, saltó sobre el pecho de Alicia, comenzó a apretar con fuerza la colcha con sus patas. Escuché los apagados chasquidos de las uñas al engancharse en el adamasco. Al percibir el sitio exacto, la gata se colocó y comenzó a ronronear muy fuerte. Pese a su evidente falta de práctica, lo hacía a la perfección. Casi pude sentir cómo con cada ronroneo extraía de la enferma lo que había que extraer.

No la molesté, por supuesto. Vigilaba para que no la molestara nadie más. Resultó que con razón.

Las puertas se abrieron en silencio y al cuarto entró aquel pálido hombre moreno, Charles Ludwig o Ludwig Charles, lo había olvidado. Entró con la cabeza baja, compungido y repleto de dolor y culpa. De inmediato vio a Venera Whiteblack tumbada sobre el pecho de Alicia y de inmediato reconoció que había a quien echarle la culpa.

—Eeh, ggg... gato —tartamudeó—, ¡psss! ¡Sal de la cama innnn... inmediatamente!

Dio dos pasos, miró al sillón sobre el que yo estaba tumbado. Y me vio. O puede que no tanto a mí como a mi sonrisa flotando en el aire. No sé por qué milagro, pero la vio. Y palideció. Agitó la cabeza. Se restregó los ojos. Se lamió los labios. Y luego elevó la mano hacia mí.

—Tócame —le dije en el tono más dulce del que era capaz—. Tócame, insolente, y durante el resto de tu vida te limpiarás las narices con una prótesis.

—¿Quién eee... —tartamudeó— eee... res?

—Mi nombre es legión —le respondí indiferente—. Para los amigos Malignus, princeps potestatis aeris. Soy uno de aquéllos que rondan y miran queaerens quem devoret. Para vuestra suerte lo que queremos devorar son por lo general ratones. Pero en tu lugar no extraería conclusiones demasiado rápidas ni demasiado profundas.

—Es... to nn... —tartamudeó, esta vez con tanta violencia que los ojos por poco no se le salen de las órbitas—. Esto nooo eess...

—Posible, posible —le aseguré, todavía sonriendo blanco y afilado—. Quédate ahí donde estás. Limita tu actividad al mínimo y te concederé que sigas sano y salvo. Parole d'honneur. ¿Has entendido lo que he dicho, dos patas? Lo único que te es lícito mover son los párpados y las órbitas de los ojos. Te permito también aspirar y espirar con precaución.

—Pero...

—La cháchara no está permitida. Guarda silencio y no te muevas, como si tu vida dependiera de ello. Porque, de hecho, depende.

Lo comprendió. Se quedó de pie en silencio, me miraba y pensaba intensamente. Sus pensamientos eran muy complicados. No esperaba aquello de un profesor de matemáticas. Mientras tanto, Venera Whiteblack hacía su trabajo, el aire vibraba a causa de la magia de sus ronroneos. Alicia

se movió, gimió. La gata la tranquilizó, poniéndole la pata sobre el rostro. Charles Lutwidge Dodgson —me acordé de su nombre— tembló al verlo.

—Tranquilo —le dije inesperadamente suave—. Aquí estamos curando. Esto es una terapia. Ten paciencia.

Me miró durante un instante.

—Eres mm... mi propia fantasía —murmuró por fin—. No tiene sentido habbb... blar contigo.

—Me lo has quitado de los labios.

—¿Esto —señaló a la cama con un breve movimiento de cabeza— se supone que es una ttt... terapia? ¿Una terapia gatuna?

—Lo has adivinado.

—Though this be madness —masculló, extrañamente, sin tartamudear— yet there is method in't.

—Esto también me lo has quitado de los labios.

Esperamos. Por fin Venera Whiteblack dejó de ronronear, se echó a un lado, bostezó y se repasó algunas veces la piel con su lengua rosácea.

—Creo que ya está —afirmó insegura—. Le he sacado todo. El veneno, la enfermedad y la fiebre. Tenía también algo en la médula espinal, pero no sé lo que era. Para más seguridad también se lo he sacado.

—Bravo, my Lady.

—*Your Grace?*

—¿Sí?

—Sigo viva.

—¿No pensarías —sonreí con altivez— que te iba a dejar morir?

La gata entrecerró los ojos en un agradecimiento mudo. Charles Lutwidge Dodgson, que desde hacía rato seguía intranquilo con los ojos nuestras acciones, carraspeó de pronto. Lo miré.

—Habla —le permití magnánimo—. Pero no tartamudees, por favor.

—No sé cuál es el ritual que se está aquí celebrando —comenzó en voz bajita—. Pero hay cosas en el cielo y en la tierra...

—Pasa de esas cosas.

—Alicia todavía está inconsciente.

Ja. Tenía razón. Parecía que la operación había tenido éxito. Pero sólo para los médicos. Medice, cura te ipsum, pensé. Me demoré en alzar la voz,

sintiendo sobre mí la mirada interrogativa del gato y los ojos intranquilos del profesor de matemáticas. Sopesé las diversas posibilidades. Una de ellas era encogerse de hombros y largarse. Pero ya me había comprometido demasiado con esta historia, no podía retroceder. La botella que me había apostado con la Liebre era una cosa, pero el prestigio...

Estaba pensando intensamente. Me interrumpieron.

Charles Lutwidge dio un repentino salto y Venera Whiteblack se puso tensa y alzó bruscamente la cabeza. Sobre los floripondios del papel Victoriano bailaba una sombra rápida y dinámica.

—¡Jaa-jaa! —chilló la sombra, dando vueltas alrededor de la lámpara de araña—. ¿Come murciélagos el gato?

Venera bajó las orejas, siseó, erizó los pelos, bufó rabiosa. Radetzky se colgó con cuidado de la pantalla de la lámpara.

—¡Chester! —gritó desde la altura, desplegando un ala—. ¡Archie me pidió que te dijera que te apresuraras! ¡Algo va mal! ¡Les Coeurs se llevaron a la muchacha! ¡Date prisa, Chester!

Lancé una blasfemia bastante fea, pero en egipcio, así que nadie la entendió. Miré a Alicia. Respiraba con tranquilidad, en su rostro vislumbré algo parecido al rubor. Pero joder, seguía inconsciente.

—Todavía está soñando —Charles Lutwidge Dodgson descubrió América—. Lo que es peor, me da la sensación de que no es su sueño.

—Yo también lo temo. —Le miré a los ojos—. Pero no hay tiempo para teorías. Hay que arrancarla de los delirios antes de que se llegue a un punto irrecuperable. Radetzky, ¿dónde está la muchacha en este momento?

—¡En las Wonderland Meadows! —gritó el murciélago—. ¡En el campo de croquet! ¡Con Mab y Les Coeurs!

—Vamos.

—Id. —Venera Whiteblack sacó las uñas—. Y yo vigilaré aquí.

—Un momento. —Charles Lutwidge se limpió la frente—. No entiendo todo... No sé adonde os vais ni para qué... pero no os iréis sin mí... Soy yo el que tiene que encontrar el final de esta historia. Para hacerlo... By Jove! Tengo que ir con vosotros.

—Estás bromeando —bufé—. No sabes de lo que hablas.

—Lo sé. Ésta es mi propia fantasía.

—Ya no.

En el camino de regreso el horror vacui fue todavía peor. Porque tenía prisa. La prisa durante estos viajes resulta perjudicial. Un pequeño error en los cálculos y de pronto se acaba en Florencia, en el año 1348, durante la epidemia de la Muerte Negra. O en París, en la noche de veintitrés al veinticuatro de agosto de 1572.

Pero tuve suerte. Llegué a donde tenía que llegar.

El Sombrerero no exageraba ni se había equivocado al llamar efectistas a toda aquella asquerosa pandilla. Ellos hacían todo con efecto y para el efecto. Siempre. Esta vez también.

El prado situado entre acacias fingía en vano ser un campo de croquet. Para lograr el efecto se habían colocado incluso esas porterías semicirculares que en el argot de croquet se denominan arches. Les Coeurs —en número de diez— tenían en las manos los requisitos: martillos, o sea mallets, y por la hierba corría algo que tenía que imitar a una pelota, pero que parecía más bien un erizo enrollado sobre sí. Sin embargo, la batuta la llevaba, por supuesto, Mab, la de cabellos ardientes, vestida de satén carmín y chillona bisutería. Con la cabeza alta y un gesto de mando les mostraba a Les Coeurs los lugares que tenían que ocupar. Con una mano sujetaba por los hombros a Alicia Liddell. La muchacha miraba a la reina y los preparativos con un vivo interés y las mejillas ardientes. A todas luces no comprendía que no se estaba preparando una diversión, sino una ejecución efectista y sádica.

Mi inesperada aparición provocó —como siempre— una cierta agitación y unos susurros entre Les Coeurs, que, sin embargo, Mab controló rápidamente.

—Lo lamento, Chester —dijo con frialdad, retorciendo los volantes de los hombros de Alicia con unos dedos armados de anillos—. Lo lamento mucho, pero ya tenemos completo el equipo. Ésta ha sido, entre otras, la razón de que no te hayamos enviado una invitación.

—No importa —bostecé, mostrando mis incisivos, colmillos, molares y premolares, en conjunto un impresionante montón de marfil y esmaltes—. No importa, alteza, en cualquier caso hubiera estado obligado a rechazarlo. No me gusta demasiado el croquet, prefiero otros juegos y diversiones. En

lo que concierne al equipo, me imagino que tendréis también jugadores de reserva.

—¿Y a ti qué puede importarte —Mab entrecerró los ojos— lo que tenemos y lo que no?

—Estoy obligado a llevarme de aquí a la señorita Liddell. Cuento con que no os estropearé el juego.

—Ajá. —Mab me correspondió con una demostración de su dentadura que imitaba malamente una sonrisa—. Ajá. Comprendo. Explícame, sin embargo, por qué nuestra eterna lucha por la hegemonía tiene que basarse en quitarnos el uno al otro las diversiones. ¿Acaso tenemos que comportarnos siempre como niños? ¿Acaso no podemos acordar un lugar y un tiempo, resolver lo que haya por resolver? ¿Podrías explicármelo, Chester?

—Mab —repliqué—. Si quieres discutir, fija un lugar y un tiempo. Con la debida antelación. Hoy no tengo humor para disputas. Aparte de eso, los jugadores están esperando. Así que me llevo a Miss Liddell y desaparezco, dejo de importunar.

—¿Pa qué rábanos —Mab, cuando se ponía nerviosa, echaba mano siempre de algún horrible argot— y pa qué leches necesitas tú a esta cría, gato del diablo? ¿Por qué la necesitas tanto? ¿Y no será que en realidad no te interesa la cría? ¿Qué? ¡Respóndeme!

—Dije que no tengo ganas de discutir. Lo cual incluye también las respuestas a tus preguntas. Ven aquí, Alicia.

—Ni te atrevas a moverte, mocosa. —Mab apretó los dedos sobre el hombro de Alicia y el rostro de la muchacha se retorció y palideció a causa del dolor. Por la expresión de sus ojos oscuros vi que comenzaba a comprender a qué juego se estaba jugando allí.

—Tenga la bondad vuestra alteza —miré a mi alrededor y comprendí que Les Coeurs poco a poco me iban rodeando— de quitar su hermosa mano del hombro de esta niña. Inmediatamente. Tenga también la bondad vuestra alteza de informar a sus servidores de que se retiren a la distancia prevista por el protocolo.

—¿De verdad? —Mab mostró más dientes—. Y si no tengo la bondad, ¿qué, si puede saberse?

—Puede saberse. Entonces, bellaca pelirroja, también yo me comportaré sin hacer caso al protocolo. Obligaré a sangrar un poquito a vuestra banda de mierda.

Y con esto se acabó la charla. Les Coeurs, como de costumbre, se echaron sobre mí sin esperar a que dejara de resonar el grito de Mab ni a que su mano anillada terminara el gesto de mando. Se echaron sobre mí todos los que había. A mogollón.

Pero yo ya estaba preparado para aquello. Volaron jirones de sus trajes adornados con símbolos de cartas. Volaron jirones de ellos mismos. Y de mí también, pero muchísimos menos. Me tumbé sobre el lomo, lo que reducía un tanto mi movilidad, pero me permitía hacerlos pedazos también con ayuda de mis patas traseras. Poco a poco el esfuerzo comenzó a dar resultado: unos cuantos Les Coeurs, bastante marcados por mis uñas y dientes, emprendieron una deshonrosa retirada ignorando los gritos de Mab, quien con palabras no demasiado escogidas les ordenaba el qué y con qué me tenían que cortar.

—¿Y a quién le importáis? —gritó de pronto Alicia, aportando una nota completamente nueva a la batahola general—. ¡Sólo sois cartas de la baraja! ¡Sólo cartas de la baraja!

—¿Sí? —aulló Mab, agitándola violentamente—. ¿Qué es lo que no dirás?

Uno de Les Coeurs, un muchacho de pelo rizado con la señal de un trébol en el pecho, me agarró la cola con las dos manos. No soporto tales confianzas, así que le arranqué la cabeza. Pero otros estaban ya junto a mí e hicieron uso de puños, tacones y martillos de croquet, jadeando con fuerza. Estaban rabiosos del copón. Pero yo también estaba rabioso. Después de un instante, hubo más espacio alrededor. Pude pasar de una guerra de posiciones a una guerra de maniobras. La hierba estaba ya tremendamente roja y resbaladiza.

Alicia dio una patada a Mab con todas sus fuerzas en la espinilla. Su majestad blasfemó horriblemente y la golpeó con ímpetu en la cara. La muchacha cayó, aterrizó sobre uno de Les Coeurs que justamente intentaba levantarse. Antes de que se quitara de encima a Alicia, le saqué un ojo. A

otro que estaba intentando entrometerse le saqué los dos. Los que quedaban echaron a correr y me pude levantar.

—¿Qué, querida Queen of Hearts? ¿Vale ya por hoy? —Resoplé, me lamí la sangre de las narices y los bigotes—. ¿Quizá acabaremos en otro momento, acordando previamente el tiempo y el lugar?

Mab me obsequió con una tirada en la que la expresión «hijoputa atigrado» era la más suave, aunque la que más a menudo se repetía. A todas luces se veía que no tenía intención de dejar el conflicto para otra vez. Algunos Les Coeurs se habían recuperado ya del primer shock y se preparaban para un nuevo ataque. Y yo estaba algo cansado y más allá de toda duda tenía una costilla rota. Me puse delante de Alicia.

Mab aulló triunfalmente. Los matorrales de acacia se abrieron de pronto como si fueran el Mar Rojo. Y de allí, excitado para la lucha por los chillidos de Les Coeurs, apareció a todo galope un zumbabadanas. En concreto, un extraordinariamente bien desarrollado zumbabadanas. Un peligroso zumbabadanas.

—¡Me haré coser un sombrero con tu piel, Chester! —aulló Mab mientras señalaba al zumbabadanas sobre quién tenía que lanzarse—. ¡Si es que queda suficiente piel tuya para hacer un sombrero!

Soy un gato. Tengo nueve vidas. No sé, sin embargo, si os he contado que ya he hecho uso de ocho de ellas.

—¡Escapa, Alicia! —grité—. ¡Escapa!

Pero Alicia Liddell no se movió, paralizada de miedo. No me asombré demasiado.

El zumbabadanas hozó con las garras en la tierra como si quisiera excavar una estación de metro o el túnel del Mont Blanc. Erizó su pellejo rojinegro, con lo que se hizo casi dos veces mayor, aunque sin necesidad de ello era ya suficientemente grande. Los músculos bajo su piel tocaban la *Novena sinfonía*, los ojos le ardían con un fuego infernal. Abrió las mandíbulas de una forma que me halagó mucho. Y se echó sobre mí.

Me defendí acerbamente. Puse todo de mi parte. Pero él era más grande y fuerte. Antes de que consiguiera por fin quitármelo de encima y hacerlo retroceder, me dio una terrible tunda.

Apenas me tenía en pie. La sangre me anegaba los ojos y se coagulaba a los lados y la afilada punta de una de mis costillas rotas intentaba una y otra vez buscar algo en mi pulmón derecho. Alicia chillaba de tal forma que hasta pitaban los oídos. El zumbabadanas se limpió con brío los huevos en la hierba, meneó los restos de las orejas, me miró por debajo de sus rasgadas cejas y por encima de sus narices sangrantes. Luego abrió las fauces. Y de modo totalmente inesperado las volvió a cerrar. En vez de saltar de nuevo y acabar conmigo, se mantuvo en un irribundio silencio. Como el culo de un buey.

Miré inconscientemente y, os digo, la última vez que vi algo parecido fue en *El nacimiento de una nación* de Griffith. Porque de entre los árboles venía a la carga un pelotón de combate. Pero no se trataba de la US Cavalry ni del Ku-Klux-Klan. Era mi conocido, un cierto Charles Lutwidge Dodgson. Tenía el aspecto, os digo, del san Jorge de un cuadro de Carpaccio, estaba armado con una espada vorpal que lanzaba cegadores destellos cocinantes.

No lo creeréis, pero el zumbabadanas huyó primero. Siguiendo las huellas de su rabo encogido, se salvaban huyendo aquéllos de Les Coeurs que aún controlaban sus pies. Y como última, del campo de batalla se fue la reina Mab, envuelta en su vestido de raso. Por mi parte veía todo esto como a través de un acuario lleno de sopa de remolacha. Y un instante después...

Jurad que no os vais a reír.

Un instante después vi a un conejo de ojos rosados que miraba la esfera de un reloj que había sacado del bolsillo de un chaleco. Y luego caí por una madriguera negra y sin fondo.

La caída duró mucho.

Soy un gato. Siempre caigo sobre mis cuatro patas. Incluso si no me acuerdo de ello.

—Ah —dijo de pronto Charles Lutwidge Dodgson, apoyándose con los codos en la cesta de mimbre que contenía bocadillos—. ¿Conoces, Gato de Cheshire, ese delicioso sentimiento de somnolencia que acompaña al despertar en una mañana de verano, cuando el aire está repleto de trinos de pájaros, un vivificante airéenlo corre por la ventana abierta y tú, yaciendo perezosamente con los ojos medio abiertos, miras, como si todavía

estuvieras soñando, unas ramas verdes balanceándose levemente, la superficie del agua arrugada por olas doradas? Ah, créeme, Gato, ese placer que limita con la profunda tristeza, ese placer que llena los ojos de lágrimas como si fuera un hermoso cuadro o un poema...

No lo creeréis. No tartamudeó ni una sola vez.

El picnic seguía. Alicia Liddell y sus hermanas jugaban ruidosamente a orillas del Támesis, entrando una tras otra en uno de los botes amarrados a la orilla y saltando una tras otra fuera de él. Si al hacer esto alguna de las muchachas provocaba un chapoteo en el agua, lanzaba un grito agudo y alzaba bien alto el vestido. En esos momentos, Charles Lutwidge Dodgson, que estaba sentado junto a mí, se animaba ligeramente y ligeramente se ruborizaba.

—*And I have loved you so long...* —canturreé bajo mis bigotes, al llegar a la conclusión de que la Liebre de Marzo tenía bastante razón en lo que decía.

—¿Qué?

—"Greensleeves". No importa. ¿Sabes qué, querido Charles? Describe todo esto. El cuento, como se puede ver por las ilustraciones que lo acompañan, ha ido creciendo lentamente como un edificio y está lleno de personajes singulares. Es hora de describirlo. Tanto más que el principio ya está escrito.

Guardó silencio. Y no alzó la vista de Alicia Liddell, quien, chillando de alegría, se levantaba el vestido hasta que se le podían ver las braguitas.

—Media vida nos separa —dijo de pronto en baja voz—. Y el tiempo, que cruel pasa. Nunca ya en mí pensará, en los años jóvenes que vendrán...

—Sugeriría mejor la prosa —no resistí—. La poesía no se vende bien.

Me miró y frunció el ceño ligeramente.

—¿No podrías... humm... materializarte más? —preguntó—. Resulta enervante mirar a tu sonrisa flotando en la nada.

—Hoy, querido Charles, no soy capaz de negarte nada. Tengo una deuda demasiado grande contigo.

—No hablemos de ello —dijo con embarazo, volviendo la vista—. Cualquiera en mi lugar... No podía permitir que a ella... y a ti... os matara mi propia fantasía.

—Gracias por no permitirlo. Y entre nosotros: ¿de dónde, oh flor de la caballería y de la infantería, sacaste la espada vorpal cocillante?

—¿Lo qué?

—Forget it. Charles, nos salimos del tema.

—¿Un libro que describa todo esto? —Se volvió a sumir en sus pensamientos—. Yo qué sé. De verdad, no sé si sería capaz...

—Serías capaz. Tu fantasía tiene una fuerza capaz de romper costillas.

—Humm. —Hizo un movimiento como si quisiera acariciarme, pero se lo pensó mejor a tiempo—. Humm, ¿quién sabe? ¿Puede que a ella... le gustara un libro así? Aparte de eso, la universidad paga mal, no me desagradarían un par de libras extra... Por supuesto, tendría que editarlo bajo pseudónimo. Mi puesto de profesor...

—Te es necesario un buen nom de plume, Charles —bostecé—. No sólo por tus jefes de la universidad. Tu nombre verdadero no sirve para la cubierta de un libro. Suena como si alguien que estuviera muriendo de neumotorax dictara su testamento.

—Increíble. —Fingió enfado—. ¿Tienes alguna propuesta? ¿Algo que suene mejor?

—Lo tengo. William Blake.

—Te burlas.

—Emily Bronté.

Esta vez se calló y durante un buen rato no dijo nada. Las señoritas Liddell encontraron en la orilla la concha de una almeja. Sus gritos de alegría no tenían fin.

—¿Duermes, Gato de Cheshire?

—Lo intento.

—Bueno, entonces duerme, oh tigre que ardes brillante en el bosque de la noche. No te molestaré.

—Estoy tendido sobre la manga de tu levita. ¿Qué pasaría si quisieras levantarte?

Sonrió.

—Cortaría la manga.

Estuvimos callados durante mucho tiempo, contemplando el Támesis, por donde nadaban patos y somormujos.

—La escritura... —dijo de pronto Charles Lutwidge, dando la sensación de que se había despertado bruscamente en una mañana de verano—. La escritura es un arte muerto. Llega el siglo XX, y éste será el siglo de la imagen.

—¿Te refieres al juguete inventado por Luis Jacques Mond Daguerre?

—Sí —confirmó—. Justamente me refiero a la fotografía. La literatura es fantasía, es decir, mentira. El escritor engaña al lector, llevándolo de las riendas de su propia imaginación. Le confunde con equívocos y ambigüedades. La fotografía no miente nunca...

—¿Seguro? —Moví la punta de la cola, lo que para nosotros, los gatos, significa burla—. ¿La fotografía no es ambigua? ¿Incluso aquélla que muestra a una muchacha de doce años en un déshabillé bastante ambiguo y atrevido? ¿O tendida en un sofá en una posición bastante ambigua?

Enrojeció.

—No hay de qué avergonzarse. —Meneé de nuevo la cola—. A todos nos gusta la belleza. A mí también, querido Charles Lutwidge, me fascinan las gatas jovencitas. Si me ocupara de la fotografía tampoco yo, como tú, buscaría otros modelos. Y me cago en las convenciones.

—Nunca le ennn... señé a nadie esas fotografías. —Inesperadamente, comenzó de nuevo a tartamudear—, Y nunca se las ennn... señalaré. Aunque has de saber que hubo un mmm... momento en que albergué ciertas esperanzas con la fotografía... De naturaleza financiera.

Sonreí. Apuesto a que no comprendió mi sonrisa. No sabía en lo que estaba pensando. No sabía lo que yo vi mientras caía por la negra galería de la madriguera del conejo. Y vi y conocí, entre otras cosas, que dentro de ciento treinta y cuatro años, en junio de 1996, cuatro de sus fotografías, que mostraban muchachas de edad de once a trece años, todas vestidas con romántica y excitante lencería victoriana, todas en poses ambiguas, pero sugestivamente eróticas, caerían bajo el martillo de Sotheby's y serían vendidas por la pequeña suma de cuarenta y ocho mil quinientas libras esterlinas. No está mal, para cuatro pedazos de papel trabajados con la técnica de la colotipia.

Pero no tenía sentido hablarle de ello.

Escuché un susurro de alas. En una pradera cercana se aposentó Edgar. Y graznó apremiante. No era necesario. Yo ya sabía que era hora.

—Es hora de acabar el picnic. —Me levanté—. Adiós, Charles.

No mostró sorpresa.

—¿Estás en condiciones de irte? Tus heridas... —Soy un gato.

—Casi lo había olvidado. Eres el Gato de Cheshire. ¿Nos volveremos a ver otra vez? ¿Qué piensas? No respondí.

—¿Nos volveremos a ver otra vez? —repitió.

—Nevermore —dijo Edgar.

Y esto sería, queridos míos, en principio el final. Así que resumiré.

Cuando volví al País, todavía duraba la tarde porque aquí el tiempo fluye algo distinto que en vuestro mundo. Sin embargo, no me fui a casa de la Liebre y del Sombrerero para bebemos juntos la botella ganada en la apuesta y jactarme de un nuevo éxito —después del cabezón de Shakespeare— en la redención del destino de la literatura mundial. No me fui a ver a Mab para intentar suavizar el conflicto con ayuda de una conversación banal pero atestada de piropos. Me fui al bosque, para tumbarme en la rama, lamer las heridas y calentar el pellejo al sol.

Alguien había roto la tablilla con el letrero de «Beware the Jabberwock» y la había arrojado entre los matorrales. Seguramente lo hizo el propio Jabberwock en persona, acostumbra a hacerlo a menudo. Le gusta dar sustos y el letrero de advertencia le estropea el efecto de sorpresa.

Mi rama estaba allí donde la había dejado. Me encaramé a ella. Dejé caer pintorescamente la cola. Me tumbé, después de asegurarme de que Radetzky no andaba por los alrededores.

El sol calentaba. En la espesura de tumtumes y túlgidos clascaban alegres los burgovos. Silbramaban las alecas rastas. Las tovas agilimosas hacían algo en las cercanías del larde pero no podía ver el qué. La distancia era demasiado grande.

Era una tarde dorada.

Era un día cocillante. Y debirable. Como suele ser aquí.

Qué más da, leed acerca de ello vosotros mismos. En el original. O en cualquiera de las traducciones.

Hay tantas de ellas.

Lo que sucedió en Mischief Creek

«Lo que sucedió en Mischief Creek», relato a cuya idea básica estuve dándole vueltas durante casi seis años, lo escribí casi en el cambio de siglo: lo comencé en el invierno de 1999 y estuvo listo poco después de Nochevieja, en el Año Nuevo del Y2K, es decir, el 2000. El título es un homenaje a Bret Harte, que solía titular en tal estilo sus cuentos.

Escribí «Lo que sucedió...» después de un largo tiempo en el que no practiqué la forma corta. Recordemos que la anterior narración, «La tarde dorada», la terminé de escribir en el año 1997. La Saga de Geralt de Rivia, para qué hablar más, me tenía absorbido por completo. Especialmente en la última acometida, con los dos últimos tomos.

El relato tenía inspiraciones sin cuento: Janet Cave y Margary A. du Mond, *Witches and Witchcraft*; Phillip W. Sargeant, *Witches* Brian P. Levack, *La caza de brujas en Europa al principio de la edad moderna*; y tampoco conviene olvidar a *Las brujas*, de Jules Michelet. Pocas obras sobre hechizos y hechiceras olvidan mencionar el famoso caso de Salem.

El caso de Salem, que en el discurso y los detalles de la novela corta, incluyendo los nombres de los implicados, reproduzco con mi acostumbrada atención por la verdad histórica, fue bastante atípico. Tuvo lugar en febrero del año 1692, es decir, muy tarde. La locura criminal atravesó el Atlántico mucho después de que hubiera dejado de hacer estragos por Europa y casi desapareciera de allí. El clímax de la caza de brujas en Europa fueron precisamente los años 1600 a 1620. En Salem, además, sólo mataron a veintidós personas. Puede que no fuera poco para un sitio como Salem, pero lejos estuvieron aquellos fiscales y jueces de aquel Felipe Adolfo von Ehrenberg, arzobispo de Würzburg, que en un solo año quemó a novecientas «brujas». Su coleguilla el obispo Fuchs von Dornheim de Bamberg quemó a seiscientas. En Franconia, en Fulda, quemaron a trescientas mujeres en tres años. Sin embargo, el récord lo obtuvo Quedlinburg, en Sajonia: ciento treinta mujeres... en un día. Y en Nysa, una ciudad de Silesia, verdaderamente renacentista, de acuerdo con el espíritu de la época, el espíritu del progreso, como le correspondía a un siglo que se dirigía hacia la revolución industrial, el gremio de estufistas construyó a petición de los hermanos dominicanos un horno especial para quemar brujas. ¡El progreso! Desaparecen el arado sin freno, el torno de hilar, el molino de mano y el montón de leña puesto de cualquier modo en mitad de la plaza, ahora tenemos ya el arado moderno, el telar, el molino de agua y el horno para las brujas. Cierto que en el prototipo de Nysa sólo se quemó a unas cien mujeres, pero fue

un verdadero ejemplo precursor que no quedó en el olvido, sino que floreció en millones apenas tres siglos después. En aquella misma región. En Auschwitz-Birkenau.

Volvamos sin embargo a Salem. Investigando el caso obtuve una irresistible sensación de que su origen no residía, como en la mayor parte de los casos europeos, tan sólo en la psicosis, fanatismo y rabiosa misoginia del clero (ante lo cual hay que decir con claridad que las iglesias reformadas no se quedaron atrás con respecto al clero católico y a la Inquisición, a la que se le acusa de todo lo habido y por haber). Luteranos y anglicanos con el mismo fervor enviaban a las mujeres a la tortura y la hoguera. En Salem, me daba la impresión, realmente ninguno de los denunciadores ni de los jueces creía entonces en las brujas, y se trataba sobre todo de cuestiones monetarias o de venganzas privadas, lo que, al fin y al cabo, sugiere Arthur Miller en su famosa obra. De ahí el origen y el leitmotiv del relato, cercano además a «Los músicos»: torturamos a los animales porque son demasiado débiles para oponérsenos, torturamos a las «brujas» porque, ¿qué pueden hacernos unas débiles mujeres? Y he aquí que, de pronto, sorpresa...

El relato apareció en el año 2000, en el número de agosto de *Nowa Fantastyka*.

Se tropezaron con el cadáver de improviso, sin esperarlo, de pronto les estaba mirando con sus negras órbitas desde detrás de unos arbustos de enebro, atado a un seco árbol con el que daba la sensación de que formaba un todo. A primera vista tenía precisamente ese aspecto, era como si el hombre y el árbol hubieran muerto juntos. Al mismo tiempo. Como si se hubieran injertado en el momento de la muerte. A Jason Rivet le recorrió un fuerte escalofrío.

Por supuesto, se corrigió en sus pensamientos, esto no podía ser verdad, esta muerte común. El árbol era blanco, casi completamente desprovisto de ramas, enano, costroso, mutilado, desgarrado por una gran abertura. Estaba claro que había muerto hacía mucho, mucho tiempo. El hombre cuyos restos habían sido clavados al árbol había muerto con toda seguridad después. También hacía mucho tiempo, pero después.

—Que el diablo... —comenzó Adam Stoughton, pero se calló. El tío William escupió, inclinándose sobre la silla. El reverendo Maddox no se movió ni dijo nada.

Abiram Thorpe se bajó del caballo, se acercó con cuidado, removiendo el enebro con el cañón de su mosquete. Se acercó, quedó de pie junto a Izmael Sassamon. Preguntó algo, el indio contestó rápida y guturalmente.

El cráneo del cadáver, separado del resto del esqueleto, estaba ensartado en un nudo a una altura de más de seis pies del suelo. Bajo el cráneo, como un pie más abajo, habían clavado la caja torácica, podridas cuñas de madera sobresalían entre las costillas cubiertas de musgo. Una mano terriblemente destrozada colgaba de la clavícula. La otra, junto con la pelvis, los fémures, las tibias y muchos huesos más pequeños, descansaba formando un montoncillo a los pies del árbol seco.

—Los pieles rojas —dijo con convicción el constable Henry Corwin—. Esto es obra de los salvajes.

—Izmael dice que no —le contradijo Abiram Thorpe—. ¿Verdad, Izmael?

—No mohawk —dijo el indio con un sonido gutural—. No senesca. No mohicano. No lenni lenape.

—Él mismo es un piel roja —bufó el constable—, por eso lo dice. Un cristiano no trataría un cuerpo de esa forma. Y apostaría la cabeza a que a este desgraciado le ataron al tronco vivo. ¿Qué piensa, señor Thorpe? Al fin y al cabo sabe usted leer las huellas tan bien como los salvajes, con perdón por la comparación...

—No sé qué huellas —bufó el cazador—. Esto es una reliquia. Igual lleva aquí no sé los años.

—En los tiempos de la Guerra del Rey Felipe —habló Adam Stoughton— no faltaron muertos por estos bosques, raro no era tropezarse en los arbustos con un esqueleto. ¿Piensas, Abiram, que éste también puede colgar aquí desde el setenta y cinco?

—Puede. Me parece que...

—Hay que enterrar estos restos —le interrumpió el reverendo Maddox, mostrando con claridad lo poco que le interesaba el parecer del trampero—. Venga, señores, desmontemos.

—¿Y no será perder el tiempo? —El tío William frunció el ceño—. Esto no son más que unos pocos de güesos, a lo seguro un salvaje muerto por otros salvajes. Que le...

—Somos cristianos —le interrumpió John Maddox con una voz que le era habitual, es decir, ronca, desagradable y que no toleraba oposición. Delgado, con su gorrito alto, envuelto en su capote, el pastor tenía el aspecto de un gran pájaro negro. Un gran cuervo negro, pensó por enésima vez Jason Rivet, un delgado cuervo negro sentado sobre un rucio.

El reverendo se dio la vuelta en la silla y atravesó al muchacho con su mirada, casi como si fuera capaz de leer sus pensamientos.

—Toma los caballos, muchacho. Llévalos al río y abrévalos. ¡Presto! ¡Muévete! Bajen del caballo, señores. Le procuraremos al muerto un entierro.

—No nos vamos a cansar —murmuró el carpintero Stoughton—. No hay mucho. Bastaría con arañar la tierra con el tacón...

Henry Corwin respondió algo con enfado. Jason Rivet ya no lo oyó, estaba conduciendo a los caballos hacia la garganta.

El riachuelo olía a frío, salvia y cortezas podridas. El agua estaba marrón a causa de la turba, y en los lugares más profundos, en los recodos, donde la corriente cavaba huecos, parecía ser negra, escondida entre las sombras de los árboles inclinados sobre la garganta. Por encima de la misma agua crecían hayas, que se entrelazaban en lo alto para formar como un tejado. Bajo las hayas, detrás de unos enjambres de endrinos, se habían asentado los sasafrases, alerces y abetos. En la curva, en una poza junto a la lavada orilla, nadaba una trucha con un chapoteo digno de un castor. Jason Rivet se estremeció, los caballos alzaron la testa.

—Si los caballos ya han abrevado —le llegó desde lo alto la fuerte voz del reverendo Maddox—, tráelos aquí, muchacho. ¡Aprisa! ¡Muévete!

Que deje de mandarme, pensó Jason. Que deje de tratarme como a un sirviente, como a un negro, que deje de darme órdenes y para colmo con tal voz, como si ya antes de cumplirlas estuviera quejándose de la indolente y fallida realización de esas órdenes. Estoy harto. Estoy harto de que el tío William se lo permita, de que lo acepte con indiferencia o haga como que no ve y no oye. No pasaría esto si viviera padre. Padre jamás lo permitiría, no se lo permitiría ni al mismísimo reverendo John Maddox.

Estoy harto, repitió en su mente Jason Rivet mientras recogía en la mano las riendas de los seis caballos. Caminaban serviles, resbalándose, pateando y haciendo sonar las piedras con las herraduras, el castrado gris del reverendo, el castaño del carpintero Stoughton, la yegua baya de Abiram Thorpe, la jaca pinta del constable Corwin, el colorado semental del tío, su propio caballo overo.

—Venga, mozo —le apremió el pastor—. ¡No te entretengas!

Estoy harto, pensó Jason. Estoy harto de él y de todo este viaje.

Por suerte, me parece que no soy el único que está harto.

—Hemos de mirar la verdad a los ojos —dijo sombrío Adam Stoughton—. Estamos a más de sesenta millas de casa. El forraje para los caballos se acaba, y no habrá dónde topar más, porque si acaso hubiera por estos

andurriales granjas o aldeas, con toda seguridad serán pobres y menesterosas y nada conseguiremos allí. Diablos, señores, ¿cuán largo más tienen intenciones de seguir con esta empresa? ¿Hasta el invierno? ¿A dónde quieren llegar, al río Connecticut? ¿A los Apalaches? Abiram Thorpe, diablos, di algo, repite lo que me dijiste no ha mucho. ¡Diablos, alguien tendrá que atreverse a decirlo por fin!

Abiram Thorpe, que estaba apoyado en su mosquete, pasaba el peso de un pie al otro, sujetando con la mano su gorro adornado con un rabo de mapache. No era un secreto que no le gustaba hablar. Si se le preguntaba, respondía corto, de mala gana y no siempre. Si no se le preguntaba, casi nunca hablaba.

—Me da a mí —murmuró por fin el cazador, tosiéndose en el puño— que hora es de volver. Hemos ido más bien lejos.

—¡Más bien lejos! —bufó Adam Stoughton—. ¡Ya te vale! ¡Estamos a más de sesenta millas al oeste de Watertown! ¡Hemos ido sin duda más lejos que el capitán Elisur Holyoke en mil seiscientos treinta y tres!

—Ustedes —el reverendo Maddox clavó en el carpintero y el cazador sus ojos penetrantes, que brillaban como negros lagos entre el ala del sombrero y el blanco alzacuellos que estaba un tanto sucio—, ustedes se presentaron como voluntarios para esta persecución, nadie les obligó a ello. Así que asombran sus palabras, señor Stoughton, y su inesperada desgana. Parece que se olvidara usted del propósito que nos guía. La ley y la justicia.

—¡La ley! —le interrumpió, bufando, el carpintero Stoughton. Era el único de todo el grupo, había advertido Jason Rivet hacía ya tiempo, que se atrevía a interrumpir al reverendo sin ceremonia alguna—. ¡Con la ley no vamos a dar de comer a los caballos, diablos!

—Guárdate —ladró Henry Corwin—. Guárdate de llamar al diablo, Adam Stoughton. Porque está presto para aparecer a tu llamada.

El carpintero miró a su alrededor asustado, contempló el montón de tierra fresca que cubría al esqueleto que habían descolgado del árbol. Pero al momento alzó la cabeza con orgullo.

—En lo tocante a su justicia —siguió, mirando al pastor—, estoy seguro y os aseguro que tal satisfacción se hará incluso sin nosotros. El caballo de la muchacha cayó en Panacook, lo reventó, visteis al fin y al cabo el cuerpo.

Y dado que la moza está coja, no tiene posibilidad alguna de ir por estas soledades a pie. La justicia se la tomarán el frío y el hambre, de verdugo hará el oso, el lobo o el piel roja. De ella no quedara más que lo que de éste. Unos pocos huesecillos blancos roídos del todo. De modo que podemos volver a casa y decir a todo el condado con la conciencia tranquila...

—¡No! —El constable Corwin le quitó la palabra—. No volveré antes de cogerla. O de ver sus despojos. Al fin y al cabo, dudo de que nos sea dado lo segundo. No olvidéis con quién nos las habernos. Si fuera una moza del común, ya la tendríamos. Pero ella no es normal. A ella no le importan el hambre ni las fieras. ¡A ella tamaños esfuerzos no le importan, porque tiene en ella la fuerza del diablo! ¿Habéis olvidado de qué era capaz George Burroughs, el de Salem? Aunque era de complexión menuda, podía sujetar en sus manos extendidas un pesado mosquete y un barrilete de melaza y podía sostenerlos durante tres padrenuestros o bien...

—¿Y qué tiene esto que ver? —le interrumpió con enfado el carpintero—. ¿Eh?

—Que, al contrario que algunos, no soy un cagón —bufó—. Que a la vista de un cacho muerto no meto la testa en mi concha y no lloriqueo que quiero irme a casa.

—Tú fuiste a quien no ha mucho le dio miedo del diablo, Corwin.

—¡Yo no le tengo miedo a nada!

—¡Ni yo!

—Paz, señores. —John Maddox evitó la disputa con su voz ronca—. Haya paz entre ustedes. Y temer no hay que temer más que a Dios. Entiendo, constable Corwin, que está por la labor de continuar la persecución.

—Lo estoy, como de que estoy vivo. Quiero ver a la moza en el cadalso, no pienso dejar el castigo para los lobos ni los pieles rojas. Y yo no soy el carpintero, que tiene miedo de los esqueletos.

—¿Señor Hopwood?

El tío William desplazó el trozo de tabaco a la otra mejilla con la lengua, escupió sobre los juncos una saliva parduzca. Estuvo callado durante algunos minutos. Pero Jason Rivet no tenía dudas de lo que iba a responder. Y no se equivocó.

—A mí me da igual. Lo que mande, reverendo. Si manda ir adelante, me voy. Si manda volver, también. Yo voy adonde vaya.

—Y yo —el pastor atravesó con la mirada al carpintero— estoy por que continuemos la persecución. Así lo manda la ley y así lo mandan las Escrituras. Y esto bastaría incluso aunque estuviera en minoría. Pero es usted quien está en minoría, señor Stoughton.

—Interesante manera de contar, reverendo. Y un poco pronto, me parece.

—Cuento perfectamente —respondió el pastor con voz gélida—. Los señores Corwin y Hopwood comparten mi opinión. Así que son tres votos contra dos y ahí se acaba la votación. Porque no vamos a pedir su opinión a un crío. Y mucho menos a un indio. Así que sigamos las huellas.

—No hay huellas —dijo con su voz gutural Izmael Sassamon, apareciendo como un fantasma entre la espesura.

—¿Cómo que no hay? —Abiram Thorpe frunció el ceño—. ¿Y dónde se han metido? ¿Has mirado bien, Izmael?

—No hay huellas.

—No hay huellas —repitió Adam Stoughton al cabo de un largo instante de silencio—. ¿Y dónde puede haberse metido? ¿Adonde vamos, reverendo? ¿Constable? ¿Y tú, Izmael? Aquí nadie escucha tu opinión de indio ni cuenta con ella. Pero, diablos, a mí precisamente me gustaría mucho escucharla.

El indio le miró y su rostro era como el semblante de un muñeco tallado en madera.

—¿En qué dirección —repitió el carpintero sin intentar enmascarar su burla— nos mandas que vayamos?

—Allá donde el hacha. —El rostro de Izmael Sassamon seguía sin expresar nada—. Se oye un hacha. No lejos de aquí cortan leña.

El grupo se subió a las sillas sin decir nada, incluso sin que nadie lo ordenara. Izmael corría por delante, los otros le seguían tan deprisa como permitía el bosque. Los primeros eran Abiram Thorpe, que iba preparando ya el mosquete, y el constable Corwin. Jason Rivet era el último. Le habían enseñado cuál era su lugar.

—Es curioso —murmuró Adam Stoughton, que iba delante de él—, quién puede habitar aquí, en estas soledades. Poco se ha oído de aldeas al oeste de Worcester y de la Penacook Plantation.

William Hopwood no respondió, estaba ocupado en comprobar el estado de la cazoleta de la pistola y del trabuco. Jason Rivet sabía que su tío era hábil en el manejo de la pistola y el trabuco. Todos lo sabían. Era al fin y al cabo el único motivo por el que habían enrolado a su tío en la persecución. William Hopwood gozaba, por así decirlo, de fama de asesino. Todos sabían que de joven había cazado por los bosques a penobscots, pequods y nashuos, que había combatido con los senescas y los mohawks, que tenía una colección de cabelleras. Según afirmaban algunos maliciosos, en su mayoría de mujeres.

El reverendo Maddox, alarmado por el chirrido del cerrojo, se dio la vuelta en la silla. Él también conocía la opinión general sobre el tío. Él también advirtió cómo el holgazán William Hopwood, por lo general, soñoliento, apático e impasible, se había convertido de pronto en un depredador de ojos ardientes.

—Dispare —le advirtió con una voz silbante— sólo a mis órdenes, señor Hopwood. A mis órdenes. Nunca antes. ¿Entendido?

Cabalgaban hacia arriba por el río, retorciéndose entre grupos de sasafrases y zumaques. Pronto hasta a los oídos inexpertos de Jason llegó el eco del golpeteo de unas hachas. Después de un corto momento, el penetrante chasquido y el cercano ruido y crujido de las ramas al romperse anunciaron el efecto de los esfuerzos de los leñadores. Y enseguida, el grupo de Watertown salió a un claro. Brillaba el blanco de la madera y las astillas cortadas. Olía a resina.

Había seis leñadores. Tres limpiaban de ramas un pino caído. Dos arrastraban hacia el borde del claro un tocón enorme, dirigiendo hábilmente a dos pequeños caballos achaparrados y peludos. El sexto, el que estaba más cerca, recogía las ramas y las amontonaba en una pila.

A la vista del grupo los leñadores se quedaron paralizados, quietos en la posición en que estaban. Todos ellos eran, advirtió Jason, rubios. Sus rostros tenían un algo extraño.

—No tengan miedo, señores —dijo Maddox, abriendo su capote de modo que los leñadores pudieran ver la franja plateada en el alzacuellos del clérigo—. Somos buenos cristianos, servidores del rey, el orden y la ley.

Los leñadores no parecían asustados. Sorprendidos sí, pero no asustados. Aunque no podían no haber visto los mosquetes, el trabuco y las pistolas, en sus anchos rostros, que recordaban a la luna llena, no había ni huella de miedo. Sus rostros —Jason Rivet ya se había dado cuenta de que su extraño aspecto se debía a la absoluta falta de vello y a la extraordinaria claridad de sus cejas y pestañas— mostraban una total y tosca indiferencia.

—Somos cristianos y guardianes de la ley —repitió el reverendo, estirándose en su silla y recorriendo el claro con la vista—. Venimos de Watertown, del condado de Middlesex. Estamos persiguiendo a un preso huido de la cárcel que había sido condenado por el legítimo tribunal de la Colonia de la Bahía de Massachusetts.

—El delincuente es una mujer —añadió el constable Corwin—. Una mujer joven de cabellos claros. ¿La habéis visto?

Los leñadores le miraron como si fuera transparente. Como si no entendieran en absoluto sus palabras. Como si ni siquiera las oyeran. El más cercano se dio la vuelta y, como si nada, comenzó otra vez a recoger ramas.

—¿No entendéis? —Corwin se enfadó—. ¿O fingís que no entendéis?

Uno de los leñadores, el más alto, se pasó el hacha de mano a mano, abrió la boca, movió los labios algunas veces igual que si fuera un pez. Luego dijo algo incoherente. Y completamente ininteligible.

—Holandeses —afirmó con convicción el tío William—. Son holandeses. O alemanes.

—Los holandeses —dijo Maddox— suelen saber francés. Usted habla francés, señor Stoughton.

—Pero qué voy a hablar —murmuró el carpintero—. Un poquillo. Pero en fin, voy a intentarlo... Mesié! Bonyur! Nu som... Nu serse un... Una moza... Fam, quiero decir... Un fam, que huyó de prisión...

—Preguntadle —interrumpió el pastor— que de dónde son.

—*Vulé vu? Compri? Parlé, quel pueblo? Quel...* ¡Al diablo! No sé cómo se dice...

—No ayudaría —le cortó el constable Corwin— ni siquiera aunque lo supieras, Stoughton. Ellos no entienden ni torta. Y no está el problema en el francés. Simplemente son idiotas. Idiotas y eso es todo.

Las pálidas caras de los leñadores, hubiera jurado Jason Rivet, palidecieron aún más, los ojos azules como el agua se avivaron por un momento. El más alto volvió a mover los labios, como repitiendo palabras que conocía dichas por el constable. Luego adoptó una gran sonrisa, mostrando unos hermosos dientes blancos. Volvió a emitir una serie de ruidos balbuceantes e ininteligibles. Y luego se dio la vuelta, alzó el hacha y la dejó caer, cortando una nueva rama del pino caído. Los otros también volvieron a su trabajo, menospreciando completamente a los buenos cristianos y guardianes de la ley venidos de Watertown.

—No es posible —dijo Maddox con acidez— no estar de acuerdo con usted, constable. Las personas aquí presentes son, más allá de toda duda, débiles de pensamiento. Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los Cielos.

—Los primeros que nos encontramos ende hace dos días. —Stoughton meneó la cabeza—. Y aquí los tienes: unos imbéciles. Suyo será el reino de los Cielos. Suya la felicidad, nuestra la mala suerte. ¿Y qué hacemos ahora? ¿A quién le preguntamos ahora?

El carpintero miró a Izmael; el indio, por su parte, sin decir palabra, con el rostro casi tan indiferente como los leñadores, señaló un camino con señales de carros y de cascos de caballos que salía del claro. Abiram Thorpe espoleó con un chasquido de su boca a su yegua baya. El constable Corwin y Maddox se pusieron en marcha tras él. El tío liberó el gatillo de su trabuco, para no forzar el muelle.

—Seguro que hay una aldea por aquí —supuso Jason, acercándose más al caballo del carpintero—. ¿Qué piensa, señor Stoughton?

—¿Y qué piensas tú, muchacho? ¿Que estos leñadores han venido de Boston?

—No se burle. Yo sólo pregunto. Decían que no hay aldeas al oeste de Penacook.

—Decían.

—¿Y qué?

—No tenían razón.

Jason Rivet se inclinó hasta el mismo cuello del caballo para poder pasar bajo una rama de pino.

—¿Señor Stoughton?

—¿Qué pasa ahora?

—Ese esqueleto clavado al árbol... Y ahora estos extraños leñadores... No tiene miedo de que...

—¿De qué?

—¿De que sean hechizos? ¿Fuerzas malignas?

—No seas idiota, muchacho.

Una corriente les cortaba el paso, pero el camino conducía directamente hacia el vado. Sin dificultades, incluso sin mojarse los estribos, cruzaron el río sobre un fondo arenoso. Al otro lado del vado el bosque se hacía más ralo, el camino que seguían doblaba a lo largo de un lindero del que al poco salieron. Salieron a una pradera, verde, inundada de sol, que olía a la paja que estaba recogida en unos cuantos montones. Izmael Sassamon se detuvo, graznó, señaló con la mano. Innecesariamente, ya todos lo habían visto.

Junto a uno de los montones, que estaba desordenado, había un gracioso semental pío, enganchado a un carro de dos ruedas pintado de verde, aunque con la pintura bastante descolorida. Antes de que ninguno del grupo tuviera tiempo de mostrar asombro con la palabra, el gesto o siquiera una mueca, un hombre rubio y desnudo hasta la cintura saltó desde el montón de paja como un ciervo asustado. Sin perder ni siquiera un segundo para mirar a su alrededor, huyó zigzagueando ágilmente por entre los montones, acción en lo que no le estorbaba ni siquiera el peto que sujetaba con las dos manos. Pese a sujetarlo, el peto se le cayó. Antes de que el hombre, dando saltos de ciervo, alcanzara la negra pared del bosque, pudieron ver varias veces el brillo de su blanco trasero, que contrastaba fuertemente con el oscuro bronceado de sus espaldas.

—Que el diablo me... —comenzó Adam Stoughton, y se detuvo, al ver cómo del montón de paja surgía otra figura. Era una mujer. Jason Rivet tragó saliva y abrió la boca.

Abiram Thorpe bufó, el carpintero le acompañó, el tío se rió. El reverendo Maddox se volvió en la silla y los congeló con su mirada.

—Como animales —pronunció arrastrando las palabras—. Se revuelcan en la concupiscencia y se arrastran en el pecado como animales. Y la risa está fuera de lugar, señor Hopwood, y no hay de qué regocijarse, señor Stoughton. No se trata sólo de impudicia y desvergüenza, sino quebranto de la ley. Señor constable Corwin...

—Mejor enterarse primero —dijo Abiram Thorpe poniéndose serio—. Preguntarle a la moza por el camino.

—Bien dicho —añadió el carpintero—. Tenemos que pedir informes por fin. Así que no asuste a la moza con la ley y el castigo porque puede que también ella ponga pies en polvorosa.

Sin embargo, nada apuntaba a que la mujer tuviera intenciones de huir. Se puso de pie, tiró de las enaguas, se colocó las medias. Se abrochó el vestido, cubriendo ciertas cosas redondas que hasta entonces habían sido claramente visibles y le habían ocasionado a Jason Rivet un estremecimiento y una respiración apresurada. El muchacho advirtió que también el tío, el carpintero, Stoughton y el constable respiraban más deprisa. Más deprisa. Más deprisa cuanto más cerca estaba la mujer. Porque se estaba acercando, limpiando de pajas con los dedos sus hermosos cabellos castaños que le alcanzaban hasta la mitad de la espalda.

—No tengas miedo. —Adam Stoughton se pasó la lengua por los labios—. Somos cristianos, servidores del rey y de la ley.

—No tengo el más mínimo miedo. —La mujer sonrió, alzando efectivamente hacia los jinetes unos grandes ojos verdes sin sombra de recelo. El pesado vestido de lino se le ceñía con fuerza a los pechos. Jason Rivet tragó saliva y se dio cuenta de pronto de que la silla se le había vuelto incómoda y los pantalones eran estrechos.

—No tengo miedo de vosotros, cristianos, servidores del rey y de la ley. Si es cierto que tales sois.

—¡Ciertamente lo somos! —afirmó Henry Corwin, estirando orgulloso su figura huesuda—. Nos ha traído a estos lares...

—Lo que nos haya traído aquí —le interrumpió con voz ronca el reverendo Maddox— es cosa destinada a oídos más dignos. Y para cabezas capaces de entenderlo. Cubre tu impúdica desnudez, mujer.

Pasó un tiempo antes de que la muchacha de los cabellos castaños comprendiera que el reverendo se refería a sus brazos, que las mangas de su vestido recogidas hasta por encima del codo dejaban a la vista. Ella los cubrió con un pañuelo que recogió del montón de paja, sin levantar la vista del pastor, lo que, se veía, puso muy rabioso a Maddox.

—En la Colonia de la Bahía de Massachusetts —masculló el pastor, mirando a la muchacha como si estuviera no en la silla de un castrado rucio, sino en la misma cumbre del monte Sinaí—, la desnudez impúdica está perseguida por la ley. Lo mismo que la fornicación. Para que no lo olvides, lo que, además, intentaré que quede claro con ayuda de una azotaina en cuanto que hable con alguna de las autoridades del lugar. Y ahora muéstranos el camino a la aldea que, imagino, estará no muy lejos. Señálame el camino hacia alguien con quien pueda conversar. A alguien de la posición, cargo, razón y género adecuados. ¿Entiendes mis palabras, mujer?

—Todas.

—¿Y quién era el que echó a correr? —preguntó con voz fuerte el constable Corwin.

—Era mi marido —aclaró tranquila la de los cabellos castaños—. Trabaja como leñador. Corrió porque le dan miedo los extraños. Además es... extranjero. Sueco.

—¿Cómo los otros de aquel claro? ¿También suecos?

—Algunos. —La mujer tenía una bonita sonrisa—. Porque allí también hay holandeses y un noruego. Me imagino que los habéis encontrado. Y no habréis sacado mucho de ellos. En fin, no se puede negar que mal hablan nuestra lengua. Aparte de ello, para qué decir más, son gente sencilla...

—Lo hemos observado. Y la tal aldea, ¿dónde está?

—No lejos de aquí, junto al Mischief Creek. También la llamamos Mischief Creek. Yo me llamo Frances Flowers.

—No te hemos preguntado por tu nombre —la cortó Maddox—. Condúcenos a la aldea, mujer. Te dije que nos es preciso hablar con alguien más importante. Que disponga de razón.

—Por supuesto, por supuesto... —Los labios de la mujer no se torcieron en una sonrisa, pero en sus ojos verdes, Jason Rivet habría

apostado la cabeza, bailotearon unas chispas de regocijo—. Lo que mande, servidor del rey y la ley. Iré, si me permite, por delante, para avisar de su llegada a la persona competente.

Maddox no se dignó responder. Dio en el costado del caballo con el tacón y lo dirigió hacia un sendero que aparecía claramente marcado retorciéndose al borde del bosque. El indio se puso a su lado. La mujer —Frances Flowers— subió de un salto al carro de dos ruedas, lanzó un penetrante silbido e hizo sonar la tralla. El caballo pío tiró de los arreos y se puso a un paso tan veloz que la caja del carro saltaba detrás de él como una rana.

—Pero qué deprisa va la moza —murmuró Abiram Thorpe.

—En el heno —Adam Stoughton mostró los dientes en una sonrisa— seguro que tampoco lo hará mal.

El tío William se echó a reír.

Seguían avanzando a lo largo del río, el cual se remansaba al salir del bosque y se extendía formando un terreno inundado de bastante extensión. Al pasar el terreno pantanoso, detrás de unos campos de maíz y centeno, entre arces, olmos y abedules se vieron las tejas de unas casas. Había, por lo que se podía calcular, una docena.

—¿Cómo dijo ella? —habló el constable Corwin—. ¿Mischief Creek? Nunca he oído hablar de ello. Este río es con toda seguridad un afluente del Swift River, pero yo nunca he oído hablar de poblados al oeste de la Penacook Plantation ni de Elwes Marsh. Antaño los había, cierto, pero todos se convirtieron en cenizas en el setenta y cinco, durante la Guerra del Rey Felipe.

—Hace ya dieciocho años —advirtió Abiram Thorpe—. La gente se renueva. Buscan nuevas tierras. A veces lejos...

—Lejos —confirmó acerbo el pastor—. A veces muy lejos. Sobre todo si tienen motivos para ello.

—¿Qué es lo que tiene en mente, reverendo?

Maddox no respondió.

Vieron cómo el carro, que iba verdaderamente a tempo de caballería, se detuvo. Frances Flowers se inclinó e intercambió unas cuantas palabras con

alguien a quien no veían porque estaba detrás del maíz. Luego silbó y galopó hacia el pueblo.

Enseguida alcanzaron a su interlocutor, que resultó ser una muchacha de unos diez años, que llevaba una cesta con mazorcas. Al verlos se detuvo, alzó la cabeza. Tenía los ojos del mismo color verde que Frances Flowers, también unos cabellos de idéntico color, largos, retorcidos en rizos que sobresalían por debajo de su sombrero de paja.

—Pero, ¿qué dijo Francés? —señaló atrevida, pasando sus ojos de uno a otro jinete—. ¿Qué asno? Si son tos caballos. No veo burro alguno aquí. ¿Y tú, eres un indio?

Izmael Sassamon confirmó con un leve ademán de su cabeza. Maddox espoleó al caballo. Pero Adam Stoughton detuvo el suyo, se quedó atrás, cabalgó al paso de la muchacha. Henry Corwin hizo lo mismo. También Jason Rivet.

—¿Quieres que te lleve en el arzón, mozuela? —le propuso el carpintero.

La muchacha alzó la cabeza y rebufó.

—No, muchas gracias. Y no soy mozuela alguna, sino Verity Clarke.

—Ja. Y yo pensaba que Frances Flowers es tu madre. Te pareces a ella...

—Francés es mi prima y no mi madre. Ella no tiene hijos. Pero lo intenta en cuanto puede. En cuanto que hay tiempo y ocasión. Incluso cuando Ame Lennart, su marido, va al claro, Francés va allí con su carro. Y hacen niños.

El carpintero tosió, enmudeció, posó la mirada en la crin de su caballo. El constable contempló a la muchacha con atención.

—Así que el tal sueco —frunció el ceño— se llama Lennart. Y tu prima Flowers. ¿Qué matrimonio es éste entonces?

—¿Eh?

—Tu prima no lleva el apellido de su marido.

—¿Y por qué tendría que llevarlo?

Corwin se calló. Pero sólo durante un momento.

—¿Y tu padre? ¿Cuál es su apellido?

—Papá se murió.

Junto al río, en una praderilla sembrada de plumas, había unos gansos. Pasada la praderilla, a la sombra de los arces, vieron un cementerio rodeado por un bajo muro de piedra. Había muchas tumbas. Saltaba a la vista.

En el mismo borde del pueblo, justo al terminar la mancha verde de los huertos, se estaba construyendo un gran edificio que ya aparecía como una brillante jaula calada, llena de barriles y cabrios. Algunos hombres trabajaban junto al edificio, a sus oídos llegaba el golpeteo de los martillos. Junto a los mismos cascotes del rucio del pastor Maddox saltó un gato rojo, se esfumó en dirección a las vallas.

—¿Es verdad —habló de pronto Verity Clarke— que en las ciudades hay máquinas?

—¿Qué máquinas?

—Las que hacen cosas diversas. Y tienen ruedas.

—¿Como norias? ¿Trilladoras? ¿Molinos de agua?

—Justo. Y vehículos que van por los caminos. ¿Hay?

—Hay.

—Oh. Qué bonito.

—¿Y qué tal está Janet Hargraves? —El reverendo Maddox se volvió de pronto en la silla, atravesó a la muchacha como un verdadero halcón con la mirada.

—¿Quién?

—Janet Hargraves. Esa forastera que llegó aquí... no hace mucho. La del pie malo. ¿Está ya sana? ¿Le sigue doliendo el pie?

La muchacha le miró con unos ojos muy abiertos y con una boca que todavía lo estaba más. O es muy lista, pensó Jason Rivet, o de verdad no sabe nada, no ha visto nada. El astuto farol del reverendo no tuvo éxito.

Maddox debió de llegar a la misma conclusión, porque espoleó al caballo, dejando de prestar atención a la muchacha. Verity Clark lanzó un ruidoso suspiro. Caminó junto al caballo de Jason, dando saltitos y tarareando algo.

Estaban ya tan cerca de la casa en construcción que al sonido de los martillos se unió el sinfónico canto de la sierra y un vientecillo les comunicó el fuerte olor a trementina del pino recién cortado. Vieron ya a

los carpinteros, eran seis. Adam Stoughton revisó el trabajo con ojo de experto.

—Buen trabajo —valoró rápido—. Les va estupendamente.

—Se ve.

A la vista del grupo los carpinteros interrumpieron su trabajo y Jason Rivet hasta lanzó un bufido de asombro. Si no fuera porque el sentido común lo rechazaba, podría haber jurado que se trataba de los mismos rubios leñadores que habían encontrado hacía poco en el claro del bosque, los mismos, transportados allí por algún milagro. Los carpinteros eran igualmente rubios, tenían el mismo extraño rostro desprovisto de cejas y pestañas. Y los mismos ojos vacíos e indiferentes en los que en vano se podía buscar reacción alguna.

—Saludos. Venimos de Watertown. Somos servidores del rey y de la ley...

Maddox se detuvo. Comprendió que, como con los otros, hablar no tenía sentido.

—Con ellos no se puede entender una. —Verity Clarke confirmó con su voz sonora lo que era evidente—. No les tengas miedo, Adrián van Rijssel. No te harán nada. Vuelve al trabajo.

—Tot Uw dienst, juffrouw.

Cruzaron por entre los edificios. Y al punto vieron a quienes les estaban esperando en la veranda de una casa.

Una de las mujeres era su ya conocida Frances Flowers. El parecido de la segunda, más mayor, con la pequeña Verity no podía pasar inadvertido: era, con toda seguridad, su madre. La tercera mujer era alta y delgada, los huesos se dibujaban claramente bajo la piel de cera de su rostro y bajo su gorriño se escapaban unos mechones grises. La cuarta mujer, increíblemente hermosa, tenía los cabellos negros y brillantes como ala de cuervo y los labios rojos como la sangre. Una modesta camisa, una sencilla falda de algodón y un delantalillo blanco le sentaban mejor y la hacían más atractiva que todo el terciopelo y el raso de la mujer del gobernador de la Colonia. Pero la más extraña era la quinta.

La quinta mujer, que estaba sentada en una mecedora con un alto respaldo labrado, era de edad y cuerpo muy avanzados. Llevaba un negro

gorro con una hebilla y una corta capa. Tenía los ojos verde celadón, tan claros que parecía que estaban desprovistos de iris y que sólo tenían la mancha oscura de la pupila. En aquellos ojos había algo, advirtió Jason Rivet, que al instante le hacía a uno querer hacer una reverencia, bajar la mirada y reconocer que se había comido la confitura. La obesa irradiaba autoridad. Pero Jason Rivet no conocía aquella palabra.

—Los encontré en el campo, abuela —se escuchó en el silencio la vocecita chillona de Verity Clarke—. Son servidores del rey y qué sé yo más...

—Ya lo sabemos —dijo Frances Flowers con una sonrisa bastante maligna—. Señores, han expresado su deseo de hablar con alguien en la posición, cargo, razón y género adecuados. Así que aquí estamos.

—Bienvenidos, señores —dijo la mujer obesa de ojos claros. De haber escuchado su voz a la espalda Jason hubiera jurado que era la voz de una muchacha joven—. Bienvenidos a Mischief Creek. Me llamo Dorothy Sutton.

—¿Qué es este belén? —gritó rudo el pastor Maddox—. ¿Qué son estas burlas? ¿Dónde está tu esposo, mujer?

—Seguro que ha visto el cementerio junto al pueblo. Allí reposa él, que el Señor bendiga su memoria.

—¡Quiero hablar con un hombre!

—Hablado ha ya con los leñadores. —De los labios de Frances Flowers no desaparecía una sonrisita maligna y desvergonzada—. Y con los carpinteros que construyen el almacén. ¿No ha tenido suficiente?

—¿No hay otros aquí?

—Los hay, los hay —habló la belleza de los cabellos negros—. Oh, ése, por ejemplo.

De entre las casas surgió un hombre con los pantalones arremangados, empujando una carretilla llena de estiércol. Al pasar junto a ellos les brindó una tonta mueca y una mirada algo asustada, tras lo cual apretó el paso. El constable Corwin maldijo en voz baja, el carpintero Stoughton resopló, el tío William escupió. Al reverendo Maddox le rechinaron audiblemente los dientes.

—Así que aquí no hay... —Graznó, tosió—. ¿No hay... otros hombres? ¿Vuestros padres? ¿Hermanos? ¿Ninguna de vosotras tiene un marido?

—No hay —confirmó Dorothy Sutton—. Es lo que ha querido el destino, poco favorable para nosotras en los últimos tiempos. De este modo soy yo, y nadie más, quien os puede dar la bienvenida a Mischief Creek, visitantes de lejanas tierras. Yo, y junto conmigo, la señora Faith Clarke, Annabel Prentiss y Jemima Tyndall.

A todas luces ejercía también su mirada clara un efecto sobre el pastor, porque cuando habló de nuevo había desaparecido la rabia en su voz. En apariencia.

—En fin —dijo—. Imagino que el Señor os ha enviado una dura prueba. No os debe de ser fácil vivir sin hombres.

—A veces.

—Entonces escuchad. Me llamo John Maddox, pastor de Watertown, en el condado de Middlesex. Este señor es Henry Corwin, constable de este condado. Y otros señores, que están al servicio de la ley. Perseguimos a una criminal que ha huido de la cárcel, se llama Janet Hargraves. ¿Qué podéis decirme acerca de este asunto?

—Nada.

—Os recuerdo que todo subdito del rey está obligado a asistir y ayudar a la ley. Y quien a un criminal esconda o ayude será castigado del mismo modo.

—Lo sé. ¿De qué, si se puede preguntar, es culpable Janet Hargraves?

—Del crimen de brujería.

—¿Cómo?

—Janet Hargraves —en la voz del reverendo de nuevo se hacía notar la rabia y la impaciencia— es una bruja. Practicaba la magia negra y fue condenada por una legítima sentencia del tribunal.

—¿Y perseguís a la tal Janet Hargraves desde Watertown? ¿Desde casi el mismo Boston? ¿Por practicar la magia?

—Por lo mismo. Responde a mi pregunta, mujer.

Dorothy Sutton le miró largo rato.

—No sé nada de ninguna Janet Hargraves —habló por fin—. Ni de ninguna otra persona perseguida por magia negra. No puedo ayudar a los

señores. Es decir, no puedo ayudar de otra manera que como anfitriona. Una colación, si los señores no desprecian nuestras modestas viandas. Una cama, si no están demasiado acostumbrados a grandes lujos que no puedo ofrecer.

Adam Stoughton, el constable y Abiram Thorpe se bajaron con ganas del caballo, el tío William siguió su ejemplo. El reverendo Maddox siguió en la silla, todavía atravesando a la mujer con los ojos.

—Somos buenos puritanos —dijo por fin, señalando con el dedo y la mirada a Frances Flowers—. Respetamos las leyes de la Colonia. Y nos topamos con ésta de aquí retozando en la impudicia, en el desvergonzado desenfreno. A pleno día. No importa que con su marido. Puesto que dice el apóstol Pablo a los tesalonicenses: «Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación: que os apartéis de fornicación».

—Escribe también el mismo Pablo a los corintios: «No os defraudéis el uno al otro». Y dice el Libro de los Proverbios: «Como cierva amada y graciosa corza, sus pechos te satisfagan en todo tiempo; y en su amor recreáte siempre».

—Calla, mujer —bramó Maddox, y su rostro se hizo de lobo—. Ciertamente no hay nada peor que la tergiversación de la Palabra de Dios acometida por seres privados de razón. En verdad que esto me huele a herejía, a las ideas impías de los antinomios. Especialmente a Anna Hutchinson. ¿Por casualidad no te es conocido este nombre, Anna Hutchinson? ¿Eh? Porque tú también me pareces mucho alguien así, que fantasea con ser más hombre que mujer, más sacerdote que aquél que sirve, más autoridad que la autoridad verdadera. ¡Hay que conocer su propio lugar!

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, reverendo.

—Aceptamos tu hospitalidad, mujer.

—Conduciremos vuestros caballos al establo. Nos ocuparemos de ellos.

—De esto se ocupará el indio. Toma el caballo, Izmael.

—Izmael —repitió seria Dorothy Sutton—. ¡Qué acertado! Izmael, hijo de Hagar. Está escrito: «Será un hombre salvaje como un onagro, luchará contra todos y todos contra él. Será él tormento para sus hermanos».

—Izmael Sassamon —dijo Maddox con sequedad— es un salvaje bautizado. Y domesticado. Aunque es verdad que a un pagano, como a una fiera salvaje, es imposible arrancarle de raíz la barbarie, Izmael, desde niño, cada mañana y cada tarde, escucha la oración en mi casa, las palabras de la Biblia, como la escuchara su progenitora. No tenéis que tenerle miedo.

—No le tenemos miedo en absoluto. Pasad adentro, de acuerdo con la costumbre cristiana. A la sala. Dios bendiga al huésped.

—Alabado sea el Señor. Ahora entramos. Nada más que nos preparemos y llenemos las bolsas.

En cuanto que las mujeres desaparecieron en el interior del edificio, el pastor se dio la vuelta hacia los otros. Tenía todavía el rostro —advirtió Jason— arrugado, enfadado, pero ahora recordaba más a un zorro que a un lobo. El constable Corvin también lo advirtió.

—Sospecha...

—Sospecho —le cortó Maddox a media voz—. Estos extranjeros simplones me parecen más bien a mí huidos, habrá que dar la nueva a la vuelta a Hartford y Providence, mandar incluso a alguien a Albany. En cuanto a las mujeres, me huelo sectarismo o apostasía. Las impías ideas antinomias de las sectas bostonianas, de esas Hutchinsons y Dyers. O bien, lo que será más seguro, son renegados cuáqueros, pues tales acostumbran a asentarse en despoblado. Y también acerca de ello habremos de informar al gobernador cuando regresemos. No obstante, otra cosa es en este instante más importante: la bruja Hargraves. No excluyo que mientan, que la oculten aquí. Habrá que actuar con cabeza. Con método. Escuchen: entraremos como si de su hospitalidad hiciéramos uso, mas de vez en cuando alguno saldrá y mirará bien, a las casas y los corrales, a las ventanas, no sea que la tal hechicera no se deje ver. Por tu parte, Izmael, deja los caballos en el establo y rodea el pueblo entero, busca huellas que vayan de acá al bosque, a las colinas o a cualquiera otro escondrijo. Cuando alguien ve a los perseguidores y quiere esconderse, por lo común huye del poblado al bosque.

—Usted debiera ser constable y no pastor —dijo Henry Corwin con verdadera admiración.

—Por otro lado —siguió Maddox, sin hacer ningún comentario—, si alguna de estas mujeres, cuando allí dentro estemos, saliera de la sala de juntas, que alguno tenga a bien seguirla y la vigile...

—Mas al punto se dará cuenta —bufó Abiram Thorpe.

—De esto se trata, de que se den cuenta y se pongan nerviosas. Cree el ladrón... Entonces puede que también la bruja se espante y si intentara huir, la agarraría Izmael.

—Ciertamente —repitió Corwin— se ha equivocado de oficio.

—Izmael, al establo. Señor Stoughton, junto con el muchacho hagan el primer turno, andurreen por acá y allá, mírenlo todo. Pero no mucho rato, para no hacerse de notar. Vuelvan pronto.

—Antes que pronto —murmuró el carpintero—. Pues de la sala huele a pitanza que alimenta. Y aquí tienes, a ti van y te mandan a hacer el espía. Vamos, mozo.

En medio del camino estaban jugando tres muchachas. Dos de ellas intentaban ponerle a un perro una cofia atada con cintas. La tercera, Verity Clarke, hacía rodar con ayuda de un palo un extraño juguete compuesto de varias ruedas. Al verlos, los saludó con la mano. Adam Stoughton también la saludó, sonriendo de forma torcida y forzada.

—Me cago en John Maddox —murmuró—. ¿Y cómo se imagina que vamos a espiar? ¿Tenemos que meter los hocicos en las alcobas de estas mujeres, en sus cómodas? ¿O quizá por bajo la cama o en los orinales?

—El reverendo dijo —Jason tragó saliva— que teníamos que tener cuidado con las ventanas. Y allá, donde las portillas verdes, se han meneado las cortinas... Lo he visto.

—Nos observan.

Cierto, los estaban observando. Y no sólo a escondidas, detrás de las cortinas, sino también de forma que era no sólo abierta sino hasta ostentosa. Dos muchachas, de las que ninguna debía de ser mayor que Jason, les contemplaban atentamente desde un seto, sin intentar esconderse detrás de las malvas que allí crecían. Una de las dos muchachas era morenita, la otra rubilla. Las dos eran muy guapas. Jason sintió que se ruborizaba. Volvió la cabeza. Al otro lado del camino, en una veranda decorada con macizos de hierbas, estaba sentada en un banco una mujer joven, aunque bastante

corpulenta, que fumaba en una pipa. Ella también los saludó con la mano, sonriendo alegremente. Pero esta vez el carpintero no correspondió.

—Vaya unas mujeres más raras —murmuró por lo bajini— que se encuentra uno por estos pueblos de los montes.

—¿Señor Stoughton?

—¿Qué?

—El pastor ha dicho que los aton... mianos...

—Antinomianos. Como Anna Hutchinson. Y Mary Dyer, a la que colgaron en Boston en el año sesenta. Las dos decían que no hay obligación de observar los mandamientos y leyes de Dios. Tenían muchos partidarios porque no pocos son, como seguramente tú mismo imaginas, los que aman tales libertades, el que se sea libre de hacer lo que cada uno quiere.

—También dijo el reverendo —Jason miró por encima del hombro a la alegre mujer de la pipa— que pueden ser cuáqueros. Renegados. Y si... señor Stoughton, si...

—¿Si qué?

—¿Y si fueran brujas? ¿Todas brujas? ¿Todo un pueblo de brujas?

—No seas tonto, muchacho.

—Estos hombres, como hechizados... Ese esqueleto en el bosque... ¿Señor Stoughton? En Salem...

—No seas tonto, te he dicho. Ven, volvamos. No aguanto más, la pitanza huele estupendamente.

Las dos jóvenes del seto de malvas, la morenita y la rubilla, les siguieron con la mirada. Y tenían unos ojos brillantes, fogosos, importunos. Desvergonzados. Peligrosos. Jason Rivet volvió la cabeza. Pero sintió cómo la mirada de las muchachas le ponía en carne de gallina el vello de la nuca.

La pitanza que olía estupendamente resultó ser maíz con judías, servido en grandes cuencos acompañados de enormes panes de crujiente corteza de color marrón oscuro y de jarras de jarabe de arce. Jason y el carpintero comieron deprisa y con ansia. El constable Corwin y Abiram Thorpe aprovecharon la ocasión y para acompañarlos se sirvieron una segunda porción. El tío William retiró el plato y se metió en la boca un pedazo de tabaco. El reverendo Maddox predicaba.

Las jóvenes que habían servido la comida desaparecieron. Y junto con ellas, desaparecieron también Faith Clarke, madre de la pequeña Verity. Y Frances Flowers. Jason expulsó un pensamiento que le provocó rubor y un estremecimiento en el perineo: Frances volviendo a la pradera, al montón de heno. Expulsó una visión desvergonzada pero bastante detallada de lo que haría allí con su sueco.

En la sala sólo quedaron Dorothy Sutton, la de ojos claros, y con ella otras dos: la delgaducha que se llamaba Jemima Tyndall y la hermosa, llamada Annabel Prentiss. Cuando Jason y el carpintero habían entrado, el reverendo Maddox estaba precisamente sermoneando a la hermosa. Jason escuchaba sin prestar atención. Estaba ocupado con la comida y además ya había oído al pastor antes. Porque ya antes, en Penacook y en Elwes Marsh, Maddox había contestado con parecido discurso al asombro de la gente.

—No comprendo tu asombro, mujer, no lo comprendo. Si se hubiera tratado de un asesino, bandolero, cuatrero o ladrón, nadie se asombraría de la persecución. Si aquí, en vuestro pueblo, os hubiera robado alguien, si alguien os hubiera prendido fuego, si hubiera desgraciado a cualquiera de vuestras mozas, forzándolas, todavía hubierais apremiado a los perseguidores y querriais que al delincuente lo siguieran y persiguieran hasta el mismo confín del mundo para castigarlo. Pero cuando perseguimos a las hechiceras, ves, se asombran, menean las testas, tuercen los gestos pensando que yo no lo veo. La hechicería es tan crimen, y aún peor, que el robo o el forzamiento. Los Padres Peregrinos decidieron que la Colonia de la Bahía se regiría por las leyes divinas y dice el Génesis: «A las hechiceras...».

—«... no habrás de dejar vivir» —terminó desapasionadamente Dorothy Sutton, colocando sobre las rodillas un bastidor para bordar—. Lo sabemos, reverendo, lo hemos leído. Y el que de vez en cuando algo nos asombre, perdone, pero trátase tan sólo de nuestra huera e imperfecta naturaleza de hembras. Así que no nos amoneste, mas continúe su relato. Nos alegraría escuchar que es lo que pasó en Salem. También hasta nosotros, a Mischief Creek, llegaron rumores, pero no tuvimos nunca ocasión de escuchar a personas tan avisadas y piadosas.

Maddox resopló, se enderezó en el banco. No estaba seguro si la de los ojos claros se estaba burlando de él o si mostraba verdadero respeto. Por fin se decidió por lo segundo.

—En Salem, en el condado de Essex —siguió con la narración—, criminales y hechiceras firmaron un pacto con Satán. Si no hubiera sido por la atención de las gentes ilustradas, honradas y piadosas, el tal mal, como un veneno, habría devorado el corazón y arruinado la iglesia... La noche hubiera caído sobre el mundo. Todo comenzó con una morena, es decir una negra, que portaba el pagano nombre de Tituba. Ciertamente bien dijo alguien, no recuerdo quién, pero era de Nueva York, que a causa de estos negros paganos el mismo mal nos encuentra y nos encontrará. Mala cosa fue que vinieran de África.

—Ciertamente. —Dorothy Sutton clavó la aguja—. Ciertamente no es posible quitarle la razón en ese punto, reverendo. Ni al ilustre señor de Nueva York. Un verdadero criadero de sabios, la tal Nueva York.

—Así es, así es. —Jemima Tyndall afirmó con la cabeza—. Yo también le oí a alguien, no recuerdo a quién ni de dónde, que decía que muy mal estuvo eso de haber invitado a esos africanos aquí y haberles permitido venir.

El constable Corwin tosió. El tío William preparó saliva en la mejilla pero no escupió, le detuvo el limpio y perfumado blanco del suelo. Maddox calló durante un instante, enfiló una mirada severa hacia la delgada mujer.

—Un poco cuáquera me pareces, mujer —dijo al poco, lentamente y pronunciando claramente las palabras—. El comercio de esclavos, pese a lo que dicen las habladurías de los cuáqueros, está permitido tanto por el derecho divino como por el humano. Dice la Biblia: «Así tu siervo como tu sierva que tuvieres, serán de las gentes que están en vuestro alrededor: de ellos compraréis siervos y siervas». En cambio, la herejía de que esto sea proceder malo y pecaminoso, es cosa de cuáqueros, y por ello serán condenados. Mas yo hablo de negros y digo que no queremos aquí negros. Suficiente gente hay en Inglaterra que erraron, enfrentáronse a la ley y han de purgar por ello. Y no es cosa de que se pudran en las mazmorras ni, como escuchara yo, que se los arroje a isla despoblada alguna, sino que se

ha de mandarlos hacia acá, a la Colonia, aquí y a Virginia, para que trabajen por el bien común y el acrecentamiento de la riqueza.

—Aaah. —Jemima Tyndall asintió—. Eso es otra cosa.

—Lo es. —Maddox seguía hablando como si echara un sermón—. Lo es, mujer.

—Mucho hay que pagar por los negros —el tío William volvió a preparar saliva, pero tampoco esta vez escupió— y los pájaros de Newgate serían de balde...

—Un cristiano es un cristiano —añadió el constable Corwin—. El diablo siempre tiene paso con los negros, puesto que son nacidos en el paganismo africano. De quien en la adoración al diablo y entre brujerías naciera y se criara no es fácil echar al diablo, ni siquiera con agua bendita. Tituba de Salem es un ejemplo.

—Justamente —recordó Dorothy Sutton, atravesando el bastidor con la aguja—. No se ajusta usted al tema. Volvamos al condado de Essex, reverendo. A Salem.

—Ya antes de Salem hubo hechicerías —estalló Abiram Thorpe, que hasta entonces había guardado silencio—. Hará unos diez veranos que apresaron a una bruja... En el mismísimo Boston.

—La bruja Glover. —El carpintero Stoughton engullía judías con la cuchara, con un ademán de cabeza dio señal de que estaba escuchando—. La colgaron. Llevaba a cabo procederes nigrománticos, le echó un embrujo a cierto mulero de Boston.

—John Goodwin. —Por lo visto era el reverendo Maddox el que conocía más detalles—. La hechicera Glover torturó con hechizos al mulero John Goodwin, a su mujer y a sus abuelos, y ello por medio de unas muñecas de trapo rellenas de materia mágica, vellón de cabra, sobre todo.

—¡Ah! —Annabel Prentiss alzó las manos de modo bastante exagerado—. ¡Vellón de cabra! Horrible.

—¡La Glover —gritó el constable— era, como resultó durante las pesquisas, irlandesa y papista! El diablo siempre anda con los papistas, donde hay un papista de seguro que también un diablo. En especial afecta esto a los prelados renegados éstos. ¡Toda la desgracia viene de los papistas!

—Con toda seguridad —dijo Dorothy Sutton seria.

—A una isla despoblada con ellos —bufó Jemima Tyndall, pero se calló ante la mirada que le llegó desde por encima del bastidor. Dorothy Sutton miró la aguja, suspiró.

—Hable, reverendo, hable. Le escuchamos atentamente.

—Satán no haraganea. —Maddox de nuevo adoptó postura y gesto de predicador—. No se cansa de conducir a la tentación. Quien es débil de espíritu y de fe, haragán o frívolo, en un decir Jesús puede hallarse en las garras del diablo. Especialmente, recuerden, señoras mías, que esto concierne a las de pelos canos.

Jemima Tyndall y Annabel Prentiss bajaron la cabeza y se santiguaron como a una orden. El pastor dio su aprobación con un gesto asertivo y un bufido.

—El diablo —siguió—, que fuera de toda duda acudió al condado de Essex junto con la negra Tituba, halló en Salem una tierra fructífera para su maldita siembra. Y al punto comenzó a dar señal de su presencia. En el mes de febrero del corriente, es decir, mil seiscientos noventa y dos, comenzó el horror. Algunas muchachas jóvenes, entre ellas Elizabeth, hija del reverendo Parris, y con ella Abigail Williams, Anna Putman, Sara Vibber, Susan Sheldon y Mary Walcott comenzaron a acusar señales de posesiones y ataques hechiceriles. Hablaban sin orden ni concierto, y sus cuerpos y fisionomías se retorcían en los más horribles paroxismos...

—¡Señor Jesucristo! —Esta vez fue Jemima Tyndall quien alzó las manos con no menor exageración que anteriormente Annabel Prentiss. El constable Corwin no dejaba de medirlas a las dos con una mirada enfadada.

—No remitían estas convulsiones ni con lavativas ni sangrías —continuó Maddox, sin advertir nada, cercano ya, por lo que parecía, al trance—. Mas las muchachas reconocieron quién las había embrujado y hechizado. Se arrestó y se llevó al potro a la negra Tituba, quien reconoció su pacto diabólico y señaló a otros concernientes a la maquinación aquélla. Primero de todos a Sara Good.

—¡Sara Good! —Esta vez el tío William no consiguió contenerse y un grueso escupitajo cayó al suelo. Se ruborizó algo y deshizo el gargajo con la bota—. Sara Good —se justificó, carraspeando—. Criatura diabólica. La

bruja peor de todas ellas era. Tenía en casa engendros del diablo. Un perro, un pájaro raro, amarillo, un no sé qué peludo y un gato que se llamaba Tailrings. No era gato verdadero, sino bestia tal que un tigre, grande, comequentes, de uñas de yerro. Un horror.

—Volaba en una escoba —añadió malhumorado Abiram Thorpe—. A los sabbaths. Junto con esa... sí... partera de Andover... Cómo se llamaba...

—Marta Carrier —recordó sombrío el constable—. Y esa otra llamada Nurse. Rebecca Nurse.

—El tema —dijo Dorothy Sutton con voz suave—, no nos ceñimos al tema, nos perdemos en digresiones todo el tiempo. Volvamos a Sara Good. ¿Qué pasó con ella? ¿Cuál fue su culpa? Aparte de que tenía un perro peludo, un gato y un canario.

—Sara Good —dijo Maddox con sequedad— se emperrió, con ayuda diabólica por lo visto, no quiso reconocer nada ni delatar a sus cómplices. Por suerte una de las muchachas antes mencionadas, la virtuosa Anna Putman, reconoció quién la había obligado a prácticas diabólicas y a quién viera volando en el sabbath diabólico durante el que de indescriptible y repugnante forma se hacía burla de los sacramentos. La jovencita Anna Putman...

—Acusó a todo el que pudo. —Dorothy Sutton alzó su bastidor, valoró el bordado—. Especialmente a aquéllos con los que alguna vez había tenido problemas.

—Acusó a los culpables. —Maddox de nuevo endureció su mirada—, ¡A los culpables, mujer! A todos aquéllos que en el condado de Essex habían firmado un pacto con el diablo y durante sus prácticas hechiceriles mortificaban y perseguían a las gentes, y su fin era derribar el orden cristiano y traer el gobierno de Satán a todo el orbe. El tribunal investigó y examinó las pruebas y las pruebas eran irrefutables. Los culpables se encontraron con una severa pena, pero justa y merecida. George Burroughs, Bridget Bishop, llamada Sara Good, Rebecca Nurse, John Proctor y su esposa Elizabeth, John Willard, Marta Carrier y sus dos hijos, Giles Cory y su esposa Marta... Fueron colgados en el cadalso de Gallows Hill.

Se calló. En el silencio se podía percibir el golpeteo de los martillos que provenía de la obra del almacén. Luego se oyó el canto de un gallo. Jemima Tyndall jugueteaba con una cintilla enrollada en un dedo. La hermosa Annabel Prentiss había puesto una pierna sobre la otra y golpeaba coquetamente con un pie en el zapatito anudado. Al carpintero Stoughton, advirtió Jason Rivet, por poco no se le salían los ojos mirando el agraciado tobillo y la pantorrilla cubierta por la polaina.

—En total —Dorothy Sutton quebró el silencio—, diecinueve ahorcados, dos muertos en la cárcel. Y Giles Cory, a quien no se le colgó sino que le agredieron y le lapidaron con piedras hasta su muerte. También hasta aquí, a estos despoblados, llegan las nuevas. Pero poco se esforzaron en Salem, poco y mal. En el Viejo Mundo sólo el obispo de Bamberg mandó a la hoguera a seiscientas mujeres. Cierto, reverendo, ¿por qué los ahorcasteis en Salem en vez de quemarlos? Al fin y al cabo las Escrituras ordenan quemar a la gente: «Todo árbol que no hace buen fruto, es cortado y echado en el fuego». Y en otro lugar: «Como se recoge la leña y se quema en el fuego, así será al final de los tiempos. Los echarán a un horno encendido, allí será el llanto y el chirriar de dientes...».

—Calla, mujer —ladró el pastor—. Ciertamente, usamos de tu hospitalidad, pero difícil es aguantar cuando alguien que es él mismo portador de pecado te sermonea con la Palabra de Dios. ¿Sabes lo que es el pecado? Pecado, y amás mortal, es la duda. Y la indulgencia. Porque en las Escrituras, las mismas que tú como un papagayo has citado, así se dice: «El campo es el mundo; y la buena simiente son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo». El enemigo que la sembró, es el diablo; y la siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles. ¡Pero aquí en la tierra nosotros, los clérigos y los jueces, obligados nos vemos a cargarnos ese peso a las costillas, nosotros hemos de perseguir el mal y combatir al diablo, puesto que si vacilamos se desmoronará el Orden y vendrá el Caos!

Dorothy, y tras ella las otras mujeres, se agarraron la cabeza fingiendo que lo que decía el reverendo las asustaba sin cuento. Corwin bufó, pero Maddox no prestó atención. Siguió con la prédica.

—¡Estamos en guerra! —gritó, enrojeciendo—. ¡Una guerra eterna! ¡Una guerra con el diablo, pero también con el enemigo terrenal! ¡Estamos

rodeados de enemigos! ¡Al norte franceses, al sur los papistas españoles, enemigos eternos de la verdadera fe! ¿Cómo podremos defendernos si falta el orden? ¡No lo conseguiremos! ¡Así que quien, como las hechiceras, siembra el desorden y derriba el orden actúa para perjuicio del país, es un traidor, que va mano a mano con el enemigo! ¡Y sólo hay una pena para el traidor: la muerte! ¡Así lo quiere la ley, así lo quiere Dios! ¡Y quien sea indulgente con traidores y hechiceras es él mismo un criminal y al cadalso con él! ¡A sentencia humana o, si escapa de los hombres, a sentencia de Dios! ¡Dios castigará a los indulgentes con los hechiceros como castigó a Achab! ¡Pero nosotros no mostraremos clemencia! ¡Atraparemos a la abyecta criminal! ¡Y se cumplirán las palabras de las Escrituras de que los perros devorarán a Jezabel ante los muros de Jizreel!

Al otro lado de la ventana un perro aulló con gran sentido dramático. Luego hubo de nuevo un largo silencio.

—Me perdonarán los señores. —Annabel Prentiss se levantó, se estiró la ropa con un gesto casi lascivo—. Me llama el deber.

En cuanto que salió, Maddox le hizo una señal bien visible con la mirada a Abiram Thorpe. Pero antes incluso de que el cazador consiguiera soltar su vaso, se levantó Adam Stoughton. El pastor se encogió de hombros en señal de aceptación. Abiram Thorpe suspiró con alivio y se acercó un cuenco con maíz.

—Yo también... —anunció Jason Rivet, intentando acallar el vigoroso rugido de sus tripas—. Yo también tengo que...

Dorothy Sutton sonrió maternalmente.

—Detrás de la casa y a la izquierda, muchacho. No hay pérdida.

Al poco, Jason Rivet estaba sentado ya en una pulida tabla con un agujero, luchando valientemente con la reacción de su organismo a la primera comida abundante desde hacía dos días, espantando las moscas y contemplando el mundo a través del corazoncito recortado en la puerta. Vaya un pueblo raro, pensó, hasta el retrete es raro. Puede que sea algún sitio encantado, el carpintero Stoughton no tenía razón cuando se burló de mí. ¿Adonde, pensó, habrá ido el carpintero detrás de la bella morena Annabel Prentiss? ¿Dónde estará también y qué estará haciendo Izmael Sassamon? ¿Habrá encontrado alguna huella?

Las primeras huellas con las que se topó Izmael Sassamon conducían desde las vallas hasta el río. El indio escuchó el golpeteo de los palos de lavar que llegaban desde el agua. Sin embargo, ninguna de las lavanderas podía ser la Hargraves. Hargraves cojeaba de un pie, Izmael ya había visto de sobra las huellas de sus pies, las reconocería hasta de noche.

Torció tras de una caseta de madera, salió a un huerto entre hileras de girasoles. Olió humo, localizó de inmediato su fuente, una colmena. Dos mujeres con gorros y redes, entre ellas una, a juzgar por el tamaño, que era más bien una muchacha, recolectaban la miel, ahumando a las zumbantes abejas. Izmael observó por un instante a las colmeneras, por deber, para estar completamente seguro. La más alta era de constitución parecida a la Hargraves. Pero, decidió al cabo el indio, no era ella. Se movía de otra forma.

Siguió andando. Detrás de otra valla, en un pajar que estaba abierto, se topó con Faith Clarke. La madre de la pequeña Verity.

Hizo una reverencia, bajó la cabeza, quería evitar a la mujer, sin posar sobre ella los ojos. Cuando pasó a su lado, ella lo agarró de la manga. Él quiso liberarse, ella no se lo permitió. El indio lanzó una mirada asustada a su alrededor, con un miedo que no era fingido.

—No temas —le dijo ella.

Fácil te es hablar, yengiza, pensó. Por algo parecido, por un contacto mucho más inocente con una mujer blanca, hacía dos años le habían dado de latigazos sin piedad, hasta hacerle sangre.

—Nadie nos ve y nadie nos observa. —La mujer parecía leer sus pensamientos—. Y yo quería hacerte unas cuantas preguntas, bíblico Izmael Sassamon. La primera es: ¿eres consciente del hecho de que no te llamas Izmael Sassamon?

Cuando él no respondió, cuando ni siquiera tembló su rostro oscuro y toscamente tallado, afirmó:

—No eres consciente. ¿Y sabes de qué tribu procedes? Responde.

—Passamaquody.

En el centro del pajar, entre astillas y leños, había un enorme tronco para cortar leña. Faith Clarke se agachó y colocó sobre él unos cuantos

objetos. Izmael Sassamon tembló. Por dentro. Por fuera no mostró ni la más mínima señal de asombro.

Un wampum de conchas blancas y púrpuras. Tres plumas de águila enlazadas. Y un pokomokon, una angulosa porra de dura madera.

—Interesante, ciertamente —siguió la mujer, mirándolo con atención— y a la vez triste concurso de circunstancias el que precisamente seas tú quien sirva de perro sabueso para el descendiente de un clérigo baptista y una prostituta del East End sacados de la cárcel de Newgate, embarcados por la fuerza en un barco y enviados al Nuevo Mundo. No eres un passamaquody y tu nombre no es Izmael.

Tampoco ahora el indio dejó traslucir nada.

—No eres un passamaquody y tu nombre no es Izrael —repitió cantarína Faith Clarke—. Eres de la estirpe de los losi, de la tribu de los wampanoags, y te llamas Pokumtuk, hijo de Wahunsa, que fue hijo de Ninigreta. Aquélla a quien considerabas tu madre te ocultó tu verdadero nombre y procedencia, lo escondió para que no se enterara nadie de que eres hijo de Menomini, la hermana de Metacometa, el gran saquem de los wampanoags. Sí, sí, el mismo al que los yengizi llamaron Rey Felipe, el caudillo de la gran rebelión del año de mil seiscientos setenta y cinco. Aquél cuyo nombre todavía despierta el miedo entre los yengizis. El que les recuerda a la sangre y el fuego.

Eia ei ei, eia ei

Eia ei, ho oho ei

Ate, heie lo

Ate, heie lo

Él ni siquiera se dio cuenta del momento en que había comenzado a balancearse y a cantar bajito secundándola.

—¡Temblad, yengizi! ¡Se acercan los wampanoags, vienen los narraganseci, vienen los nashuos, vienen los guerreros de los nipmuks y pequods! ¡Venganza! Derramaremos vuestra sangre, os ahogaremos en el mar del que vinisteis para robarnos nuestra tierra, para matarnos y contagiarnos enfermedades. ¡Venganza! ¡Blanco bueno, blanco muerto!

¿Recuerdas, Pokumtuk, hijo de Wahunsa? ¡Sólo tenías seis años, pero tienes que acordarte! ¡Cómo corría la sangre de los yengizis bajo los cuchillos y los tomahawks de los guerreros, cómo corrían llenos de pánico, cómo ardían sus poblados! Tienes que recordar cómo el fuego inflamaba los tejados de las casas de Swansea, Taunton, Middlefrantic, cómo ardían Brookfield, Hadley, Northfield, Deerfield, Medfield y Wrentham...

Eia ei ei, eia ei
akue-de, ate lo
aia-ku, eia ho
Ate, eia ho

—Ardieron —siguió la mujer, que ya estaba hablando en una lengua que Izmael comenzaba a recordar con esfuerzo— no sólo sus casas. El fuego devoró sus malditos nombres ingleses. Los lugares bautizados por los yengizi se purificaron con el fuego, resucitaron, volvieron a ser lo que habían sido: Opechancanough, Nonantum, Natick, Kiskimin, Pohkopopuk, Wapange, Massapequa, Muttamussimsack, Tawakoni, Lapowinsa...

Eia ei ei, eia ei
Eia ei, ate lo
Ate, heie lo
Ate, eia ho

—Sin embargo, muy pronto murieron las esperanzas, la victoria se convirtió en derrota y la derrota en matanza. El gran saquem Metacometa, llamado Rey Felipe, fue muerto a traición por un renegado comprado por los yengizi. A tu padre, Wahunsa, herido por los yengizi, lo acribillaron con arcabuces en los Grandes Pantanos de Okeefenokee. A tu verdadera madre, Menomini, hija de Kinikwa, le destrozaron la cabeza con la culata de un mosquete. Toma el wampum. Toma el pokomokon. Y toma también esto.

Izmael Sassamon —Pokumtuk— vio el tomahawk sobre el tronco. Y el cuchillo, un hermoso, largo, afilado cuchillo de acero como los que antaño

mercadeaban los holandeses de Albany.

—Yengiz bueno —dijo la mujer—, yengiz muerto.

Eia ei, eia ei

Ate, heia lo

Eia ei, ate ho

Izmael Sassamon, todavía bailando, se desató el jubón y lo tiró. Schenectady, pensó febril, y no Albany. No Worcester, sino Quisingamon, no Belmont, Lynn ni Arlington, sino Pequoset, Saugus y Menotomi. Y Shawmut, no Boston. Fuera Boston.

Desgarró y arrojó de sí la camisa. Fuera la shirt. Fuera las boots. Fuera breeches y stockings.

Ate, heia lo

Eia, eia ei...

Izmael Sassamon resucitaba y se purificaba, recuperando los nombres, las palabras.

Adam Stoughton se cubrió los ojos con la mano, el sol lo cegó por un momento. Y aquello bastó. Annabel Prentiss, la belleza morena a la que estaba siguiendo, desapareció. Simplemente desapareció.

Se detuvo un instante, miró a su alrededor. Los poco parlanchines carpinteros ya no estaban en la obra. Ahora habían colocado una mesa delante del esqueleto del almacén, tres mujeres se afanaban junto a ella. A dos, muy jóvenes, la morenilla y la rubita, ya las había visto antes. Eran las dos que se habían quedado mirando a Jason Rivet cuando habían estado antes allí. En la veranda de una casa cercana, entre matas de hierbas, estaba sentada la tercera, a quien también había visto ya. Era la mujer corpulenta que fumaba en pipa.

Se dio la vuelta. Por un momento pensó en regresar a la sala, no para comer o para escuchar al pastor, sino para echarse una siestecilla, con la espalda apoyada en la blanca pared. Pero no lo hizo. No se le iba de la

mente la vista del talle de Annabel Prentiss. Ni su donoso trasero, cuyas líneas no las podía enmascarar la falda. Se apoyó alternativamente en un pie y en otro y se arregló los pantalones por la parte de la entrepierna.

Algo blanquecino brilló en las puertas de un establo. Adam Stoughton no vio exactamente qué había sido. Pero lo sospechaba. En fin, un deseo irresistible, una orden, una obligación le obligaron a entrar. Sus sospechas habían sido acertadas. Se dio cuenta de inmediato, en cuanto la vista se le acostumbró a la semioscuridad.

—Lo sabía —dijo Annabel Prentiss—. Sabía que vendrías detrás de mí.

El carpintero tragó saliva, sintiendo que se ruborizaba. La mujer sonrió, leve, libre, perlada. Estaba apoyada en una viga del establo, inclinada de forma muy estudiada.

—Pero no hay por qué avergonzarse, señor mío. —Cambió su posición a otra todavía más estudiada—. Si esto es normal. Solemos tender hacia lo que deseamos, vamos hacia algo por lo que sentimos una irresistible atracción. Y tú al fin y al cabo sientes una irresistible atracción por mí. Reconócelo.

El carpintero no lo reconoció. Annabel Prentiss sonrió de nuevo.

—La sientes, la sientes —aseguró—. He visto cómo me mirabas. Me desnudabas con la vista. Como ante el tribunal por el que se juzga la brujería. ¿No? ¿Señor guardián de la ley de Watertown? Pues si se trata de un proceder habitual, así lo hicieron tanto en Salem y en Andover como en Medford y Lynn, lo mismo se hizo en Charleston, así se hace en los tribunales de todas las ciudades y condados de la Colonia de la Bahía de Massachussetts. ¿No me equivoco, verdad? Los jueces desnudan a las muchachas, buscando apasionadamente en ellas la señal, el signo, el lema del diablo. ¡Oh, no dudo que los nobles señores jueces lo hagan con un fervor y un entusiasmo verdaderamente santos! Escudriñan atentamente, buscan, miran por todos lados, en cada rincón, ayudándose donde sea necesario de dedos ensalivados. ¡Y qué alegría cuando lo encuentran, porque siempre se encuentra algo! ¿Verdad, señor defensor de la ley? Pues si tú mismo has visto algo así, tú mismo estuviste presente en ello.

Antes de que el carpintero llegara a reaccionar, Annabel Prentiss se desabrochó muy rápido el vestido y lo arrojó al suelo. Bajo él tenía una leve

blusa que no cubría en absoluto sus formas. Unas formas muy atractivas. Stoughton tragó saliva con esfuerzo. Salir de aquí, pensó. Tengo que salir de aquí ahora mismo, si no, esto puede acabar mal. Esta mujer está loca.

—Sí, estuviste presente —repitió Annabel Prentiss—. Fuiste testigo cuando desnudaron a Janet Hargraves delante del tribunal de Middlesex. Y bien sé lo que entonces te imaginaste. Sé también lo que te imaginaste después, por la noche, cuando cumplías tus obligaciones matrimoniales con tu esposa, cerrando los ojos, una esposa que durante los ocho años de vuestro matrimonio no te permitió nunca alzarle el camisón por encima de lo que fuera estrictamente necesario y nunca de otro modo que en la oscuridad más absoluta. Por eso te fuiste con el pastor y el constable, por eso tomaste parte en la persecución. ¿Verdad? Porque antes que a la huesuda mujer con la camisa de penitencia hasta los tobillos prefieres y te es más placentero el pecado de Onán, en las tinieblas del campamento, con los párpados cerrados bajo los cuales contemplas incesantemente a la hechicera desnuda.

Salir, pensó el carpintero, rojo como un tomate. ¡Salir de inmediato!

Pero seguía sin ser capaz de dar ni siquiera un paso. Sólo desencajó los ojos. Annabel Prentiss sonrió. Y comenzó a desabrocharse la blusa lentamente.

—¿Piensas —adivinó— que esto son brujerías, que leo tus pensamientos por medios mágicos? No tengo que hacerlo, tus pensamientos son banales, comunes y transparentes como el agua del pozo. Los leo y veo cada uno de ellos, también veo que tú no crees ni en hechizos ni en hechiceras. ¡Ja! ¿Estás seguro? Mejor no te arriesgues, compruébalo con tus propios ojos. Y tus propias manos. Venga, ven aquí. Mira. Tócame.

Bajo la blusa, ya abierta, había un sujetador de hombreras adornadas de encaje. Adam Stoughton nunca había visto antes algo así. Pero lo había imaginado a menudo.

—Contéplame atentamente. —Annabel Prentiss extendió los brazos, gracias a lo cual las semiesferas de sus senos, que ya bastante estaban a la visa, salieron todavía más del sujetador—. Mírame por todos lados, pulgada a pulgada. Puede que veas en mi cuerpo la señal de la Bestia, la rúbrica de

Satán. Puede que aquí, entre mis dos pezones, encuentres un tercero, el que uso en los sabbaths para que mame el demonio. Ven. Mira. Toca.

Al ver que él no daba ni un paso ni hacía movimiento alguno, adivinó otra vez:

—¿Tienes miedo de tu pastor? No tengas miedo. Cuando pregunte lo que hicimos aquí, dile que estuvimos leyendo salmos. Y el Cantar de los Cantares. «Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma, dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía, pues, ¿por qué había de estar yo como errante junto a los rebaños de tus compañeros?».

Se acercó a ella tan ligeramente que parecía flotar en el aire, sin tocar con los pies la paja que estaba extendida por el suelo. El carpintero estaba tieso como un palo, como la mujer de Lot cuando se convirtió en estatua de sal.

—«Ponme como un sello sobre tu corazón —citó de nuevo, abrazándolo— como una marca sobre tu brazo: porque fuerte es como la muerte el amor; duro como el sepulcro el celo: sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama».

Él no se opuso ni protestó cuando ella lo arrastró hasta un montón de paja. La mujer olía a jabón.

—«Ni el mar —susurró— será capaz de apagar el amor, no lo ahogarán los ríos». Bájate los pantalones, mi señor.

Adam Stoughton apoyó su rostro en los cabellos negros de ella. Ese mozalbete de Jason tenía algo de razón, le pasó por el pensamiento. No son mujeres normales, no tales como las que conocía y había encontrado antes. Todas ellas huelen a jabón, todas, incluso la pequeña Verity. Todas huelen a jabón, pensó mientras con unos movimientos bruscos de sus manos temblorosas arrancaba los ganchos del sujetador de encaje. Los pechos de Annabel Prentiss salieron de bajo la tela como dos bestias arrogantes, enérgicas y agresivas. Adam Stoughton gimió y clavó en ellos sus labios y manos, quizá demasiado fuerte y demasiado violentamente, porque la mujer lo golpeó en la frente con la mano abierta, lo frenó. Ella misma estaba ocupada con la hebilla de su cinturón y los botones del peto, cuando terminó su tarea, cuando llegó al fondo y aferró ávidamente dicho fondo en la mano, el carpintero gimió desgarradoramente y se tensó. Durante un

instante tuvo la sensación de que él era un añadido a su propia masculinidad y no al revés. Le arrancó a la morena el sujetador y la blusa de los hombros, apretándola, colocó sus labios sobre un pezón duro como la gutapercha, acariciando y apretando el otro pecho, se enfrentó a la falda.

Otra vez fue demasiado violento y Annabel Prentiss volvió a frenarlo, esta vez con un fuerte —en verdad fuerte— apretón del puño y de lo que sujetaba en él. Adam Stoughton aulló y dobló las piernas. La mujer lo agarró por el hombro, lo tumbó boca arriba. Era fuerte y decidida, él no hubiera conseguido oponerse seguramente ni siquiera si lo hubiera querido. Sentando todo su peso en las pantorrillas le arrancó el peto de un solo tirón. Y se echó sobre él. Como una pantera. El carpintero aulló aún más fuerte, pero no podía hacer nada, estaba clavado al heno y sujeto por los muslos y las caderas de ella. Annabel Prentiss se inclinó y le miró a los ojos, una sonrisa descubrió sus dientes. Se subió poco a poco, casi hasta el mismo final y límite, poco a poco se dejó caer. Inclinó el cuerpo, regalando a los dedos de él lo que deseaban. Adam Stoughton gimió, pero esta vez sólo de deseo y placer. Los movimientos de la mujer se volvieron contenidos, controlados, tranquilos. Ya no le amenazaba con destrozar lo que tenía más valioso. En sus sienes y oídos pulsaba y murmuraba la sangre como si fuera un océano.

Pronto —demasiado pronto— se acabó todo. Annabel Prentiss no cambió de posición. Sólo suspiró, sopló una brizna de paja de su nariz. Adam Stoughton lamentó que todo se hubiera acabado. Y enseguida constató que no era él el único en lamentarlo. También la mujer lo constató.

—Vaya, vaya —dijo ella, no sin un agradable tono de sorpresa en su voz—. No me equivoqué contigo, guardián de la ley y el orden. Elegí bien. Porque eres mío. Creo que ya lo sabes, ¿no?

Adam Stoughton no comentó nada ni preguntó nada. Annabel Prentiss se rascó con el dorso de la mano la nariz que le picaba, luego agitó sus cabellos negros con las dos manos, se apoyó con ellas en el hombro del carpintero, lo apretó más fuerte con las rodillas, se alzó poco a poco y poco a poco se dejó caer, una, dos, tres veces, cada vez más deprisa y más deprisa. Adam Stoughton gimió y cerró los ojos, condujo las manos hacia sus pechos que bailaban rítmicamente. Se olvidó del mundo. Nada contaba

ya. Ni Janet Hargraves, ni la persecución, ni el reverendo Maddox, ni el rey, ni la ley y los tribunales de la Colonia de la Bahía de Massachusetts.

Nada.

Dorothy Sutton seguía bordando. Jemima Tyndall observaba una araña que estaba descendiendo por un hilo desde una viga del techo.

—Después de Salem —siguió el reverendo Maddox con su narración—, esta epidemia diabólica apareció en Andover, y en Charleston y en Dorchester, también en Lynn, en Medford, en Roxbury, y por fin, un año después de los incidentes de Salem, también apareció en nuestro pueblo, en Watertown. Tuvieron lugar diversos hechos misteriosos. Las jóvenes muchachas eran afectadas por convulsiones y temblores, gritaban en la fiebre terribles palabras que despertaban el miedo. Algunas mujeres se quejaron de la falta de vigor de los miembros de sus esposos, causada con toda seguridad por algún hechizo. La sospecha recayó inevitablemente sobre Mary Hargraves, viuda de un marinero. La arrestaron y la entregaron para las pesquisas. Pero la bruja no quiso reconocer nada.

—¿Pese al uso —Jemima Tyndall apartó la vista de la tela de araña— de poderosos medios de persuasión?

—Ahórrate tu sarcasmo, mujer —ladró el constable Corwin—. Aunque ciertamente es raro, pero ya varias veces supiste demostrar que no eres tonta, así que no finjas serlo. Bien sabes que no se puede usar de la tortura en las investigaciones. Lo prohíbe la ley. Nadie, ni en Salem, ni en Andover, ni en lugar alguno torturó a las brujas durante la investigación. Nadie torturó tampoco a la vieja Hargraves.

—Y no reconoció nada. ¿Verdad?

—No lo reconoció —aceptó sombrío Maddox—. Pero las pruebas eran irrefutables. Y los testimonios que fueron hechos ante el tribunal no dejaban lugar a la duda. Otras hechiceras arrestadas acusaron a la bruja Hargraves. Declararon bajo juramento que fue Hargraves con su propia mano quien preparara una crema para volar a partir de la grasa extraída de un recién nacido. Que fue Hargraves quién les diera a firmar en los sabbaths el Libro Negro del diablo. Que tomó del diablo y les dio a otros una repugnante y blasfema comunión: hostia roja y rojo vino. Sangre, se entiende.

—Increíble. Y después de tales testimonios, por supuesto, lo reconocería.

—No. —El constable perdió la serenidad—. Tampoco entonces lo reconoció. Siguió con su obstinación. Entonces arrestaron a su hija, Janet Hargraves. Ésta tampoco quiso reconocerlo, al principio. Sólo después... Cuando la vieja murió en la prisión... Cuando un escrupuloso examen sirvió para descubrir la señal del diablo que llevaba bajo sus partes, cuando la acusaron todos los testigos, Janet reconoció su culpa. Era, como su madre, una hechicera.

—Ah. Increíble.

—Pero verdad. Se pronunció la sentencia: muerte por ahorcamiento. Pero antes de que se lograra ejecutarla, la hechicera huyó de la prisión. De un modo que desconocemos, con toda seguridad ayudándose con hechizos. Se arrestó a los vigilantes, éstos juran que no saben qué es lo que pasó con ellos, que la bruja los encantó. Puede que así fuera, puesto que es hermosa...

—La belleza del diablo —ladró Maddox—. A la que pueden sucumbir sólo los pecadores. Aquéllos bajo cuya vigilancia huyera la bruja pagarán por sus pecados. Lo pagaran, y muy caro. Ya me estoy yo ocupando de ello.

—No lo dudo. —Jemima Tyndall asintió con la cabeza y se levantó—. Les ruego me perdonen. Obligaciones.

El pastor hizo una señal al constable con los ojos. Corwin asintió.

—Cierto, vaya, vaya —dijo Dorothy Sutton—. Nosotras, sin embargo, seguiremos aquí hablando con el reverendo. Porque siento curiosidad por tales asuntos: al parecer el propio gobernador de la Colonia, sir William Phipps...

Henry Corwin no escuchó el resto, se apresuró a ir detrás de Jemima Tyndall.

Junto al esqueleto del almacén en construcción había una larga mesa cubierta con un mantel, tres mujeres se afanaban colocando platos y cuencos. Corwin vio que desde el río, habiendo terminado sus abluciones, volvían los hombres. Había muchos, unos quince, tanto carpinteros de la obra como leñadores del claro.

Se dio la vuelta con brusquedad, mirando se había olvidado de la mujer a la que tenía que seguir. Sin embargo, Jemima Tyndall no había desaparecido, andaba despacio, deteniéndose cada poco tiempo y mirando a su alrededor, como si estuviera comprobando que el constable la estaba siguiendo. Vale, pensó él con rabia, si esto es un juego, vamos a jugar los dos.

Se fue en dirección a ella, pero al cabo de unos pocos pasos se detuvo, se hizo sombra con la mano, hizo como que miraba los tejados de las casas, a un halcón que flotaba muy alto por encima de ellos. La mujer dio la vuelta a la esquina de una casa, el constable aceleró el paso, casi corría. Al otro lado de la casa había una caseta muy grande, consiguió todavía oír cómo las puertas chirriaban en sus bisagras. Se lo pensó un instante y luego entró.

Jemima Tyndall estaba allí, de pie, dentro de un rayo de luz transversal, denso de polvo, que entraba por un agujero en la pared.

—Tú mismo lo has reconocido —quebró ella bruscamente el silencio—. Tú mismo has reconocido hace poco que no soy tonta. Aprecio tu cumplido, sé que no te costó poco hacerlo. ¿Así que ahora por qué esa suposición ridícula de que te iba a llevar a algún sitio si me seguías?

—En absoluto contaba —respondió— con que me fueras a llevar a ningún sitio.

—¿Entonces con qué contabas?

—Hay diversos modos de llegar a la verdad.

—Los hay, cierto —reconoció ella—. Sin embargo, el uso de la mayoría de ellos, especialmente de los más efectivos, está prohibido por la ley, como tú mismo hace poco tuviste la deferencia de mostrar. Aunque a ti esa prohibición no te molestó demasiado en Watertown. ¿Verdad?

—Tú sabes mucho —ladró el constable—. De verdad mucho. Te precias de ese saber, intentas asustarme con él, fingiendo ser una profetisa, adivina o maga. Has de saber que son vanos tus intentos.

Ella sonrió. Pero no era una sonrisa alegre. Su delgado y cerúleo rostro adoptó gracias a ello un tremendo parecido con la cabeza de un cadáver.

—Sé que son vanos —confirmó—. Puesto que tú no crees ni en la magia ni en los hechizos. No creías en ellos cuando estabas fabricando las acusaciones contra Mary Hargraves. Porque fuiste tú quien fabricó las

acusaciones, siguiendo la ola que venía de la moda de Salem. Compraste a algunos de los testigos, a otros los asustaste, algunos más se te unieron de propia voluntad, contentos y felices de poder dañar a alguien. Y al fin y al cabo sólo se trataba de las posesiones de la viejecilla, de la tierra y el dinero que le había dejado su marido el marinero.

—Tú —Corwin pronunció despacio las palabras— sabes demasiado, mujer.

—Bah, todavía te voy a asombrar más. Lo que entorpeció tus planes fue, cosa rara, precisamente el caso de Salem. Salem era famoso y todos, incluida Mary Hargraves, sabían que durante la investigación habían torturado allí hasta la muerte a Giles Cory. El reconocer el crimen es la condición necesaria para que sea confiscado el patrimonio, puesto que *confessio est regina probationum*. Giles Cory puso su patrimonio a nombre de los maridos de las hijas, que estaban seguros en la lejana Virginia. Aguantó la tortura, no reconoció las absurdas acusaciones. Murió, a causa de la tortura, pero su patrimonio, bajo testamento, no pudo ser confiscado. Faltó el reconocimiento de la culpa.

—Habla. —Corwin descubrió los dientes en una sonrisa lobuna—. Sigue hablando. Yo escucho atentamente.

—Aunque enferma, Mary Hargraves aguantó todo lo que se le hizo en la investigación. Y murió. Pero tú no podías permitir que se repitiera el caso de Giles Cory. A diferencia de los yernos de Giles Cory, la heredera de Mary Hargraves estaba allí. Su hija, Janet. Así que se le podía también acusar a ella. Y de nuevo no faltaron testigos del vuelo en escoba, juramento en el Libro Negro, beso al diablo en el ojete, del consumo de hostias rojas, de nuevo se encontraron muñecas de las rellenas con vellón de cabra y de las que llevan alfileres clavados, de nuevo alguna mujer piadosa que no albergaba duda de quién había producido la duradera flaccidez del miembro viril de su marido. Y a Janet Hargraves la sometieron en la prisión al mismo proceder que a su madre. ¿Sigues escuchando atentamente?

—Todo tu saber, mujer —dijo despacio el constable—, pese a lo que intentas sugerirme, no proviene de tu grande y sobrenatural sabiduría, por supuesto que no. Todo lo que sabes simplemente lo has oído. Alguien te ha

dicho esto. No preguntaré quién, puesto que ya lo sé, tu testimonio me es innecesario. Sólo quiero que me digas dónde se esconde ese quién.

—Sólo —repitió burlona Jemima Tyndall—. ¿Y nada más? ¿Y cómo, por curiosidad, me vas a obligar a tal testimonio? ¿Vas a usar los mismos métodos que con las mujeres de Salem y con Mary Hargraves? ¿Me vas a privar de sueño? ¿De agua? ¿Me vas a engañar con una promesa de misericordia? ¿Me vas a atar toda la noche en una picota, con los talones casi al cuello para que por la mañana la sangre me salga por la nariz en verdaderos ríos? ¿O puede que, como a Janet Hargraves, simplemente me destroces un pie con ayuda de una cuerda tensada por una rueda? Oh, constable, agradece a tu Dios que no me esté permitido dañarte, ser la causa de un daño directo. Una pena, ciertamente, porque tengo muchas ganas de ello.

Corwin se acercó lentamente a la viga, descolgó de un gancho un hato de cuerda de cáñamo.

—A diferencia de ti, mujer —dijo, comprobando la fuerza de la cuerda con un tirón—, yo para dañarte tengo tanto la capacidad como las ganas. Y como mis ganas son sinceras y grandes, también el daño será enorme. En un decir amén me vas a cantar todo lo que sabes. Y si no, te rompo las articulaciones.

—Inténtalo.

Cuando saltó hacia ella, la mujer dio sólo un pequeño paso a un lado, dejando al descubierto unas pequeñas puertas en la pared trasera de la caseta. Y delante de las puertecillas estaba de pie Izmael Sassamon. El constable apenas lo reconoció.

Henry Corwin era un hombre valiente. No le paralizó el pánico y pocos son los que no se hubieran dejado llevar por el pánico al ver a Izmael Sassamon. El indio estaba desnudo, sólo una camisa rasgada y sujeta por el cinturón le cubría las caderas. El rostro, desde la frente hasta la barbilla, estaba ennegrecido con carbón vegetal, llevaba los cabellos en una coleta y decorados con plumas de águila, el torso cubierto con dibujos a base de hollín, barro y corteza roja.

Henry Corwin no retrocedió. Sacó como un rayo una pistola de bajo su levita, cargó el gatillo y disparó al indio directamente en el rostro. Pero

Izmael Sassamon no fue menos rápido. Evitó el cañón, la bala se clavó en una viga sobre las puertas. Entre la nube de humo y el polvo que cayó del techo, el constable perdió la orientación por un minuto. Y luego ya no la recuperó.

Izmael Sassamon lo golpeó en un lado de la cabeza con el pokomokon. El constable se estremeció y el indio le volvió a golpear con tal fuerza que el hueso de la sien crujió y se hundió. Corwin cayó, carraspeando, las extremidades se tensaron y temblaron espasmódicamente.

El indio se arrodilló sobre sus espaldas. Le agarró de la trenza. Sacó un cuchillo de su cinturón, un cuchillo como el que antaño mercadeaban los holandeses de Schenectady. Con un corte redondo rajó la piel del cráneo del constable, sobre la frente, las orejas y la nuca. No lo había hecho en su vida, pero le salió muy bien.

Un tirón, otra vez un plano corte junto al hueso parietal, otro fuerte tirón. El constable gritó, gritó de tal modo que el polvo comenzó otra vez a caer de las grietas del tejado y las paredes. Izmael le cortó la garganta con el cuchillo. Luego se alzó, agitando la cabellera cortada.

—¡Hiiih ei ei ei eeeieia hiiiiih!

Jemima Tyndal lo miraba con una sonrisa que le daba a su rostro el aspecto de la cabeza de un cadáver.

—Esta aldea está encantada... —jadeó Jason Rivet, temblando a causa de lo que había visto a través de las ranuras de las tablas de la caseta—. Para qué vinimos aquí... Todo son brujerías...

—No digas tonterías —gritó el tío William.

—No seas idiota, muchacho —ladró el reverendo Maddox.

Jason los había visto a tiempo, ya estaban todos fuera, el pastor, Abiram Thorpe con su mosquete, el tío con su trabuco. Desde las casas, desde la veranda, los observaban las mujeres. En silencio. Inmóviles como palos.

Delante del esqueleto del almacén en construcción, los hombres estaban sentados a la larga mesa. Comían en silencio, alzando despacio las cucharas de madera. No les interesaba nada. Ni siquiera Izmael Sassamon, que venía cantando, gritando, agitando el cuchillo y el tomahawk, desnudo, con la cara ennegrecida, manchado de barro, salpicado de sangre.

—Ei eia eia ei, ei eia ei...

—¡Quédate quieto, Izmael! —gritó el pastor—. ¡Te ordeno que te detengas en nombre del Señor! ¡Izmael!

—¡Dale, Abiram! —gruñó William Hopwood, viendo que el indio no sólo no tenía intenciones de detenerse sino que al contrario, se echaba a correr—. ¡Dale! ¡Mandémosle al diablo! ¡Mandemos al diablo al piel roja!

Tiraron del gatillo al mismo tiempo. El trabuco de William Hopwood siseó, apestó y lanzó el humo de la pólvora quemada en la cazoleta. El mosquete del trampero tan sólo hizo un ruido metálico.

—Cristo... —gimió Abiram Thorpe, mirando el gatillo vacío. No había pedernal. Debía de haberse caído porque la tuerca estaba floja—. ¡Cristo!

William Hopwood, con las manos temblorosas, echó mano al cuerno de la pólvora. Abiram ya sólo tuvo tiempo de tomar el mosquete por el cañón e intentar asestar un golpe terrible en la cabeza de Izmael. El indio se hundió ágilmente bajo su alcance, con un golpe del revés le clavó el cuchillo en la tripa y cuando el trampero se dobló por la mitad, le destrozó el cráneo con un potente golpe de tomahawk.

—¡Izmael! —gritó Maddox—. ¡Vuelve en ti, loco!

William Hopwood soltó el trabuco, apuntó con la pistola. Izmael Sassamon giró y lanzó el tomahawk. La pequeña hacha le acertó al tío directamente en la mano que sujetaba el arma, rebotó, le dio en la cara. El tío William cayó sentado pesadamente y la pistola se disparó. El pastor graznó de modo extraño y se tambaleó, una gran mancha de sangre se extendió por su blanco cuello. Intentando en vano sujetarse a una viga, el reverendo Maddox cayó por las escaleras. Jason Rivet se encogió bajo una valla.

Izmael Sassamon se inclinó sobre el cuerpo de Abiram Thorpe, lo agarró por los cabellos salpicados de sesos. William Hopwood, limpiándose con la manga la sangre que le corría por el rostro, consiguió de alguna manera llenar de pólvora la cazoleta del trabuco, tiró del gatillo y descargó en el indio media libra de metralla.

Izmael voló hacia atrás, cayó, alzando una nube de polvo. William Hopwood gritó salvaje y triunfalmente, tiró el trabuco, tomó el cuchillo, se acercó en tres pasos al caído indio, lo agarró por la coleta, cortó, todavía gritando, junto a la oreja, la sangre le salpicó la mano y el rostro. En la

euforia de cortarle la cabellera, no prestó atención al cuchillo que Izmael tenía en la mano hasta que se le clavó en la tripa. El indio empujó el cuchillo con fuerza hacia arriba. William Hopwood lanzó un macabro grito, vomitó sangre. Y cayó.

Izmael se levantó. Jason Rivet emitió un agudo aullido, haciéndose una bola en el suelo. El indio volvió la cabeza, torciéndola de forma extraña. Y lo vio. Jason volvió a gritar.

La metralla le había aplastado a Izmael un ojo, destrozado la mejilla, arrancado una oreja y convertido su hombro y torso en una sangrienta papilla de harapos colgantes. Pese a ello el indio seguía firmemente en pie. Sin apartar de Jason su único ojo, se inclinó, agarró al tío William por los cabellos.

Jason Rivet aulló de miedo. Izmael Sassamon agitó la cabellera cortada. Frunciendo su mutilado rostro, quiso lanzar el grito de guerra de los wampanoags. No lo consiguió. A la espalda de Jason hubo un estampido y media cabeza del indio desapareció en una explosión roja.

El pastor cayó en las escaleras, una pistolilla humeante le resbaló de los dedos. Todo el cuello y toda la parte delantera de su chaqueta la tenía cubierta de sangre. Jason Rivet se arrastró hacia él. Entre la angustia y la desesperación que le embargaban veía en los porches y verandas de las casas a las mujeres, inmóviles como estatuas, como cariátides, vio los hombres a la larga mesa, indiferentes, alzando lentamente las cucharas. Brujerías, pensó febrilmente, esto es magia negra, éstas son hechiceras, al final tenía yo razón, vinimos aquí para nuestra perdición...

—Reverendo... Son... brujas...

John Maddox se agitó espasmódicamente y tosió, bañando a Jason de sangre. Sus ojos, que hasta entonces habían brillado con un blanco fantasmagórico, se despertaron de pronto y se hicieron normales, se volvieron enfadados y malvados. Me acusará, pensó Jason, hasta muriendo seguirá acusándome. El reverendo tosió.

—Huye de aquí... muchacho —le amonestó a Jason apenas inteligiblemente—. Vete... no te entretengas...

Jason se puso de rodillas. Miró alrededor. Se limpió el rostro, quitando de allí la sangre del pastor. Y se lanzó a la huida. Entre las casas, por la

salida desde la que, como sabía, estaría ya cerca del río, del mimbreral y el bosque.

No consiguió dar siquiera tres pasos.

Sintió cómo cada una de sus piernas pesaba de pronto cien libras y cómo se le ponía sobre la espalda una piedra de molino. El suelo pisoteado se convirtió inesperadamente en un fangoso y dúctil légamo, en un pantano en el que el muchacho se hundía hasta por encima de las rodillas. Y se postró del mismo modo, prendido, inmovilizado e impotente, que un insecto en el resbaladizo interior de una feroz orquídea.

El miedo lo paralizó hasta tal punto que no podía ni siquiera gritar.

—Bravo —escuchó la voz de Dorothy Sutton—. Muy bien, señorita Patience Whitney. Un hechizo maravilloso, señorita Ellen Bly. Mis felicitaciones.

—¡Yo lo he atrapado primero! —gritó Patience Whitney, la morenilla, agarrando a Jason de la manga—. ¡Suéltalo, Ellen!

—¡De eso nada! —le contestó con un tono muy agudo Ellen Bly, la rubita, aferrándolo de la otra manga. El muchacho estaba casi colgado, cruzado entre ellas—. ¡Yo fui quien lo atrapó primero!

—¡Por que tú lo digas! ¡Suelta!

—¡Suéltalo tú!

—Tranquilas, tranquilas, señoritas. —Dorothy Sutton las frenó con voz fuerte—. El enfadarse perjudica la belleza. Y no tenéis por que tiraros de los pelos por vuestra presa, porque la presa no es vuestra. El muchacho le corresponde a doña Hypatia Harlow.

—¿Por qué? —se enfadó Patience Whitney—. ¿Con qué derecho?

—¡Ella tiene ya uno! —la secundó Ellen Bly con voz chillona—. ¡Ya tiene a Adrián van Rijssel! Así que Hypatia...

—Porque —la cortó Dorothy Sutton— Hypatia tiene necesidades.

—Nosotras también —gritó Patience Whitney.

—Vosotras os tenéis que aguantar con los vuestros —dijo Dorothy con sequedad—. O satisfaceros de la forma que a vosotras, mocosas, todavía os es propia mientras que a mujeres adultas no lo es. Y basta ya. ¡Hypatia! Ven. Como dijo el recién fallecido pastor Maddox citando el Levítico: «Así tu siervo como tu sierva que tuvieres, serán de las gentes que están en

vuestro alrededor». Así que tomémoslos. Toma a ese joven, Hypathia. Te lo regalo.

—Gracias, Dorothy.

Con los dientes castañeteándole, Jason Rivet percibió el olor del jabón, de las hierbas y del tabaco. Volvió la cabeza. Vio a la mujer corpulenta, alegre, la que fumaba en pipa cuando junto con el carpintero Stoughton caminó por el poblado. Vio su mano blanda, sus dedos que se acercaban a sus párpados. Los apretó. Sintió el contacto. Algo brilló en su cabeza, sus oídos zumbaron. Su voluntad estalló, se dispersó como una pompa de jabón aplastada y la consciencia se le hundió en un no ser cálido e indiferente a todo.

—Eres mío —le anunció una voz posesiva—. Ven.

Obedeció la orden. El pensamiento de que a partir de ahora ya siempre sería así fue uno de los últimos pensamientos que, en alguna medida, se podían considerar como propios.

Patience y Ellen lo contemplaron sombrías, bufando, maldiciendo por lo bajo y murmurando enfadadas. Dorothy Sutton miró a su alrededor.

—Hay que quitar de aquí estos restos mortales —dijo—. Jemima, ¿dónde está Annabel?

—Estoy aquí.

—¡Vaya! ¡No has perdido el tiempo, veo! Has mirado por ti misma.

—Y cómo. —Annabel Prentiss miró con orgullo a Adam Stoughton, quien iba detrás de ella con los ojos vacíos, tieso y obediente como un perrillo—. Un hombretón, ¿no es verdad? Guapo. ¡Y lascivo que no veas!

—¿Y nosotras? —gritó de nuevo tristemente Patience Whitney—. ¿Y nosotras cuándo?

—La próxima vez —decidió Dorothy Sutton—. Annabel, este servidor de la ley y el rey, ¿está ya completamente hechizado? ¿Controlado? ¿No nos va a dar ninguna sorpresa?

—No la va a dar —aseguró Annabel Prentiss.

Pero Adam Stoughton le demostró cuánto se equivocaba.

La empujó con tanta fuerza que del ímpetu cayó sentada a tierra, justo bajo los pies de Jemima Tyndall. El carpintero echó a correr. Cruzó veloz por el centro de la calle, entre las filas de asombradas mujeres. Atravesó

junto a los hombres, que estaban inmóviles con las cucharas en la mano, congelados, paralizados a la larga mesa como un tableau vivant, como una auténtica parodia de la Última Cena.

—¡Detenedlo! —gritó Dorothy Sutton.

Jemima Tyndall alzó las dos manos, realizó un gesto con ellas como si expulsara lejos de sí algo invisible y a la vez muy pesado. Adam Stoughton se cayó, rodó por la tierra entre una nube de polvo, pero se levantó al instante, en un par de saltos alcanzó el carro verde de dos ruedas de Florence Flowers, subió al pescante, tomó la fusta.

—¡Iaaaaaaa-aaaaaa!

Espantado por el grito y el golpe de la fusta en las ancas, el alazán pío se lanzó hacia adelante con ímpetu, mientras las mujeres que perseguían al carpintero casi se caían y se encogían ante la nube de grava que saltaba de bajo los cascos. El carro voló por un momento detrás del caballo sin tocar la tierra con las ruedas, luego cayó, rebotó en un bache hacia arriba. Adam Stoughton, agarrado a las riendas, estuvo durante un instante colgado en el aire, parecía que iba a volar. Pero no voló. Gritó, le dio otra vez con la fusta al caballo, el carro se dirigió hacia el bosque como una cuadriga de carreras.

Y se hubiera escapado el carpintero de no haber sido por la pequeña Verity Clarke.

Verity salió atravesando el campo de maíz, llevando en un abrazo afectuoso y fuerte a un gato rojo. El gato estiraba las patas y no parecía estar muy entusiasmado, pero soportaba las caricias con valentía y orgullo. Y cuando el carro y Adam Stoughton pasaron a su lado a toda velocidad, Verity soltó al gato, apuntó sus dedos hacia el vehículo y lanzó un grito penetrante. De la rueda surgió una lluvia de chispas, saltó el humo y el fuego. El caballo pío se puso a dos patas, el timón y el balancín estallaron con un chasquido, las colleras se rompieron. El carro voló hacia arriba como un cometa con cola de fuego y chocó contra la tierra, deshaciéndose en pedazos con un estruendo indescriptible.

—¡Yo no quería esto! —se escuchó en el silencio el agudo y triste grito de Verity Clarke—. ¡No lo quería! ¡Yo sólo quería detener la rueda! ¡Perdón!

Algunas mujeres se acercaron. Dorothy Sutton esperó hasta que volvieron, con las manos cruzadas bajo el pecho. En el acto supo lo que había pasado.

—Por desgracia —confirmó sus temores Frances Flowers—, está muerto. Se rompió el cuello. Una pena.

—Una pena —repitió Annabel Prentiss con los dientes apretados.

—Una pena —reconoció con tono objetivo Jemima Tyndall—. Sólo él, el pastor y el muchacho constituían en alguna medida material valioso para la procreación. En fin, lo que pasó, pasó. Sin embargo, convendría hablar con esta niña. Hablar seriamente.

—Lo haré —aseguró Dorothy Sutton, después de lo cual se dio la vuelta hacia la mesa, en la que los hombres, aburridos de su apática observación, habían vuelto a comer otra vez. Como si no hubiera pasado nada—. Francés, pon orden aquí.

—Sí, por supuesto. ¡Señor Adrián van Rijssel!

—Tot Uw dienst, juffrouw.

—Por favor —dijo dominante Frances Flowers—, retire del camino los restos del carro. Por favor, capture al caballo. Por favor, retire de aquí los cadáveres. Por favor, llévelos al bosque y átelos a los árboles. A la distancia acostumbrada del pueblo. ¿Lo ha entendido?

—Ja, juffrouw.

—Ve con él mejor, Frances —le ordenó Dorothy Sutton—. Y vigila bien.

—Está bien.

—¡Verity! Ven aquí. Deja ese gato y ven aquí, señora mía. ¡Y deprisita!

—¡Voy, abuela!

Anduvieron despacio entre las casas. Dos mujeres, una vieja y gorda, con un vestido negro y un sombrero negro con una hebilla, sujetando de la mano a una joven muchacha vestida de azul que temblaba a su lado.

—Abuela, de verdad que no quería...

—No digas nada.

Delante de una casa estaba Faith Clarke. En compañía de una mujer joven de claros cabellos. La rubia se inclinó.

—Ya no hay ninguna razón para temer —dijo Dorothy Sutton seria—. Han pasado. Estás segura, Janet Hargraves.

—Gracias. —Janet Hargraves hizo una desmañada reverencia, se veía que el pie seguía dándole problemas—. Gracias. No sé cómo os podré devolver el favor...

—No tienes que hacerlo.

Janet Hargraves hizo otra reverencia. Sin una palabra, Dorothy Sutton la contempló. Para inquirirla. Pero con simpatía.

—Has tenido mucha suerte —dijo al fin seria—. Has tenido una verdadera suerte. Conmigo pasó algo parecido en mil seiscientos cuarenta, cuando me atraparon en Reading y me echaron al Támesis. También tuve suerte. Puede que estuviera escrito que algún día salvaría a alguien, que la ayudaría a huir. Del mismo modo que a mí entonces me ayudó Agnes Simpson.

»Luego decidiremos —añadió— qué hacer contigo, hermana. Decidiremos todos en común. De momento tengo otra cosa en la cabeza. Ocúpate de ella, Faith.

—Por supuesto.

El sol se dirigía hacia su ocaso, una bola que se iba haciendo poco a poco roja, colgaba sobre la pared del bosque, cuando dos mujeres, la vieja y la joven, subieron a la cumbre de la colina que se alzaba sobre el pueblo. En la curva de Mischief Creek. Se quedaron de pie, calladas, mirando el horizonte.

—La Fuerza que nos dio la Diosa —habló por fin la hechicera— debemos usarla para ayudar, salvar y curar. La Fuerza que poseemos debiera mejorar el mundo. Por eso tenemos que saber aplicar nuestra fuerza razonablemente. Y razonablemente significa prácticamente y de forma útil. No debemos dilapidar la Fuerza. ¿Comprendes lo que te digo, Verity Clarke?

—Entiendo.

—¿Así que cómo es, señora mía, que desperdicias constantemente Fuerza con juguetes? ¿Con cosas poco prácticas? ¿En mecanismos? ¿En máquinas? ¿Ruedas y ruedecillas?

—Ya he pedido perdón por el carro. —La joven bruja se enfadó—. Ya te dije que lo sentía y que no quería... Y, en general... Eso...

—¿Eso qué?

—Eso, que máquinas y ruedecillas son prácticas. Y vehículos que van por los caminos. Llegará un día...

—Mira, Verity —le interrumpió la anciana hechicera—. Mira allí y dime qué ves.

—Pues... Bosques.

—Precisamente. Bosques, sólo bosques, de Cape Cod hasta Luisiana, de Florida a Canadá, nada, sólo un despoblado denso, impenetrable. Esto es el Nuevo Mundo. ¡Esto es América! Aquí no hay y no habrá caminos por los cuales pudiera ir un vehículo ni una máquina. Aquí en América, tales máquinas y vehículos no tienen futuro alguno. No tienen ningún futuro, Verity. Por eso nosotras, las hechiceras de América, no podemos desperdiciar tiempo en ninguna máquina ni vehículo.

—Pero...

—Nada de peros. Se acabaron los mecanismos. ¿Entendido, señorita?

—Entendido.

Sobre los bosques que alcanzaban desde Cape Cod hasta Luisiana brilló la fina hoz de la luna. Por encima de las cabezas de las hechiceras voló inaudible un chotacabras.

—Algún día. —Dorothy Sutton interrumpió suavemente el silencio, acarició los cabellos castaños de Verity Clark—. Algún día tendrás una hija, señorita. Una hija, la siguiente generación de hechiceras de América. Es importante que la Fuerza que le transmitas en la infancia sea una Fuerza verdadera y útil. ¿No querrías, imagino, que lo único que supiera tu hija fuera destrozar vehículos en marcha? ¿No lo querrías, verdad? Por eso tienes que estudiar. Y abandonar las malas influencias.

—Sí, abuela. Lo entiendo.

—Volvamos pues. Me ha entrado mucha hambre.

—¡Ohhh! ¡Y a mí también!

Subían despacio por la pendiente, entre los matorrales y las altas hierbas. Se acercaban hacia el poblado, que olía maravillosamente al humo de las chimeneas.

—¿Abuela?

—Dime.

—Para mí, cuando crezca, ¿también atraparemos a un marido?

—Por supuesto.

—¿Y si no viene ninguno?

—Siempre viene alguno, Verity. Siempre.

Abajo, entre los olmos, brillaba la corriente plateada del Mischief Creek.

Spanienkreuz

En el año 2006, concretamente en mayo de aquel año, me escribió Paco Taibo, fundador y organizador del festival Semana Negra, que tiene lugar cada año en Gijón, Asturias. A Paco Taibo lo conozco de haber sido invitado a este festival varios años. Para la Semana Negra de 2006, escribió Paco, los organizadores estaban preparando un grueso álbum. El álbum, destinado a ser repartido entre los participantes e invitados al festival, iba a llevar el título *Guernica* e iba a estar dedicado al acontecimiento que tuvo lugar el 26 de abril de 1937 y que eternizó y expuso al mundo Picasso en su famoso cuadro. Paco preguntó si no querría yo apoyar esta iniciativa con un texto propio, daba igual de qué tipo, *fiction*, *non fiction*, a elegir, de tres a cinco páginas. Al principio me asombré un tanto, puesto que la Semana Negra, como se desprende del nombre, es un festival dedicado a la literatura criminal, *le román noir*, con una no precisamente ligera tendencia hacia el fantástico. Pero, me di cuenta, se trata al fin y al cabo de un festival español. Así que acepté y me puse al tajo. Y en un tiempo record. Dieciocho días después tenía ya lista «Spanienkreuz». *Short story* de encargo, pero con la marca de fábrica de Sapkowski: porque no sólo es *fiction*, sino incluso *science fiction*. ¿O igual es *fantasy*?

«Spanienkreuz», traducido al castellano por José María Faraldo, fue el primer y único texto que se conoció fuera de Polonia antes que en la propia Polonia. En Polonia, de todos modos, aunque mucho más tarde, bastante tiempo después de la *première* española, el texto despertó el suficiente interés para que... me hicieran la oferta de rodar una película basada en él.

El general mayor Wolfran barón von Richthofen introdujo los guantes en la gorra, tendió la gorra a la criada, una rubia con trenzas. Echó una mirada al espejo y en el reflejo vio cómo la muchacha le observaba. Vio la impresión que causaba en ella su apostura, el uniforme de color azul acero de la Luftwaffe, sus medallas, la Cruz de Hierro de Primera Clase al cuello. Vio cómo la chica se excitaba, movía las pestañas y ponía ojos de mantequilla. Berlín, pensó él con desagrado. Ciudad de la lujuria. Aquí no tienen vergüenza.

—La señora dice que pase.

El cuarto estaba oscuro, no sólo por las pesadas cortinas en las ventanas. Oscuros eran también los muebles, el olor que desprendían la madera y el polvo, oscuro el papel de las paredes, oscuros, difusos e inquietantes los retratos que colgaban de los muros.

—¿Madame Von Throtta?

—Aquí.

Apretó el interruptor, una débil bombilla cubierta por una pantalla de cartón derramó una débil esfera de claridad que arrojaba sobre el cielo raso y las paredes unas sombras fantasmagóricas. El pájaro disecado que estaba sobre la mesa cobró vida, daba la sensación de que torcía la cabeza y miraba con un ojo de vidrio. Un cristal de extraña forma ardió en los reflejos, brilló la chapa de un aparato que recordaba a un microscopio, refulgieron los dorados de los lomos de los libros. Una mujer estaba sentada a la mesa. Llevaba un vestido negro y un velo también negro le ocultaba el rostro. Por supuesto, constató Von Richthofen, está de luto.

—Si me permite...

—Acerquese, por favor.

Cuando él se acercó, ella alzó el velo. Y dirigió sus ojos hacia él. No, no eran ojos. Eran globos oculares. Cristalinos sin iris, dos esferas, blancas como un huevo duro. Le dio la sensación de que escuchaba un bufido.

—El general mayor Wolfram Freiherr von Richthofen. Pariente de Manfred von Richthofen, el as del aire, el famoso Barón Rojo. No esperaba tal honor.

—Me ha sido encargada una tarea que me honra —el barón se enderezó— aunque sea muy amarga. Sin duda sabe usted de qué se trata.

—Sin duda.

—En abril de 1937, en España, yo era jefe de su hermano, el teniente Bertram von Estorff, piloto de caza.

—Lo sé.

—Adolf Hitler —se cuadró—, nuestro gran Führer y mando supremo de la Wehrmacht, ha decidido honrar a los soldados alemanes que lucharon en la guerra de liberación de España. Ha decidido demostrar reconocimiento y agradecimiento por su servicio a los voluntarios alemanes que tomaron parte en la derrota del bolchevismo en España. Puesto que las unidades alemanas que lucharon al lado del general Franco no lo hicieron del todo oficialmente, sólo se ha podido honrar a los héroes ahora, después de la guerra. Se ha creado una orden nueva a instancias del Führer: la Spanienkreuz, la Cruz Española, que desde abril de este año portan con orgullo los veteranos de la Legión Cóndor.

»El Führer —Von Richthofen abrió la cartera— ha cuidado de que de este honor participen también los soldados alemanes que pagaron el precio más alto posible en la lucha contra el bolchevismo. El Führer ha ordenado honrar a los soldados de la Legión caídos en la lucha con una orden especial, la Cruz Española de Honor. Se les concede a los miembros de la familia de los caídos. Usted es la única pariente viva del teniente Von Estorff. En sus manos...

Juntó los tacones, hizo una reverencia, le dio a la mujer el diploma y la cruz. Vio cómo ella pasaba los dedos por la insignia. Carraspeó.

—En atención a la falta de madame —se inclinó—, me permitiré describirla. La cruz es de bronce, tiene por supuesto forma teutónica, está

adornada con la esvástica y el águila de la Luftwaffe. La cinta de luto lleva en los bordes unas tiras con los colores de la bandera española...

—Yo veo —le interrumpió la mujer, apuntando con sus esferas blancas hacia el general—. Pese a, como el señor barón tuvo el gusto de expresar, mi falta. Simplemente veo de otra forma. Con ayuda de otros sentidos. Y no veo peor en absoluto. A veces mejor. Hay cosas en el cielo y en la tierra con las que no han soñado los filósofos. El señor barón, con toda seguridad, no puede no saberlo.

Von Richthofen agitó la cabeza y abrió los labios con desprecio. Recordó la tablilla cubierta de hiedra que estaba a la puerta de la villa y en la que, junto al nombre y el apellido, aparecía escrito con letras góticas «Hellseherin, Wahrsagerin, Sterneleserin» o algo parecido. Berlín, pensó con disgusto. Ciudad de cocainómanos, putas, pederastas y charlatanes.

—Veo —la mujer alzó sus blancos ojos— que en el bolsillo derecho de arriba del uniforme lleva el señor barón una cruz parecida a la descrita, pero con una espada y diamantes. ¿Por qué la espada y los diamantes? ¿Por Guernica? ¿Por matar a mujeres y niños?

El general guardó silencio por un instante. Luego hizo surgir en su rostro un desprecio bien estudiado.

—Estimada madame —pronunció—. Seguramente contaba usted con sorprenderme. He de desengañarla. Ya me he encontrado antes con la propaganda bolchevique, conozco las mentiras generalizadas por Die Rote Front y otras basuras rojas. Sólo me extraña que Dorothea Daisy von Throtta, viuda del teniente general Gustav Wilhem von Throtta, se ocupe de tal propaganda subversiva.

»En España, madame, había guerra. La Legión Cóndor cumplió su tarea con honor. La ciudad de Guernica, centro de la resistencia roja, fue atacada, el enemigo sufrió pérdidas. Ésta era la tarea de la aviación en la que sirvió su hermano. El Oberleutenant Bertram von Estorff sirvió a la patria y al Führer. Por la Vaterland, el honor y el Führer, dio su vida ante los mandos de su avión en un combate aéreo sobre Guernica...

—Miente, barón —le interrumpió bruscamente Daisy von Throtta—. Ensucia con sus mentiras el honor de un aristócrata y de un militar.

La lámpara se apagó. Ante la mirada de Von Richthofen el pájaro disecado que estaba encima de la mesa volvió la cabeza y clavó un ojo en él. Se movieron las cortinas, se agitó y se llenó de burbujas el papel de las paredes. Se revolvieron las figuras de los retratos, murmuraron algo ininteligible. Daisy von Throtta alzó una mano huesuda y la estiró en un gesto acusador.

—Mi hermano, Bertram Bruno Ritter von Estorff, se enteró, y al fin y al cabo, por su boca, de que en Guernica no había objetivos militares y que allí no había estacionado ningún destacamento republicano. Que el ataque a Guernica era un acto terrorista, pensado simplemente contra la población civil, que sólo servía para asustar a los vascos que apoyaban a la República. Mi hermano, el teniente Bertram Bruno von Estorff, rechazó entonces cumplir la orden. Y por ello lo mataron. Lo asesinaron. Detrás del hangar, de un tiro en la cabeza. Fuera de mi casa, barón Von Richthofen. Y cuando se vaya no olvide llevarse esto.

Le arrojó la cruz directamente a los pies. El general palideció, apretó los puños. Se controló.

—Su hermano —gritó— fue a España como voluntario. A defender al mundo de la plaga roja. Sin embargo, resultó ser un traidor y un cobarde sin honor. Se negó a volar sobre Guernica por cobardía, traicionando a sus camaradas, exponiéndolos a la muerte, pues la falta de la escolta de su Me-109 podía terminar trágicamente para la tripulación de alguno de los bombarderos. Y si el teniente Von Estorff hubiera tenido siquiera una pizca de honor, habría aceptado la pistola con un cartucho que le di.

»Si de mi dependiera, el apellido Von Estorff sería en toda Alemania símbolo de cobardía y traición. Por desgracia, fue una decisión política. Ahora son necesarios los héroes, no los cobardes. Los voluntarios de la Legión Cóndor han de ser símbolo de heroísmo, ejemplo para los jóvenes pilotos alemanes. Y el nombre de Guernica, un símbolo de la maestría de la guerra aérea de la Luftwaffe. Por ello y sólo por ello su hermano recibió la muerte a manos de un camarada oficial, sólo por ello evitó una muerte más humillante. Sólo por ello he venido hoy aquí, por eso, controlando mi asco, quería entregarle la cruz. Me la arroja a los pies: no me voy a agachar, que siga allí, entre el polvo y la suciedad, como el repugnante honor del

Oberleutenant y de toda la familia de los Von Estorff. Y por tu parte, bruja, te callarás. Soy un oficial alemán, no me gusta la delación. Pero estamos al borde de la guerra, la propaganda subversiva es un acto de traición. Si dices siquiera una palabra sobre tu hermano y Guernica, acabarás en Dachau. O en Moabit, donde te reducirán en una cabeza. Tus hechizos y tus artes no te salvarán.

Los susurros se hicieron más fuertes. Daisy von Throtta alzó hacia Von Richthofen sus ojos blancos.

—Todo lo que sucede en el universo —dijo— está sometido a las leyes de la naturaleza. Por razones que están claras, la naturaleza está interesada en que el universo exista y perdure. Todo lo que puede amenazar la existencia y perduración del universo, todo lo que trae destrucción y hecatombe, es enemigo de la naturaleza, como un bacilo lo es para el organismo. Es algo con lo que la naturaleza lucha. Que combate. Ante lo que avisa. Con ayuda de señales y signos. Que sólo unos pocos escogidos pueden ver. Clarividentes, profetas, sibilas, aquéllos que ven, advierten y comprenden. Guernica fue una señal. Una advertencia ante algo mucho peor, que está viniendo. Bert escuchó la advertencia. Por desgracia, sólo él...

—Adiós —la interrumpió Von Richthofen—. No tengo intenciones de escuchar estos balbuceos de charlatán de feria.

Daisy von Throtta resopló.

—¿Y la doctrina militar? ¿Acaso es menos metafísica y más digestible? ¿La teoría de la guerra aérea total y de la aviación como arma de terror? ¿En la forma de Douhet y Mitchell, los autores de la idea de los «bombardeos en tapiz»? ¿No te da miedo, no percibes la advertencia? ¿Nada? ¿Reacción cero? En fin, parece que el adiestramiento militar te ha matado los sentimientos y la razón. Fuera de mi casa, barón. Y te aconsejo que mires a menudo al cielo. Piensa en Guernica. En mi hermano. Y en la advertencia que te hizo.

Abandonó la villa a toda prisa y enfadado, arrancó el abrigo y la gorra de las manos de la criada. En el exterior, Charlottenburg lo golpeó por un momento con el olor de la primavera y la hiedra. Dio un portazo al entrar en el coche.

—¡Al aeropuerto! Schnell!

Guernica, pensó. Hace dos años.

26 de abril de 1937. Las cuatro y media de la tarde. Aparece un único Heinkel He-111, que lanza bombas sobre los suburbios del norte. Es día de mercado en Guernica, la ciudad está llena de refugiados de otros lugares del País Vasco. Las explosiones producen pánico, la gente sale a la calle. Entonces comienza la segunda oleada del ataque. Se acerca una formación de Heinkels y de Dorniers Do-17, apoyada por Savoia Marchetti, de la escuadra de bombardeo italiana. Las destrucciones son todavía pequeñas, pero entonces llega la tercera oleada. Tres escuadras de Junkers Ju-52 en picado, que desde baja altura arrojan bombas sobre las calles y plazas atascadas de gente. Son bombas demoledoras e incendiarias, en conjunto unas trescientas toneladas. Al bombardeo lo acompañan las incansables ráfagas de ametralladora de los Messerschmidt de la escolta. El resultado: mil quinientos muertos, centenares de heridos. Guernica ha sido borrada del mapa.

El general mayor Wolfram barón von Richthofen contempló el cielo despejado sobre Berlín.

La guerra es inevitable, pensó. Sin embargo, la guerra puede dar muchas vueltas... Ese cielo... ¿Acaso es posible que de pronto pudiera llenarse con cientos de aviones enemigos? ¿Con escuadras en picado? ¿Que se llenara con el aullido de los motores y de las aletas de las bombas?

No, aspiró profundamente. El Führer nunca lo permitiría. El Führer es un genio militar. Y la Luftwaffe es invencible.

Pero para estar seguros...

Para estar seguros, mejor será llevar a la mujer y los hijos a otro sitio por un tiempo. A algún lugar seguro. Allá donde no haya objetivos militares. Nada que pueda llegar a ser objeto de bombardeo.

Por ejemplo, a Dresde.

Notas

[¹] Sapkowski exagera: los bobolacos se mencionan en «El mal menor» (cuento integrante de El último deseo) y en «Un pequeño sacrificio» (que forma parte de La espada del destino). Bien es verdad que sólo como leyendas o hechos de lejano recuerdo y que, además, no aparecen en las novelas propiamente dichas... (N. del T.)<<

[2] Zygmunt Gloger (1845-1910), folklorista y filólogo polaco, sus libros son fundamentales para conocer la antigua cultura eslava. (N. del. T.)<<

[3] Las palabras mencionadas son sinónimos, con la diferencia de que las que Parowski sustituyera son de uso más moderno y culto (por tener raíz latina en vez de eslava). De ahí el problema. En las traducciones al castellano de la Saga de Geralt de Rivia se ha seguido el criterio de Sapkowski explicado aquí. (N. del T.)<<

[4] Los caballeros teutones, en Polonia llamados despectivamente «cruzados», eran una orden medieval, la fundadora de Prusia, cuyas crueles andanzas le han valido una fama terrible en Polonia. A ello ha contribuido sin duda notablemente la novela Los caballeros teutones de Henryk Sienkiewicz, uno de los clásicos de la literatura polaca de aventuras y que es la novela que Sapkowski menciona aquí. (N. del T.)<<

[5] Traducción al castellano de César Augusto Jordana. (N. del T.)<<

[6] Paulina Braiter, traductora de ciencia-ficción, hoy conocida periodista de un importante periódico de Varsovia. Pawel Ziemkiewicz, escritor y traductor. (N. del T.)<<